



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ESTUDIOS
MESOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

VIVIR ENTRE LOS TRES RÍOS. ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE DEL VALLE DE
CULIACÁN

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN ESTUDIOS MESOAMERICANOS

PRESENTA:
CINTHYA ISABEL VIDAL ALDANA

TUTOR:
DR. LUIS ALFONSO GRAVE TIRADO
CENTRO INAH SINALOA, MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MAZATLÁN

CIUDAD DE MÉXICO, SEPTIEMBRE DE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

“Declaro conocer el Código de Ética de la Universidad Nacional Autónoma de México, considerado en la Legislación Universitaria. Con base en las definiciones de integridad y honestidad ahí contenidas, manifiesto que el presente trabajo es original y enteramente de mi autoría. Las citas de las obras y las referencias generales a otros autores se consignan con el crédito correspondiente”.

Para los amores de mi vida:

Emmanuel

Rosy, Wences y Any

Gracias por siempre estar

Agradecimientos

Aunque una tesis es un texto escrito por una sola persona, es resultado de la colaboración entre diversas instituciones, la academia y múltiples personas. No obstante, los análisis, resultados y omisiones son absoluta responsabilidad del autor. Este caso no es la excepción. Esta tesis es producto del apoyo que mucha gente me ha brindado en el ámbito profesional y personal. A través de estas líneas quisiera agradecer a quienes de alguna u otra manera participaron en el desarrollo de la investigación.

En primer lugar, quiero agradecer al Dr. Alfonso Grave por aceptar dirigir mi trabajo, por su apoyo y guía brindada no solo en la maestría, sino desde que comenzó mi interés por la cerámica Aztatlán de Sinaloa, allá por 2009. Agradezco me diera entera libertad en el planteamiento y desarrollo de la investigación, las discusiones académicas llevadas a lo largo de estos años, el alentarme a poner mis ideas sobre el papel y ayudarme a mesurar interpretaciones aventuradas. De verdad, ¡muchas gracias!

Agradezco a mis sinodales sus asesorías, sugerencias y comentarios, los cuales enriquecieron la investigación. Al Dr. Stanislaw Iwaniszewski por permitirme participar en sus seminarios de arqueología del paisaje impartidos en la ENAH que ayudaron a darle forma al aparato crítico de la tesis. Al Dr. Serafín Sánchez por su disposición a resolver mis frecuentes dudas sobre geomorfología y estratigrafía, por su apoyo con el análisis petrográfico de las cerámicas de Culiacán, llevado a cabo en el Laboratorio de Suelos y Sedimentos de la ENAH. Al Dr. César Villalobos por sus atinadas críticas sobre mi texto, las largas discusiones arqueológicas sobre nuestro amado norte y por dejarme “invadir” su espacio en el IIA, con los materiales de Culiacán. A la Dra. Sandra López agradezco sus enseñanzas en el Seminario de Acompañamiento de Mesoamericanos y su compromiso con este trabajo.

También quiero dar las gracias a investigadores y compañeros que me brindaron de manera desinteresada su tiempo, equipos y conocimientos. La Mtra. Galia González y la Dra. Laura Beramendi del Laboratorio Universitario de Radiocarbono de la UNAM colaboraron con el análisis de muestras de ^{14}C de Sinaloa. El Mtro. Jorge Blancas y el Dr. Luis Barba del Laboratorio de Prospección del IIA con el estudio geofísico realizado en La Mora. La Mtra. Diana Martínez y la Dra. Cristina Adriano del Laboratorio de Paleoetnobotánica del IIA me asesoraron durante el análisis de macro restos de Yebavito.

El Mtro. Emmanuel Gómez, el P.A. Óscar López, el Mtro. Hugo Sánchez y Gustavo Grave fueron mis compañeros de aventuras en el Proyecto Arqueológico Culiacán. Agradezco que formaran parte del equipo de investigación, acompañándome en las caminatas bajo el ardiente sol culichi y colaboraran con el registro de los sitios. Jamás habría podido hacer el trabajo de campo sin ustedes, estoy en deuda.

Gracias a mi querida amiga Frine Castillo por las constantes charlas sobre etnografía y arqueología del Noroccidente, por las críticas a la academia, por todas las experiencias compartidas en la maestría, especialmente las relacionadas con el gusto/sufrimiento por la tesis.

Un agradecimiento especial a la gente de Sinaloa. A las autoridades del INAH por el apoyo logístico y brindarme todas las facilidades institucionales para el buen desarrollo de las temporadas de campo. A Cristian Pérez por el soporte gráfico de piezas arqueológicas de Culiacán. A los síndicos, comisarios y personas que me recibieron de manera cordial en sus comunidades, especialmente a la srita. Karem Arredondo de Los Tecolotes, Isabel López de Bagrecitos, la familia Gallardo de Altata y la familia Carranza de La Mora, fue muy grato ver su interés en la arqueología, su empatía y la deliciosa comida que compartieron con todo el equipo de trabajo. También agradezco a mis amistades en Mazatlán y Culiacán: Doly Peón, Jessica Ibarra, Serbia Salas y Gilberto López, por darme cobijo bajo su techo y hacerme sentir como en casa. A mi querido *wizard*, Gabriel Ramírez, pues sin su sabio consejo no habría ingresado a la maestría.

Por último, agradezco a mi familia. A Emmanuel, mi compañero de vida, por su apoyo incondicional a lo largo de este proceso. Gracias por creer en mí y alentarme a crecer profesionalmente, entender y compartir largas noches escritura y discusión académica; por ser mi colega, mecenas, chofer, terapeuta, chef y un largo etcétera. A mis padres y mi hermana, por animarme a continuar con la senda académica, respaldar mis decisiones y comprender mis ausencias.

Vivir entre los tres ríos. Arqueología del paisaje del valle de Culiacán

Resumen

El valle de Culiacán se localiza en el área meridional del estado de Sinaloa. Debido a su latitud, cuenta con un ambiente privilegiado: se sitúa entre la sierra y el mar, teniendo fácil acceso a los recursos costeros y de la tierra adentro. La profundidad de los suelos, aunada a la presencia de tres ríos perennes, hacen del valle una zona extremadamente fértil y propicia para el desarrollo de flora, fauna, proporcionando a su vez condiciones favorables para los asentamientos humanos. De acuerdo con los restos arqueológicos recuperados a lo largo del último siglo, estas características fueron aprovechadas en el pasado, pues la región ha contado con una ocupación desde, al menos, el año 600 d.C. hasta la actualidad. Bajo este argumento, la presente investigación se enfoca en el estudio del paisaje en el pasado y tiene por objetivo conocer cómo fue la relación entre los seres humanos y el medio ambiente en el valle de Culiacán, de tal modo que se logre una aproximación a la manera en que el paisaje se concibió y experimentó en el pasado. A la luz de los datos, emanados de la aproximación teórico-metodológica del paisaje relacional y fenomenológico, se propone que los antiguos pobladores de Culiacán habitaron tres mundos de la vida: el del pie de sierra, el de la llanura aluvial y el de la costa.

Palabras clave: Culiacán, paisaje, mundo de la vida, tahues, *meshwork*

ÍNDICE

Índice de tablas.....	9
Índice de figuras	10
Índice de mapas	14
Introducción	15
La problemática de investigación y la manera de abordarla	16
El plan de la obra	18
Primera parte. El estado de las investigaciones arqueológicas en Culiacán y el aporte de la arqueología del paisaje para la región de estudio	21
1. Las investigaciones arqueológicas en Culiacán.....	22
1.1 La historia oficial. Culiacán y el peregrinaje de los aztecas	22
1.2 Pioneros en tierra de nadie. Las primeras investigaciones arqueológicas	28
1.3 Aficionados y coleccionistas de piezas arqueológicas	35
1.4 Patrimonialismo institucional: atlas arqueológico, salvamentos y rescates	42
1.5 Panorama actual de la arqueología de Culiacán, nuevas preguntas	53
2. Arqueología del paisaje de Culiacán	56
2.1 El paisaje habla sobre el pasado	56
2.1.1 ¿Cultura <i>versus</i> naturaleza? El paisaje animado.....	60
2.1.2 El paisaje como <i>meshwork</i> o campo relacional	64
2.1.3 Morar el paisaje: experiencia y construcción de los mundos de la vida.....	66
2.1.4 ¿Cómo podemos aproximarnos al paisaje prehispánico de Culiacán?.....	69
2.2 Culiacán: tierra entre los ríos, las montañas y el mar.....	76
2.2.1 El Pie de Sierra	79
2.2.2 La Llanura Aluvial.....	82
2.2.3 La costa y el Mar de Cortés.....	85
Segunda parte. Mundos de la vida, construcción y percepción del paisaje en Culiacán ...	89
3. Los mundos de la vida entre los habitantes prehispánicos de Culiacán	90
3.1 Características generales de los sitios de valle de Culiacán.....	90
3.2 El Problema de la cronología de Culiacán.....	95
3.2.1 La propuesta de Isabel Kelly. Alcances y resultados.....	95
3.2.2 La revisión de la secuencia de Sinaloa por Charles Kelley y Howard Winters	102
3.2.3 Dataciones arqueomagnéticas	109
3.2.5 El marco temporal del valle de Culiacán en la actualidad	114
4. Los pobladores de la costa del Mar de Cortés	119

4.1 Análisis de los datos arqueológicos	121
4.2 <i>Zoom</i> al mundo de la vida costero: el caso de los pescadores de Altata, en la actualidad	128
4.3 Interpretaciones sobre los habitantes de la costa.....	133
5. Los moradores de la llanura aluvial	137
5.1 Análisis de los datos arqueológicos	140
5.2 <i>Zoom</i> al mundo de la vida en la llanura: la experiencia del paisaje en Yebavito....	155
5.3 Interpretaciones sobre el mundo de la vida de la llanura aluvial.....	164
6. Los habitantes del pie de la Sierra Madre Occidental.....	168
6.1 Análisis de los datos arqueológicos	170
6.2 Interpretaciones generales sobre los asentamientos del pie de sierra	181
6.3 <i>Zoom</i> al mundo de la vida serrano de La Mora	182
6.3.1 Primeras interpretaciones sobre el mundo de la vida en La Mora	194
Tercera parte. La percepción del paisaje en el Noroccidente México, un proceso de larga duración.....	202
7. Los mundos de la vida en el noroeste durante los albores del contacto español	205
7.1 Los totorames del sur	207
7.2 Los habitantes de la Sierra Madre Occidental.....	210
7.3 Los tahues de Culiacán	216
7.4 Los cahítas del norte de Sinaloa	219
7.5 Interpretaciones arqueológicas sobre el paisaje de Culiacán a partir de las fuentes históricas	223
8. La relación ser humano-medio ambiente entre los grupos indígenas contemporáneos	226
8.1 El caso de los pueblos cahitas	227
8.2 La perspectiva de los grupos del Gran Nayar.....	230
8.3 Interpretaciones arqueológicas con base en la analogía etnográfica	234
Arqueología del paisaje de Culiacán. Recapitulación y consideraciones finales	237
Bibliografía	241
Anexo 1. Tablas de elementos registrados en sitios arqueológicos del valle de Culiacán	255
Anexo 2. Tablas de materiales registrados en los sitios del valle de Culiacán	261
Cerámica.....	262
Lítica tallada	265
Lítica pulida	267
Concha	268

Índice de tablas

Tabla 1. Datos climatológicos de la estación El Varejonal. Tomado de http://smn.conagua.mx/tools/RECURSOS/Normales5110/NORMAL25033.TXT	80
Tabla 2. Datos climatológicos de la estación Sanalona II. Tomado de http://smn.conagua.mx/tools/RECURSOS/Normales5110/NORMAL25081.TXT	81
Tabla 3. Datos climatológicos de la estación Culiacán. Tomado de http://smn.conagua.mx/tools/RECURSOS/Normales5110/NORMAL25015.TXT	83
Tabla 4. Datos climatológicos de la estación Navolato, tomado de http://smn.conagua.mx/tools/RECURSOS/Normales5110/NORMAL25171.TXT	86
Tabla 5. Resultados de datación y calibración de las muestras M-592 y M-613., tomadas por Charles Kelley en La Ferrería, Durango	107
Tabla 6. Resultados de la datación por arqueomagnetismo a las cerámicas de Yebavito, Culiacán, Sinaloa3.2.4 Dataciones por radiocarbono	111
Tabla 7. Resultados de datación por radiocarbono de muestras del sur de Sinaloa. Tomado de González & Beramendi (2018)	112
Tabla 8. Resultados de análisis petrográfico de la cerámica de Culiacán. Base de datos de los materiales no plásticos. Elaboró: CIVA	153
Tabla 9. Resultados de análisis petrográfico de la cerámica de Culiacán. Elementos de la matriz de arcilla. Elaboró: CIVA	154

Índice de figuras

Figura 1. Grabados del Cerro del Tecomate. Tomado de Bonilla (1942).....	27
Figura 2. Área de estudio de Carl Sauer y Donald Brand. Tomado de Sauer y Brand (1998: 26).....	29
Figura 3. Sitios arqueológicos registrados por Kelly en el valle de Culiacán. Tomado de Kelly (2008b).....	31
Figura 4. Sitios con arte rupestre en el centro de Sinaloa. Tomado de Ortiz de Zárate (1976: 113).	36
Figura 5. Parte de la colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas, Culiacán, Sinaloa. Foto: CIVA.....	38
Figura 6. Ejemplares de sellos de troquel que forman parte de la colección del Chino Billetero. Foto: CPH.....	40
Figura 7. Hachas efigie, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH	40
Figura 8. Pendientes de concha, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CIVA.....	41
Figura 9. Malacates incisos, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH.....	41
Figura 10. Vasijas tipo Culiacán medio, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH.....	42
Figura 11. Entierro directo registrado en Los Mezcales, Culiacán, Sin. Tomado de Gálvez (1968).....	43
Figura 12. Petrograbado en La Laguna Colorada. Foto: EAGA 2014	49
Figura 13. Panel de petrograbados del sitio El Tecomate. Foto: CIVA 2014	50
Figura 14. Alineamientos en el Tecomate. Foto CIVA 2014	50
Figura 15. Sitios registrados por el PASGOM en las inmediaciones del valle de Culiacán.	52
Figura 16. Cala de aproximación en La Sinaloa-Yebavito. Tomado de Grave et al. 2016.	53
Figura 17. Cerro de La Chiva asociado al mítico Colhuacan en la cultura popular de Culiacán. Foto: CIVA.....	54
Figura 18. Registro fotográfico con drone en el sitio La Mora. Foto: HCSG.....	71
Figura 19. Prospección geoelectrica en el sitio La Mora. Foto: JQ.....	71
Figura 20. Registro de petrograbados en el sitio La Mora. Foto: JB.....	72
Figura 21. Desarrollo de entrevistas semi-estructuradas en Imala por parte de los arqlgos. Óscar López y Emmanuel Gómez. Foto: CIVA	74
Figura 22. Pie de sierra en El Varejonal, Culiacán, Sinaloa.....	80
Figura 23. Panorama del río Tamazula en Jotagua, Culiacán, Sinaloa. Foto: CIVA.....	81
Figura 24. Cauce del río Culiacán. Navolato, Sinaloa.....	83
Figura 25. Panorámica de la Bahía de Altata	87
Figura 26. Desemboque del río Culiacán. El Castillo, Navolato.....	88
Figura 27. Cerámica del complejo Aztatlán, sitio Los Mezcales, Culiacán. a) Cerámica decorada con borde rojo, b) Aztatlán fina, c) Aztatlán pesada, d) Aguaruto policromo, e) Navolato policromo, f) Cerro Izábal, g) Alamitos grabado, h) Borde negro y rojo, i) Aguaruto inciso. Tomado y modificado de Vidal y Gómez (2015)	97
Figura 28. Cerámica Culiacán policromo temprano. Tomado y modificado de Kelly (2008a).....	99

Figura 29. Cerámica Culiacán incisa. Sitio GOM-022 La Sinaloa-Yebavito. Archivo fotográfico PASGOM.....	99
Figura 30. Cerámica Culiacán policromo medio. Tomado y modificado de Kelly (2008a)	100
Figura 31. Cerámica Culiacán arena del sitio Los Mezcales. Tomado de Vidal y Gómez (2015).....	100
Figura 32. Cerámica Culiacán policromo tardío. Tomado y modificado de Kelly (2008a)	101
Figura 33. Cerámica Culiacán acanalado. Sitio GOM-022 La Sinaloa-Yebavito. Archivo fotográfico PASGOM.....	101
Figura 34. Hallazgo de un vaso Sinaloa policromo en La Ferrería, Durango en 1954. Tomado del archivo fotográfico de la Southern Illinois University, Centro INAH Durango.	103
Figura 35. Propuesta cronológica de Sinaloa. Tomado de Kelley y Winters (1960: 560) .	105
Figura 36. Edad calibrada del sitio La Ferrería, muestra de carbón vegetal M-592. Originalmente datada por Kelley y Winters (1960) y calibrada por la autora con el programa OxCal v.4.2.4, utilizando la curva de calibración IntCal13.....	108
Figura 37. Edad calibrada del sitio La Ferrería, muestra de carbón vegetal M-613. Originalmente datada por Kelley y Winters (1960) y calibrada por la autora con el programa OxCal v.4.2.4, utilizando la curva de calibración IntCal13.....	108
Figura 38. Comparación de los resultados de las cuatro muestras del sur de Sinaloa datadas por radiocarbón. Elaboró: GGH	114
Figura 39. Zona alta del arroyo El Tular. Foto: CIVA	124
Figura 40. Sitio El Faro, en la zona alta del Arroyo El Tular. Foto: CIVA	125
Figura 41. Sitio Las Calaveras, conchero ubicado en la zona baja del arroyo El Tular. Tomado de Konieczna y Mayer (1973).....	125
Figura 42. La Bahía de Altata en la actualidad. Foto: CIVA.....	128
Figura 43. Panorámica de la Isla La Palmita, Altata, Sinaloa. Foto: CIVA	129
Figura 44. Pescadores de Altata en el pasado. Archivo fotográfico del restaurante Bahía.	130
Figura 45. Vista del Cerro la Chiva desde la isla La Palmita, Bahía de Altata, Sinaloa. Foto: CIVA	131
Figura 46. Pesca artesanal de camarón con churupea. Altata, Sinaloa. Foto: CIVA	132
Figura 47. Pesca de camarón en Altata. Archivo fotográfico del restaurante Bahía	133
Figura 48. Estado actual de sitios arqueológicos en la plataforma del río Culiacán. La Cofradía de Navolato, PASGOM. Foto: IARC	142
Figura 49. Concentración de materiales en el sitio Cofradía de la Estancia Número 2. PASGOM. Foto: CIVA	142
Figura 50. Excavaciones en Las Lomitas. En la imagen inferior se aprecian el apisonado y las huellas de poste localizadas por Kelly. Tomado de Kelly (2008: 209)	144
Figura 51. El área de Mojolo. Hacia la izquierda está el Cerro El Capule y a la derecha la plataforma del río Humaya donde se encuentra el sitio Mojolo 2. Foto: CIVA	146
Figura 52. El "plato", Mojolo 1. Foto: CIVA	147
Figura 53. Trabajos de reconocimiento de superficie en Mojolo 2. Al fondo se aprecia el Cerro el Capule, en cuya ladera se encuentra Mojolo 1. Foto: CIVA	148
Figura 54. Figurilla antropomorfa registrada en Mojolo 2. Foto: CIVA.....	148
Figura 55. Los Mezcales durante los trabajos de excavación de Gálvez. Imagen tomada de Centro INAH Sinaloa (n.d.)	149

Figura 56. Los Mezcales en la actualidad. Foto: CIVA.....	150
Figura 57. Entierro directo en Los Mezcales. Tomado de Centro INAH Sinaloa (n.d.)	151
Figura 58. Croquis de ubicación del sitio Yebavito.....	156
Figura 59. Restos de bajareque recuperado en Yebavito. Foto: PASGOM	158
Figura 60. Cerámica del complejo Aztatlán registrada en las excavaciones de Yebavito. Fotos: PASGOM.....	159
Figura 61. Cerámica del Complejo Culiacán localizada durante las excavaciones de Yebavito. Fotos: PASGOM.....	160
Figura 62. Ejemplos de los fragmentos de pipas de barro encontradas en Yebavito. Fotos: PASGOM.....	161
Figura 63. Desechos de talla de obsidiana registrados en Yebavito. Foto: PASGOM.....	161
Figura 64. Restos de conchas de río. Muestra 170056 del Laboratorio de Paleotnobotánica del IIA. Unidad 3, estrato 4, Yebavito. Foto: CIVA	163
Figura 65. Semilla carbonizada de <i>Chenopodium</i> sp. Muestra 170057 del Laboratorio de Paleoetnobotánica del IIA. Unidad 3, estrato 5, Yebavito. Foto: CIVA	163
Figura 66. Semilla carbonizada de <i>Trianthema portulacastrum</i> . Muestra 170061 del Laboratorio de Paleoetnobotánica del IIA. Unidad 9, estrato 6, Yebavito. Foto: CIVA	164
Figura 67. Posible calendario de horizonte del sitio Yebavito.....	167
Figura 68. Entorno del alto río Humaya, desde la cortina de la presa López Mateos. Foto: CIVA.....	172
Figura 69. Hacha recuperada por los habitantes de El Varejónal, en el alto río Humaya. Foto: CIVA	172
Figura 70. Petrograbados del Arroyo Los Arados. Foto: CIVA	173
Figura 71. Cauce del río Humaya en Tepuche. Foto: CIVA.....	174
Figura 72. Paisaje de la presa Sanalona en el alto río Tamazula. Foto: CIVA.....	175
Figura 73. Restos de montículo con concentraciones de materiales en Imala. Foto: CIVA	176
Figura 74. Cauce del río Tamazula en Jotagua. Foto: CIVA.....	177
Figura 75. Concentración de materiales en el sitio Jotagua 2. Foto: CIVA	177
Figura 76. Pipas halladas en las inmediaciones de El Pozo. Foto: CIVA.....	179
Figura 77. Localización del sitio La Mora.....	183
Figura 78. Comunidad La Mora. Foto: CIVA.....	184
Figura 79. Urna funeraria expuesta en superficie, sitio La Mora. Foto: CIVA.....	184
Figura 80. Malacates recuperados por los habitantes del sitio La Mora. Foto: CIVA	185
Figura 81. Mapa geoelectrico del Locus 1, sitio La Mora. Elaboró: Jorge Blancas IIA	186
Figura 82. Levantamiento topográfico de la Loma del Rey, Locus 2 del sito La Mora. Elaboró: HCSG	188
Figura 83. El Locus 2 o Loma del Rey, acceso al área de grabados. Foto: CIVA.....	188
Figura 84. Panel principal. Locus 2, Loma del Rey. Sitio La Mora: Foto: CIVA	188
Figura 85. Registro fotogramétrico del área principal de petrograbados, sitio La Mora. Elaboró: EAGA	189
Figura 86. Detalle de perfil antropomorfo labrado, panel principal. Locus 2, Loma del Rey. Sitio La Mora: Foto: CIVA.....	190
Figura 87. Panel 2. Sitio La Mora: Foto: CIVA.....	190
Figura 88. Panel 3. Sitio La Mora: Foto: CIVA.....	191
Figura 89. Motivo de cuadrete o pitarrilla. Sitio La Mora: Foto: CIVA.....	191
Figura 90. Espirales, Loma del Rey. Sitio La Mora: Foto: CIVA	192

Figura 91. Motivo antropomorfo. Locus 2, La Loma del Rey, Sitio La Mora: Foto: CIVA.	192
Figura 92. Petrograbado en el Locus 3 de La Mora. Foto: CIVA	193
Figura 93. Vista del horizonte oriental, desde La Loma del Rey, Locus 2 del sitio La Mora. Foto: HCSG	198
Figura 94. Vista del horizonte occidental desde La Loma del Rey, al fondo El Cerro del Elefante. Sitio La Mora. Foto: HCSG	198
Figura 95. Posible calendario de horizonte del sitio La Mora, Locus 2. Elaboró: CIVA ...	200
Figura 96. Poblaciones indígenas en el siglo XVI (C. Sauer, 1998: 199).	206
Figura 97. Estampa que acompaña el informe de Arias y Saavedra. Tomado de Magriñá (2013).....	214
Figura 98. Los asentamientos indígenas en Sinaloa en 1690. En color rojo se destaca el valle de tahues. Tomado y modificado de López Castillo (2014: 117).....	226

Índice de mapas

Mapa 1. Localización del área de investigación	77
Mapa 2. Sitios arqueológicos registrados hasta el momento en el Valle de Culiacán	93
Mapa 3. Propuesta de los mundos de la vida en Culiacán: costeros, de la llanura y serranos.....	94
Mapa 4. Sitios con ocupación durante la fase Acaponeta	116
Mapa 5. Sitios con ocupación durante la fase La Divisa	117
Mapa 6. Sitios con ocupación durante la fase Yebavito	117
Mapa 7. Sitios con ocupación durante la fase La Quinta	118
Mapa 8. Sitios del mundo de la vida costera	120
Mapa 9. Sitios costeros ubicados en el área del Río Viejo	122
Mapa 10. Sitios costeros de la Bahía de Altata y sus inmediaciones	123
Mapa 11. Sitios costeros en el área de la Bahía de Santa María	127
Mapa 12. Análisis de visibilidad de Altata	135
Mapa 13. Sitios del mundo de la vida de la llanura aluvial.....	139
Mapa 14. Sitios de la cuenca del río Culiacán.....	141
Mapa 15. Sitios ubicados en las cuencas del río Humaya, Tamazula y en la confluencia de los tres ríos	145
Mapa 16. Análisis de visibilidad de Yebavito	167
Mapa 17. Sitios del mundo de la vida serrana.....	169
Mapa 18. Sitios serranos dispuestos en la cuenca del río Humaya	171
Mapa 19. Sitios serranos localizados en la cuenca del río Tamazula	175
Mapa 20. Sitios registrados en el valle intermontano de los ríos Humaya y Tamazula ...	179
Mapa 21. Sitios ubicados al sur del río Tamazula	180
Mapa 22. Análisis de visibilidad del Locus 2 del sitio La Mora.....	199

Introducción

[...] era la tierra más bien poblada que en Indias se ha visto; por este valle de Culiacan pasa un río muy bueno, mayor que ninguno de los pasados. Habrá desde la mar hasta el principio de las sierras nueve leguas de tierra llana. Todas estas nueve leguas iban cuajadas de pueblos del un cabo e del otro del río, a tres cuartos e a media legua, que cada uno tenía quinientas, seiscientas casas. Eran las casas muy largas e muy bien hechas, e cobiertas de paja por muy gran arte; tenían encima de los caballetes de los tejados sus inviciones como acá en Castilla, de barro muy pintadas [...] (Primera relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia)

El valle de Culiacán se localiza en la región central del estado de Sinaloa, entre la llanura costera del Mar de Cortés y la sierra Madre Occidental. Su entorno inmediato está enmarcado por tres ríos: el Humaya y el Tamazula, que nacen en las quebradas de Durango, y el Culiacán, que surge de la confluencia de los dos anteriores y desemboca en el mar. Debido a su posición geográfica, el valle de cuenta con excelente acceso a los productos marinos y fluviales, además que posee suelos profundos y fértiles, aptos para la agricultura. También cuenta con una gran diversidad de flora y fauna, y, debido a su cercanía con la sierra, es fácil acceder a los recursos de la tierra adentro. Como veremos a lo largo de este texto, es claro que estas características no pasaron desapercibidas, de hecho, es posible que desde el 8000 a.C., esta área haya contado con ocupación humana.¹

Hoy día Culiacán es conocido a nivel nacional por su música, sus reinas de belleza, su narco cultura, su gastronomía y sus productos agrícolas. En contraste, y a pesar de ser abundantes, sus vestigios arqueológicos son poco conocidos pues se han estudiado de manera escasa y poco sistemática, principalmente como resultado de rescates y salvamentos implementados por la introducción de sistemas de riego y obras de infraestructura urbana (Carballal, Moguel, & Padilla, 1994;

¹ Esto si se consideran las puntas Clovis que se han reportado en una colección particular de Culiacán.

Gálvez, 1968; Kelly, 1945; Konieczna & Mayer, 1973; C. Sauer & Brand, 1998; Téllez, 1997; Vicente, 2004). La falta de continuidad y sistematicidad de las investigaciones arqueológicas no ha permitido obtener un panorama general sobre cómo fue la vida de los pobladores prehispánicos.

No obstante, desde mi punto de vista es factible realizar una primera aproximación sobre la gente del pasado si se integra y sistematiza el conocimiento generado hasta ahora, siguiendo el marco teórico de la arqueología del paisaje, pues, como señalé arriba, las condiciones particulares del valle han sido fundamentales para el desarrollo humano a través del tiempo. Este sentido, el objetivo de la presente investigación es conocer cómo fue la relación entre los seres humanos y el medio ambiente en el valle de Culiacán para así saber la manera en que el paisaje se concibió y experimentó. En consecuencia, la hipótesis que aquí se explora es que, si se puede conocer al paisaje como un entramado de relaciones entre los seres humanos y el ambiente (*meshwork*), si se realiza un análisis artefactual, espacial y de visibilidad de los sitios arqueológicos, haciendo una comparación entre los datos arqueológicos, etnohistóricos, etnográficos y la propia experiencia fenomenológica.

La problemática de investigación y la manera de abordarla

Al momento, las últimas investigaciones sistemáticas que se realizaron en Culiacán datan de la primera mitad del siglo XX. Los estudios de Carl Sauer, Donald Brand e Isabel Kelly, de la Universidad de California en Berkeley, desarrollados en Culiacán entre 1929 y 1939, fueron pioneros en el estudio de un área que hasta entonces permanecía desconocida y abrieron la posibilidad de ver el Noroeste de México como un lugar donde habitaron altas culturas. Después de este breve lapso, el interés por la arqueología de Culiacán quedó fuera de la agenda de investigación y solo permaneció en la agenda de rescate del patrimonio, tanto así que hoy día la propuesta regional/tipológica/cronológica de Isabel Kelly es el paradigma que reina actualmente sobre la arqueología regional.

Ante este panorama y después de tener un acercamiento de primera mano con los materiales y sitios de Culiacán y áreas vecinas, mediante la participación en proyectos del INAH Sinaloa, me interesé en la región al ver que es prácticamente virgen en materia de investigación y que hace falta un largo camino para tratar de conocer cómo fue la vida en el pasado. Así, partiendo de la riqueza natural de la zona en la actualidad, me dispuse a investigar la forma en que ésta se interrelacionó con los seres humanos en el pasado. A partir del análisis del estado de la cuestión, fue evidente que, fuera del estudio de Sauer y Brand (1998), no se ha considerado a las sociedades de manera integral. Si bien existen estudios sobre los artefactos, hallazgos particulares y los sistemas de enterramiento, el carácter ambiental se ha dejado de lado y solo se ha tratado como información complementaria que no es usada en arqueología, más allá de señalar el marco geográfico.

De esta manera, la presente investigación surge con el fin de realizar una aproximación a la forma en que los habitantes prehispánicos del valle de Culiacán concibieron, construyeron y experimentaron el paisaje a lo largo del tiempo desde la perspectiva de la arqueología del paisaje a partir de las estrategias relacionales y de la fenomenología.

A partir del análisis de los datos arqueológicos y su analogía con documentos históricos y etnográfico de la región, me parece que, si partimos de la idea de una historia de larga duración similar a las regiones vecinas (e. g. el sur de Sinaloa y norte de Nayarit y el valle de Guadiana, Durango)² y resulta factible que los antiguos pobladores del valle de Culiacán hayan concebido, experimentado y habitado su paisaje como un todo, un *meshwork* que tuvo influencia en la vida diaria y en la construcción de su identidad.

Es posible que de manera similar a los grupos históricos acaxéas, xiximes, coras, huaynamotecos y huicholes y a los contemporáneos del Gran Nayar y los Mayo-Yoreme (Neurath 2002, Reyes 2006, Punzo 2013, Magriñá 2002, López

² Esta extrapolación la podemos realizar en el sentido de que, en regiones cercanas como el Gran Nayar, a pesar del contacto español existen elementos prehispánicos que perduran hasta nuestros días. A la luz de los datos arqueológicos, parece que la cosmovisión en Sinaloa era similar (Grave 2012, Vidal 2011, Gómez y Vidal 2013)

Aceves 2013), el tránsito del sol sobre el paisaje ritual haya marcado la vida de los tahue³ y de los grupos que les antecedieron, en la medida que este pudo haber marcado el calendario agrícola y ritual y al mismo tiempo coadyuvar al establecimiento y desarrollo de relaciones socioeconómicas dentro de la región y con los grupos vecinos.

El plan de la obra

Los planteamientos arriba expuestos se desarrollan en el presente trabajo mediante tres apartados concatenados: “El estado de las investigaciones en arqueológicas en Culiacán y el aporte de la arqueología del paisaje para la región de estudio”, “Mundos de la vida, construcción y percepción del paisaje en Culiacán” y “La percepción del paisaje en el Noroccidente México, un proceso de larga duración”. La primera parte versa sobre el estado de la cuestión, los conceptos teóricos de la arqueología del paisaje y la metodología que ayudará a resolver la problemática, expuestos en el dos capítulos. El capítulo 1 es un análisis de las investigaciones y exploraciones arqueológicas que se han realizado en Culiacán, desde las primeras menciones que asocian la región con el Colhuacan de los aztecas, pasando por los estudios pioneros de Sauer y Brand, y Kelly, hasta los rescates y proyectos recientes.

Por su parte, el segundo capítulo versa sobre la arqueología del paisaje. En el texto describo un breve recuento sobre diferentes posturas de la arqueología del paisaje y explicito el derrotero a seguir en este estudio: la perspectiva relación, así mismo como la metodología empleada, la cual tiene su base en la propuesta fenomenológica de Christopher Tilley y el mecanismo *zoom* propuesto por Felipe Criado Boado. Posteriormente, en el texto está dedicado a la presentación general de las características ambientales de la región de estudio: los tipos de suelos, fisiografía, flora y fauna, elementos que son detallados y analizados más adelante.

³ Los tahue eran los habitantes del valle de Culiacán al momento del contacto español

La segunda parte de la investigación está integrada por cuatro capítulos (3, 4, 5 y 6), constituye el grueso del trabajo y es el principal aporte de la tesis. Aquí se muestran los resultados del estudio de 156 sitios arqueológicos registrados en el valle de Culiacán. En el capítulo 3 se presentan las características generales de la arqueología del valle de Culiacán: los tipos de sitios y sus elementos formales, los materiales arqueológicos y la problemática de la secuencia cronológica regional. Después, en los capítulos 4, 5 y 6, a partir del análisis de los datos arqueológicos y sus características ambientales de los sitios, planteo la posibilidad de que en el pasado se hayan experimentado tres mundos de la vida: uno costero, otro asociado a la llanura aluvial y uno serrano. De igual manera, siguiendo el planteamiento de Criado Boado, realizo un *zoom* en tres sitios: Altata, ubicado en el mundo de la vida del Mar de Cortés, Yebavito, representante del mundo de la vida de la llanura aluvial, y La Mora, correspondiente al mundo de la vida del pie de la Sierra Madre Occidental.

Por último, la tercera parte de la tesis, compuesta por los capítulos 7 y 8, está abocada a la descripción de los mundos de la vida de los grupos indígenas que han habitado en las inmediaciones del valle de Culiacán en dos momentos históricos: a la llegada de los españoles y en la actualidad. El objetivo de este apartado es brindar una perspectiva diacrónica a la percepción indígena del paisaje a fin de establecer puntos de interconexión y comparación entre los datos arqueológicos, históricos y etnográficos, lo cual permite enriquecer y contrastar las hipótesis arqueológicas.

Cabe mencionar que la base para la analogía es que, aunque las prácticas culturales se han transformado en el devenir de los años, trabajos etnográficos recientes entre los grupos de la sierra del Nayar han demostrado una continuidad en los mitos como en los ritos registrados al momento del contacto español y los que hoy se desarrollan (Fresán, 2002; Gutiérrez del Ángel, 2002; Guzmán, 2002; Neurath, 2002; Reyes, 2006). De igual manera, las fuentes históricas del Noroccidente de México tienen mucho que aportar al estudio del paisaje en el pasado pues en ellas se observan recurrencias que recuerdan al registro

arqueológico y que al extrapolarlas ayudan a plantear nuevas hipótesis y a dar sentido a los datos.

Primera parte. El estado de las investigaciones arqueológicas en Culiacán y el aporte de la arqueología del paisaje para la región de estudio

1. Las investigaciones arqueológicas en Culiacán.

Aunque la arqueología de Culiacán es conocida en la literatura del noroccidente de México a partir de la excelente cerámica que se produjo en la región, las investigaciones profesionales han sido escasas. Partiendo de este punto, en el presente capítulo se muestra el estado del conocimiento arqueológico de Culiacán a través de dos apartados. El primero consiste en un recuento y análisis de los estudios que se han desarrollado en la región, desde los documentos históricos que abordan el poblamiento de la región como consecuencia del peregrinaje de los aztecas, hasta los planteamientos de estudios sistemáticos que han logrado una gran influencia académica en las investigaciones actuales.

El segundo apartado se integra por el examen de los aportes desarrollados por políticos, historiadores locales y coleccionistas, quienes, aunque no son profesionales de la disciplina, han elaborado registros del arte rupestre regional e integrado importantes acervos de piezas arqueológicas y, sin ellos, el conocimiento de la región sería aún más escaso. Hacia el final del capítulo señalo los avances de la investigación institucional y en el apartado final refiero los datos que se han generado a partir de recientes exploraciones.

El objetivo del capítulo es mostrar un balance sobre la arqueología de Culiacán, señalar el estado del conocimiento de la región, determinar lo que hace falta por conocer y marcar los puntos donde se inscribe la presente investigación.

1.1 La historia oficial. Culiacán y el peregrinaje de los aztecas

A lo largo de la historia de Sinaloa, el topónimo Culiacán se ha atribuido como un punto en el peregrinaje azteca hacia el centro de México, debido a su origen nahua Colhuacan. La primera mención al respecto se encuentra en la *Histoire du Mechique*, en el Capítulo III del documento, el cual versa sobre el origen de los

mexicanos. En el texto, se menciona a dos hermanos primigenios: el hermano pequeño era sometido por el mayor hasta que su dios se apareció y le encomendó iniciar un peregrinaje hacia la tierra prometida.

[...] caminando con toda su gente hasta una provincia llamada Culiacán, la cual es sin falta la más fértil que yo he visto jamás, y se halla a 200 leguas de México hacia el occidente, no muy lejos de la Mar del Sur, donde Nuño de Guzmán estuvo cuando conquistó la Nueva Galicia. Permanecieron mucho tiempo en esta provincia, donde edificaron templos y casas magníficas y otras cosas bellas (Tena, 2011:133).

Por otra parte, en el Capítulo IV, dedicado a los primeros años del imperio mexica y a los texcocanos en tiempos de Nezahualcoyotl, se dice que la gente de Colhuacan, de la cuenca de México, era descendiente de los mexicanos que habían vivido en Culiacán en tiempos de la peregrinación y eran gente noble y virtuosa “más volviendo al punto que habíamos olvidado de la venida de los de Colhuacan, que está a dos leguas de Mexico, ellos dicen haber sido parte de los mexicanos, los cuales habían morado en Culiacán, del cual hablamos más arriba” (Tena, 2011: 139).

La segunda mención de Culiacán como un lugar del tránsito azteca se encuentra en el texto de Fray Antonio Tello (1891: 14-17). En tal documento se describe que en Aztatlán, ubicado en el septentrión de la Nueva España, vivían dos hermanos: Tecpatzin y Huitziton, a quienes en 1113 se les apareció un dios quien les ordenó dejar sus tierras. Después de un año de peregrinaje se asentaron en Colhuacan, donde, luego de vivir por tres años, el dios nuevamente se hizo presente, se hizo llamar Huitzilopochtli y le construyeron una silla para colocar una imagen suya. De igual manera, en Colhuacan, Huitzilopochtli les dijo que los guiaría hacia nuevas tierras y los haría guerreros y vencedores, les enseñó nuevas habilidades y les solicitó sacrificios humanos (F. A. Tello, 1891: 17).

Otro trabajo que vincula a Culiacán con los aztecas es el de Eustaquio Buelna (1887), quien, interesado en el pasado prehispánico de su terruño, se dio a la tarea de revisar diversas fuentes, como el códice Boturini, las crónicas de Mateo Mange y el padre de la Mota Padilla, los trabajos de Orozco y Berra y de Alfredo Chavero.

En el libro “Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa”, Buelna identificó como el lugar de origen de la población nahua, Aztlán o Aztatlán, a la mítica isla Atlántida. De acuerdo con su punto de vista, los nahuas salieron de la isla debido a causa de una catástrofe natural que la destruyó y posteriormente comenzaron su peregrinaje hacia el centro de México (Buelna, 1887).

Según el autor, el lugar donde la población nahua realizó su primera parada fue en el área de los grandes lagos de Estados Unidos, donde edificaron construcciones. Posteriormente, el grupo seguiría su camino y fundaría una estancia entre los ríos Gila y Colorado, donde se asentarían en una organización de siete pueblos, siendo el tolteca uno de ellos y el primero en reemprender el peregrinaje rumbo al sur, otro grupo sería el de los aztecas. Durante su camino por la costa occidental, los toltecas se encontraron con muchos pueblos belicosos desde Sonora hasta el norte de Sinaloa, finalmente, el lugar más norteño donde lograron asentarse fue Culiacán, pues ahí no fueron recibidos con armas, además que al poco tiempo la población local asimiló la cultura y el lenguaje foráneo (Buelna, 1887).

El cahita que, como he dicho, era el idioma de la antigua provincia de Sinaloa, que por consiguiente se usaba desde el río Yaqui hasta el Mocorito, y aún llegó a extenderse hasta el de Culiacán, [...] fue el último que se formó hacia el sur por la influencia ya lejana de la raza que dominaba desde el Gila (ibid.: 25). De lo expuesto se colige que los nahoas no impusieron su idioma en Sonora y la antigua Sinaloa, pero llegaron a modificar los de estas comarcas, ocasionando la formación de lenguas congéneres a la suya (Buelna, 1887: 26).

A opinión de Buelna, los toltecas llamaron Tlapallanconco a Culiacán y ahí se establecieron durante tres años, hasta que en el 555 d.C. continuaron su travesía. Sin embargo “dejaron un núcleo de población que con el tiempo creció y se extendió por el país, influyendo en su civilización hacia el norte entre los cahitas, donde fueron introduciendo su habla” (Buelna, 1887: 31). De esta manera, el autor propone que el náhuatl se convirtió en lengua franca en Sinaloa y se impuso en la zona meridional del estado. Posteriormente, los toltecas se fueron por la costa hasta

las tierras altas del centro de México y finalmente fundaron Tollan (Buelna, 1887: 32).

En cuanto a los aztecas, Buelna sugirió que este pueblo se mudó del Gila al área de Casas Grandes en 544 d.C. y ahí vivió durante cien años. Posteriormente, atravesaron la Sierra Madre Occidental por tierras tarahumaras hasta llegar a Culiacán o lugar del cerro torcido en 648 d.C. o año *ce tecpatl* (Buelna, 1887: 33) y ahí se establecieron durante tres años, pues Culiacán fue

[...] el punto de parada más importante para ellos, Hueicolhuacán, el Culiacán de Humaya donde se fundó su teogonía, y en cierto modo su nacionalidad independiente, su agrupación alrededor del aura de un dios que los guiaba y regía con sus oráculos” (Buelna, 1887: 15).

En efecto, allí fue fundada su religión, y allí tomó cuerpo y consistencia su nacionalidad, agrupada de entonces en lo sucesivo alrededor del ara de su dios, y por eso la ciudad ha sido llamada Teocolhuacan, esto es, Colhuacan santa, misteriosa, divina (Buelna, 1887: 36).

Buelna (1887) propuso que los aztecas vieron en Culiacán un buen lugar para quedarse, pues los nativos hablaban una lengua similar y tenían una cultura menos bárbara en comparación con otros habitantes del noroeste, esto debido al paso de los toltecas en la región tiempo atrás. Tras el episodio mitológico de Colhuacan, los aztecas continuaron su peregrinar hasta el centro de México y allá, según el autor, nombraron a otra ciudad como Colhuacan, en recuerdo del sitio donde les habló su dios.

El siguiente trabajo donde se concibe a Culiacán como lugar heredero del peregrinar azteca es en el del naturalista León Diguet (1992). En su texto titulado “Chimalhuacán y sus poblaciones antes de la conquista española”, publicado en 1903, Diguet realizó una reconstrucción etnohistórica sobre el territorio de Chimalhuacán que perteneció a la Nueva Galicia y, propuso, se integró por los grupos aborígenes de los estados de Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Zacatecas y Aguascalientes, exceptuando la zona serrana de Nayarit. Con base en los documentos de históricos de Antonio Tello, Pablo Beaumont y Matías Ángel de la Mota Padilla, el estudioso planteó que el origen de los habitantes nativos de

Chimalhuacán era desconocido, sin embargo, éstos se mezclaron con tribus nahuas que llegaron en dos oleadas: la primera, tolteca, se estableció en Culiacán y Acaponeta, mientras la segunda, integrada diversos pueblos que habitaron la región por un tiempo, continuaron su travesía hacia el centro de México. Dentro del territorio había tres reinos hereditarios que, si bien mantenían independencia étnica y política, tenían muchas similitudes culturales debido a las oleadas nahuas, estos eran: el reino de Tonalá, el de Jalisco y el de Aztatlán (Diguét, 1992).

En cuanto a la región que nos ocupa, Diguét (1992) planteó que el reino de Aztatlán abarcaba desde Culiacán hasta el río Santiago y se dividía en cuatro provincias: Tzapotzinco, Centispac, Acaponetlan y Colhuacan. En dicho reino, el dios principal era Teopiltzintli, una deidad infantil que había enseñado la forma en que los habitantes fueran fuertes ante sus enemigos. Particularmente, la propuesta del autor es que la provincia de Colhuacan era la más septentrional y se trataba del área donde coexistían los nahuas con diversas tribus que hablaban otras lenguas.

Hacia 1925 se publicó la primera información académica de Culiacán mediante una breve nota sobre el descubrimiento de vasijas policromas, firmado por Alfonso Toro (1925). En su texto, el autor, con base en información proporcionada por el ing. Carlos Talancón, describió el hallazgo de centenares de ollas, enterramientos y vasijas sumamente finas, halladas durante la construcción del canal Rosales. A los ojos de Toro, los objetos guardaban cierta similitud con artefactos aztecas, evidenciando que en algún momento Culiacán estuvo habitado por grupos de alta cultura provenientes del centro de México.

Finalmente, en 1942 se publicó el trabajo “De Atlatlan a Mexico (Peregrinación de los nahoas)” de Manuel Bonilla (1942), en donde se encuentran las primeras descripciones y registros de petrograbados ubicados en Sinaloa, especialmente de los hallados en el Cerro del Tecomate, en el actual municipio de Navolato. A lo largo de múltiples estancias en campo, entre los años 1914 y 1932, Bonilla logró tomas fotográficas de los motivos y realizó dibujos de todos los grabados. De acuerdo con el autor, si se compara el arte rupestre del viejo mundo con los grabados del Suroeste de los Estados Unidos, los motivos del Cerro del

Tecomate y otras evidencias arqueológicas, es posible reconocer el camino que siguieron los nahuas desde Atatlán hasta el centro de México.

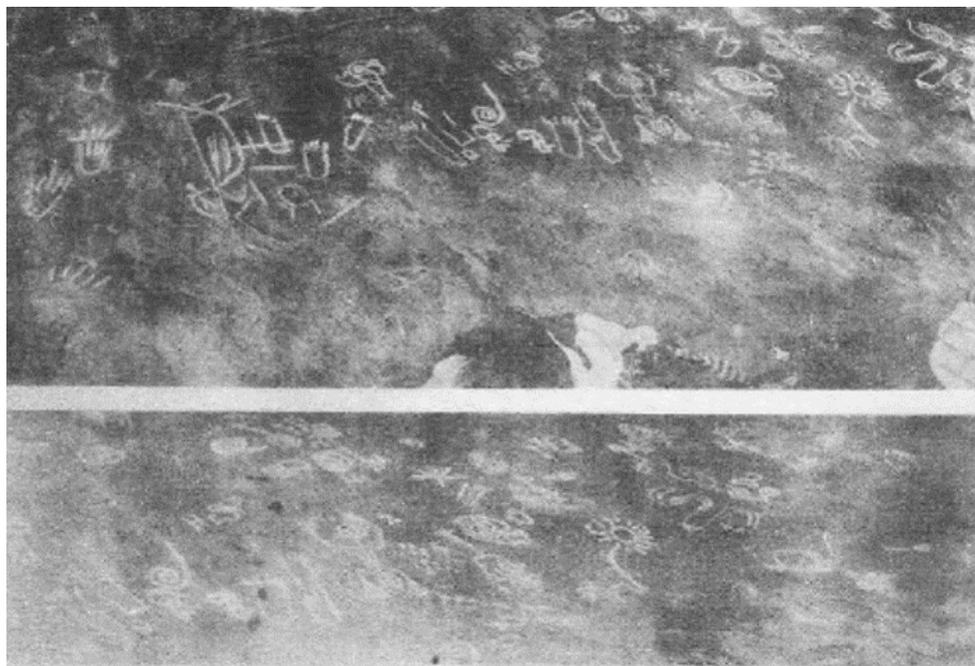


Figura 1. Grabados del Cerro del Tecomate. Tomado de Bonilla (1942)

En cuanto a los motivos del Cerro del Tecomate, Bonilla propuso: “Ya para entonces podía darme cuenta de que allí se habla de la Peregrinación Nahoá, de la legendaria lucha con los gigantes, de la creación de Huitzilopochtli y de los conocimientos astronómicos de los autores del relato” (Bonilla, 1942: 5). Bonilla asoció diversos motivos de El Tecomate con deidades del centro de México como Coatlicue y Huitzilopochtli e interpretó al motivo de una mujer pariendo como la representación del nacimiento de Huitzilopochtli. Como corolario, planteó que el Cerro de la Campana, situado al norte de Culiacancito, era el Colhuacan de los nahuas, pues su silueta es idéntica al cerro sagrado en la Tira de la Peregrinación (Bonilla, 1942: 24-25).

Como podrá verse, a partir de estos documentos se vinculó al Culiacán prehispánico con el centro de México y, años más tarde, esta visión se convirtió en

la historia oficial de la ciudad y del estado de Sinaloa. De hecho, hoy día este planteamiento se puede apreciar en el escudo de armas de la ciudad, en los libros de educación básica del estado y en el Museo Regional de Sinaloa.

1.2 Pioneros en tierra de nadie. Las primeras investigaciones arqueológicas

La primera exploración arqueológica en Sinaloa se realizó en los inicios de la década de los treinta del siglo pasado por Carl O. Sauer y Donald D. Brand (1998), investigadores de la Universidad de California, en Berkeley. El objetivo del estudio era encontrar evidencias de un corredor cultural que, a su parecer, pudo conectar a las culturas del Suroeste de los Estados Unidos con las del centro de México. Por tal motivo, Sauer y Brand emprendieron trabajos de reconocimiento de superficie en el área comprendida entre los ríos Acaponeta, en Nayarit y El Fuerte, en Sinaloa. Si bien los hallazgos no les permitieron apoyar su hipótesis, les mostraron el potencial de investigación con que contaban particularmente el valle de Culiacán y Chametla.

Como resultado de la exploración, Sauer y Brand acuñaron el término Aztatlán y le dieron una doble connotación: lo asociaron a una región cultural y a un complejo cerámico. Con base en el Atlas de Ortelius, identificaron la provincia indígena de Aztatlán entre los ríos Culiacán y Santiago, aunque con ciertas reservas pues pensaban que “el área quizá debería mejor llamarse Aztatlán-Chametla-Culiacán, “ya que no es seguro que el nombre indígena se aplicara a todo el conjunto” (C. Sauer & Brand, 1998: 10).

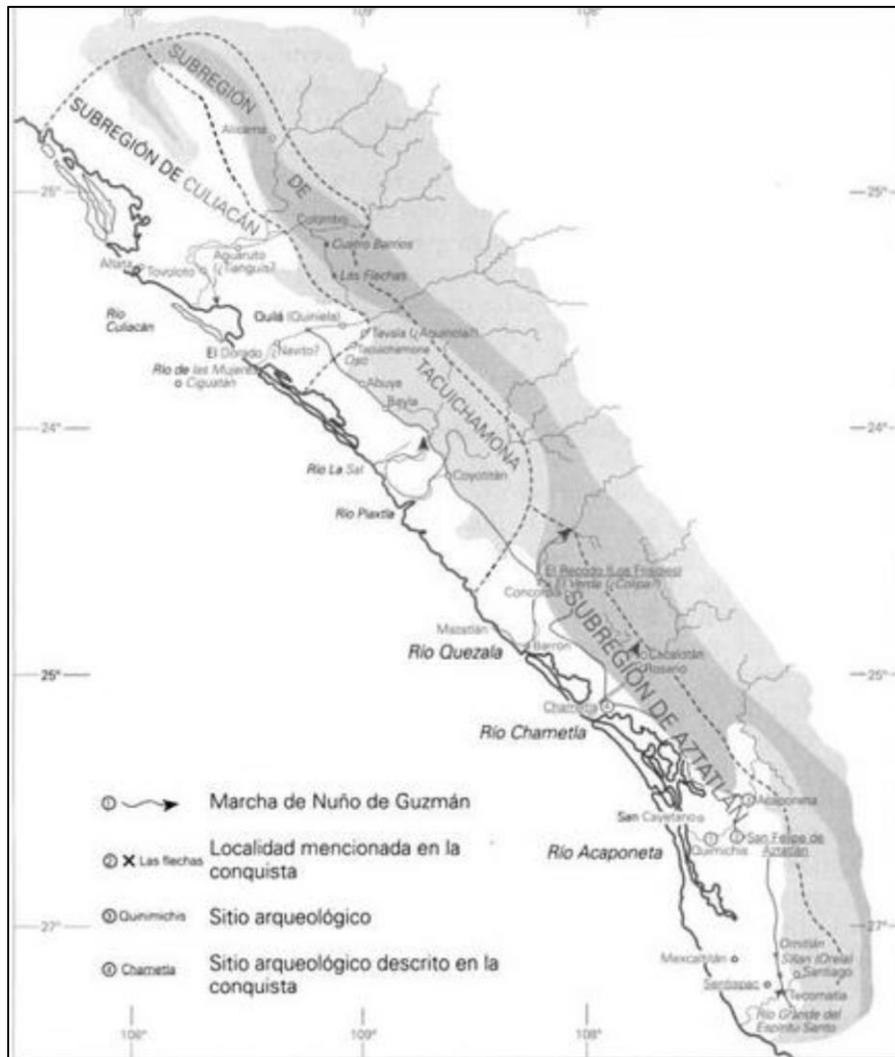


Figura 2. Área de estudio de Carl Sauer y Donald Brand. Tomado de Sauer y Brand (1998: 26)

De igual manera, los estudiosos caracterizaron una serie de lozas cerámicas, principalmente del sur de Sinaloa, a partir de las cuales posicionaron cronológicamente a la región como anterior al desarrollo tolteca: Polícroma de Mazatlán, Cerámica negra del sur, Polícroma de Chametla, Polícroma de Chametla, incisa, Incisa fina del sur e Incisa con bandas (C. Sauer & Brand, 1998: 88). Además de estas lozas, Sauer y Brand (1998: 90) describen las cerámicas de tipo Aztatlán, las cuales encontraron en una amplia distribución de sitios, y muestran esquemas de los fragmentos policromos recuperados en Toboloto, El Pisal, El Cedrito, San Pedro y Aguaruto.

En contraste con la postura desarrollada en el apartado anterior, los investigadores concluyeron

Por lo que a nosotros respecta, rechazamos la idea de que Aztatlán y Culiacán deban involucrarse en el mito de la migración azteca. Creemos más bien que la cultura de esta región es pre-azteca, que corresponde a asentamientos tempranos provenientes del sur, y que Culiacán era más bien una frontera que miraba al norte, no un puesto de expansión hacia el sur (C. Sauer & Brand, 1998: 47).

Durante el trabajo de reconocimiento de superficie se registraron al menos treinta sitios que los estudiosos separaron en tres subregiones: la de Culiacán, la de Chametla y la de Tacuichamona, donde localizaron sitios en las llanuras aluviales, el pie de monte, las lagunas y las barrancas. En el valle de Culiacán encontraron seis asentamientos en Aguaruto, San Pedro, El Cedrito, El Barrio, El Pisal, Toboloto y Altata. Particularmente, la región de Aguaruto-San Pedro fue considerada como área urbana, pues observaron montículos de entre trescientos cincuenta y cuatrocientos cincuenta metros de largo con acumulaciones de materiales arqueológicos y restos de arquitectura de tierra, dispuestos sobre la terraza aluvial del río Culiacán. La interpretación sobre este sitio fue que posiblemente se tratase del área de tianguis que observaron los españoles cuando arribaron a Culiacán (C. Sauer & Brand, 1998: 44-45).

Cinco años después de los trabajos de Sauer y Brand, Isabel Kelly fue designada por Alfred Kroeber y Carl Sauer para continuar las exploraciones en Sinaloa y así esclarecer la temporalidad y extensión de los asentamientos prehispánicos de la llanura costera. La estancia de Kelly en Culiacán se desarrolló durante dos temporadas de campo: la primera tuvo lugar entre los meses de enero y mayo de 1935, y la segunda en enero de 1939. Como resultado de sus exploraciones de superficie, Kelly registró 63 sitios arqueológicos, la mayoría dispuestos en la margen sur del río Culiacán (Kelly, 2008b: 173-184). En cuanto a las excavaciones, encontró 252 entierros, de los cuales 190 eran indirectos, depositados en urnas y el resto directos. Respecto a los primeros, se determinó que los huesos largos se colocaban de forma vertical y la mayoría de los restos se

colocaba al interior del cráneo o alrededor de éste, mientras los entierros directos se encontraron en posición supina, respetando el orden anatómico (Hulse, 2008).

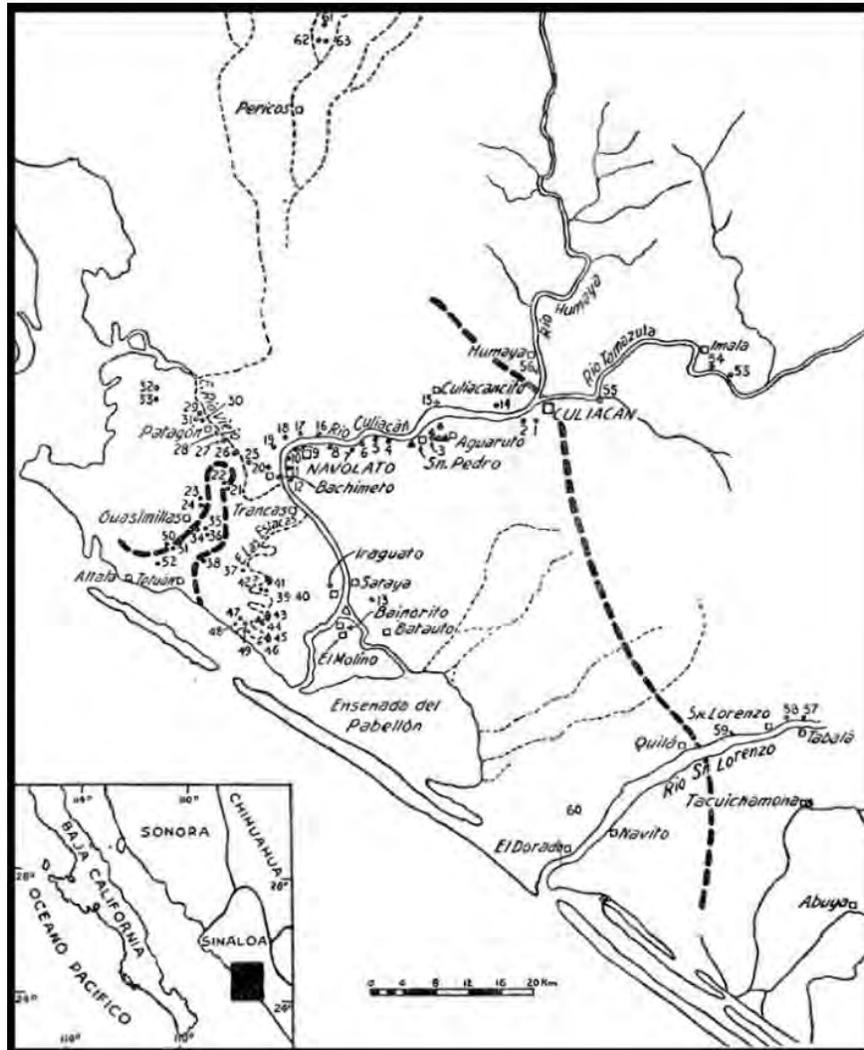


Figura 3. Sitios arqueológicos registrados por Kelly en el valle de Culiacán. Tomado de Kelly (2008b)

Durante la primera estancia de campo, el trabajo de Kelly consistió en excavaciones en el área de San Pedro y Aguaruto, y en labores de recorrido de superficie tanto en el valle del río Culiacán, como en los de San Lorenzo y Mocorito. Entre San Pedro y Aguaruto excavó cinco sitios: Las Lomitas, La Loma, Cerro Izábal, La Colorada y Alamitos, los cuales se integraron por montículos, resultado

de la acumulación natural de basura prehispánica, de aproximadamente 1 metro de altura, dispuestos sobre la plataforma fluvial (Kelly, 2008b: 19, 24). La estrategia de exploración consistió en la excavación de trincheras en eje longitudinal, seguidas de trincheras laterales (Kelly, 2008b: 19).

De acuerdo con Kelly (2008b: 20), el sitio Las Lomitas contaba con cuatro montículos donde se trazaron cuarenta trincheras (trincheras 1-40) en los cuales se localizaron entierros en urnas, restos de un piso de tierra y huellas de poste (Kelly, 2008b: 19-20). Por su parte, La Loma se integró por un solo montículo con orientación este-oeste donde se excavaron ocho trincheras (trincheras 50-58) (Kelly, 2008b: 21). Cerro Izábal también consistió en un montículo, no obstante, en las capas más antiguas se evidenció su uso funerario. En este sitio se excavaron seis trincheras, de la 60 a la 66 (Kelly, 2008b: 21).

Por otro lado, en La Colorada se trazaron cuatro trincheras (trincheras 70-74) dispuestas sobre un montículo principal (Kelly, 2008b: 21). Finalmente, Alamitos se integró por tres montículos irregulares explorados en cuatro trincheras (trincheras 100, 104, 110 y 112), hacia el norte de esta área, Kelly (Kelly, 2008b: 22) encontró un espacio funerario. Como resultado de este primer acercamiento a Culiacán, Kelly propuso que las casas prehispánicas estaban hechas de tierra batida y que, seguramente, se dispusieron a lo largo de la terraza del río Culiacán (Kelly, 2008b: 24)

La segunda temporada de campo tuvo por objetivo localizar contextos tempranos, anteriores al complejo Aztatlán del cual hablaremos adelante, para lograr una mejor comprensión del vínculo entre el valle de Culiacán y Chametla, y, al mismo tiempo, afinar la secuencia cronológica de ambas regiones. Para tales efectos, Kelly realizó recorridos de superficie en el área de playas y esteros adyacentes a Altata, igualmente excavó cuatro sitios en el estero Las Estacas, que posiblemente corresponde con el actual Arroyo El Tular: La Carbonera 1, Las Calaveras 1 y 2, y Rincón de la Nanchi.

La Carbonera 1 consistió en un sitio carente de montículos donde Kelly encontró, en los trabajos de superficie, una Pipa incisa del temprano, una máscara

de cerámica con la representación de un coyote, un malacate y restos de obsidiana, además de rocas quemadas que podrían ser evidencia de escoria de metal prehispánico (Kelly, 2008b: 180). Durante las exploraciones, la investigadora recuperó tuestos puramente Aztatlán y halló nueve entierros, tanto directos como en ollas, sin objetos asociados, aunque uno de los individuos contó con los incisivos limados. A partir de estas evidencias, Kelly (2008b: 25-26) propone que La Carbonera 1 fue un sitio primordialmente funerario.

Por su parte, Las Calaveras 1 consistió en un conchero situado en el límite del estero Las Estacas. Durante los trabajos de superficie se registraron fragmentos de pipas y restos humanos (Kelly, 2008b: 180). La excavación se caracterizó por la ausencia de basureros, no obstante, los pocos materiales recuperados correspondieron al complejo Aztatlán. Finalmente se hallaron múltiples entierros, uno de ellos contó con una ofrenda integrada por un vaso policromo Aztatlán (Kelly, 2008b: 26).

Las Calaveras 2, consistió en la continuación suroeste del sitio anterior y también se ubicó a orillas del estero. De acuerdo con Kelly (2008b: 180-181) se trató de un asentamiento funerario y ocupacional integrado por conchas y cerámica, en cantidades similares, cuya acumulación abarcó un espacio de más de 100 metros de longitud, donde además se halló un botón de cobre (Kelly, 2008b: 26, 153). A lo largo de la exploración, mediante la implementación de dos calas, se encontraron dos silbatos de efigie, figurillas, un disco de concha, un brazalete de concha, una lasca de obsidiana y una pieza redondeada de material volcánico. Los materiales hallados sugieren que el asentamiento se habitó durante las fases Culiacán medio y tardío (Kelly, 2008b: 26, 181).

Por último, Rincón de la Nanchi se ubicó en un arroyito tributario del estero Las Estacas. En la superficie del sitio se localizaron muchos tepalcates, restos de la base de una olla y conchas, no obstante, durante los trabajos de excavación hubo ausencia de artefactos, y solamente se recuperaron inhumaciones humanas (Kelly, 2008b: 27, 181).

Así las cosas, durante la temporada de 1939, pese a los esfuerzos de las exploraciones, la investigadora estadounidense no halló evidencia de algún contexto anterior a lo Aztatlán, el cual era el objetivo principal (Kelly, 2008b: 11). No obstante, este estudio permitió conocer la zona de playa de Culiacán y plantear que en otro tiempo los esteros posiblemente fueron afluentes perenes del río Culiacán (Kelly, 2008b: 27).

Aunado al trabajo de campo, Kelly elaboró una tipología del material cerámico a partir de dos complejos cerámicos, el Aztatlán y el Culiacán, y partir de éstos, y la estratigrafía registrada, estableció una secuencia cronológica integrada por cuatro periodos: Culiacán temprano II, Culiacán temprano I, Culiacán medio y Culiacán tardío. Según la autora, el periodo más antiguo fue inmediatamente posterior a la caída de Teotihuacán y la cultura prehispánica de Culiacán tuvo su desarrollo desde entonces y hasta la fundación de la villa de San Miguel, en 1531 (Kelly, 2008b: 16,19). Aquí vale la pena hacer una aclaración. Recordemos que la implementación de técnicas de datación absoluta como el ^{14}C inició alrededor de 1950, de manera que el establecimiento de secuencias cronológicas era sumamente intuitivo. De esta forma fueron Charles Kelley y Howard Winters (1960) quienes, en la década de los sesenta del siglo pasado, al localizar y datar contextos con materiales de la costa del Pacífico en el sitio La Ferrería, Durango, revisaron las secuencias cerámicas costeras y plantearon una secuencia cronológica para las culturas de Sinaloa. En el caso de Culiacán, los autores señalaron que la ocupación prehispánica inició hacia el 900d.C. y continuó de manera ininterrumpida hasta el contacto español (Kelley y Winters 1960). Hacia el final de este capítulo volveré sobre este punto.

A partir de sus exploraciones y la lectura de documentos históricos, Isabel Kelly concluyó que la cultura de Culiacán era “esencialmente urbana, con una densa población concentrada en aldeas” (Kelly, 2008b: 6), la cual desarrolló agricultura intensiva, mercados y comercio, además de una gran habilidad tecnológica que puede apreciarse en los artefactos. En resumen, la investigadora propuso a los antiguos habitantes de Culiacán como una “cultura avanzada y sofisticada” (Kelly, 2008b: 8). Sin embargo, con base en las similitudes observables entre el material

de Culiacán con el de Guasave, Sinaloa, sitio explorado por Gordon Ekholm (2008), Kelly sugiere que el origen de las culturas prehispánicas de Sinaloa tal vez se encuentre en el centro de México.

En este punto del estado de la cuestión, cabe mencionar que, al día de hoy, las investigaciones desarrolladas por Sauer y Brand e Isabel Kelly son los más profundos y sistemáticos en la región de estudio, tanto así que sus resultados siguen siendo un paradigma en el conocimiento de la arqueología de Culiacán.

1.3 Aficionados y coleccionistas de piezas arqueológicas

Después de las investigaciones emprendidas por la Universidad de California, pasaron treinta años hasta la siguiente exploración profesional en el valle de Culiacán. Durante ese lapso se publicaron dos obras elaboradas por aficionados locales, quienes se abocaron principalmente al registro del arte rupestre. El primero es el trabajo de Gonzalo Ortiz de Zárate (1976), resultado de múltiples visitas al campo realizadas a lo largo de sus años como docente en la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) y en colegios privados de Culiacán. Originalmente, el texto de Zárate se presentó como una ponencia durante el III Simposio Internacional Americano de Arte Rupestre en 1970 (Bosch-Gimpera, 1976:9-11), el objetivo de la investigación fue dar a conocer los petroglifos conocidos al momento en todo Sinaloa, además de plantear una propuesta tipológica de los motivos y una breve interpretación.

Como resultado de sus estudios, el investigador planteó ocho tipos de grabados representados en Sinaloa: círculos y espirales, soles, líneas onduladas o en zig-zag, petroglifos rectangulares, huellas, técnicas de dibujo, representaciones de plantas y animales y representaciones antropomorfas (Ortiz de Zárate, 1976). En el área de Culiacán localizó ocho sitios con diseños que contemplaron los ocho tipos de grabados: El Cerro del Tecomate, al norte de Navolato, La Mezcalera, en la zona alta del río Humaya, el Limón de los Ramos, en la cercanía del cerro La Chiva, Santa

Rosa, en el arroyo Quebrada Honda, Los Naranjos y Jotagua en la zona media del río Tamazula, y El Sombrero y el Arroyo del Sauz, cerca de la Laguna Colorada, al sur de Culiacán (Ortiz de Zárate, 1976: 38-41).

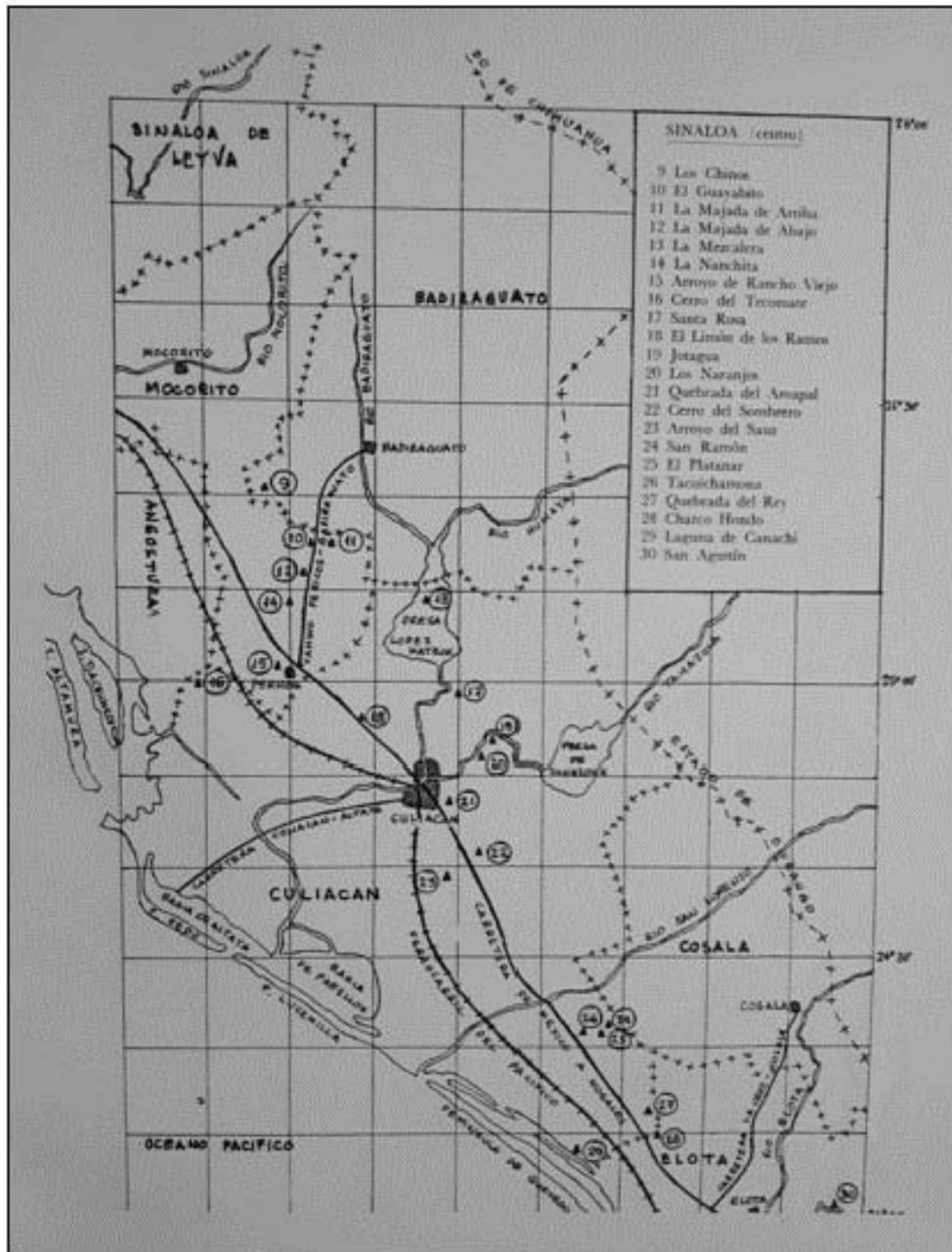


Figura 4. Sitios con arte rupestre en el centro de Sinaloa. Tomado de Ortiz de Zárate (1976: 113).

Ortiz de Zárate (1976:82) sugirió que la cronología de los grabados podría rastrearse mediante la comparación de los diseños en otros materiales como las vasijas decoradas y los malacates, tanto de Culiacán como de Guasave. Finalmente

Respecto a la interpretación de los petroglifos no quiero aventurar nada, salvo que, al menos algunos de ellos, deben tener un carácter marcadamente mítico religioso, como parece comprobar el testimonio de Pérez de Ribas [...]

Por otra parte la pintura rupestre, en todas sus épocas, parece coincidir con la cultura de los pueblos cazadores y aún cuando su último estadio, el de la pintura esquemática haya sobrevivido por muchos siglos a las culturas exclusivamente de cazadores, para llegar a la época de las primeras culturas agrícolas, los hombres de dichas culturas debieron seguir los mismos ritos primitivos relacionados con la caza, no solo para ella, sino también para su incipiente agricultura (*ibid.*: 83).

El siguiente trabajo sobre los petrograbados de Sinaloa fue el de Pablo Lizárraga Arámburu (1980), profesor de la facultad de Química de la UAS y aficionado a la arqueología. La obra de Lizárraga Arámburu consiste en un estudio sobre los topónimos sinaloenses en lenguas náhuatl y cahita, además de un registro del arte rupestre. Particularmente, en el Tomo II del libro "Nombres y piedras de Cinaloa", el autor presentó un catálogo de los diseños labrados en roca que observó a lo largo del estado. En cuanto a Culiacán, registró los diseños de El Tecomate, presentados años antes por Manuel Bonilla, los de La Quebrada Honda, Jotagua y El Tacuilote (Los Naranjos o Cerro Pintado) detallados anteriormente por Ortiz de Zárate, y describió de manera inédita los motivos del Cerro del Guaco, cerca de Jesús María, La Piedra Chata, en Tecorito, Las Pinturas, en la ladera oriente del cerro de La Chiva, El Zapote y Yacobito, sumergidos bajos las aguas de la presa López Mateos, en El Varejonal; el Arroyito del Aguaje, en las proximidades del cerro Siete Gotas en el este de Culiacán, y El Tule y La Loma del Rey, al sur del valle de Culiacán (Lizárraga Arámburu, 1980: 121-173).

En lo relativo a la interpretación de los petrograbados, el autor señaló que las manifestaciones fueron elaboradas por grupos nahuas durante su peregrinaje hacia el centro de México (Lizárraga Arámburu, 1980: 31-33). De acuerdo con su planteamiento, si bien, antes de la llegada de los nahuas ya había poblaciones en Sinaloa, estas últimas tenían "escasa cultura y lenguajes tan rudimentarios que por

necesidad hubieron de aprender el de los nahoas, y al irse éstos, las lenguas evolucionaron según su aislamiento y en parte su raza” (Lizárraga Arámburu, 1980: 31). Mientras los nahuas tenían conocimientos especializados sobre religión y obtención de recursos, desconocían el proceso de nixtamalización, y finalmente lo aprendieron de las tribus tahues del centro de Sinaloa. Una vez que llegaron los nahuas, cerca de Culiacancito se fundó el Huey Colhuacan, la cual “fue [...] la primera y gran ciudad de importancia de los nahoas en lo que hoy es el Estado de Sinaloa”(Lizárraga Arámburu, 1980: 40).

Por último, aunque no se trata de un estudio *per se*, vale la pena mencionar como antecedente a la colección arqueológica bajo custodia del señor Héctor Manuel Delgado Salas, conocido como el Chino Billetero, la cual se integra por aproximadamente 34000 piezas arqueológicas recolectadas (saqueadas) de manera sistemática durante los últimos 60 años. El Chino es una persona de más de ochenta años dedicada a vender billetes de lotería, de ahí parte del mote, quien comenzó a recolectar “reliquias” desde los ocho años en la ribera del río Culiacán. Ya entrado en años, se ganó dos veces la lotería y a partir de esos golpes de suerte se dedicó de lleno a su verdadera pasión: obtener piezas arqueológicas a cambio de refrescos, comida o dinero en ranchos cercanos a la ciudad de Culiacán. Cabe mencionar que El Chino no es ningún coleccionista amateur, pues solía ir a las comunidades en su “comando”, una camioneta del ejército americano de los años cincuenta, con al menos cuatro compañeros, y juntos recorrían los campos de cultivo en búsqueda de lo que ellos llaman tesoros arqueológicos.



Figura 5. Parte de la colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas, Culiacán, Sinaloa. Foto: CIVA

Originalmente, el acervo se registró en 1986, sin embargo, hacia el año 2011 el INAH tuvo noticias de que la colección había aumentado en más del 60% y se comenzaron las acciones legales contra el señor Héctor. No obstante, dada su avanzada edad se llegó al acuerdo de ampliar el registro de la colección con la condición de dejar el saqueo bajo pena de cárcel. A partir del año 2013 se inició el registro de los artefactos y, ante la falta de proyectos de investigación sistemática, a partir de ellos se ha conocido la diversidad de la evidencia material del valle de Culiacán.

Entre las piezas que integran la colección se observa al menos una punta Clovis y otros artefactos líticos del Periodo Arcaico, una importante muestra de sellos de troquel y cilíndricos, malacates, hachas funcionales y votivas con efigie, ornamentos de concha como pendientes, brazaletes de *glycymeris*, cuentas y collares; figurillas antropomorfas, urnas funerarias, pipas, metates, vasijas, petrograbados, paletas de pintor, puntas de flecha, navajillas prismáticas de obsidiana; pendientes, collares y cuentas de piedra verde; cascabeles y zarcillos de cobre, entre otros objetos, recuperados en sitios arqueológicos ubicados entre las cuencas de los ríos Culiacán, Tamazula y San Lorenzo, en la zonas de la llanura aluvial y el pie de sierra.



Figura 6. Ejemplares de sellos de troquel que forman parte de la colección del Chino Billetero. Foto: CPH



Figura 7. Hachas efigie, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH



Figura 8. Pendientes de concha, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CIVA



Figura 9. Malacates incisos, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH



Figura 10. Vasijas tipo Culiacán medio, colección bajo custodia de Héctor Manuel Delgado Salas. Foto: CPH

1.4 Patrimonialismo institucional: atlas arqueológico, salvamentos y rescates

Ahora bien, como se apuntó líneas arriba, después de las investigaciones patrocinadas por la Universidad de California pasaron treinta años para una nueva exploración arqueológica en Culiacán. A partir de 1968 a la fecha las investigaciones en el área de estudio han estado a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia y se han caracterizado por tener un enfoque patrimonialista, motivadas, principalmente, por la salvaguarda de los vestigios.

En la primavera de 1968 los trabajadores de una ladrillera hallaron un contexto funerario en el límite norte de la ciudad, en la colonia Loma de Rodriguera del ejido Los Mezcales, hacia las cercanías del río Humaya. El arqueólogo Héctor Gálvez (1968) fue el encargado de realizar los trabajos de excavación. De acuerdo con el informe (¡de una cuartilla!) el hallazgo en Los Mezcales consistió en al menos 70 entierros, de los cuales 35 se localizaban de manera supina y el resto se encontraron sepultados en urnas. Los cuerpos fueron depositados directamente

sobre el suelo, acompañados de ollas decoradas. Dos de los entierros presentaron modificaciones intencionales en el cráneo y los dientes. Si bien Gálvez describió de manera somera el contexto de los entierros, gracias a que integró un amplio acervo fotográfico hoy día podemos darnos una idea sobre las características de las inhumaciones, tales como los objetos asociados o las posiciones de los entierros directos, además de las estrategias de excavación empleadas en la exploración. Así mismo, otros elementos que ayudan a comprender este contexto funerario es la colección del Museo Regional de Sinaloa, los materiales arqueológicos recuperados en 1968 y analizados en 2015, así como las notas de campo de Gálvez que permanecen inéditas (Gómez & Vidal, 2015). En el capítulo 3 volveré sobre esta información.



Figura 11. Entierro directo registrado en Los Mezcales, Culiacán, Sin. Tomado de Gálvez (1968)

Hacia principios de la década de los setenta, Bárbara Konieczna y Pablo Mayer (1973) realizaron labores de reconocimiento de superficie en Altata, tratándose del primer, y hasta la fecha único, trabajo dedicado exclusivamente a los asentamientos costeros de Culiacán. A lo largo de sus exploraciones, los estudiosos

registraron veintiún sitios arqueológicos ubicados en terrenos salitrosos, hasta 15 kilómetros tierra adentro del Mar de Cortés. Los asentamientos se caracterizaron por su localización en meandros de arroyos y en esteros, y debido a la evidencia arqueológica se definieron como concheros con extensión variable entre los 1200 m² y los 10000 m² (Konieczna & Mayer, 1973: 1). Un punto importante es que “en la mayoría de los sitios se observaron agrupaciones de piedras y barro quemado” e inclusive en los concheros 13 y 17 se apreció que las piedras y el barro formaban círculos y cuadrados bien delimitados, los cuales, presumen los autores, pudieron tratarse de hornos (Konieczna & Mayer, 1973: 2).

Los concheros contaron con alturas variables, entre los 0.2 metros y los 1.5 metros, fueron elaborados principalmente con el desecho de las especies *Ostrea sp.*, *Anadara grandis*, *Melongea patula*, *Turritela*, *Hexaplex brassica*, entre otras. En cuanto a los artefactos, se registró principalmente cerámica monocroma, restos de figurillas, fragmentos de metates, hachas, manos de metates y morteros, pulidores, núcleos, lascas, raederas, navajillas prismáticas y lascas de obsidiana. (Konieczna & Mayer, 1973: 37-64) Además, en 13 de los sitios se identificó un total de 112 tiestos decorados integrados por tipos como: Aztatlán, Navolato policromo, Aguaruto policromo, Aguaruto inciso, Culiacán policromo temprano, Culiacán policromo medio y Culiacán acanalado. No obstante, los fragmentos decorados solamente representaron el 5.67% del material cerámico recolectado (Konieczna & Mayer, 1973: 66-67).

La siguiente incursión en tierras culiacanenses se efectuó en abril de 1978, cuando Beatriz Braniff visitó el sitio La Sinaloa y realizó una recolección de material diagnóstico, sin embargo, no elaboró algún registro de sus observaciones, lo único que permanece como evidencia de su exploración es una bolsa con tepalcates tipo Culiacán policromo medio y Culiacán policromo tardío, y un fragmento de pipa Aztatlán que permanecen en la bodega del Centro INAH Sonora. Durante una estancia reciente en esa institución, tuve la oportunidad de conocer y clasificar tales tiestos que, afortunadamente, aún cuentan con su número de bolsa y referencia respectiva.

También en 1978, pero en el mes de octubre, Ana María Álvarez y Elisa Villalpando realizaron trabajos de reconocimiento de superficie en Sinaloa, lo cual fue el antecedente del Proyecto Huatabampo. En su paso por el centro del estado, ambas estudiosas se hospedaron con Beatriz Braniff y Julio Montané en la hacienda de la familia Redo en el Dorado, Culiacán, y partir de esta sede visitaron y registraron cuatro sitios en el margen del río San Lorenzo (Álvarez y Villalpando, 1979; Villalpando comunicación personal, 2016) Navito, El Palmar, Las Mercedes y Las Amapas. A Navito le asignaron la clave SIN:F:11:1 y en su superficie hallaron tiestos policromos, malacates, manos, hachas, navajillas prismáticas y brazaletes de concha (Branniff, Montané, Álvarez, & Villalpando, 1978a). En el Palmar (sitio SIN:F:11:2), si bien encontraron muchas huellas de saqueo, observaron evidencias de una aldea de concheros, el asentamiento presentó restos de lascas, figurillas y manos (Branniff *et al.* 1978b). Por su parte, en Las Mercedes, sitio con clave SIN:F:11:3, observaron lascas, fragmentos de moluscos que sirvieron como alimento, tiestos, metates, manos y desecho de talla (Branniff *et al.* 1978c) Finalmente, en el asentamiento La Amapa (SIN:F:11:4) hallaron cerámica policroma, lascas, conchas y manos (Branniff *et al.* 1978d).

Las excavaciones en Culiacán se reactivaron a finales de la década de los ochenta del siglo pasado debido al hallazgo fortuito de enterramientos en el COBAES 25 en la colonia La Campiña, en la ciudad de Culiacán, situado a 300m del margen sur del río Tamazula. La investigación fue dirigida por Teresa Cabrero y Morrison Limón, mientras Arturo Talavera realizó el análisis osteológico. En el sitio se encontraron cuatro urnas funerarias y seis entierros directos, aparentemente depositados bajo el piso de una casa (Cabrero, 1987). Una observación importante es que uno de los entierros directos carecía de una pierna y esta fue “reemplazada” por tres vasijas colocadas en posición invertida, además presentó limado dental. En cuanto a los entierros indirectos, los huesos largos fueron acomodados para que el cráneo tuviera una posición anatómica dentro de las urnas funerarias (Cabrero, 1987). Finalmente, Talavera identificó que varios de los individuos fueron desmembrados para ser enterrados en las ollas (Talavera *et al.* 1987). De acuerdo

con el material asociado, este contexto podría corresponder a los años 900-1000 d.C. (Álvarez *et al.* 2005:43).

Contemporáneo al rescate en La Campiña, el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional, dirigido por Enrique Nalda, comisionó a Alfonso Araiza para elaborar las cédulas de registro de los sitios reportados en la bibliografía arqueológica disponible, para lo cual el investigador consideró primordialmente los trabajos de Ortiz de Zárate y Lizárraga Arámburu, de igual manera, mediante técnicas de fotointerpretación identificó áreas potenciales para investigaciones arqueológicas (*cfr.* Cédulas de registro de sitios en la DRPMZA del INAH).

La siguiente exploración tuvo lugar en 1993. Se trató de otro rescate arqueológico, esta vez debido a la edificación del Puente Teófilo Noris, en pleno centro de la ciudad de Culiacán. El estudio fue desarrollado por la Subdirección de Salvamento Arqueológico bajo la coordinación de Margarita Carballal (1994). En la Plazuela Antonio Rosales se excavaron los restos de una casa, en las inmediaciones de la ribera sur del río Culiacán. En las cercanías de un muro de contención se hallaron tres inhumaciones: el entierro 1 consistió en una mujer joven cuyos restos fueron casi arrasados por la maquinaria constructiva, solo se conservaron fragmentos del cráneo, mandíbula, clavícula, omóplato, columna vertebral e iliaco (Carballal *et al.*, 1994: 66).

Por su parte, el entierro 2 contó con un individuo femenino con edad de 25-30 años colocada en posición decúbito dorsal con orientación este-oeste, el cual presentó huellas de corte en el húmero derecho, modificación craneal y mutilación dental tipo C-4 en los incisivos superiores. Como material asociado se hallaron tres vasijas del complejo Aztatlán (Carballal *et al.*, 1994: 68). Finalmente, el entierro 3 fue doble, directo y secundario, consistió en la deposición de los restos de un infante con edad estimada de 4 a 7 años y un adolescente de 11 a 15 años; a manera de ofrenda se hallaron 2 vasijas y un vaso, todas del complejo Aztatlán (Carballal *et al.*, 1994: 68). De acuerdo con la decoración de las vasijas asociadas a las inhumaciones, es probable que el contexto date de 1300-1400d.C (Álvarez Palma *et al.*, 2005: 44).

A finales de 1996, a través del Programa Nacional de Certificación de Derechos Ejidales (PROCEDE), Bernardo Téllez (1997) realizó diversos recorridos puntuales en el valle de Culiacán, sobre todo en áreas donde la Procuraduría Agraria y el Registro Agrario Nacional tenían interés. El objetivo del trabajo del INAH Sinaloa dentro del PROCEDE fue “incrementar el número de sitios arqueológicos delimitados, contando con el apoyo del INEGI” (Téllez, 1997: 4). Como resultado del programa, Téllez registró 39 sitios en el área de nuestro interés, sin embargo, en las cédulas de registro no se presenta ninguna descripción sistemática, fotografía o croquis de los elementos formales de los asentamientos.

Con el cambio de siglo se dio un incremento en los trabajos de salvamento y rescate en el área de estudio. Para empezar, Enrique Soruco y Ma. de los Ángeles Heredia investigaron el sitio La Quince, en el ejido Portacelli, situado en el margen del río San Lorenzo (Soruco y Heredia *apud* Santos Ramírez, 2008); ahí localizaron seis entierros extendidos, con una orientación este-oeste, uno de los cuales contó con un collar elaborado, aparentemente, con 20 caninos de un felino que tenían una perforación bicónica a la altura de la raíz.

Posteriormente, derivado de obras de infraestructura de la CFE, en el año 2003 Julio Vicente (2004) realizó el rescate de cuatro urnas funerarias en La Colorada, sitio ubicado entre Aguaruto y San Pedro, en Culiacán. En sus registros mencionó que solamente una de las urnas se encontraba intacta y tenía un cajete invertido sobre el borde, a manera de tapa; junto a dos de las ollas encontró los restos de un infante de entre 2-3 años. Como elementos asociados, reportó la incidencia de cerámica ahumada y huesos faunísticos quemados, en una matriz de arcilla quemada y ceniza. El autor interpretó el hallazgo como un contexto ritual asociado a la deposición de las inhumaciones y le da una cronología de 1250-1400d.C. (fase Yebalito) de acuerdo con el material diagnóstico.

Al año siguiente, Vicente (2005) desarrolló un nuevo rescate arqueológico, esta vez en el sitio El Palmar, que años atrás visitaron Braniff, Montané, Álvarez y Villalpando (1978), situado en la cuenca del río San Lorenzo, 50 kilómetros al sur de Culiacán. Delimitó los linderos del sitio y estableció la extensión del mismo en

2.5 hectáreas, dividido en tres sectores. Recuperó una urna funeraria en el sector 3, asociada a fragmentos de cerámica rojo sobre bayo, una pipa, un pendiente de cobre, raspadores y puntas de obsidiana, además de restos de ceniza y tierra quemada; de acuerdo con la evidencia material, asocia este contexto a la fase Acajoneta (900-1100d.C.). Finalmente, Vicente (2005) mencionó que en todo el sitio encontró al menos 15 pozos de saqueo que expusieron diversos artefactos cerámicos, líticos y de concha.

En 2006 Joel Santos (Santos Ramírez *et al.* 2013; Santos Ramírez *et al.* 2006) realizó un rescate de urnas funerarias en el asentamiento de La Estancia, ubicado en Rosa Morada, Mocorito. Al igual que en los trabajos mencionados anteriormente, el hallazgo fue fortuito, se debió a la implementación de obras. En esta ocasión se registraron cinco urnas, cuatro se encontraron todavía selladas con un cajete invertido. Se observó que las inhumaciones eran tanto múltiples como individuales, con individuos adultos e infantiles y se notó la incidencia de deformación craneal.

Ocho años más tarde, Emmanuel Gómez y Cinthya Vidal, en atención a denuncias de pobladores de la región, realizaron el registro de dos sitios: La Laguna Colorada y el Tecomate. El primero se encuentra al sureste de la ciudad de Culiacán, en un pequeño valle que se sitúa a la altura de la comunidad homónima, dos kilómetros al oeste de la carretera federal Culiacán-Mazatlán. Durante nuestra visita observamos vastos tiestos decorados y monocromos, restos de arquitectura, un petrograbado y dos enterramientos, ambos se localizaban en posición decúbito ventral y uno de ellos tenía un cajete invertido tipo Aguaruto inciso sobre la cabeza. El cajete contaba con tres malacates equidistantes en la base que actuaban a manera de soportes, es decir, con los malacates se daba la idea de que la pieza era trípode (Gómez & Vidal, 2014a). Debido a la alta exposición de los restos óseos se acordó con las autoridades del Centro INAH Sinaloa la implementación de un rescate en el área, sin embargo, este no se llevó a cabo.



Figura 12. Petrograbado en La Laguna Colorada. Foto: EAGA 2014

Por su parte, El Tecomate o Piedra Pintada es un sitio que se encuentra en el municipio de Navolato, en la comunidad de Juan Aldama, en la ladera del cerro del Tecomate, a un costado de un arroyo estacional. Consiste en un afloramiento riolítico, donde se encuentran dos paneles de petrograbados, además cuenta que cuenta con desplantes de cuartos de mampostería de planta rectangular (Vidal & Gómez, 2014).

Como se comentó, este asentamiento fue registrado con gran detalle por Manuel Bonilla (1942), en su libro *De Atatlán a Mexico. Peregrinación de los nahoas*, donde interpretó los motivos rupestres como la representación del nacimiento del dios Huitzilopochtli en Sinaloa. Durante 2015 el sitio fue re-visitado por A. Grave, quien amplió la descripción del área y realizó prospecciones en zonas cercanas (Grave *et al.* 2016a).



Figura 13. Panel de petrograbados del sitio El Tecomate. Foto: CIVA 2014



Figura 14. Alineamientos en el Tecomate. Foto CIVA 2014

El siguiente estudio se implementó entre 2014 y 2015 mediante los trabajos del Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro-Mazatlán (PASGOM). En el marco del proyecto se efectuaron labores de prospección en el área de inundación del río Culiacán, entre los límites de los municipios de Navolato y Culiacán; además se excavó el sitio GOM-022 Yebavito, se llevó a cabo el análisis de los materiales recuperados y se realizaron dataciones mediante la técnica de arqueomagnetismo (Grave *et al.* 2015; Grave *et al.* 2016a; Grave *et al.* 2016b)

Durante el recorrido de superficie, en nuestra área de estudio se registró un total de 19 sitios: 12 son concentraciones de materiales, cuatro son concheros, dos son de arte rupestre y uno cuenta con arquitectura de mampostería evidente. Los asentamientos más grandes y que se verían afectados por el gasoducto fueron Los Pocitos y Yebavito (Grave *et al.* 2015; Grave *et al.* 2016a) El primero se encontró entre los ríos Sinaloa y Culiacán, a pie del cerro Los Pocitos y tuvo una extensión de 34 hectáreas en donde se aprecian algunas concentraciones de materiales; tal vez el asentamiento correspondió a un caserío, sin embargo, actualmente se encuentra sumamente afectado por la agricultura. Por su parte, Yebavito se localiza en el margen sur del río Culiacán, justo sobre la plataforma aluvial que une a las comunidades de Yebavito, La Sinaloa, La Campiña y La Cofradía. En un área de 60 hectáreas se apreciaron concentraciones de lítica, cerámica, concha y urnas funerarias, prácticamente de manera ininterrumpida. La obra del gasoducto cruzó el sitio de norte a sur justo en su sección meridional, en un predio conocido como La Güina, en donde se encuentran algunas casas y amplios terrenos de cultivo (Grave *et al.* 2016).

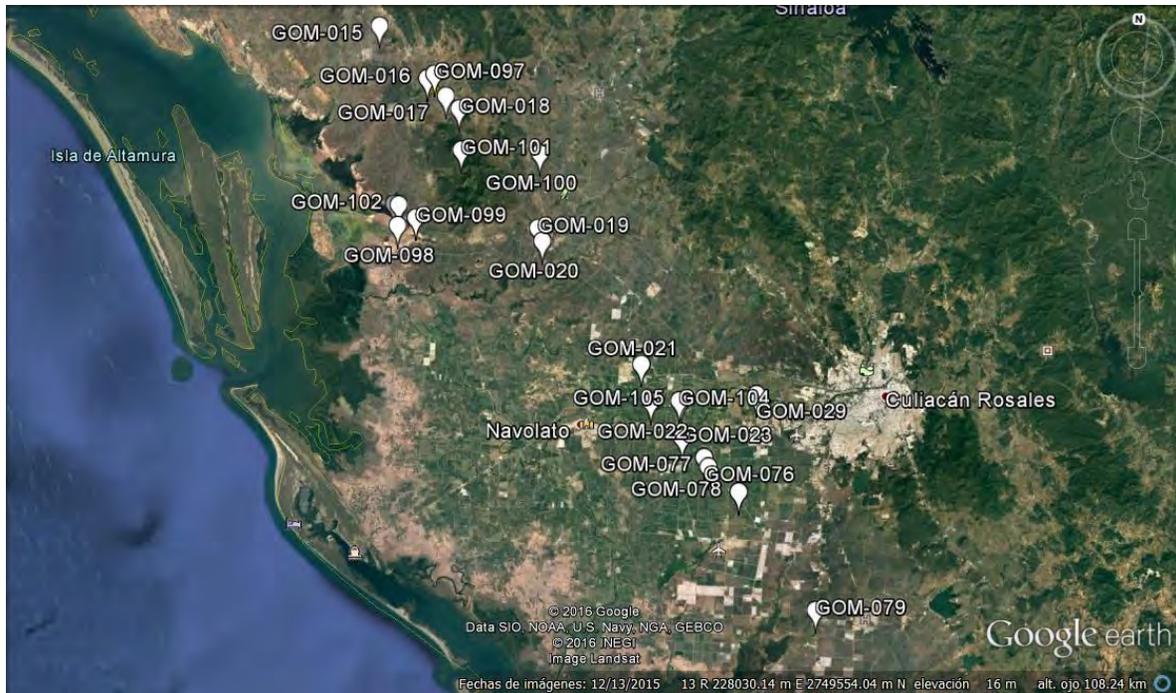


Figura 15. Sitios registrados por el PASGOM en las inmediaciones del valle de Culiacán.

En total se excavaron 11 unidades intensivas sobre el derecho de vía en Yebavito: una de ellas se ubicó en el desplante norte de la terraza aluvial, tres sobre la terraza y al oeste de las casas contemporáneas, dos en la ladera sur, cuatro en el campo de cultivo y la última en el límite sur del sitio. Las calas trazadas en las laderas de la terraza se establecieron con el objetivo de identificar el desplante de arquitectura sobre la terraza, mientras los pozos de la cima se trazaron con la finalidad de obtener un ejemplo de la secuencia estratigráfica y cronológica (Grave et al., 2016a)



Figura 16. Cala de aproximación en La Sinaloa-Yebavito. Tomado de Grave et al. 2016

1.5 Panorama actual de la arqueología de Culiacán, nuevas preguntas

Como se ha visto hasta ahora, la investigación arqueológica en Culiacán se ha caracterizado por su falta de continuidad, debido a que la mayoría de los estudios derivaron de rescates o salvamentos. Si bien se ha reportado una importante cantidad de artefactos en la región, producto del excesivo saqueo, las labores agrícolas, la introducción de sistemas de riego a gran escala y obras de infraestructura urbana; en realidad la falta de continuación y sistematicidad de las investigaciones no ha permitido conocer cómo fue la vida de los pobladores prehispánicos de la región y los sitios arqueológicos se han asociado con lugares míticos asociados a grupos nahuas del periodo Posclásico, como el Coatepec, lugar de nacimiento de Huitzilopochtli, y el Colhuacan o Cerro Cornudo. Por otro lado, hoy siguen vigentes las hipótesis sobre el patrón de asentamiento y cronología propuestas por los estudiosos de la Universidad de Berkeley pues no se han llevado a cabo nuevos proyectos sistemáticos.



Figura 17. Cerro de La Chiva asociado al mítico Colhuacan en la cultura popular de Culiacán. Foto: CIVA

Partiendo de este punto, derivado de la presente tesis, en 2016 propuse el Proyecto Arqueológico Culiacán (PAC) con el fin de integrar y sistematizar el conocimiento que se ha generado hasta ahora e implementar nuevas exploraciones en el área, de manera que se logre una aproximación a la forma en que la gente del pasado concibió, construyó y experimentó el paisaje de la región durante la época prehispánica. A la fecha se han desarrollado dos temporadas de campo y se ha logrado el registro de quince sitios dispuestos en el área de los tres ríos: Los Mezcales, Tepuche, Quebrada Honda, Los Arados, Mojolo 1, Mojolo 2, Imala, Jotagua 2, Cerro Pintado, Yebavito, La Mora, El Faro, Lo de Reyes, Bachimeto y Toboloto. De igual manera, a partir de entrevistas con los pobladores locales, se logró el conocimiento de diferentes áreas con vestigios arqueológicos que en un futuro es necesario visitar para ampliar el conocimiento de la región (Vidal *et al.* en proceso; Vidal *et al.* 2017). Mediante el PAC se ha logrado conocer las características de los asentamientos del Culiacán, localizar sitios rituales y habitacionales, identificar el estado de conservación de los vestigios y actualizar el conocimiento arqueológico, y reconocer el patrón de asentamiento.

Finalmente, a partir del proyecto se logró un acercamiento con las comunidades contemporáneas pues se realizaron entrevistas abiertas con el objetivo de conocer

la relación que actualmente mantiene la población con su medio y que nos ayudan a darnos una idea sobre el mundo de la vida de los habitantes prehispánicos. Los datos recopilados por este proyecto aunados a los antecedentes de investigación descritos en este capítulo son la base para la presente investigación. En las siguientes páginas se abordará el fundamento teórico y metodológico bajo los cuales se rige la investigación.

2. Arqueología del paisaje de Culiacán

El valle de Culiacán se sitúa entre la costa del Mar de Cortés y la Sierra Madre Occidental, y está irrigado por tres ríos: el Humaya, el Tamazula y el Culiacán, de tal manera que tiene un fácil acceso a productos tanto de la tierra adentro como costeros, además de tierras fértiles para la agricultura de temporal y a gran escala. La geografía privilegiada de la región ha permitido el desarrollo de vida humana a lo largo de los siglos y la relación de estos con el medio ha coadyuvado a la formación de identidades y memorias históricas, de tal manera que la gente y el medio se han construido de manera intrínseca. En el presente capítulo se describen los conceptos teóricos bajo los cuales se fundamenta la arqueología del paisaje y al mismo tiempo se presenta al lector el área de investigación, señalando las características ambientales que priman en ella, pues el conocimiento del medio es fundamental para comprender la forma en que la gente se relacionó con él, cómo lo habitó, modificó y se transformó a sí misma.

2.1 El paisaje habla sobre el pasado

El medio ambiente ha sido un punto importante en la investigación arqueológica. Particularmente, durante el desarrollo de la arqueología procesual, el interés por el medio se acentuó y se integraron estudios ambientales y espaciales que permitieron conocer el patrón de asentamiento, los bancos de materiales, el vecino más cercano, etcétera, a través de metodologías emanadas de las ciencias duras que fueron aplicadas para proveer de mayor científicidad a la disciplina (*cfr.* Binford, 2004; Johnson, 2000; Sanders, Parsons y Santley, 1979). La premisa era que, al igual que en el mundo moderno, durante la antigüedad el espacio era universal, abstracto, neutro, y si bien era el escenario de la actividad humana, carecía de agencia (Tilley, 1994: 9). De esta manera, el enfoque procesual asentó la dicotomía entre el cuerpo y la mente, la cultura y la naturaleza, el sujeto y el objeto, y asumió que los grupos antiguos diferenciaron el mundo material del espiritual.

Durante las décadas recientes, y como respuesta al planteamiento objetivista procesual, la arqueología posmoderna ha generado propuestas que apuestan por un carácter social y la intersubjetividad tales como: la arqueología simétrica (Shanks, 2007; Witmore, 2007), el *entanglement* (Hodder, 2012), la arqueología fenomenológica del paisaje (Tilley, 1994) y la arqueología relacional (Watts, 2013b).

Particularmente, la arqueología del paisaje plantea que, para la gente del pasado, el medio ambiente no fue un espacio neutral independiente de la acción humana pues, al habitarlo, ambos se relacionaron de manera intrínseca. Si bien los arqueólogos posmodernos del paisaje coinciden en este postulado, no hay un corpus teórico-metodológico único para abordar el paisaje, de hecho, hoy día existen al menos cinco enfoques diferentes: el fenomenológico (Tilley, 1994, 1996, 2004), el hermeneuta (Thomas, 2010), el hiperinterpretativo (Edmonds, 1999), el postestructuralista (Criado Boado, 1988, 1991, 1999) y el relacional (Alberti & Marshall, 2009; Alberti & Bray, 2009; Brown & Emery, 2008; Watts, 2013a; Zedeño, 2009, 2014).

La perspectiva fenomenológica define al paisaje como marco donde se producen lugares y relaciones creadas a partir de caminos, movimientos y narrativas donde se gestan, producen y transforman los significados, es el medio y el resultado de la acción de los agentes que habitan en él (Tilley, 1994: 23,25,34). Este planteamiento parte de la idea de entender y describir el mundo del pasado desde la experiencia sensorial del ser humano contemporáneo. De acuerdo con Tilley (1994: 32, 74), es factible hacer uso del *embodiment* actual porque existe una continuidad ontológica en la percepción del ser desde la aparición del *Homo sapiens*, de tal manera que el humano moderno puede tener las mismas sensaciones que la gente en la antigüedad.

Se han manifestado múltiples críticas al planteamiento fenomenológico (Barrett, 2009; Brück, 2005; Fleming, 2006; Johnson, 2012; Thomas, 2012) en cuanto a su falta de objetividad, rechazo a la arqueología científica, uso ambiguo de la fenomenología, pero sobre todo en relación con el contexto histórico de la experiencia sensorial. Y es que, si bien la propuesta de Tilley pretende reconstruir

la percepción del pasado a través del ser moderno, es necesario considerar que el cuerpo no es neutral y la experiencia de la misma materialidad puede variar con el tiempo e incluso entre sociedades contemporáneas, lo cual puede estar en función de la edad, el sexo, las habilidades corporales, elementos que marcan la manera en que el mundo es experimentado (Brück, 2005: 55).

A mi parecer, las críticas en cuanto a la reducción de la fenomenología a una técnica y el contexto histórico de la experiencia son pertinentes, sin embargo, creo que la propuesta es funcional si se atienden las propuestas de Johnson (2012) como: incluir a la población local y primar su perspectiva sensorial por encima de la del investigador, pues son ellos quienes han morado en el paisaje, y además retomar toponimias antiguas, documentos históricos, censos y relaciones geográficas donde se encuentre información sobre la gente del pasado (Johnson, 2012: 8). Otra manera para acercarse al horizonte y los conceptos nativos sobre el paisaje es implementar estudios espaciales con Sistemas de Información Geográfica que son de gran utilidad para conocer las cuencas de observación o analizar los cambios en la vegetación a lo largo del tiempo (Brück, 2005: 52). Sin embargo, no hay que perder de vista que al ser la arqueología una ciencia que trabaja con datos y habilidades modernas, no tenemos acceso directo a las experiencias del pasado, nuestras propuestas son entonces un acercamiento, más que una certeza o reflejo del pasado (Thomas, 2012: 181).

En cuanto al planteamiento hermenéutico, este comparte la definición de paisaje con la perspectiva fenomenológica, la diferencia radica en que la primera establece que no se puede tener acceso a la percepción del pasado mediante la experiencia actual debido a la diferencia de horizontes. Así, la apuesta por una hermenéutica arqueológica implica el uso de técnicas tradicionales de la disciplina más la experiencia sensorial en campo y su descripción densa, considerando siempre que el resultado de la investigación del paisaje es un entendimiento actual de un significado del pasado (Thomas, 2010, 2012: 181).

Por su parte, el modelo hiperinterpretativo plantea que el paisaje es subjetivo y es parte de un mundo conceptualizado, habitado y experimentado: se ve, se huele,

se toca y se usa, de acuerdo con la gente que lo habita, sus identidades y su entendimiento. Para estudiarlo, los investigadores se basan tanto en su experiencia personal en campo, como en los datos obtenidos mediante prospección y excavación, sin embargo, lo más importante no son los datos en sí, sino las historias que se pueden contar a partir de ellos, empleando recursos literarios de manera vasta (Edmonds, 1999: X, 10).

En el caso postestructuralista, la arqueología del paisaje se define como “el estudio de todos los procesos sociales e históricos en su dimensión espacial” y su objetivo es reconstruir e interpretar los paisajes arqueológicos, definidos como espacios ambientales, sociales y simbólicos, mediante los objetos que los integran para definir “el código estructural del paisaje” (Criado Boado, 1999: 6-9,14). Para estudiar el paisaje, este enfoque se basa en el método antropológico estructural, analiza los espacios de manera sincrónica y diacrónica a través de cuatro fases: 1. Análisis formal, donde se realiza el estudio del espacio físico y el arqueológico 2. Etapa deconstructiva, se estudian varios niveles de articulación espacial, 3. Etapa descriptiva, aquí se comparan los resultados a nivel sitio y región para buscar patrones, y 4. Etapa interpretativa, la cual consiste en comparar los resultados con otros contextos espaciales y temporales (Criado Boado, 1999: 13-18).

Finalmente, la perspectiva relacional está inspirada en el giro ontológico de la antropología social, particularmente en los trabajos de Bruno Latour (2007), Eduardo Viveiros de Castro, Philippe Descola (2012e) y Tim Ingold (2007, 2011). Si bien esta propuesta tiene múltiples aristas y metodologías en construcción, en general, la idea fundamental es que el pasado no había una diferencia entre cultura y naturaleza, y el ser humano atribuía agencia tanto a animales, objetos y elementos inertes.

En el caso que nos atañe, la investigación tiene su fundamento teórico en la postura relacional del antropólogo Tim Ingold (2000, 2011), pero también toma en cuenta la fenomenología de Christopher Tilley (1994), atendiendo las críticas de Brück (2005) y Johnson (2012), y considera tanto los procedimientos de análisis formal como el mecanismo de *zoom* propuesto por Criado Boado (1999). A partir de

esta base y retomando el trabajo de Iwaniszewski (2011) considero que se puede pensar al paisaje de Culiacán, durante la época prehispánica, como una malla de relaciones entre los seres humanos y su ambiente circundante, de tal manera que el objetivo de investigación es lograr un acercamiento a la percepción que la gente tenía sobre su mundo (Ingold, 2000: 9,40). A continuación, describo a detalle los conceptos clave y la metodología que uso para sostener mi propuesta.

2.1.1 ¿Cultura *versus* naturaleza? El paisaje animado

En términos generales, el punto del cual parte la arqueología del paisaje es que las sociedades premodernas carecen de una distinción entre cultura y naturaleza, cuerpo y espíritu, pues esta separación corresponde a la tradición cartesiana. Así, , los grupos de la antigüedad dotaban de agencia a seres humanos y no humanos como montañas, rocas ríos, animales, etcétera. Este planteamiento se funda primordialmente en las propuestas de antropólogos como Eduardo Viveiros de Castro (2010) y Philippe Descola (2012e), quienes han estudiado la Amazonia, el primero a través del perspectivismo amerindio y el segundo mediante la clasificación de cuatro estructuras ontológicas.

De acuerdo con Viveiros de Castro (2010) las cosmologías de los grupos amerindios tienen como cualidad el multinaturalismo, el cual establece que todos los seres son sujetos porque tienen un punto de vista de referencia, de tal manera que los humanos y no humanos mantienen relaciones de “persona a persona”.

Por su parte, Descola (2012e) plantea cuatro fórmulas ontológicas universales: animismo, totemismo, naturalismo y analogismo, las cuales tienen que ver con la relación de continuidad o discontinuidad entre la *fisicalidad* e interioridad, lo objetivo y subjetivo, y la naturaleza y cultura. En el caso del animismo, se plantea una continuidad en la interioridad entre los humanos y los no humanos, y discontinuidad en la *fisicalidad*, en otras palabras, se asume que se trata de que todos los seres poseen una misma esencia universal y el cuerpo o el ropaje es el

factor de diferenciación. Así, se propone que no hay una diferencia entre cultura y naturaleza, es más, la cultura y la agencia no son exclusivas de los seres humanos (Descola, 2012b).

El totemismo trata de la unidad de vida entre los hombres y las especies animales, mediante la continuidad en la interioridad y la fisicalidad. La discontinuidad entre seres se da a nivel clánico de acuerdo el animal epónimo (tótem) que dota de identidad al grupo. Los humanos y no humanos están afiliados a un tótem, el cual se arraiga en la memoria colectiva a través de los sueños. Al igual que en el naturalismo, en la ontología totemista tampoco hay diferencia entre naturaleza y cultura (Descola, 2012a).

Por su parte, la ontología naturalista es la cosmología occidental donde se asume que los seres humanos son los únicos con consciencia reflexiva, ellos son los sujetos y todo no humano es objeto. En este caso hay una continuidad en la *fisicalidad* y discontinuidad en la interioridad, de hecho hay una eliminación del espíritu (Descola, 2012c). Por último, la forma analogista consiste en la multiplicidad de esencias y formas, los seres humanos y no humanos difieren en su interioridad y fisicalidad aunque tienen un origen semejante por conexidad en el espacio o imitación, y por similitud en la relación (Descola, 2012d).

Ahora bien, los estudios de arqueología del paisaje relacional suelen emplear este corpus teórico de manera heterogénea, con el objetivo de llegar a conocer la ontología de los grupos del pasado mediante la evidencia arqueológica (Watts, 2013b). Sin embargo, me parece que, si en el propio campo etnográfico la clasificación universal de ontologías tiene sus reservas, pues se trata de modelos que clasifican de manera tajante a la sociedad estudiada, en arqueología la situación se vuelve más compleja debido a los horizontes históricos, a la naturaleza intersubjetiva de la disciplina y a que el giro ontológico es una discusión epistemológica, más que una propuesta metodológica.

En este sentido, existen ejemplos antropológicos donde se plantea la existencia de poli-ontologías o datos que no permiten aplicar el modelo de formas ontológicas. Particularmente, en el noroccidente de México, Johannes Neurath

(2015) ha demostrado que en el caso de los huicholes del Gran Nayar no aplica la clasificación ontológica *strictu sensu*. De acuerdo con sus estudios sobre el ritual y las artes huicholas, Neurath propone la coexistencia de dos ontologías: la animista y la analogista, la primera de ellas se asocia con las prácticas individuales de los *mara+kate* y la segunda con las actividades de la comunidad. Así pues, aunque Descola sugiera que los grupos mesoamericanos prehispánicos, especialmente los nahuas tenían una ontología analogista, la evidencia supera al marco teórico pues el autor no retoma ningún texto original y saca conclusiones a partir de los trabajos de otros estudiosos (Descola, 2012d: 309-329).

Ante esta problemática, me parece se puede retomar el trabajo de Nurit Bird-David (1999) para el caso arqueológico. Esta autora realizó un análisis y actualización del concepto animismo desde una perspectiva relacional, dotándolo de mayor permeabilidad que el multinaturalismo de Viveiros de Castro y el animismo de Descola, a partir de la teoría ambientalista y el *personhood*.

De acuerdo con Bird-David (1999: S67), el animismo es una epistemología en la cual se atribuye agencia a seres tanto humanos como no humanos, lo cual opera en el contexto de las prácticas sociales particulares y presta atención a las construcciones locales de persona relacional (*personhood*), así como a las relaciones asociadas con la percepción ecológica del ambiente. Es una “conversación” con el ambiente, una manifestación básica de la capacidad humana (Pálsson, 1999). Desde este punto de vista, el animismo no es una estructura tajante pues existen múltiples tipos y cada uno de ellos actúa de acuerdo con la estructura propia de cada sociedad. Por otra parte, el animismo no es excluyente, puede coexistir con otras epistemologías, incluso con la occidental (Bird-David, 1999: S78).

Ahora bien, este tipo de animismo tiende a darse en sociedades cazadores (aunque no es exclusivo de ellas) porque estos grupos suelen involucrarse de manera íntima con su entorno durante sus actividades cotidianas, pero también a través de tradiciones, prácticas y celebraciones que ensalzan el vínculo con el ambiente y sirven para reafirman la identidad individual y colectiva. Así, para identificar el tipo de animismo es necesario observar el acercamiento de la sociedad

con el medio, el cual, dado el caso, tenderá a ser íntimo y amigable (Bird-David, 1999: S78).

Por otro lado, una de las características más importantes de la propuesta animista es que los seres no humanos no tienen una agencia perene. En ocasiones las cosas son vistos simplemente como objetos, animales, plantas, alimentos, elementos topográficos y en el momento indicado adquieren su poder agencial, o sea, en ciertas circunstancias se distingue, aunque no de manera tajante, la naturaleza y la cultura y en otras circunstancias no hay diferencia entre cultura y naturaleza (Bird-David, 1999: S75, S78) (Rival, 1999) (Coupaye, 2013).

Otro punto importante es la construcción de persona o *personhood*. De acuerdo con Bird-David (1999: S72, S77), los seres humanos están compuestos de redes de relaciones, son microcosmos homólogos a la sociedad. A manera de un organismo, los humanos “crecen” de acuerdo con el conocimiento que van adquiriendo sobre su medio y los seres que lo habitan, según el desarrollo de sus habilidades y experiencias en el mundo. De esta forma, un humano no puede concebirse exclusivamente como una entidad integrada por partes separadas (como el cuerpo, la mente y cultura), sino como un organismo que se desarrolla en un campo de relaciones generadas con diferentes tipos de agentes (Ingold, 2000: 4-5). En resumen, el humano es un ser que *mora* un mundo habitado por seres tanto humanos como no humanos y se mueve en dos dominios: “un dominio social de relaciones interpersonales y un dominio ecológico de relaciones inter-organismo” (Ingold, 2000: 172)

Finalmente, la propuesta animista relacional presenta al medio ambiente como un tercer elemento fundamental, el cual, dice Bird-David (1999: S68), no necesariamente consiste en una dicotomía entre el mundo físico y el de los humanos. Abundaré sobre este aspecto a continuación, retomando los trabajos de Ingold (2000, 2011) Tilley (1994) e Iwanizsewski (2011) para definir el concepto de paisaje.

2.1.2 El paisaje como *meshwork* o campo relacional

De acuerdo con Tim Ingold (2000: 54, 190), el paisaje se entiende como *el mundo de la vida* de múltiples organismos, tanto humanos como no humanos, es un *meshwork* integrado por redes de relaciones donde se encuentran inscritas las vidas de todos sus moradores, pues

[...] tanto los animales y plantas de los cuales depende para la subsistencia humana deben ser considerados como compañeros que participan en el mismo mundo, un mundo que es a la vez social y natural. Y las formas que toman todas las criaturas no son dadas ni impuestas, sino que surgen en el contexto de su participación en un campo relacional (Ingold, 2000: 87).

De esta forma, el paisaje no es sinónimo de espacio neutro o naturaleza (Ingold, 2000: 190), sino que se trata del producto de las relaciones entre las personas y su entorno ambiental, lo cual crea una malla de redes de símbolos y signos que sirve como base para la construcción de identidades individuales y colectivas (Iwaniszewski, 2011: 8-9). El paisaje es el mundo conocido por aquellos que viven en él, habitan sus lugares y recorren sus caminos (Ingold, 2000: 190), es el espacio que vive y experimentan las personas, y que, al momento de edificarlo, se crea a sí misma. También

[...] es el espacio social que se encuentra en permanente transformación en relación con los procesos sociales que suceden en todas las escalas. [...] constituye para el hombre una imagen fija y concreta del ambiente que lo rodea, con múltiples referentes existenciales, emotivos y simbólicos representando una totalidad social y cultural a la cual pertenece (Iwaniszewski, 2011: 25).

En resumen, el paisaje es un campo relacional y *el mundo de la vida* donde moran seres humanos y no humanos, en el cual se teje una malla o *meshwork* de relaciones que, a manera de organismo, crece junto con sus habitantes. Este crecimiento o construcción se da de acuerdo con “el registro de las vidas y de los trabajos de generaciones pasadas que han morado -y continúan morando-, dejando en el paisaje algo de ellos mismos” (Ingold, 2000: 189). De esta manera, el paisaje implica tanto a los tiempos y lugares ancestrales asociados con la creación del

mundo y las primeras épocas de la humanidad, como a los tiempos pragmáticos asociados con las actividades cotidianas de la sociedad tales como el calendario agrícola, los momentos de festividades, los periodos sagrados, etcétera.

Para su análisis, el paisaje costa de tres elementos: los lugares, los senderos, y los horizontes (Iwaniszewski, 2011). Los lugares son áreas de espacio-tiempo creados a partir de la experiencia del mundo físico y las relaciones particulares entre seres humanos y no humanos. Las relaciones convierten al espacio en algo significativo, lo transforman en lugares contenedores de historias, afectividades y memorias que ayudan al establecimiento de identidades y biografías individuales y colectivas (Tilley, 1994: 15,18), de tal manera que en ellos es posible identificar las reglas de residencia de los grupos que ahí habitaron (Augé, 1995; Augé & Colleyn, 2014).

Los lugares se pueden presentar en diferentes tamaños, los hay desde habitaciones, casas, monumentos y asentamientos, hasta rocas, montañas, dunas, lagos, ríos, etcétera. Los lugares tienden a ser nombrados de manera particular, lo cual los transforma de un espacio físico cualquiera a un lugar experimentado social e históricamente, crucial para el mantenimiento de la identidad individual y colectiva (Tilley, 1994: 18)

Por su parte, los senderos son caminos que conectan a los lugares, pues fueron formados a partir de los patrones de conducta social y numerosos viajes efectuados como parte de actividades cotidianas y rituales, por lo tanto, son fundamentales para la creación y el mantenimiento de vínculos entre individuos, grupos sociales y unidades políticas (Tilley, 1994: 30). Como resultado de su tránsito continuo, los senderos pueden concebirse como líneas-redes que registran el movimiento de una comunidad entera por múltiples generaciones (Ingold, 2000: 204) y “[...] forman un medio esencial para encausar las relaciones sociales, conectando las impresiones espaciales con las memorias temporalmente inscritas” (Tilley, 1994: 31).

Finalmente, el horizonte es la mirada que brinda marcadores de referencia para lugares particulares al enfatizar la división horizontal y vertical del espacio

(Iwaniszewski 2001). La observación del horizonte y los astros, asociados a la topografía y los cambios estacionales, crea el orden espacial en la tierra y los ritmos de vida de sus habitantes (Knapp y Ashmore, 1999: 3). En suma, “el cielo provee referencias básicas para la orientación en el tiempo y el espacio. La observación de regularidades celestiales resulta útil, es un conocimiento práctico que se vuelve particularmente importante para aspectos básicos como la agricultura y otras actividades asociadas a las estaciones” (Šprajc, 2017: 1).

Por último, vale mencionar que estos tres elementos: lugares, senderos y horizontes, son los que se estudiarán en el presente trabajo, en el apartado 2.1.4 se darán detalles sobre la metodología empleada.

2.1.3 Morar el paisaje: experiencia y construcción de los mundos de la vida

Como hemos visto hasta ahora, el paisaje, además de ser un campo relacional, es *el mundo de la vida* de los seres o personas que viven en él. A su vez, los seres son organismos integrados por redes de relaciones de dominio social y ecológico que a través de la experiencia sensorial crecen y se construyen como personas. Ahora, según Ingold (2000: 153), morar es una condición de la existencia de los seres y se trata de su inmersión en el mundo de la vida mediante la experiencia. Por lo tanto, actividades como habitar, construir, cazar, cultivar y recolectar pertenecen a morar-en-el-mundo (Ingold, 2000: 185).

Desde este punto de vista, el paisaje no es algo completo o construido, listo para habitarse, es un mundo de la vida en constante formación y transformación gracias a las relaciones con sus habitantes, y cuyos componentes cobran significado cuando se integran al patrón de vida de sus moradores (Ingold, 2000: 153-154, 172), pues, como ya hemos visto, “a partir de la relación que los seres tienen con el mundo, al morar, cada lugar cobra un significado único” (Ingold, 2000: 192). Así, al morarse, el paisaje se llena de historias de vida vinculadas (enredadas) con agentes humanos y no humanos (Ingold, 2000: 154).

De acuerdo con Ingold (2000: 190, 193), el considerar al mundo de la vida como algo en constante transformación implica la experiencia del espacio y del tiempo de sus moradores: su *embodiment*, pues el cuerpo y el paisaje son elementos complementarios, ambos se generan, transforman y crecen a la par. El cuerpo, más que un instrumento u objeto, es el sujeto de la percepción del mundo (Ingold, 2000: 169), “es el organismo-persona y el proceso de *embodiment* es el desarrollo del organismo en su ambiente” (Ingold, 2000: 170). Es a través del cuerpo que los seres se relacionan, perciben, entienden, aprehenden e imponen esquemas sobre la forma en que un lugar se puede experimentar y entender (Tilley, 1994: 14, 16). A partir de la experiencia corporal colectiva se generan patrones sobre la manera en que un espacio se puede usar (Tilley, 1994: 16). Mediante la metodología propuesta por Tilley (1994), más las sugerencias descritas por Brück (2005) y Johnson, trataré de acceder a la experiencia del paisaje arqueológico del valle de Culiacán.

Ahora, morar un paisaje y experimentar su espacialidad se asocia con el *embodiment*, el cual se entiende como el movimiento donde los organismos se generan a sí mismos, “tal movimiento es el ciclo de la vida” (Ingold, 2000: 193). A partir del movimiento en el espacio, del desplazamiento de personas entre lugares siguiendo redes de senderos, se integran regiones inteligibles (Ingold, 2000: 155). Sin embargo, la configuración de regiones no corresponde con la experiencia de un solo individuo, la experiencia del paisaje involucra a todos los miembros de una colectividad que han experimentado el paisaje de manera similar, lo cual crea ritmos de la vida y *performances* asociados con actividades tanto religiosas como cotidianas. Estos ritmos de actividades brindan el marco temporal de los mundos de la vida. (Tilley, 1994: 17).

La experiencia del paisaje y el *embodiment*, además de tener que ver con el espacio habitado, está vinculada con el tiempo, pero con un tiempo que no corresponde con las cronologías arqueológicas o periodos históricos. Se trata del tiempo social, el proceso de vida en el cual se forman los paisajes donde vive la gente (Ingold, 2000: 189, 194). Este tiempo social está marcado por patrones de

actividades colectivas establecidos durante el ciclo de la vida de las personas que moran el mundo; es un tiempo cualitativo, asociado a lugares, tareas específicas y se basa en las relaciones con otros seres animados e inanimados (Ingold, 2000: 154, 195-199). Debido a que el paisaje siempre se está construyendo y a que las actividades humanas no terminan, la temporalidad del mismo depende de la red de interrelaciones que conforman los ritmos de las tareas sociales (Ingold, 2000: 198).

Hasta el momento, a partir del marco teórico explicado en las líneas anteriores, el paisaje se entiende como un *meshwork* o malla integrados por lugares, senderos y horizontes, espacios donde crecen relaciones intersubjetivas entre distintos tipos de seres y el medio que les circunda, donde lo más importante es conocer la experiencia que tienen los moradores del espacio y la temporalidad de mundo a través del *embodiment*. Así, el paisaje es un campo relacional animado, habitado por seres u organismos-personas tanto humanos como no humanos, y estos últimos adquieren poder agencial de acuerdo con el contexto de la práctica social.

Ahora bien, si llevamos estos planteamientos hacia nuestro tema, las cosas cobran sentido si consideramos que el paisaje prehispánico de Culiacán se configuró a través de las redes de relaciones entre sus moradores y el medio, la experiencia humana sobre el entorno y el establecimiento de vínculos con otros seres animados e inertes pues la mediante la epistemología animista posiblemente se asignó agentividad a seres no humanos, e incluso inanimados, como las montañas, las rocas, los ríos, los espíritus, el fuego, el viento, los animales, y establecer diferentes vínculos con tales agentes. Más aún, a partir de estas relaciones los seres humanos pudieron construir su mundo y darle sentido, mientras a partir de la experiencia y el eventual control del conocimiento del paisaje, algunos agentes humanos pudieron crear y reproducir estructuras de poder (Tilley, 1996; Vigliani, 2011). Me parece que el hecho que la región esté enmarcada por un medio particular pudo marcar los ritmos de vida de los habitantes de la región, dar forma y contenido al entorno que era cotidiano para sus habitantes, permitió generar

memorias e identidades sociales, ayudó a satisfacer las necesidades económicas, establecer relaciones de poder, en suma: crear mundos de la vida.

Por último, como hemos visto hasta ahora, para estudiar el paisaje prehispánico hay que analizar sus tres componentes: lugares, senderos y horizontes, lo cual nos permitirá aproximarnos al conocimiento del entorno en términos ecológicos, identificar la temporalidad del paisaje y la construcción de personas en el pasado en el valle de Culiacán. A continuación, describiré la metodología empleada para acercarnos al problema de investigación.

2.1.4 ¿Cómo podemos aproximarnos al paisaje prehispánico de Culiacán?

La investigación del paisaje prehispánico del valle de Culiacán se realizó con base en las propuestas de Felipe Criado Boado (1999), Mathew Johnson (2012), Julian Thomas (2010) y Christopher Tilley (1994) mediante tres fases de investigación concatenadas: la fase de archivo, la fase de laboratorio y la fase de gabinete. La primera fase está inspirada en el procedimiento de análisis propuesto por Criado Boado (1988, 1999) pues si un estudio quiere comprender la relación entre el ser humano y su medio, es necesario el conocimiento de la región de tal manera que se logre una genealogía o conocimiento de larga duración del paisaje. Con este objetivo realicé el análisis de la geología y fisiografía, las cuencas hidrográficas, los tipos de suelos, el clima y la precipitación, el ciclo agrícola, la flora y la fauna. De igual manera, atendiendo a las recomendaciones de Johnson (2012) y Thomas (2010), revisé informes, artículos y libros para tener un conocimiento completo del estado de la cuestión, además de los documentos históricos más tempranos del valle de Culiacán. Los resultados de estas pesquisas podrán verse en los apartados subsecuentes de la tesis.

Por su parte, la fase de campo consistió en la implementación del Proyecto Arqueológico Culiacán (PAC), a partir del cual se realizaron trabajos de reconocimiento de superficie en el área inmediata a los tres ríos: Humaya, Tamazula

y Culiacán. El objetivo del trabajo de campo fue identificar los componentes del paisaje: lugares, senderos y horizontes, mediante el empleo de herramientas formales de la arqueología procesual, más la experiencia fenomenológica del área investigada (Tilley, 1994: 31-33, 1996). Las exploraciones del PAC permitieron una actualización de primera mano del conocimiento arqueológico regional a través de la visita a sitios reportados por otros proyectos y el registro de nuevos asentamientos. (Vidal, 2016).

Las labores del PAC comenzaron en el pie de la Sierra Madre Occidental, particularmente en el área inmediata del río Humaya, posteriormente se siguió el curso del río Tamazula, y finalmente se realizó el reconocimiento de la llanura del río Culiacán, desde su nacimiento hasta el desemboque, en la bahía de Altata y Ensenada del Pabellón. Así, comenzamos la investigación por el área que cuenta con la geografía más abrupta y finalizamos el trabajo en la llanura costera, la zona “más estudiada” del valle de Culiacán (Kelly, 2008a; Vidal, 2016; Vidal et al., n.d., 2017)

La estrategia en campo consistió en implementar visitas puntuales a comunidades actuales ubicadas en el área inmediata a los tres ríos. Al llegar a cada localidad, se establecieron relaciones con las autoridades pertinentes, ya fuera con el síndico o el comisario en turno. Además, se realizaron pláticas sobre la naturaleza de la investigación y cuando se obtuvo información sobre la existencia de sitios arqueológicos en las cercanías, los informantes fungieron como guías para registrar los asentamientos prehispánicos. Una vez en cada sitio, se realizó el registro formal de sus componentes mediante las cédulas del PAC, de sitio y de arte rupestre, la toma de fotografías y, en casos excepcionales, se implementó un registro fotogramétrico, captura de fotografías aéreas con dron y prospección geofísica mediante la técnica geoelectrica (Blancas, Barba, Vidal, Grave, & Quintero, n.d.) (Vidal et. al, en proceso; Vidal et. al, 2017).



Figura 18. Registro fotográfico con dron en el sitio La Mora. Foto: HCSG



Figura 19. Prospección geoelectrica en el sitio La Mora. Foto: JQ



Figura 20. Registro de petrograbados en el sitio La Mora. Foto: JB

En el caso de la aplicación de la experiencia fenomenológica, el equipo de trabajo realizamos observaciones densas sobre el medio y los cambios de los sitios durante diferentes momentos del día y estaciones anuales, escuchamos el viento, e identificamos los puntos de visibilidad e invisibilidad. En fin, implementamos la experiencia sensorial para tratar de posicionarnos en la percepción del pasado. De manera adicional, y siguiendo el planteamiento de Johnson (2012), integramos la experiencia del paisaje de los habitantes locales, pues a pesar de la distancia histórica son ellos quienes mantienen verdaderos lazos con el medio y, por lo tanto, su percepción otorga un marco de referencia más certero que la experiencia occidental del investigador *per se*.

En cuanto a la experiencia personal, registramos nuestros puntos de vista sobre el entorno en un diario de campo. En el caso de los habitantes de las comunidades, se aplicó el método etnográfico a partir de dos herramientas: las entrevistas estructuras y las semi-estructuradas. La entrevista directa consiste en una serie de preguntas estructuradas que hacen referencia a un tema concreto y pueden ayudar a marcar tendencias estadísticas y reflejar perspectivas cuantitativas de una sociedad (Guber, 2012). Por su parte, la entrevista no directa brinda al entrevistado la posibilidad de llevar la charla hacia temas de su interés, se desarrolla

bajo su propio marco de referencia y otorga mayores datos al investigador sin el sesgo de su propia subjetividad. Empero, esto no quiere decir que el derrotero de la entrevista vira sin rumbo, al contrario, el investigador, al dejar fluir los intereses del narrador, establecer un tema en común, y marcar los tiempos y preguntas “correctas”, se inserta en el metalenguaje de sus informantes y accede a la información que requiere bajo el marco interpretativo que le interesa y no el suyo propio (Guber, 2012).

Las dos técnicas etnográficas se lograron aplicar de manera cabal en el valle de Culiacán, primeramente, para el registro exitoso de los asentamientos prehispánicos durante las labores de prospección. Una vez localizados los sitios arqueológicos, la siguiente herramienta etnográfica empleada fue la entrevista no directiva o semiestructurada, la cual tuvo como eje el mundo de la vida de los pobladores actuales del valle de Culiacán. Las entrevistas se realizaron cuando los informantes nos acompañaron a registrar los sitios, una vez en el lugar se les cuestionó sobre los puntos geográficos que son significativos para ellos, las transformaciones en el entorno cuando hay cambio de estaciones, el ciclo agrícola, el conocimiento sobre la cacería de ciertos animales, la pesca, la agricultura y la navegación. También se entrevistó en la casa de los informantes y, a partir de sus propios intereses y libre asociación, nos dieron una idea sobre su entorno y los elementos naturales a los cuales atribuyen agencia.



Figura 21. Desarrollo de entrevistas semi-estructuradas en Imala por parte de los arqlgos. Óscar López y Emmanuel Gómez. Foto: CIVA

Por último, la tercera fase de la investigación consistió en el trabajo de gabinete para el procesamiento de los documentos consultados en archivo y los datos recabados en el trabajo de campo. Durante este proceso se llevó a cabo el análisis macroscópico de los materiales muestreados en las dos temporadas de campo del PAC, con el fin de tener una idea sobre la cronología relativa de cada asentamiento, además de determinar la homogeneidad o heterogeneidad de la evidencia material en el área de estudio.

De igual manera, realicé el estudio de los macrorestos botánicos recuperados en el sitio de Yebavito, durante las excavaciones del Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro-Mazatlán (PASGOM) en el año 2015. El objetivo de esta actividad fue conocer las especies vegetales aprovechadas en la época prehispánica. Siguiendo con el tema de aprovisionamiento de recursos para actividades de subsistencia, desarrollé el análisis petrográfico de veinte fragmentos cerámicos de los complejos Aztatlán y Culiacán, procedentes de los sitios Los

Mezcales y Yebavito. El fundamento de esta labor fue reconocer el origen mineralógico de las partículas no plásticas, además de identificar trazas de tecnología empleada en la elaboración alfarera.

De manera particular, se realizó el modelo fotogramétrico de los petrograbados del sitio La Mora, así como la interpretación de las anomalías que fueron descubiertas mediante la prospección geofísica practicada durante la temporada de campo 2017-2018 (Vidal et al., n.d.).

En cuanto a los análisis espaciales, se elaboró una base de datos correlacionable con SIG de todos los sitios registrados en Culiacán hasta el momento. En este punto, retomé la propuesta de Criado Boado (1999: 74) y apliqué el mecanismo *zoom* en tres sitios particulares: La Mora, en el pie de la Sierra Madre Occidental, Yebavito, en la llanura aluvial, y Altata, en la costa del Mar de Cortés. La elección de estos sitios para ejemplificar la región de estudio fue debido a que estos asentamientos tienen el registro arqueológico más completo y por lo tanto existen más datos para hacer interpretaciones sobre la manera en que se pudo percibir el paisaje en el pasado, estudiando los lugares, los senderos y el horizonte.

En los tres sitios seleccionados se realizaron análisis de cuencas visuales mediante el *software* QGIS, a fin de corroborar y ampliar las observaciones en cuanto a la visibilidad, invisibilidad e intervisibilidad registradas en campo. Asimismo, se realizaron mapas con el programa Google Earth para identificar las orientaciones de ciertos elementos durante eventos astronómicos particulares como solsticios y equinoccios. También se realizaron mapas del tránsito solar anual en el horizonte de los sitios, y en casos excepcionales como en el sitio La Mora, esto se vinculó con el calendario actual de la comunidad.

Otra de las actividades implementadas en gabinete fue el posicionamiento cronológico del valle de Culiacán, esto se realizó con base en conjunción de las dataciones relativas de Yebavito, obtenidas mediante la técnica de arqueomagnetismo (Gogichaishvili, Morales, Grave, & Vidal, 2015), y el análisis de la nueva secuencia cronológica de Sinaloa elaborada a partir de edades de ^{14}C

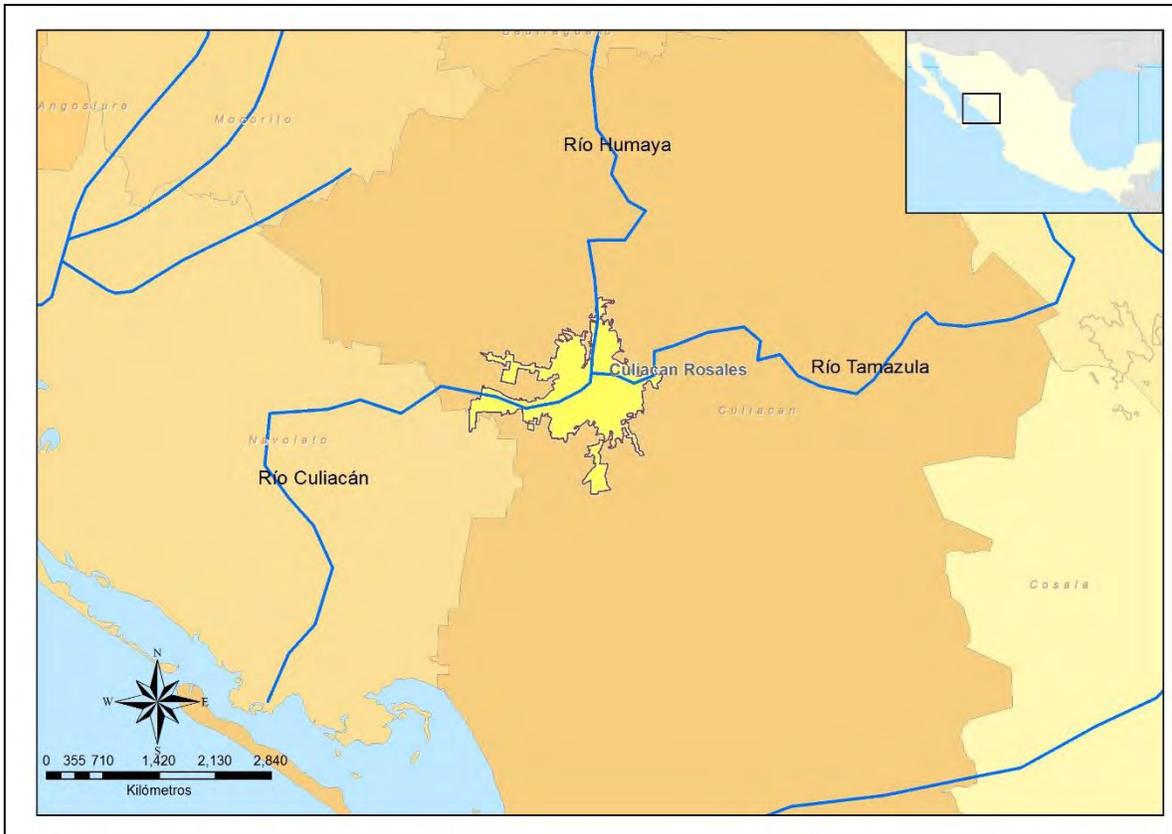
implementadas en el Laboratorio de Radiocarbón Universitario (LUR) (González Hernández & Beramendi, 2018; Vidal, González, Beramendi, & Grave, 2018).

Finalmente, se retomaron documentos históricos sobre la conquista de Culiacán y zona cercanas como el Gran Nayar y el área comprendida entre los ríos Sinaloa y Yaqui, además de textos etnográficos contemporáneos de la misma región, con el objetivo de identificar la percepción del paisaje, el *embodiment* y su relación con la construcción de personas. El punto para considerar ambos tipos de datos es partir de una historia de larga duración, la cual se ha observado en casos arqueológicos de regiones vecinas como el sur de Sinaloa y Norte de Nayarit (Grave, 2012a), además del valle de Guadiana (Gómez, 2013; Vidal, 2011) y las quebradas de Durango (Punzo, 2013). Considero que la analogía de los datos arqueológicos con la información histórica y etnográfica provee solidez a los argumentos expuestos a lo largo de este trabajo.

Hasta aquí he descrito los aspectos teóricos y metodológicos de la investigación, siguiendo esta base, en seguida se describe la región de estudio y las características ambientales que pudieron ser aprovechadas por los pobladores prehispánicos de Culiacán.

2.2 Culiacán: tierra entre los ríos, las montañas y el mar

Nuestra región de estudio se encuentra en la zona central del actual estado de Sinaloa, consiste en el área de influencia de la cuenca de los ríos Culiacán, Tamazula y Humaya, la cual nace en el pie de la Sierra Madre Occidental y finaliza en la costa de Navolato. Políticamente, su ubicación corresponde a dos municipios: Navolato, situado en el extremo poniente, colindante con el Mar de Cortés, y Culiacán, localizado al oriente, el cual linda con el estado de Durango. El río Tamazula tiene una longitud de 280 kilómetros, surge en la sierra de Santa Catarina de Tepehuanes, Durango; surca la Sierra Madre Occidental y sigue su curso hacia el poniente, pasando por el suroeste de Badiraguato, hasta unirse con los ríos Tamazula y Culiacán (Rendón, 1995)



Mapa 1. Localización del área de investigación

Por su parte, el río Tamazula tiene su origen en las inmediaciones del valle de Topia, Durango, en la Sierra Madre Occidental, donde recibe a los afluentes de los ríos Pilares y Rodeo; una vez que llega a Sinaloa se le unen los arroyos El Sabinito, Escaltita, Veladero, Las Milpas y el Limón. Desde su nacimiento hasta su confluencia con los ríos Humaya y Culiacán, tiene una extensión de 165 kilómetros (Rendón, 1995). Finalmente, el río Culiacán nace en el centro del valle homónimo a partir de la confluencia de los ríos Humaya y Tamazula, su curso va del oriente hacia el poniente, hasta desembocar en la bahía de Altata-Ensenada de Pabellón, cubriendo una longitud total de 72 kilómetros sobre un cauce poco profundo (Rendón, 1995). Como podrá apreciarse, los tres ríos son un marcador importante del entorno, y en la antigüedad pudieron ser el escenario ideal para interactuar con otros agentes humanos y no humanos pues pudieron propiciar actividades para

obtener alimentos, extraer materias primas para actividades constructivas y artesanales, como áreas de caminos y senderos, y hasta lugares de culto.

En cuanto a la litología, la formación oscila entre el periodo Jurásico (201-140 millones de años) de la Era Mesozoica (251-67 millones de años) y el Holoceno (10,000 a.C.) de la Cenozoica (67 millones de años). En la zona de la Sierra Madre Occidental se formaron las unidades más antiguas que consisten en rocas de esquistos y gneiss (Servicio Geológico Mexicano, 2006) y datan de 160 millones de años, posteriormente, en el Cretácico inferior, (140-97.5 millones de años) se generaron rocas volcano sedimentarias, andesitas, tobas andesíticas y areniscas que hoy se encuentran cerca del nacimiento de los ríos Humaya y Tamazula (Servicio Geológico Mexicano, 1999, 2008a, 2008b). A finales de la Era Mesozoica e inicios de la Cenozoica y derivado de actividad volcánica, se emplazaron unidades ígneas intrusivas como granodiorita y cuarzo monzonita, sobre las rocas mencionadas anteriormente. Ya en el Paleógeno (67-24 millones de años) del Terciario (67-1.68 millones de años), se da la deposición de rocas toba riolítica-ignimbrita, andesita brecha-andesítica y toba riolítica-riolita (Servicio Geológico Mexicano, 2006, 2008b). Durante el Neógeno (24-1.68 millones de años) se forman unidades de basalto, conglomerado polimíctico-arenisca, toba riolítica-riolita y riolita-toba riolítica (Servicio Geológico Mexicano, 2008a, 2013a, 2013b). Finalmente, las formaciones más recientes corresponden al Pleistoceno (1.68 millones de años-10,000 a.C.) y Holoceno (10,000 a.C.) del periodo Cuaternario, que es cuando se generan rocas basalto-brecha basáltica (exclusivo del Pleistoceno) conglomerado polimíctico y se depositan sedimentos de limo-arena y aluvión (Servicio Geológico Mexicano, 2013b). Cabe destacar que la formación geológica más reciente, de origen sedimentario, es la asociada al área de inundación de los ríos, a su confluencia y a la mayor parte de la cuenca del río Culiacán.

Desde una perspectiva fisiográfica, la región está integrada por dos provincias: la Sierra Madre Occidental y las Llanuras costeras del Pacífico. La primera se encuentra al oriente, cerca de los límites con Durango, y consta de las

subprovincias: pie de sierra y gran meseta y cañones duranguenses, en las cuales imperan relieves de sierras con lomeríos, aunque también se observan cañones y valles con lomeríos (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2008); en el presente estudio solo nos concentraremos en el pie de sierra. La segunda provincia fisiográfica es la que abarca la mayor parte del territorio, consiste en la llanura aluvial del río Culiacán la cual inicia en la confluencia de los tres ríos, y la llanura costera (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005, 2008). En seguida se describen las características particulares de las subprovincias donde se inscribe la investigación: el pie de sierra, la llanura aluvial y la costa del Mar de Cortés-.

2.2.1 El Pie de Sierra

Esta subprovincia se localiza a partir de los 100 metros sobre el nivel del mar, la temperatura media anual oscila entre los 24° C y los 26° C, con una precipitación de 900 milímetros y una estación de lluvias marcada, entre los meses de julio y septiembre, mientras la temporada de calor es de mayo a agosto (ver datos del Servicio Meteorológico Nacional en las Tablas 1 y 2). El suelo de las topofomas caracterizadas por superficies montañosas y lomeríos altos consiste en tierras erosionadas donde se encuentran regosoles, los cuales son suelos jóvenes, poco desarrollados que cuentan alto contenido mineral (IUSS Grupo de Trabajo WRB, 2007: 91). En cuanto a la hidrografía, en el área se hallan múltiples arroyos que bañan las montañas, lomeríos, y valles intermontanos, y se unen a los afluentes de los ríos Humaya y Tamazula.



Figura 22. Pie de sierra en El Varejonal, Culiacán, Sinaloa.

SERVICIO METEOROLÓGICO NACIONAL													
NORMALES CLIMATOLÓGICAS													
ESTADO DE: SINALOA	PERIODO: 1951-2010												
ESTACION: 00025033 EL VAREJONAL	LATITUD: 25°05'40" N.					LONGITUD: 107°23'35" W.				ALTURA: 119.0 MSNM.			
ELEMENTOS	ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC	ANUAL
TEMPERATURA MAXIMA NORMAL	29.2	30.6	32.5	35.4	37.8	38.1	36.0	35.1	34.8	34.6	32.4	29.6	33.8
MAXIMA MENSUAL	33.1	34.1	37.2	38.7	41.0	41.0	39.1	37.6	39.0	38.0	36.5	33.4	
AÑO DE MAXIMA	2003	1976	1971	1972	2002	1966	1994	1963	1994	1968	2002	1970	
MAXIMA DIARIA	39.0	39.5	42.0	44.5	44.0	45.0	47.0	44.0	43.0	41.0	40.0	39.5	
FECHA MAXIMA DIARIA	31/1963	20/1971	26/1963	19/1965	30/1963	14/1966	03/1969	22/1973	21/1982	06/1963	24/1995	01/1963	
AÑOS CON DATOS	48	50	50	47	42	46	50	50	49	49	50	50	
TEMPERATURA MEDIA NORMAL	21.0	21.8	23.2	25.7	28.6	31.0	30.3	29.6	29.4	27.9	24.5	21.7	26.2
AÑOS CON DATOS	48	50	50	47	42	46	50	50	49	49	50	50	
TEMPERATURA MINIMA NORMAL	12.8	13.0	13.8	16.1	19.3	24.0	24.5	24.2	24.0	21.2	16.6	13.8	18.6
MINIMA MENSUAL	8.6	10.0	11.0	12.9	16.3	20.9	22.6	21.8	22.2	18.0	13.6	9.8	
AÑO DE MINIMA	1999	1998	1999	1995	1975	1969	2000	2000	2004	1970	2010	1999	
MINIMA DIARIA	3.5	6.5	6.0	8.0	11.0	13.5	14.5	14.5	14.0	10.0	9.0	3.5	
FECHA MINIMA DIARIA	10/1997	17/1964	03/1964	04/1973	30/1974	01/2010	01/2002	08/1973	18/2004	28/1974	22/1961	13/1997	
AÑOS CON DATOS	48	50	50	47	42	46	50	50	49	49	50	50	
PRECIPITACION NORMAL	24.2	16.9	4.1	3.8	0.9	56.4	253.4	250.4	171.2	63.2	28.1	33.0	905.6
MAXIMA MENSUAL	218.0	144.0	33.5	82.5	30.5	491.5	824.7	513.0	327.0	338.7	109.5	179.0	
AÑO DE MAXIMA	1992	1968	1968	1997	1972	2000	1963	1980	1978	1986	2004	1991	
MAXIMA DIARIA	90.0	78.5	24.0	65.0	27.0	149.5	138.0	134.0	150.0	125.5	73.0	115.0	
FECHA MAXIMA DIARIA	24/1979	09/1968	17/1964	03/1997	30/1972	27/2000	07/2008	03/1978	13/1996	25/1971	14/2004	10/1963	
AÑOS CON DATOS	48	50	50	47	42	46	50	50	49	49	50	49	
EVAPORACION TOTAL NORMAL	111.5	133.8	199.9	244.6	288.9	274.1	204.5	182.6	156.3	154.0	124.0	103.9	2,178.1
AÑOS CON DATOS	47	50	50	47	42	46	49	50	49	49	50	50	

Tabla 1. Datos climatológicos de la estación El Varejonal. Tomado de <http://smn.conagua.mx/tools/RESOURCES/Normales5110/NORMAL25033.TXT>

SERVICIO METEOROLÓGICO NACIONAL													
NORMALES CLIMATOLÓGICAS													
ESTADO DE: SINALOA											PERIODO: 1951-2010		
ESTACION: 00025081 SANALONA II				LATITUD: 24°48'00" N.				LONGITUD: 107°09'45" W.				ALTURA: 104.0 MSNM	
ELEMENTOS	ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC	ANUAL
TEMPERATURA MAXIMA													
NORMAL	29.2	30.6	32.5	34.9	36.8	37.2	35.7	34.7	34.2	34.3	32.3	29.6	33.5
MAXIMA MENSUAL	33.6	33.3	35.2	37.0	39.4	39.1	39.2	37.1	36.5	37.0	35.5	33.1	
AÑO DE MAXIMA	2003	2000	1971	1972	2002	1980	1954	2002	2005	1979	1999	1977	
MAXIMA DIARIA	38.5	39.0	41.0	42.0	44.0	43.0	44.0	41.0	41.5	40.5	40.0	36.5	
FECHA MAXIMA DIARIA	10/1978	08/2000	27/2002	05/2002	22/1975	08/1980	03/1969	04/1954	29/1999	14/1997	04/2001	01/1978	
AÑOS CON DATOS	54	54	53	55	54	55	55	55	56	55	56	55	
TEMPERATURA MEDIA													
NORMAL	19.1	19.8	21.2	23.8	26.7	29.8	29.6	28.9	28.6	26.8	22.8	19.9	24.8
AÑOS CON DATOS	54	54	53	55	54	55	55	55	56	55	56	55	
TEMPERATURA MINIMA													
NORMAL	8.9	9.1	9.9	12.8	16.5	22.4	23.5	23.2	23.0	19.4	13.3	10.1	16.0
MINIMA MENSUAL	5.1	5.4	6.6	9.8	13.2	20.3	19.0	21.6	21.5	15.1	8.3	6.4	
AÑO DE MINIMA	1999	1971	2008	1975	2007	2005	1954	2000	1968	1970	2010	2010	
MINIMA DIARIA	0.0	0.0	1.0	5.0	8.0	12.5	16.5	15.0	13.5	9.0	1.0	1.0	
FECHA MINIMA DIARIA	09/1997	04/1956	02/1964	02/1980	02/1975	01/1976	15/1954	13/1979	28/1989	30/2007	23/1979	31/1975	
AÑOS CON DATOS	54	54	53	55	54	55	55	55	56	55	56	55	
PRECIPITACION													
NORMAL	24.5	12.9	4.3	3.0	1.6	42.4	236.3	237.5	172.0	66.1	23.9	29.3	853.8
MAXIMA MENSUAL	221.2	97.6	73.1	84.7	45.5	175.0	553.9	545.1	379.3	503.1	154.5	273.6	
AÑO DE MAXIMA	1992	2005	1958	1997	1972	1990	1990	1989	1958	1986	1989	1963	
MAXIMA DIARIA	61.8	57.5	73.1	34.9	43.0	81.2	128.6	103.0	116.9	224.3	116.4	158.0	
FECHA MAXIMA DIARIA	16/1992	20/1973	05/1958	03/1997	30/1972	24/1999	24/1970	18/1994	16/2006	11/1986	19/1989	10/1963	
AÑOS CON DATOS	58	58	56	57	57	57	57	58	58	59	58	58	
EVAPORACION TOTAL													
NORMAL	97.3	121.9	184.0	224.7	265.0	244.6	183.7	164.0	142.6	138.7	108.1	87.2	1,961.8
AÑOS CON DATOS	56	57	57	58	57	58	57	58	58	58	59	56	

Tabla 2. Datos climatológicos de la estación Sanalona II. Tomado de <http://smn.conagua.mx/tools/RESOURCES/Normales5110/NORMAL25081.TXT>



Figura 23. Panorama del río Tamazula en Jotagua, Culiacán, Sinaloa. Foto: CIVA

En lo que respecta a la flora y fauna, a una altura de 600 metros sobre el nivel del mar se halla el bosque de *quercus*, integrado por roble, *q. chihuauensis*, *q. coccolobifolia* y *q. magnoliifolia*. Aquí también se hallan los géneros *aeschynomene*, *agave*, *ageratum*, *bursera*, *calliandra*, *cheilanthes*, *clidemia*, *crotalaria*, *dalea*, *desmodium*, *eriosema*, *ipomea*, *lysiloma*, *polygala*, *salvia*, *tephrosia*, *tillandsia*, *vernonia* y *viguiera* (Vega, 2001). Hacia estribaciones que sobrepasan los 700 metros sobre el nivel del mar, se encuentra, junto con los géneros enlistados, y el bosque de *quercus*, el pino amarillo (*pinus oocarpa*) (Vega, 2001). La fauna asociada a las zonas altas consiste en nutria de río (*Lontra logicaudis*), tlalcoyote

(*taxidea taxus*), murciélago (*arbiteus jamicensis*, *arbiteus hirsutus*), golondrina, venado (*odocoileus virgianus* sp.), gato montés (*lynx rufus*), gavilán (*accipiter* sp.), aguililla (*buteo albonotatus*, *buteo plagiatus*), coatí (*nasua narica*), jabalí (*sus scrofa*), halcón (*falco sparverius*, *falco peregrinus*, *caracara cheriway*), zorrillo (*coneptus leuconotus*), chachalaca (*ortalis wagleri*), cuervo (*corvus sinaloae*), zanate (*quicalus mexicanus*), gorrión (*passer domesticus*), zorra gris (*urocyon cinereoargenteus*), conejo (*sylvilagus* sp.), coyote (*canis latrans*), ardilla (*otospermophilus variegatus*), ocelote (*leopardus pardalis*), entre otros (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, n.d.; Rendón, 1995).

2.2.2 La Llanura Aluvial

La llanura se halla entre una altitud de 0 a 400 metros sobre el nivel del mar, siendo la constante una altitud de menor a los 100 msnm. La temperatura media anual es de 25° C con una estación bastante cálida que se registra entre los meses de mayo a octubre, donde llegan a registrarse hasta más de 40°C. La precipitación media anual es de 665 milímetros, con una estación de lluvias marcadas en verano, de julio a septiembre (ver datos del Servicio Meteorológico Nacional en la Tabla 3). En cuando a la hidrología, esta región está marcada por el nacimiento del río Culiacán y los múltiples arroyos que confluyen en él, hasta su desemboque en Ensenada de Pabellones

SERVICIO METEOROLÓGICO NACIONAL													
NORMALES CLIMATOLÓGICAS													
ESTADO DE: SINALOA	PERIODO: 1951-2010												
ESTACION: 00025015 CULIACAN (DGE)	LATITUD: 24°47'31" N.					LONGITUD: 107°23'53" W.				ALTURA: 60.0 MSNM.			
ELEMENTOS	ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC	ANUAL
TEMPERATURA MAXIMA													
NORMAL	27.8	28.9	30.5	32.8	34.9	35.9	35.5	34.8	34.4	34.2	31.5	28.2	32.5
MAXIMA MENSUAL	36.7	38.5	33.8	37.3	38.5	39.3	39.2	37.7	38.0	37.0	34.2	32.4	
AÑO DE MAXIMA	1974	1974	1974	1994	1994	1994	1994	2002	1994	2008	2005	1981	
MAXIMA DIARIA	41.0	42.0	39.0	41.5	41.5	45.5	42.5	46.0	41.5	41.5	42.5	37.0	
FECHA MAXIMA DIARIA	16/1974	23/1974	29/1967	17/1994	31/2003	11/2000	28/1994	11/1969	21/1982	02/1993	01/2005	01/1986	
AÑOS CON DATOS	50	50	50	50	50	50	50	50	49	49	50	50	
TEMPERATURA MEDIA													
NORMAL	19.4	20.1	21.3	23.6	26.4	29.5	29.8	29.3	29.0	27.5	23.5	20.2	25.0
AÑOS CON DATOS	48	50	50	50	50	50	50	50	49	49	50	50	
TEMPERATURA MINIMA													
NORMAL	10.9	11.3	12.1	14.5	18.0	23.2	24.1	23.8	23.6	20.7	15.6	12.2	17.5
MINIMA MENSUAL	6.7	7.3	8.3	10.4	13.9	19.1	22.0	22.6	21.8	16.9	11.4	9.1	
AÑO DE MINIMA	1974	1964	1962	1969	1975	1969	1976	1976	1976	1970	1979	1973	
MINIMA DIARIA	2.0	3.0	3.0	3.0	9.0	12.0	13.0	16.0	17.0	11.0	5.0	3.0	
FECHA MINIMA DIARIA	07/1971	17/1964	02/1964	04/1969	01/1964	05/1962	19/1974	27/1969	29/1989	31/1979	24/1979	30/1967	
AÑOS CON DATOS	48	50	50	50	50	50	50	50	50	49	50	50	
PRECIPITACION													
NORMAL	18.4	11.7	2.8	2.4	1.1	19.7	162.8	209.2	141.6	50.0	21.3	26.3	667.3
MAXIMA MENSUAL	201.2	125.3	42.4	36.0	32.4	155.5	419.4	424.0	270.3	219.9	142.9	265.7	
AÑO DE MAXIMA	1992	2005	1968	1997	1972	1984	1963	2008	1996	1986	1983	1963	
MAXIMA DIARIA	66.0	42.5	18.5	27.0	30.2	73.0	98.3	129.0	140.0	175.2	103.5	173.3	
FECHA MAXIMA DIARIA	29/1984	04/1983	14/1994	06/1983	30/1972	20/1984	13/1996	16/2008	29/1984	15/1980	03/1983	10/1963	
AÑOS CON DATOS	50	50	50	50	50	50	50	50	50	49	50	50	
EVAPORACION TOTAL													
NORMAL	103.2	126.2	189.0	227.7	266.9	257.9	211.0	183.9	159.5	162.7	125.7	97.2	2,110.9
AÑOS CON DATOS	48	49	49	49	50	50	49	49	49	49	50	48	

Tabla 3. Datos climatológicos de la estación Culiacán. Tomado de <http://smn.conagua.mx/tools/RESOURCES/Normales5110/NORMAL25015.TXT>



Figura 24. Cauce del río Culiacán. Navolato, Sinaloa.

En la llanura aluvial se hallan suelos altamente fértiles que consisten en vertisoles, phaeozems, fluvisoles y kastañozems, ubicados en el área central del valle y a lo largo del abanico del río Culiacán (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005, 2008). Los vertisoles se caracterizan por ser suelos dinámicos sumamente arcillosos que en época de lluvias absorben la humedad y se expanden, mientras que en temporadas de secas se contraen, formando grietas profundas; suelen ser de color negro (IUSS Grupo de Trabajo WRB, 2007: 96). Los phaeozems también cuentan con tonalidades oscuras, producto de una alta concentración de materia orgánica; están integrados por sedimentos de origen eólico, bastante porosos (IUSS Grupo de Trabajo WRB, 2007: 82). Los fluvisoles, asociados a las planicies aluviales, abanicos de ríos y valles, consisten en suelos jóvenes conformados por depósitos aluviales que se inundan fácilmente (IUSS Grupo de Trabajo WRB, 2007: 79). Las características de estos suelos potencian su uso tanto en el presente como en el pasado. Es decir, la presencia de mucha materia orgánica de este tipo de unidades de suelos hace propicia a la región para el desarrollo agrícola en la época prehispánica. De igual manera, los suelos con unidades B desarrolladas, posiblemente fueron aprovechados para la elaboración de cerámica.

Esta subprovincia se caracteriza por ser su diversidad florística, en ella se encuentran el bosque tropical caducifolio, el bosque o matorral espinoso y la vegetación acuática asociada a los ríos; sin embargo, es también el área más perturbada y reducida debido al urbanismo y la implementación de la industria agrícola, dedicada principalmente al cultivo de maíz, tomate, sorgo y frijol. Además de las plantas de cultivo, aquí se encuentra una vasta densidad de especímenes arvenses (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005, 2008). A su vez, la disminución de la flora por la acción antrópica ha producido un decrecimiento de la fauna, empero aún se pueden observar algunas especies como zorro, coyote (*canis latrans*), venado (*odocoileus virginianus* sp.), conejo (*sylvilagus* sp.), liebre (*lepus alleni*), mapache (*procyon lotor*), tuzas (familia *geomidaye*), zorrillo pigmeo (*spilogale pygmaea*), musaraña (*notosiorex evotis*), lagarto escorpión (monstruo de gila o *heloderma suspectum*), boa (mazacuata o *boa imperator*), culebra ojo de gato (*hypsiglena torquata*), coralillo (*micrurus distans*), culebra listonada cuello negro

(*thamnophis cyrtopsis*), víbora de cascabel (*crotalus atrox*), jaguar (*panthera onca*), armadillo (*dasyus novemcinctus*), guacamayas (*ara militaris*), pericos (*forpus cyanopygius*, *eupsittula canicularis*, *myopsitta monachus*), etcétera (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, n.d.; Rendón, 1995).

Entre las cotas de 300-400 metros sobre el nivel del mar, se halla el bosque tropical caducifolio conformado por *alcalypha sp.*, *aralya humilis*, *bursea sp.*, *ceiba acummiata*, palo de rosa amarillo (*cochosperum vitofolium*), bejuco de capare (*combretum farinosum*), *conzattia serícea*, *cordia alliodora*, guásima (*guazuma ulmifolia*), palo de brasil (*haematoxylon brasiletto*), tepeguaje (*lysiloma microphylla*), chico zapote (*morisonia americana*), clavelina (*pseudobombax palmeri*), arrayán o pichiche (*psidium sartorianum*) y *tabebuia sp* (Vega, 2001).

El bosque o matorral espinoso se desarrolla a una altura de cero a 300 msnm y se trata del sector que cuenta con la mayor diversidad de familias endémicas de la región (Vega, 2001: 77), algunas de la especies que lo integran son huizache (*acacia cochliacantha* y *acacia farnesiana*), palo fierro (*coursetia glandulosa*), *bromelia pinguin*, copal (*bursera sp.*), palo colorado (*caesalpinia platyloba*), *c. eriostachys*, *fourquiera macdougallii*, palo de brasil (*haematoxylon brasiletto*), *ipomoea arborescens*, copalillo (*jatropha cordata*), *lysiloma microphyllum*, nopal (*opuntia sp.*), cardón (*pachycereus pecten-aborigenum*), *pithecellobium sonora*, *randia sp.*, *senna atomaria* y *ziziphus amole*. Finalmente, en las inmediaciones de los ríos y arroyos se encuentra el bosque de galera con especímenes de ramón (*brosium alicastrum*), *ficus sp*, álamo (*populus*) sauce negro (*salixnigra*), ahuehuete o sabino (*taxodium mucronatum*), *thouinidium decandrum* y *trophis racemosa* (Vega, 2001).

2.2.3 La costa y el Mar de Cortés

Finalmente, la subprovincia desemboque del río Culiacán y la costa se encuentra sobre el nivel del mar y se caracteriza por una temperatura media de 25° C, con una

estación cálida entre los meses de junio y octubre. La precipitación media anual es de 470 milímetros, con una temporada de lluvias muy corta, en los meses de agosto y septiembre.

SERVICIO METEOROLÓGICO NACIONAL													
NORMALES CLIMATOLÓGICAS													
ESTADO DE: SINALOA	PERIODO: 1951-2010												
ESTACION: 00025171 NAVOLATO	LATITUD: 24°45'56" N.				LONGITUD: 107°42'11" W.				ALTURA: 16.0 HSNM.				
ELEMENTOS	ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC	ANUAL
TEMPERATURA MAXIMA													
NORMAL	27.7	29.2	31.0	33.1	35.6	36.4	36.6	36.4	35.5	35.1	32.6	28.6	33.2
MAXIMA MENSUAL	30.0	31.4	34.0	35.5	37.8	39.3	38.5	38.3	38.6	37.7	35.5	31.0	
AÑO DE MAXIMA	2003	2006	1980	2006	2004	2006	2003	2002	2005	1999	2001	2000	
MAXIMA DIARIA	39.5	39.5	37.5	41.5	42.0	43.0	44.0	42.0	43.0	42.0	42.0	37.0	
FECHA MAXIMA DIARIA	09/2004	19/2004	21/2004	22/1999	19/1999	29/2006	05/2006	23/2002	27/2009	19/2008	02/2005	31/2007	
AÑOS CON DATOS	17	18	18	18	18	18	17	16	16	17	17	13	
TEMPERATURA MEDIA													
NORMAL	19.4	20.2	21.6	23.7	26.3	29.1	30.0	30.2	29.6	27.9	24.0	20.0	25.2
AÑOS CON DATOS	17	18	18	18	18	18	17	16	16	17	17	13	
TEMPERATURA MINIMA													
NORMAL	11.1	11.1	12.2	14.2	17.0	21.7	23.4	24.0	23.8	20.8	15.3	11.4	17.2
MINIMA MENSUAL	8.4	9.8	10.6	12.3	15.9	13.6	12.6	22.8	22.9	19.1	11.9	9.6	
AÑO DE MINIMA	2000	2001	2008	1999	1999	1979	1979	2000	1978	1982	1979	2001	
MINIMA DIARIA	4.0	5.0	7.5	9.0	11.0	10.0	10.0	18.0	16.0	11.0	5.0	5.0	
FECHA MINIMA DIARIA	19/2001	02/2001	03/2001	02/1980	02/1984	09/1979	28/1979	10/2009	22/2010	31/1979	23/1979	09/1978	
AÑOS CON DATOS	17	18	18	18	18	18	17	16	16	17	17	13	
PRECIPITACION													
NORMAL	22.6	9.2	2.1	1.2	7.4	6.5	71.6	120.8	134.5	76.7	6.5	11.5	470.6
MAXIMA MENSUAL	137.6	70.6	17.5	11.0	132.0	44.0	161.7	234.7	266.5	274.9	49.5	77.0	
AÑO DE MAXIMA	1981	2005	2001	1983	2008	1999	1983	2010	1980	2000	1983	1982	
MAXIMA DIARIA	70.0	62.0	17.5	11.0	132.0	14.5	47.0	114.0	120.0	197.5	28.5	38.5	
FECHA MAXIMA DIARIA	30/1984	04/2005	01/2001	06/1983	02/2008	22/1999	28/1978	14/2010	18/2002	24/2006	03/1983	31/1982	
AÑOS CON DATOS	17	18	18	18	18	19	18	18	16	17	17	12	
EVAPORACION TOTAL													
NORMAL	85.5	96.2	135.4	159.8	192.5	177.8	169.4	149.8	126.7	123.1	99.2	90.2	1,605.6
AÑOS CON DATOS	16	18	18	18	18	18	18	18	14	17	17	11	

Tabla 4. Datos climatológicos de la estación Navolato, tomado de <http://smn.conagua.mx/tools/RESOURCES/Normales5110/NORMAL25171.TXT>

En la zona de costa y desemboque se halla vegetación de manglar y tular, las especies predominantes son mangle rojo (*rhizophora mangle*), botoncillo (*conocarpus erectus*), mangle negro (*avicennia germinans*) y mangle blanco (*laguncularia racemosa*); aunque en el medio salino también se encuentran la alfombrilla (*abronia martima*), chamizo (*atriplex barclayana*), *batis maritima*, uva de playa (*coccoloba uvifera*), *croton punctatus*, *diodia crassifolia*, *lycium brevipes*, *lycium carolinianum*, hierba mora (*okenia hypogaea*), *palafoxia linearis*, *philoxerus vermicularis*, *polypremum procumbens*, verdolaga de caballo (*trianthema portulacastrum*), *sarcocornia pacifica*, verdolaga de playa (*sesuvium portulacastrum*), *suaeda fruticosa*, y *uniola pittieri* (*idem*). Algunos de las especies animales que se pueden encontrar en este entorno son cocodrilos (*cocodrylus acutus*), caimanes (*caiman*) tortugas, iguanas (*Iguana*), iguana verde (*Ctenosaura*)

y anfibios como sapos (*Bufo*), ranas (*Rana*), patos y gansos (Grave et al., 2015; Instituto Nacional de Geografía y Estadística, n.d.; Rendón, 1995).



Figura 25. Panorámica de la Bahía de Altata



Figura 26. Desemboque del río Culiacán. El Castillo, Navolato.

En el ambiente de marismas, se hallan diversos peces como el bagre (*Bagre pinnimaculatus*), el robalo (*Centropomus sp.*), el puyequé, el pargo (*Lutianus sp.*), la liza (*Mugil cepphallus*), la picuda (*Syagnathus carinatus*), la mojarra (*Cymatogaster sp.* y *Anisotremus interruptus*) y la curvina (*Cynoscio stolzmanni*); además de crustáceos, como el camarón y la jaiba (Grave *et al.* 2015). Finalmente, en el Mar de Cortés se sitúa una gran variedad de peces como el marlín (*Makaira nigricans omazara*, *Makaira indica* y *tetraplatus audaz*), el atún (*thunnus abacares*), el pez dorado (*corypaena ippurus*), el pargo (*lutianus peru*), delfines (*tursiops truncatus*), mantarrayas (*urobatis maculatus*), tortugas (*Caretta caretta*, *Dermatemys*, *Kinosternon*, *Chigysemys* y *Staurotypus*), además de camarones y moluscos como *Anadara grandis*, *Ostrea corteziensis*, *Tivela byronensis*, que fueron ampliamente consumidos durante la época prehispánica (Grave *et al.*, 2015; Instituto Nacional de Geografía y Estadística, n.d.; S. Ortega, 2010).

Segunda parte. Mundos de la vida, construcción y percepción del paisaje en
Culiacán

3. Los mundos de la vida entre los habitantes prehispánicos de Culiacán

3.1 Características generales de los sitios de valle de Culiacán

Si bien, a primera vista, los sitios arqueológicos de Culiacán son pocos y carecen de monumentalidad, en relación con otras regiones de México, a partir de la sistematización de las investigaciones descritas en el capítulo 1 se tiene registro de 156 asentamientos, entre los cuales se aprecian siete tipos de sitios, según sus elementos formales:⁴ concentraciones de materiales, montículos, concheros, arte rupestre, sitios funerarios, sitios con arquitectura de mampostería y asentamientos mixtos.

Como su nombre lo indica, las concentraciones de materiales consisten en acumulaciones de fragmentos cerámicos, líticos, de concha, etcétera, dispuestos en la superficie. En ocasiones se halla solamente un tipo de material, la combinación de algunos o una mezcla de todos. En todo el valle se tiene registro de 46 sitios de esta naturaleza, los cuales se distribuyen de manera aleatoria, en la costa, la llanura aluvial y las primeas estribaciones serranas.

Los montículos principalmente se encuentran en el curso del río Culiacán, pero también tienen presencia en la zona costera, próxima a Altata. De acuerdo con la información disponible (Kelly, 1945; Téllez, 1997), se trata de lomas bajas situadas en la terraza aluvial, las cuales cuentan con restos de arquitectura de tierra y depósitos de tuestos y lítica fracturado. Los montículos son resultado de la sobreposición continua del material cultural en la terraza y muy probablemente se trató de sitios habitacionales (Cabrerero, 1987; Kelly, 1945), como veremos adelante. Al momento se tiene conocimiento de 21 sitios de esta categoría.

Por su parte, los concheros se encuentran solamente en la zona de la costa, sumando un total de 38 asentamientos que se caracterizan por acumulaciones de desechos de conchas, regularmente del género *Anadara grandis*, en forma de

⁴ Véase el Anexo 1 para los elementos registrados en cada sitio arqueológico

montículos rectangulares o alargados, resultado de actividades pesqueras y el consumo de moluscos. En la mayoría de las ocasiones, la superficie de los concheros ostenta restos de tepalcates, lascas y metates, y en sus inmediaciones se localizan hornos de forma rectangular y circular (Kelly, 1945; Konieczna & Mayer, 1973).

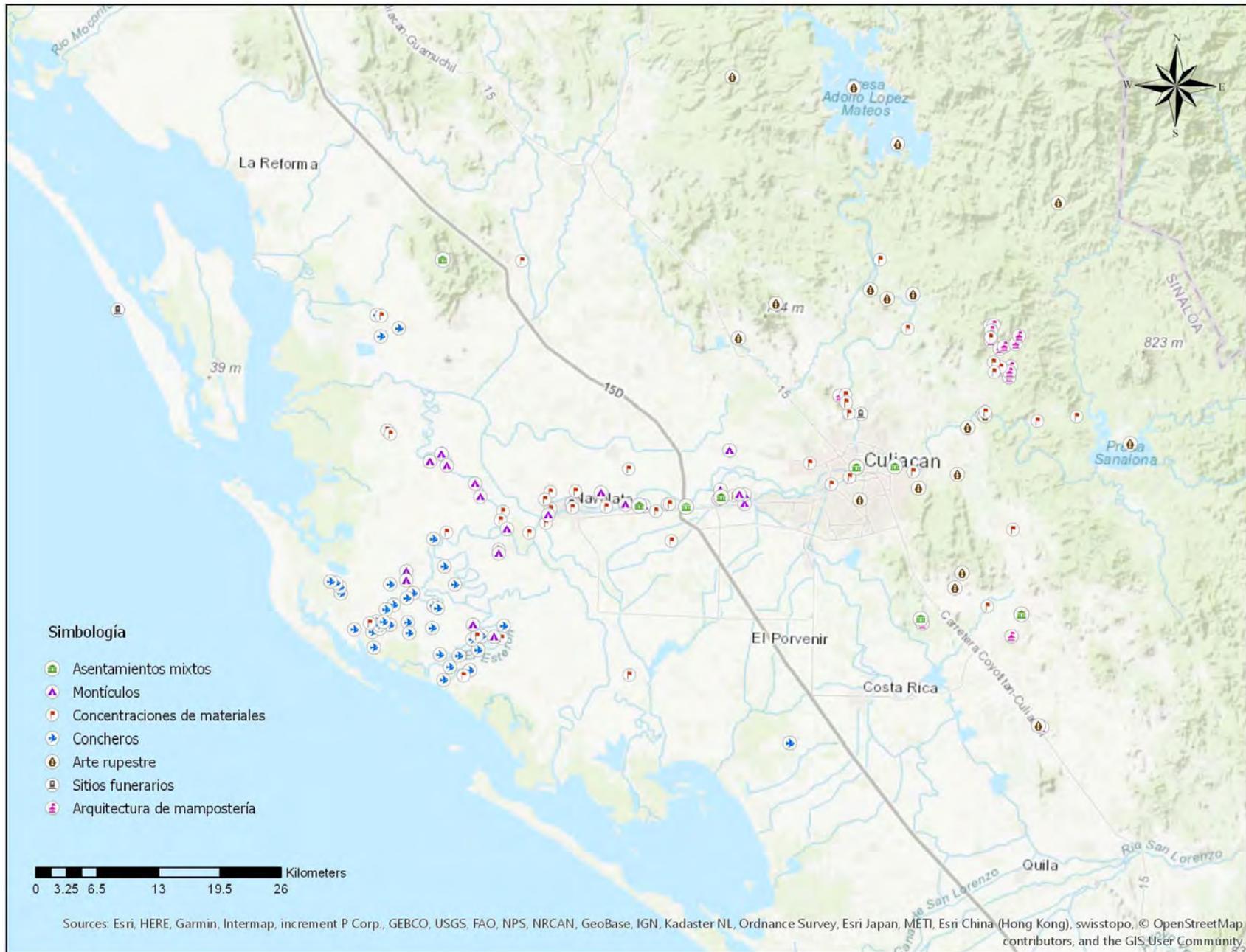
Los sitios de arte rupestre son 21, se ubican exclusivamente en el pie de la Sierra Madre Occidental, excepto por uno, localizado en la ciudad de Culiacán. El arte rupestre suele estar en afloramientos rocosos localizados en el lecho mayor de los ríos o arroyos. Los motivos más recurrentes son seres antropomorfos, zoomorfos, geométricos, antropozoomorfos, espirales y “soles”; normalmente los paneles cuentan con cuatro o más diseños. El método de manufactura más empleado fue la abrasión y en ocasiones también se practicó el picoteado (Lizárraga Arámburu, 1980; Ortiz de Zárate, 1976; Vidal et al., n.d.).

Como su nombre lo indica, los sitios funerarios son depósitos que solamente albergan enterramientos, ya sea directos o en urnas. Normalmente, los entierros directos se encuentran en extendidos, en posición supina, con ofrendas como vasijas, collares, entre otros (Centro INAH Sinaloa, n.d.). Los enterramientos en urnas suelen ser secundarios y múltiples. Se caracterizan por el empleo de una olla de grandes dimensiones como contenedor y un plato o cajete como tapa. Además de los restos óseos, al interior de las ollas se pueden encontrar restos de animales o artefactos (Gálvez, 1968; Vicente, 2004). En Culiacán se han registrado tres asentamientos de este tipo pues, en la mayoría de las ocasiones, los entierros están asociados con zonas habitacionales. El primer sitio, Los Mezcales, se encuentra en la zona baja del río Humaya, Cañedo, en la cuenca del río Culiacán y Altamura, en la Bahía de Santa María, de tal manera que no hay un patrón espacial claro.

En cuanto a la arquitectura de mampostería, de acuerdo con las cédulas de registro elaboradas por Bernardo Téllez, en el marco del PROCEDE, hay evidencia de 18 sitios de este tipo ubicados en la sierra, principalmente en un valle intermontano que se halla entre los ríos Humaya y Tamazula. Según las notas de Téllez, la mayoría de los asentamientos cuentan con al menos una estructura de

planta rectangular de altura menor a un metro. Tal parece que los restos arqueológicos sugieren cimientos de muros.

La última categoría registrada en Culiacán son los sitios mixtos, de los cuales hay 8 ejemplos dispuestos, principalmente, en la margen sur del río Culiacán. Me refiero a mixtos cuando un asentamiento presenta dos o más elementos formales trascendentales. Por ejemplo, La Mora es un asentamiento que cuenta con arte rupestre, un área funeraria y otra con mampostería, por lo tanto, es un sitio mixto.



Mapa 2. Sitios arqueológicos registrados hasta el momento en el Valle de Culiacán

3.2 El Problema de la cronología de Culiacán

Hasta este momento hemos hablado sobre los tipos de sitios y su posición en el espacio. Toca el turno a la dimensión temporal de Culiacán, un tema bastante complejo pues, en la actualidad, las asociaciones cronológicas de Sinaloa, y particularmente del valle de Culiacán, se realizan con base en dos trabajos clásicos: el de Isabel Kelly (Kelly, 1945), efectuado en Culiacán durante los años treinta del siglo pasado, y el de Charles Kelley y Howard Winters (Kelley & Winters, 1960) efectuado en Durango en la década de los cincuenta, porque no se han realizado dataciones absolutas en contextos de los tres ríos. No obstante, para fines de esta investigación se han implementado análisis de arqueomagnetismo y radiocarbono de muestras de Culiacán y del sur de Sinaloa los cuales presentaré en este apartado. En mi opinión, a partir de los resultados se pueden re-pensar algunos aspectos cronológicos que se daban por sentados en la región de estudio, aunque, hasta obtener una secuencia cronológica robusta, seguiremos valiéndonos de la perspectiva crono-tipológica.

3.2.1 La propuesta de Isabel Kelly. Alcances y resultados

La primera propuesta sobre la cronología del valle de Culiacán fue planteada por Isabel Kelly (1945) con base en la clasificación del material cerámico recuperado en la excavación de cinco sitios arqueológicos: Las Lomitas, La Mezcalera, La Loma, Cerro Izábal, La Colorada y Alamitos; todos ellos ubicados en el margen del río Culiacán y correlacionados estratigráficamente. La estudiosa propone cuatro periodos de ocupación para la región: Culiacán Temprano II, Culiacán Temprano I, Culiacán Medio y Culiacán Tardío, sin embargo, expresa que su planteamiento no es lo suficientemente sólido, pues el origen fluvial del sedimento no le permitió identificar las capas de manera clara, por lo que estas fueron registradas de manera de manera intuitiva (Kelly, 2008b: 9,19).

De acuerdo con la propuesta, el periodo Culiacán Temprano II corresponde al momento más antiguo de la ocupación, la que, sugiere, seguramente tuvo lugar

tras la caída de Teotihuacán (Kelly, 2008b: 16). Los artefactos diagnósticos de este periodo son vasijas del complejo Aztatlán, además de pipas y malacates finos, máscaras de arcilla, hachas efigie, entierros en urnas e inhumaciones directas. Cabe aclarar que actualmente el complejo Aztatlán se entiende como un grupo de cerámicas decoradas, cuyo origen se asocia a la región comprendida entre los ríos Santiago, ubicado al norte del estado de Nayarit, y el Piaxtla, situado en el sur de Sinaloa (Grave, 2012a). Tal complejo fue identificado y definido, originalmente, por Isabel Kelly en Chametla, población localizada al sur del estado de Sinaloa, y posteriormente, registrado y clasificado en Culiacán.

Durante 1935, en el inter de la exploración en Culiacán, Kelly realizó una breve estancia de investigación en Chametla, Como resultado de ese estudio, localizó diversos vestigios arqueológicos como cerámica decorada, urnas funerarias, objetos de concha, etcétera (Kelly, 2008a). Una vez que realizó la clasificación de las vasijas decoradas y la correlacionó con la secuencia estratigráfica de los sitios excavados, definió tres complejos alfareros: el complejo Chametla, el Aztatlán y el Taste Mazatlán. Estos complejos, propuso la autora, son a su vez los marcadores cronológicos de cuatro periodos de ocupación en Chametla: Chametla temprano, Chametla medio, Aztatlán y El Taste Mazatlán.

Ahora bien, en Chametla el complejo Aztatlán se integra por las cerámicas tipo Aztatlán y Decorado con Borde Rojo (Kelly, 2008a), mientras en Culiacán, el mismo complejo comprende a los tipos: Aztatlán, en sus variedades Fino y Pesado, Aguaruto Policromo, Navolato Policromo, Cerro Izábal Esgrafiado, Alamitos Grabado, Borde Negro y Rojo, Aguaruto Inciso y Aguaruto Liso (Kelly, 2008b: 29-49).

En relación a la cronología de Culiacán, Kelly menciona que durante el periodo Culiacán Temprano I trascienden cambios en el estilo de la cerámica y una reducción en los motivos iconográficos de esos objetos. Estas transformaciones, propone la arqueóloga, son indicios del abandono del complejo Aztatlán al tiempo del surgimiento de un nuevo estilo, mucho más fino y mejor elaborado, al que nombra complejo Culiacán. Este último complejo cerámico marca una pauta en el

valle de Culiacán e incide en la mayoría de los sitios arqueológicos, desde el periodo Culiacán Temprano I hasta el final de la ocupación prehispánica de la región.

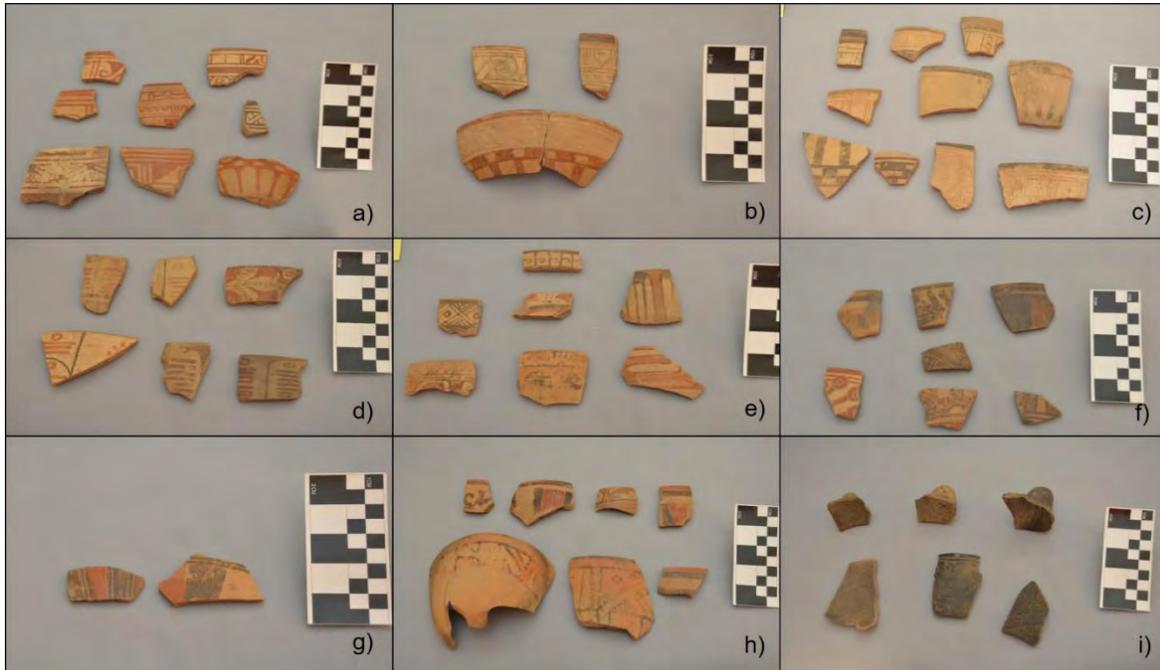


Figura 27. Cerámica del complejo Aztatlán, sitio Los Mezcales, Culiacán. a) Cerámica decorada con borde rojo, b) Aztatlán fina, c) Aztatlán pesada, d) Aguaruto policromo, e) Navolato policromo, f) Cerro Izabal, g) Alamitos grabado, h) Borde negro y rojo, i) Aguaruto inciso. Tomado y modificado de Vidal y Gómez (2015)

El complejo Culiacán se integra por tres tipos cerámicos: Culiacán Policromo Temprano, Culiacán Policromo Medio y Culiacán Policromo tardío, todos ellos muy parecidos, aunque con ciertas diferencias en formas y decoración, reflejo de cambios cronológicos. El tipo más temprano, llamado Culiacán Policromo Temprano, es la cerámica más elaborada de las tres y se asocia al periodo Culiacán Temprano I. El siguiente tipo, Culiacán Policromo Medio, es poco más simple en relación al anterior, y la corresponde al periodo Culiacán Medio. Finalmente, el Culiacán Policromo Tardío, es el tipo más esquemático de los tres y tiene su apogeo durante el periodo Culiacán Tardío (Kelly, 2008b: 19, 116). A pesar de que estas cerámicas se hallan en las fases mencionadas, la Kelly apunta que tales materiales no son los marcadores cronológicos de cada periodo, pues halló restos de los tres tipos de vasijas mezcladas en varias capas; en cambio, encontró ciertos tipos

monocromos asociados a estratos específicos. De esta manera, los tiestos lisos son en realidad el material diagnóstico para cada lapso.

En el caso del periodo Culiacán Temprano, el tipo diagnóstico es la cerámica Culiacán Incisa, aunque también se asocia a restos de vasijas Culiacán policromo temprano (Kelly, 2008b: 19). Para el siguiente periodo, Culiacán Medio, el marcador cronológico sugerido por la arqueóloga es el tipo Culiacán Arena, además de objetos de cobre, pipas y malacates, cuyo uso continúa hasta el siguiente periodo (Kelly, 2008b: 10, 19). Por último, como parte final de la propuesta cronológica, el periodo Culiacán tardío es identificado por Kelly mediante la cerámica Culiacán Acanalada (Kelly, 2008b: 19, 116). Finalmente, la autora propone que la historia indígena de la región finalizó con la llegada del conquistador de la Nueva Galicia, Nuño de Guzmán, y la posterior fundación la villa de San Miguel de Culiacán en 1530 (Kelly, 2008b: 10).

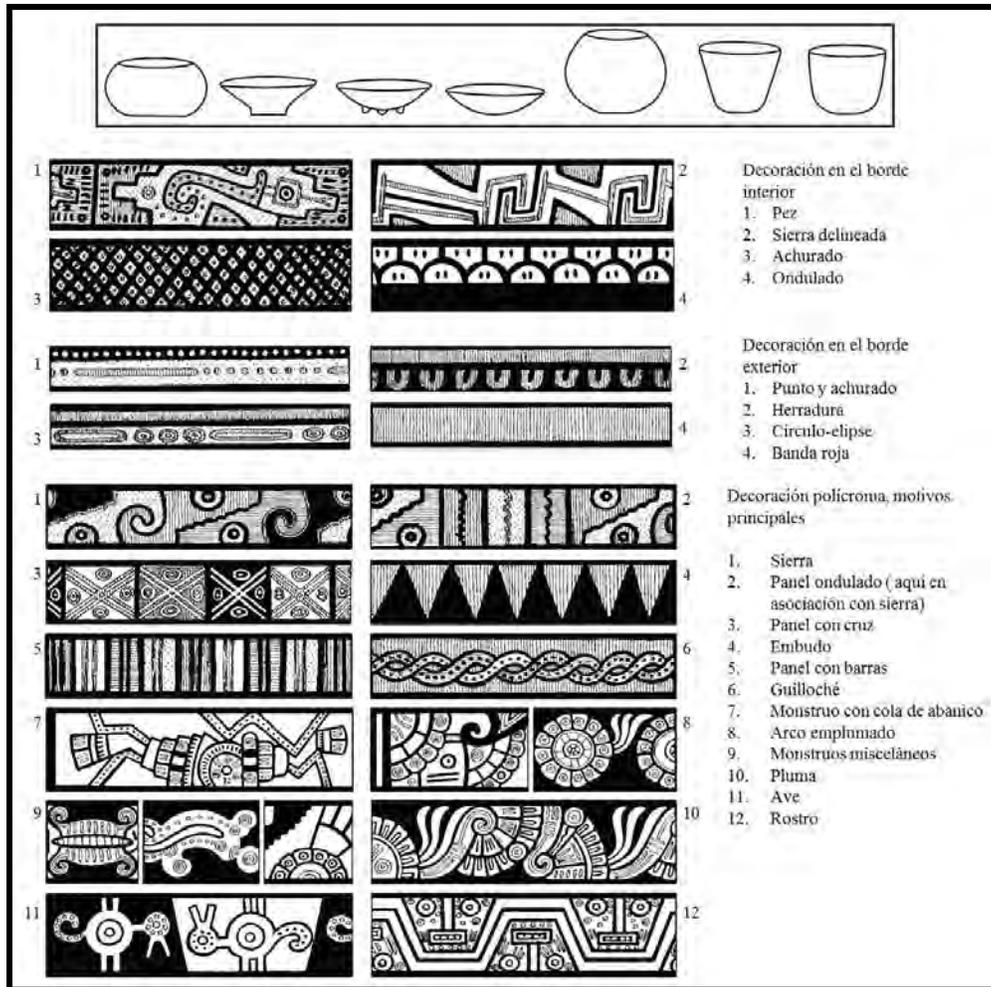


Figura 28. Cerámica Culiacán policromo temprano. Tomado y modificado de Kelly (2008a).



Figura 29. Cerámica Culiacán incisa. Sitio GOM-022 La Sinaloa-Yebavito. Archivo fotográfico PASGOM.

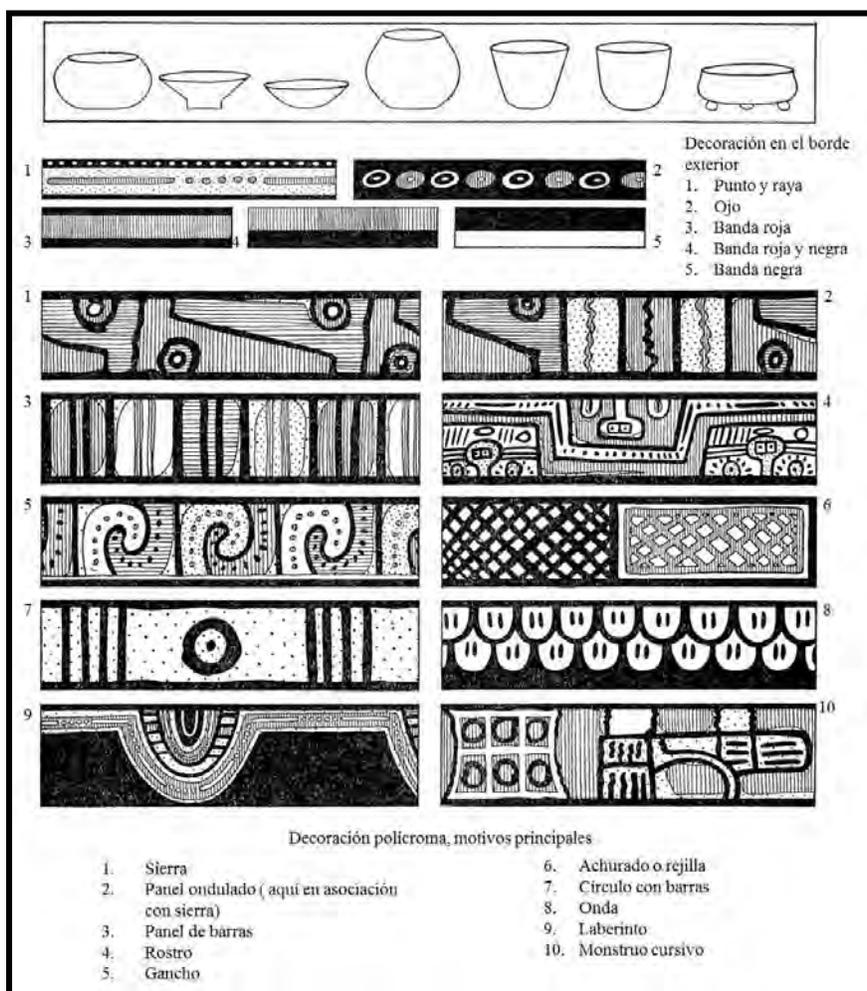


Figura 30. Cerámica Culiacán policroma medio. Tomado y modificado de Kelly (2008a)



Figura 31. Cerámica Culiacán arena del sitio Los Mezcales. Tomado de Vidal y Gómez (2015)

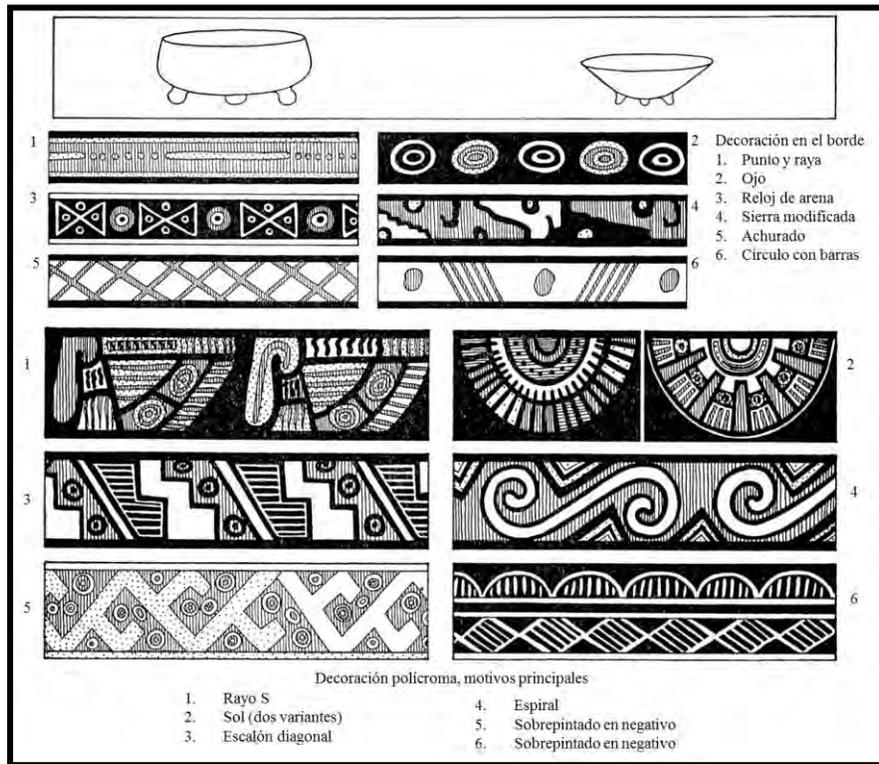


Figura 32. Cerámica Culiacán policroma tardío. Tomado y modificado de Kelly (2008a)



Figura 33. Cerámica Culiacán acanalado. Sitio GOM-022 La Sinaloa-Yebavito. Archivo fotográfico PASGOM.

Ahora bien, aunque la propuesta cronológica de Isabel Kelly es sumamente valiosa, en mi opinión, el uso de este modelo en la actualidad observa dos problemáticas. La primera de ellas es que el estudio se fundamentó en la estratigrafía de trincheras, y la misma Kelly señaló que no logró identificar cabalmente cada capa, de tal manera que la asignación de cada periodo en realidad fue dada de manera arbitraria. La segunda problemática es que únicamente se emplearon los criterios de presencia o ausencia de cerámica decorada para construir cada periodo, dejando de lado el resto de los materiales arqueológicos, la evidencia de arquitectura y, lo más importante, el propio contexto arqueológico. No obstante, a mi parecer, más que la propuesta en sí, el verdadero problema sobre la cronología de Culiacán aún persiste, pues ante la falta de proyectos arqueológicos en la región de estudio, hoy el planteamiento de Kelly sigue siendo el paradigma de investigación.

3.2.2 La revisión de la secuencia de Sinaloa por Charles Kelley y Howard Winters

Hacia 1960, Charles Kelley y Howard Winters publicaron un trabajo donde plantean una nueva secuencia cronológica para Sinaloa, con base en el material de la costa del Pacífico que hallaron en Durango, entre los años 1952-1958. Para su propuesta, Kelley y Winters (1960) echaron mano de las edades de dos muestras de carbón que recuperaron en La Ferrería, a partir de ellas establecieron la cronología de la Cultura Chalchihuites, en su rama Guadiana.⁵ Posteriormente, mediante la incidencia de objetos “oriundos” de Sinaloa en tierras duranguenas, como cerámica

⁵ De acuerdo con Charles Kelley, la Cultura Chalchihuites es un desarrollo periférico mesoamericano del noroeste de México, resultado de una colonización teotihuacana establecida para el comercio de turquesas. Para su estudio, clasifica a tal cultura en dos ramas: la rama Súchil, ubicada en Zacatecas y la asocia a una cronología del 200 d.C. al 1000 d.C., y la rama Guadiana, situada en Durango, cuya evidencia corresponde al lapso comprendido entre 500 d.C. y 1350 d.C. (Kelley & Abbott Kelley, 1971)

Estudios recientes apuntan a que la Cultura Chalchihuites de Zacatecas y Durango es contemporánea y, al menos, en el caso de los vestigios del río Súchil, la avanzada mesoamericana no es evidente y se ha propuesto que los sitios son resultado de desarrollos locales (Martínez Mora, 2007).

decorada,⁶ concha y cobre, los investigadores propusieron una correlación entre las secuencias de la costa y la tierra adentro.



Figura 34. Hallazgo de un vaso Sinaloa policromo en La Ferrería, Durango en 1954. Tomado del archivo fotográfico de la Southern Illinois University, Centro INAH Durango.

Con base en las dataciones absolutas y el análisis de materiales foráneos, Kelley y Winters corroboraron y afinaron las propuestas cronológicas de los sitios costeros sido explorados hasta ese entonces: Chametla, Culiacán y Guasave.⁷ Aunque, a fin de evitar confusiones, los autores asignaron nuevas nomenclaturas a las fases y las asociaron a periodos específicos.

⁶ A partir del análisis petrográfico de cerámicas recuperadas en Sinaloa y Durango, se ha visto que estos materiales fueron producidos, de manera simultánea, tanto en la costa como en la tierra adentro (Vidal, 2011).

⁷ De manera simultánea a los trabajos de Isabel Kelly en Culiacán, Gordon Ekholm (2008) desarrolló un proyecto de investigación en el sur de Sonora y norte de Sinaloa. Entre otros asentamientos, Ekholm registró y excavó el sitio 117 El Ombligo, ubicado en la margen del río Sinaloa, en Guasave. El Ombligo fue un montículo funerario donde se registraron 166 entierros completos y 21 fragmentarios, la mayoría depositados de manera directa sobre la matriz de tierra y 28 en urnas funerarias (G. F. Ekholm, 2008: 14-15). De acuerdo con Ekholm (2008: 123-135), el depósito funerario es resultado de la integración de dos grupos: uno local, llamado Huatabampo, cuya evidencia material consiste en cerámicas lisas, y otro foráneo, el Aztatlán, consistente en enclaves de comerciantes mesoamericanos, quienes introdujeron la producción y uso de cerámicas tipo códice, asociadas a prácticas rituales de la Mixteca poblana. En cuanto a la temporalidad, la propuesta es que la ocupación prehispánica de El Ombligo debió iniciar alrededor del año 900 d.C. y culminó alrededor de 1530 d.C.

La presencia, ausencia y diversidad de cerámicas del Complejo Aztatlán fue el marcador que los investigadores emplearon para determinar la antigüedad de los asentamientos, pues estos fueron los materiales que se encontraron en los contextos de La Ferrería que dataron con la técnica de radiocarbono. No obstante, plantearon que el Complejo Aztatlán tuvo una evolución a lo largo del tiempo, siendo que las cerámicas Aztatlán más sencillas, y por ende antiguas, se gestaron, en Chametla, las siguientes en Culiacán y las más complejas, y modernas, en Guasave. Con esta base, a partir del Complejo Aztatlán se planteó, no solo la temporalidad de los sitios, sino también la correlación cronológica entre las culturas de la costa y la tierra adentro.⁸

Por lo que se refiere a Chametla, la propuesta es que la ocupación de los asentamientos inició alrededor del año 250 d.C. y finalizó en 1200 d.C. A partir del año 600 d.C. el desarrollo de esta zona sería contemporáneo al de la Cultura Chalchihuites de Durango, hasta el colapso simultáneo de las culturas del valle de Guadiana y el sur de Sinaloa, entre los años 1250-1300 d.C. (Kelley & Winters, 1960: 551, 560).

Por otra parte, los autores sugieren que la cronología del sitio El Ombligo, en Guasave, dató del 900 d.C. y finalizó alrededor del año 1400 d.C. En este caso, el Complejo Aztatlán se observaría a partir del año 1100 d.C. y presentaría una amplia diversidad de tipos cerámicos (Kelley y Winters, 1960: 560). Sin embargo, aquí vale mencionar que la cronología de Guasave es la única que actualmente cuenta con dataciones absolutas robustas. En su tesis doctoral, John Carpenter (1996) realizó un nuevo análisis a los materiales recuperados en Guasave, estudió las notas de campo de Gordon Ekholm y presentó edades de ¹⁴C de ése contexto funerario. Con base en esta información, el autor propuso una ocupación del sitio entre los años 650-1450 d.C., y asoció Aztatlán con el periodo 1050/1100 d.C.-1400/1450 d.C., denominado periodo Guasave (Carpenter, 2008: 153).

⁸ Hay múltiples trabajos donde se discute el Complejo Aztatlán, entre ellos, los más recientes son los de Bojórquez (2009) y Gómez (2018), siendo este último autor con quien coincido en la perspectiva.

Finalmente, en el caso de Culiacán, Kelly y Winters (1960: 560) plantearon el inicio de la historia cultural alrededor de año 900 d.C. y su fin en 1530, tras la conquista española. Siguiendo la propuesta de Isabel Kelly, establecieron una secuencia cronológica con cuatro fases, a las que asignaron nuevos nombres:

- El periodo Culiacán temprano II, que ellos denominaron Fase Acaponeta, correspondería a los años 900-1100 d.C.
- El Culiacán Temprano I, ahora llamado Fase La Divisa, pertenecería al lapso 1100-1250 d.C.
- El Culiacán Medio o Fase Yebalito⁹ a 1250-1400 d.C.
- El periodo Culiacán Tardío, que llaman fase La Quinta, estaría asociado a 1400-1530 d.C.

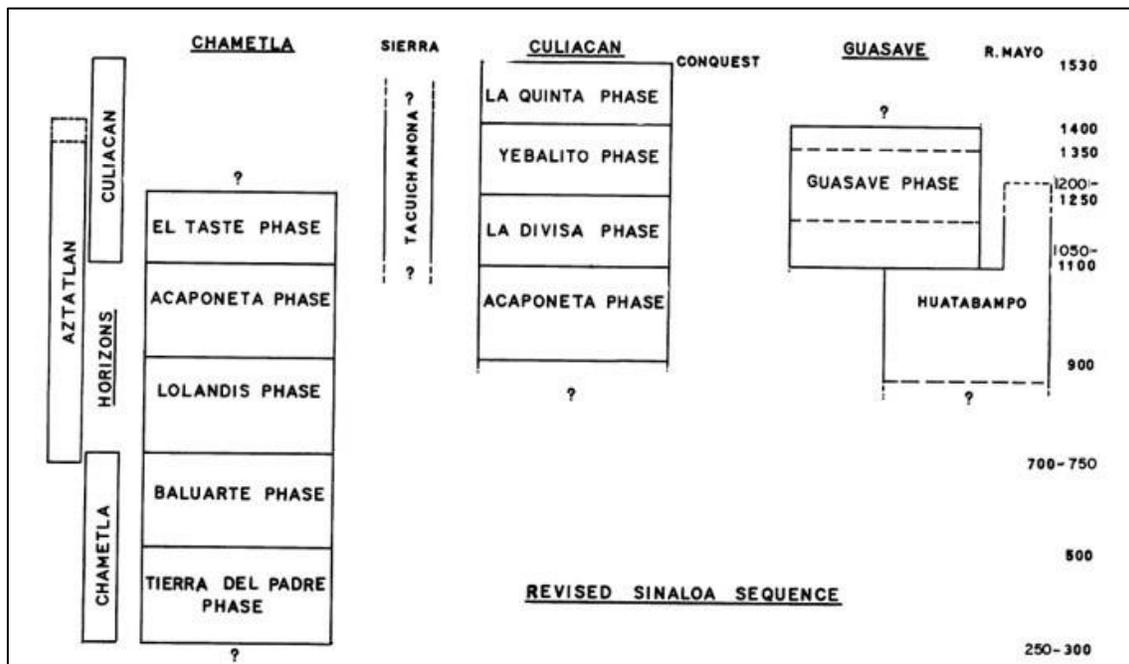


Figura 35. Propuesta cronológica de Sinaloa. Tomado de Kelley y Winters (1960: 560)

Debido a la carencia de investigaciones formales y la falta de dataciones absolutas en Culiacán, la secuencia que plantearon Kelley y Winters, hace más de

⁹ Escrita Yebavito en este trabajo, pues así se llama la comunidad en que se inspiró el nombre de la fase

cincuenta años, es la que hoy día se emplea en las investigaciones arqueológica de la región. No obstante, como veremos a continuación, su aplicación resulta problemática en la actualidad.

En primer lugar, aunque la secuencia cronológica de Culiacán fue elaborada con base en métodos absolutos, las muestras fueron tomadas en Durango, de manera tal que las edades no datan las actividades llevadas a cabo en los contextos de la región de estudio. En este sentido, si bien se hallaron materiales “costeros” en La Ferrería, Durango, como se ha visto en trabajos recientes (Vidal, 2011), tales no necesariamente fueron manufacturados en la costa. En consecuencia, las edades no funcionarían para la cronología de Culiacán, pues podrían serían resultado de actividades tales como la elaboración, uso y deposición de artefactos, llevadas a cabo en la tierra adentro.

La segunda problemática es que las edades que son el fundamento para la cronología no están calibradas, pues en los años que se publicó el trabajo de Kelley y Winters aún no estaba lista la curva de calibración que se usa en la actualidad. Así, en esas décadas, las edades de radiocarbono solamente se restaban al presente, el año 1950. La primera muestra que mencionan es la M-592 y, dicen, tiene una edad de 1150 B.P. \pm 200, mientras la segunda, denominada M-613, cuenta con una edad convencional de 1550 B.P. \pm 250. Sin embargo, los autores no brindan información sobre el contexto arqueológico en que fue recuperada la muestra M-592, en cambio, de la M-613, apuntan, se recolectó en una nivelación temprana del firme de una terraza, la cual careció de cerámica decorada asociada o algún artefacto diagnóstico (Kelley & Winters, 1960: 549).

Kelley y Winters consideraron que la primera muestra de ^{14}C daba cuenta de los años 600-1000 d.C. y la segunda del periodo comprendido entre 150 d.C. y 650d.C. Posteriormente, unieron los rangos de ambos resultados y plantearon un lapso que data de 450 d.C. a 750 d.C., al cual denominaron fase Ayala y la asociaron a la ocupación temprana de la Cultura Chalchihuites en Durango. Según los autores, precisamente, la fase Ayala es el lapso que marca el inicio del vínculo y la correlación cronológica entre los desarrollos culturales de la costa del Pacífico y el

valle de Guadiana, cuyo lazo, proponen, fue tan estrecho que seguramente ocurrió la migración de una colonia costera hacia Durango en el año 700 d.C. (Kelley & Abbott Kelley, 1971; Kelley & Winters, 1960).

Como hemos visto hasta ahora, la base del argumento cronológico de Kelley y Winters tiene su fundamento en dos muestras datadas por radiocarbono y parten del supuesto que la fase Ayala corresponde al periodo de 450-700d.C. Pues bien, tras implementar la calibración a las fechas convencionales publicadas en su trabajo mediante el software de ^{14}C OxCal v.4.2.4,¹⁰ se pueden actualizar los resultados. A partir de la calibración tenemos que la muestra M-592 de edad radiocarbono 1150 B.P. \pm 200 corresponde a una edad real de 538-1267 d.C., mientras la muestra M-613, de edad convencional 1550 B.P. \pm 250, pertenece a la edad calendárica de 92 a.C. a 1040 d.C.

Muestra	Material	Edad convencional	Edad propuesta por Kelley y Winters	Edad calibrada 2σ
M-592	Carbón	1150 \pm 200 B.P.	600 - 1000 d.C.	536 - 1267 d.C.
M-613	Carbón	1550 \pm 250 B.P.	150 - 650 d.C.	92 a.C. - 992 d.C.

Tabla 5. Resultados de datación y calibración de las muestras M-592 y M-613., tomadas por Charles Kelley en La Ferrería, Durango

¹⁰ Disponible en línea en la página <https://c14.arch.ox.ac.uk/oxcal.html>

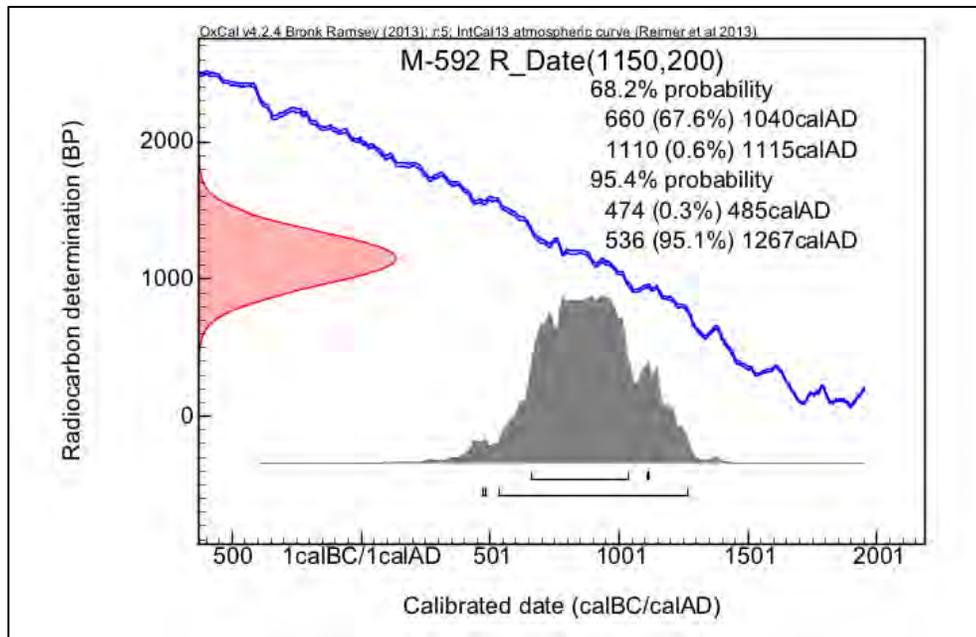


Figura 36. Edad calibrada del sitio La Ferrería, muestra de carbón vegetal M-592. Originalmente datada por Kelley y Winters (1960) y calibrada por la autora con el programa OxCal v.4.2.4, utilizando la curva de calibración IntCal13.

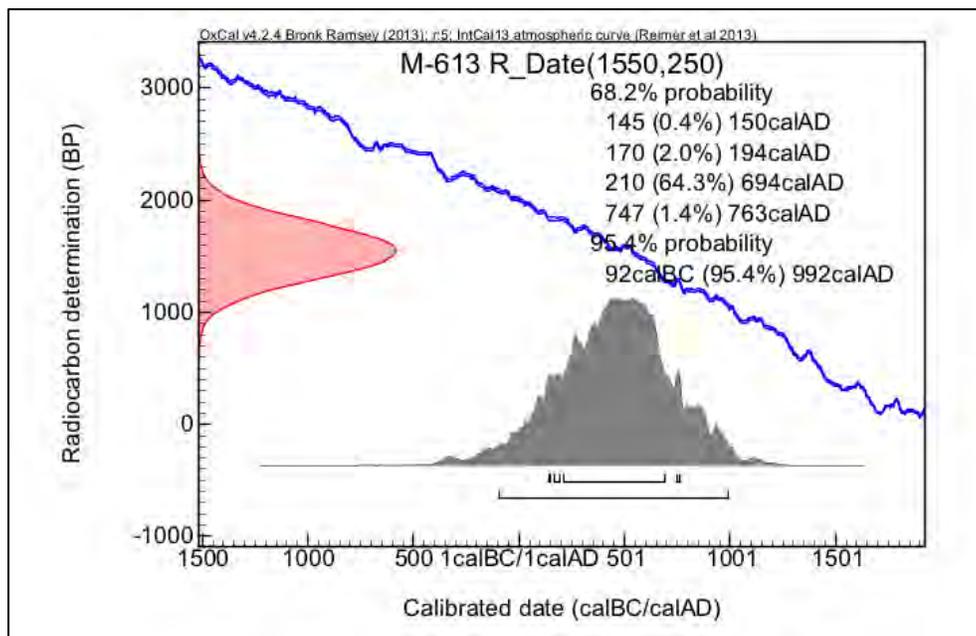


Figura 37. Edad calibrada del sitio La Ferrería, muestra de carbón vegetal M-613. Originalmente datada por Kelley y Winters (1960) y calibrada por la autora con el programa OxCal v.4.2.4, utilizando la curva de calibración IntCal13.

Los resultados de la calibración se traducen en la ampliación de las edades planteadas por Kelley y Winters. Ahora, si al igual que los autores unimos las fechas en sus límites tempranos y tardíos, resulta un lapso que va del año 92 a.C. al 1267 d.C., o sea una fase demasiado amplia y que nada tiene ver con la temporalidad que se asignó a la fase Ayala: 450 d.C. a 700 d.C. Es más, el rango temporal incluiría a todo el desarrollo de la cultura Chalchihuites que, proponen los autores, va del año 450 d.C. al 1300d.C., y, por ende, afecta a la historia cultural de la región que nos atañe. En consecuencia, como la secuencia cronológica que plantearon Kelley y Winters para la Cultura Chalchihuites está fundada en datos que carecían de calibración y esto se trasladó a la correlación con las tradiciones arqueológicas de Sinaloa, tenemos que la cronología que hoy día sigue usándose en Culiacán no tiene ningún fundamento en el contexto actual.¹¹

3.2.3 Dataciones arqueomagnéticas

Como respuesta a la falta de dataciones en el estado de Sinaloa, sobre todo en las áreas centro y sur del estado de Sinaloa, en el marco del Proyecto Arqueológico Gasoducto El Oro-Mazatlán se planteó la implementación de fechamientos relativos y absolutos en los sitios excavados. En el caso de Culiacán, Yebavito fue el sitio de donde se obtuvieron los materiales a datar. Después de la excavación y el registro de la estratigrafía, se realizó un análisis tipológico de los materiales y, posteriormente, según su relación con la secuencia estratigráfica, se trató de elaborar una primera aproximación a la seriación del asentamiento. No obstante, los marcadores cronológicos indicados por Kelly se encontraron de manera aleatoria en los diferentes estratos, sin seguir el orden propuesto por la investigadora. Luego de este primer ejercicio, se realizó la datación relativa de

¹¹ Cabe apuntar que, a diferencia de Culiacán, actualmente se tiene claridad sobre la cronología de la Cultura Chalchihuites, tanto en su rama Súchil como en la Guadiana. Con base en dataciones absolutas, se sabe que la primera se desarrolló entre los años 400 d.C. al 1000 d. C. (Córdova, 2015), mientras la segunda estuvo vigente del año 600 d.C. al 1300 d.C. (Punzo, 2016).

fragmentos cerámicos, mediante la técnica de arqueomagnetismo, en colaboración con el Servicio Arqueomagnético Nacional.

De las once unidades excavadas en Yebavito, se seleccionó a los materiales procedentes de la Unidad 9 como muestra representativa del sitio por ubicarse en la cima de la terraza aluvial, tener la estratigrafía más profunda y contar con la menor perturbación moderna. En el laboratorio del Servicio Arqueomagnético se analizaron seis tiestos correspondientes a los estratos III-VIII y se obtuvieron resultados favorables en cinco de ellos (Gogichaishvili et al., 2015). El primer tepalcate, tipo Aztatlán Pesado se recuperó en el Estrato III y se asoció a una temporalidad de 1020-1160d.C., el segundo, tipo Culiacán acanalado, del Estrato IV, se vinculó a los años 583-822d.C., cabe señalar que este tipo fue de los más abundantes y se encontró prácticamente en todos los estratos. Los cuatro fragmentos restantes fueron monocromos debido a que los decorados no contaron con el tamaño requerido para realizar el experimento. El tercer tiesto, procedente del estrato V, se dató entre 873-918d.C., mientras que el cuarto de la capa VI dio un resultado de 652-818d.C.; el quinto fragmento no arrojó resultados satisfactorios durante el experimento y finalmente el sexto tiesto, recuperado en la capa VIII, obtuvo un rango temporal de 1060-1119d.C. (Gogichaishvili et al., 2015)

Al observar los resultados arqueomagnéticos se producen más dudas que certezas pues, al igual que en el estudio tipológico, esperábamos tener la fecha más antigua en el estrato más profundo y esto no resultó así. Huelga decir que los experimentos fueron realizados bajo un protocolo riguroso y el periodo que arrojaron pertenece a la última vez que las cerámicas se calentaron. Si bien al momento no es factible proponer una secuencia clara, al menos podemos decir que los tiestos se manufacturaron o usaron entre 583-1160d.C., lo que nos indica que la actividad humana en este sector de Culiacán es más temprana de lo que se había intuido en trabajos anteriores. Sin embargo, no hay que perder de vista que lo que se está fechando es el objeto y no el periodo de deposición del estrato, definitivamente es necesario realizar otra datación, ahora con ^{14}C , que nos permita contrastar este primer acercamiento.

Muestra	Foto	Tipo	Estrato	Cronología relativa	Datación arqueomagnetismo
PASGOM 1		Aztatlán pesado	III	Fase Acaponeta 900-1100d.C.	1020-1160d.C.
PASGOM 2		Culiacán acanalado	IV	Fase La Quinta 1400-1530d.C.	583-822d.C.
PASGOM 3		Monocromo	V	---	873-918d.C.
PASGOM 4		Monocromo	VI	---	652-818d.C.
PASGOM 5		Monocromo	VII	---	---
PASGOM 6		Monocromo	VIII	---	1060-1119d.C.

Tabla 6. Resultados de la datación por arqueomagnetismo a las cerámicas de Yebavito, Culiacán, Sinaloa. 3.2.4 Dataciones por radiocarbono

Derivado del seminario de Arqueometría impartido en el Posgrado de Mesoamericanos, tuve la oportunidad de colaborar con Galia González y Laura Beramendi en las dataciones radiométricas de materiales recuperadas por el PASGOM en Sinaloa. Al principio de la investigación seleccionamos cuatro muestras del sitio de Yebavito para realizar la datación, pues el interés de investigación es Culiacán. No obstante, los carbones fueron muy pequeños para su análisis en el Espectrómetro, de manera que hubo que considerar muestras recuperadas más o menos contemporáneas, procedentes de otros sitios, en el sur de Sinaloa. De esta manera, se seleccionaron los materiales de los sitios Chametla, La Chicura, UPSIN y La Flor del Océano, los cuales, valga mencionar, tampoco se habían datado mediante técnicas absolutas, y a partir de los resultados se trató de acceder a la temporalidad de Culiacán por asociación, a partir de la incidencia de material Aztatlán en todos los sitios mencionados (Vidal et al., 2018).

Muestra	Sitio	Material	Edad convencional	Edad calibrada 2 σ
UNAM-1742	Chametla	Carbón	460 \pm 90 B.P.	1384-1642 d.C.
UNAM-1743	La Chicura	Carbón	800 \pm 70 B.P.	1116-1297 d.C.
UNAM-1744	UPSIN	Carbón	1070 \pm 60 B.P.	799-1045 d.C.
UNAM-1576	La Flor del Océano	Carbón	880 \pm 70 B.P.	1026-1261 d.C.

Tabla 7. Resultados de datación por radiocarbono de muestras del sur de Sinaloa. Tomado de González & Beramendi (2018)

La primera muestra analizada fue la UNAM-1742, procedente del Locus Loma de Ramírez del sitio Chametla, Unidad de excavación 1, Capa II, recuperada a una profundidad de 48 centímetros. Cabe destacar que la Loma de Ramírez se trata de una pirámide con ocupación desde la fase Tierra del Padre hasta la fase El Taste (250-1250 d.C.), si seguimos el planteamiento crono-tipológico de Kelley y Winters (1960). De acuerdo con los reportes de excavación y el análisis de materiales arqueológicos la muestra fue tomada con asociación a materiales de la fase Baluarte, entre los años 500-750 d.C. (Grave & Nava, 2010). No obstante, los resultados del laboratorio indicaron una edad calibrada de 1384-1642 d.C., un rango más tardío de lo que esperábamos inicialmente.

La segunda muestra, UNAM-1743, del sitio La Chicura se recolectó en la Unidad 1, Capa VII, a una profundidad de 1.75 metros. Este sitio se localiza en las afueras de la ciudad de Mazatlán y fue explorado a partir del salvamento del Libramiento de Mazatlán. Durante el trabajo de campo, la muestra de carbón vegetal se encontró como parte del relleno arquitectónico de un apisonado de tierra, en un contexto donde se recuperó material cerámico de todas las fases del sur de Sinaloa (Grave, 2005). Los resultados de la datación por radiocarbono revelan una edad calibrada de 1116-1297 d.C.

Por su parte, la muestra UNAM-1744 se registró en el sitio UPSIN, Unidad 1, Capa IV, a una profundidad de 96 centímetros. El asentamiento se localizó en la ciudad de Mazatlán, donde actualmente se encuentra la Universidad Politécnica de Sinaloa (UPSIN) y consistió en una loma baja donde se hallaron restos de arquitectura efímera, dos inhumaciones, tiestos y conchas de moluscos. El carbón

muestreado se asoció a la arquitectura de tierra y se vinculó a la fase Lolandis del sur de Sinaloa (750-900 d.C.) (Grave, 2012b). Las dataciones de radiocarbono dieron un resultado de 799-1045 d.C., una edad muy similar a la esperada.

Por último, la muestra UNAM-1576, procedente del sitio La Flor del Océano se recuperó en la Unidad 4, como parte del Elemento 1, a una profundidad de 62 centímetros. La Flor del Océano es un asentamiento habitacional ubicado en las inmediaciones de la zona arqueológica Las Labradas. El Elemento 1 se localizó al este de dos enterramientos, consistió en un fogón de hornilla en la interfase de la Capa II, cabe destacar que en el borde oeste del horno se recuperaron tres cuchillos bifaciales (Santos Ramírez & Orduña Gómez, 2015: 128). En este caso la datación de ^{14}C arrojó una edad calibrada de 1026-1261 d.C.

Ahora bien, a partir de estos resultados quedan se pueden realizar dos observaciones. En primer lugar, las edades de radiocarbono nos muestran la necesidad de datar más carbón para establecer una propuesta cronológica robusta pues una fecha, sobre todo en el sitio de Chametla, no es reflejo de toda la ocupación desarrollada en cada sitio. Tal vez el resultado de esta muestra particular fue resultado de una intrusión reciente.

Por otra parte, si comparamos los resultados de las cuatro muestras datadas tenemos que hay puntos de intersección entre ellas, es decir, los resultados confluyen en un periodo determinado, entre el 1100 d.C. y el 1400 d.C., como puede verse en la figura de abajo. A nivel arqueológico, esto podría significar que, posiblemente, los cuatro sitios estuvieron ocupados de manera simultánea durante 300 años. Así mismo, a una escala mayor, y si consideramos la cronología robusta de Carpenter (2008) se podría plantear que tanto el sur como el norte de Sinaloa contaron con ocupación contemporánea, durante el periodo Aztatlán, el cual pudo desarrollarse entre los años 1100-1400 d.C.

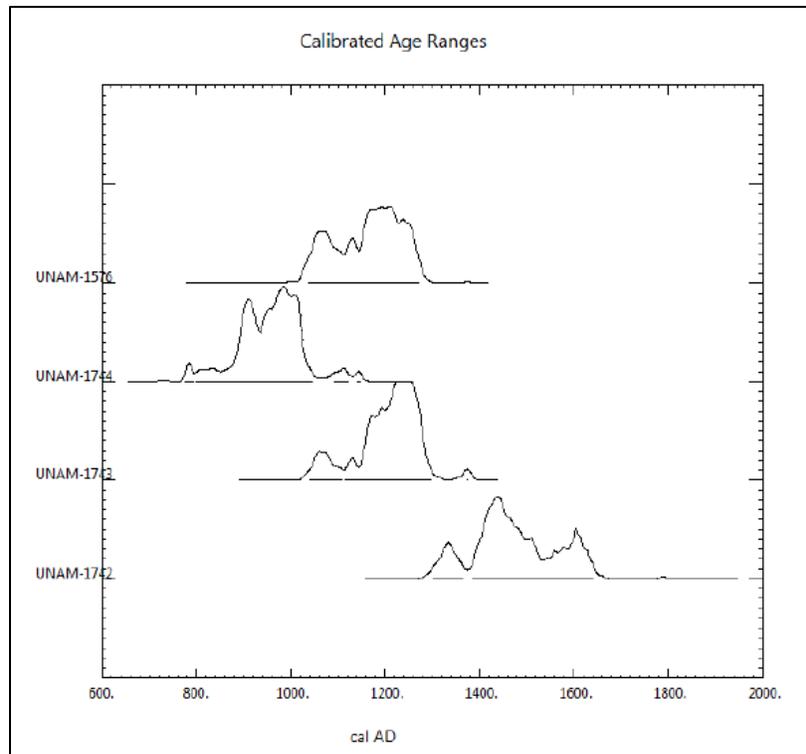


Figura 38. Comparación de los resultados de las cuatro muestras del sur de Sinaloa datadas por radiocarbón.
Elaboró: GGH

3.2.5 El marco temporal del valle de Culiacán en la actualidad

Como hemos visto hasta ahora, al obtener nuevos resultados a partir de las dataciones por arqueomagnetismo y radiocarbono surgen más dudas que respuestas en cuanto a la secuencia cronológica de la región que nos ocupa y al momento no es posible emplear una cronología robusta. No obstante, quisiera apuntar un par de reflexiones. En primer lugar, es evidente la necesidad de implementar excavaciones extensivas para comprender cabalmente la estratigrafía y al mismo tiempo obtener muestras de diferentes materiales tales como huesos humanos, conchas, semillas, entre otros que nos permitan datar contextos primarios de manera certera.

En segundo lugar, los estudios implementados brindan algunos indicios sobre la antigüedad de la ocupación de Culiacán y la temporalidad asociada al complejo Aztatlán. Aunque las edades que arrojó el arqueomagnetismo no

corresponden con la estratigrafía registrada en Yebavito, estas muestran que la ocupación humana en Yebavito pudo datar al menos del 600 d.C., o sea trescientos años antes de lo que se ha propuesto hasta ahora. De igual manera, las dataciones de los sitios del sur y norte de Sinaloa potencian la posibilidad de que el horizonte Aztatlán en Culiacán también date del 1100 d.C. al 1400 d.C. En suma, es factible que la historia prehispánica del área de estudio date al menos del año 600 d.C. hasta la conquista española.

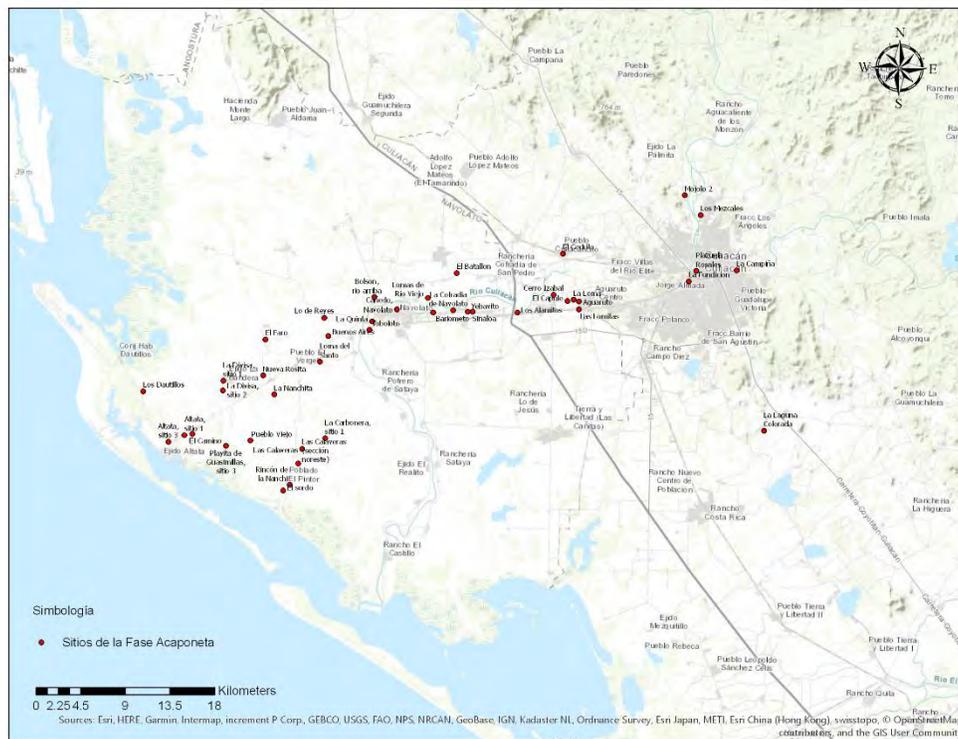
Finalmente, me parece que tanto las dataciones como el paisaje son el marco básico que nos ayudará a comprender cómo vivieron los antiguos habitantes de Culiacán. En este sentido, la presente investigación pretende realizar una aportación a lo largo de sus páginas. Sin embargo, queda pendiente realizar el fechamiento de las muestras obtenidas en la excavación de Yebavito que no pudieron analizarse en el Espectrómetro y que próximamente se estudiarán por AMS, por lo cual al momento tendremos que continuar con el uso de la propuesta de Kelley y Winters, para ofrecer un primer acercamiento a la dimensión temporal del valle de Culiacán.

Así las cosas, con base en las cerámicas decoradas, del total de 156 sitios dispuestos en el valle de Culiacán, se puede brindar asociación cronológica a 87 de ellos. A su vez, 24 de los 87 asentamientos presentan materiales que dan cuenta de una ocupación ininterrumpida, desde la fase Acaponeta hasta La Quinta (900-1531 d.C.) y presentan toda la diversidad de elementos, a excepción del arte rupestre. Su distribución se da en toda el área de estudio, apuntando que los tres mundos de la vida: sierra, llanura aluvial y costa, siempre estuvieron habitados.

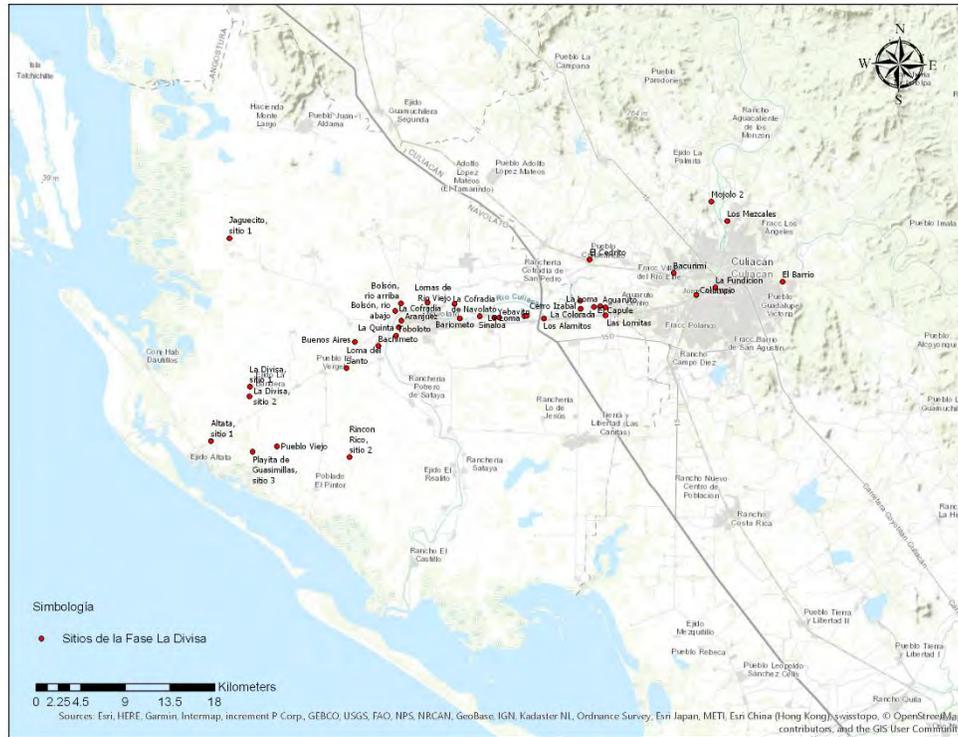
Para la fase Acaponeta (900-1100 d.C.), los materiales decorados indican que 42 sitios estuvieron habitados, mientras en la fase La Divisa (1100-1250 d.C.) inciden 37 asentamientos. En la fase Yebavito (1250-1400 d.C.) se aprecian 54 sitios y en La Quinta (1400-1531 d.C.) 48. Como puede apreciarse en los mapas (4, 5, 6 y 7) no hay diferencias sustanciales en la ocupación a lo largo del tiempo, tal parece que siempre hubo gente morando en las tres provincias fisiográficas. La llanura aluvial y la costa se muestran habitadas de manera continua, con pocos

cambios, a diferencia de la sierra que, por carecer de cerámica diagnóstica, no se pudo integrar de manera representativa al análisis.

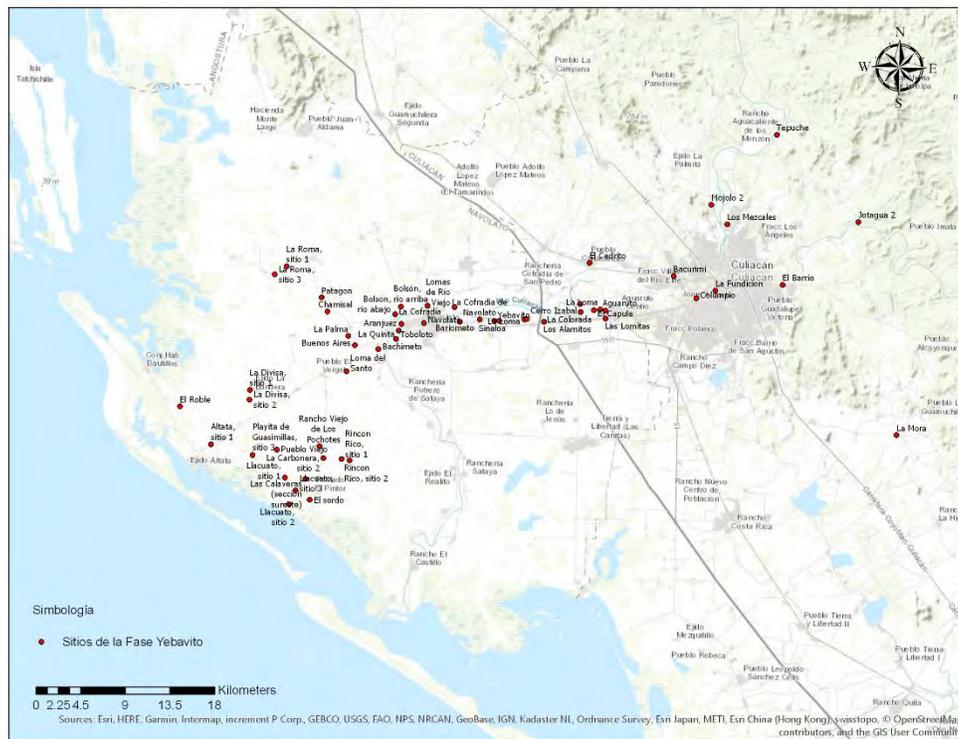
En resumen, a través del empleo del modelo crono-tipológico de Kelley Winters no es posible identificar cambios en el patrón de asentamiento y uso del espacio de manera diacrónica, pues únicamente evalúa la presencia o ausencia de cerámica decorada y deja fuera a los asentamientos que no cuentan con tal material. Es menester pues, seguir trabajando con nuevas técnicas de datación y mencionar que, al momento, tendremos que manejar la perspectiva cronológica de manera un tanto abstracta.



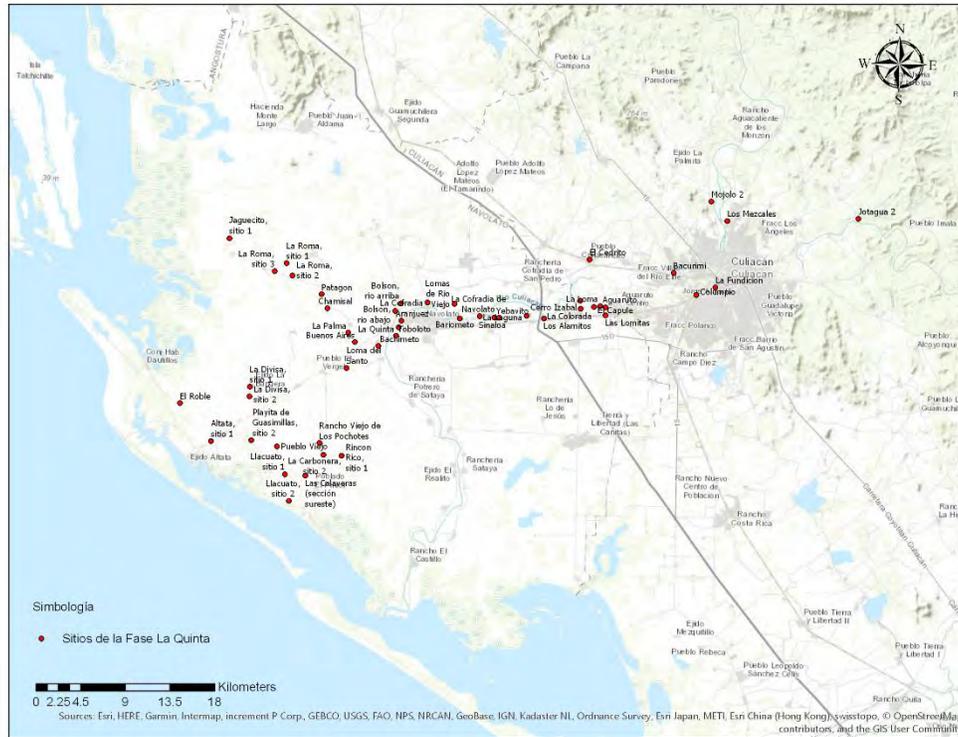
Mapa 4. Sitios con ocupación durante la fase Acaponeta



Mapa 5. Sitios con ocupación durante la fase La Divisa



Mapa 6. Sitios con ocupación durante la fase Yebavito



Mapa 7. Sitios con ocupación durante la fase La Quinta

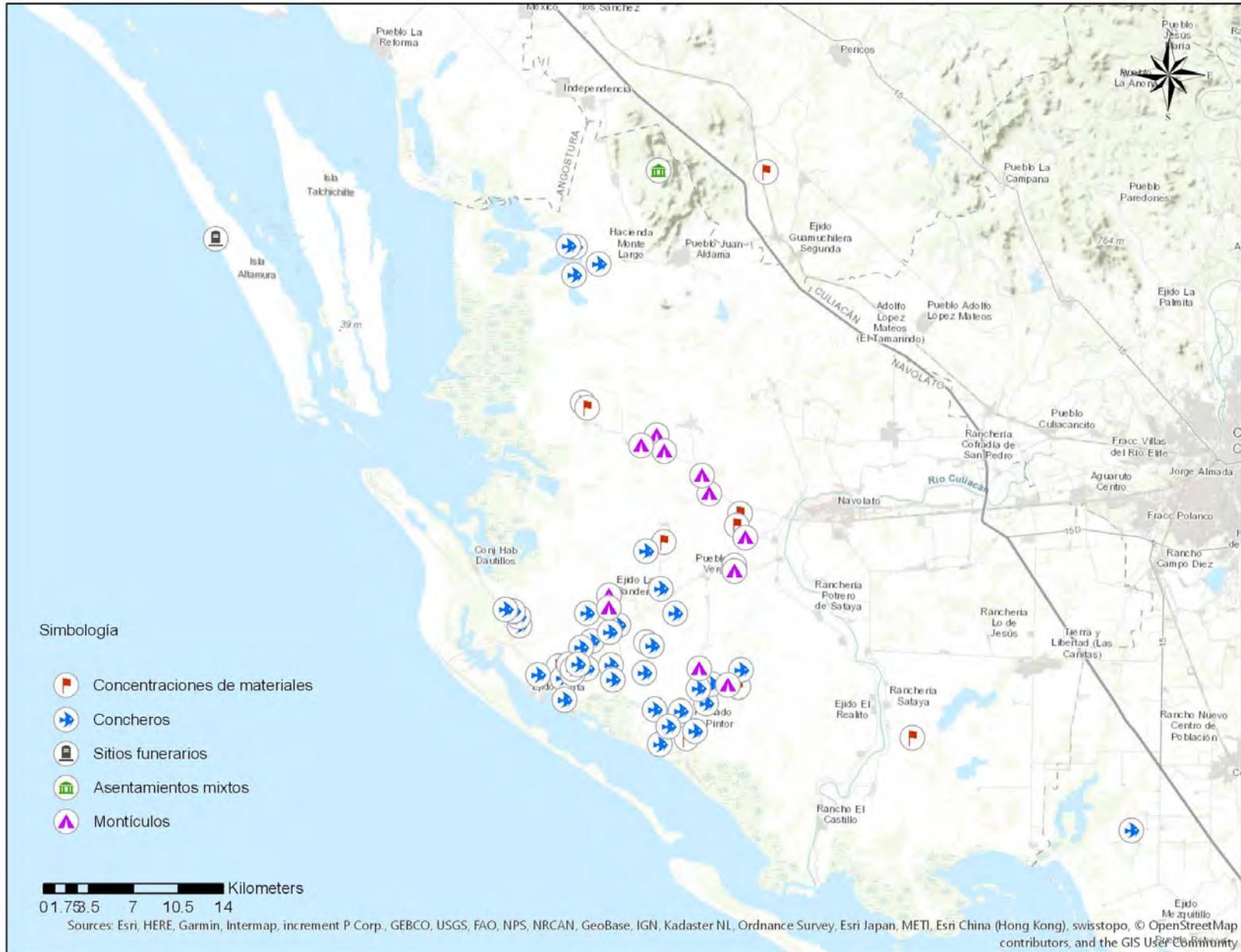
4. Los pobladores de la costa del Mar de Cortés

El mundo de la vida costero se integra por 63 sitios localizados en un área estimada de 1056 km², al oeste del río Culiacán, de Bachimeto a Altata, en la zona donde el río cambia su curso y corre de oriente a sur-poniente, hasta su desemboque en la Ensenada de Pabellones. Los sitios registrados son: 12 concentraciones de materiales, 39 concheros, un sitio funerario, once montículos y un sitio mixto

En el aspecto hidrológico, este espacio se caracteriza por múltiples arroyos, esteros y lagunas. Los cuerpos de agua más importantes para nuestro estudio son el Río Viejo y el arroyo El Tular, pues ahí se encuentra la mayor parte de las evidencias arqueológicas, aunque también cabe considerar el área cercana a la bahía de Altata y los esteros inmediatos a El Tetúan Viejo, El Pintor y Las Aguamitas, además de la Bahía de Santa María.

En cuanto al clima, la llanura costera es la zona más cálida y seca de la región de investigación, con precipitación escasa, y una marcada estación de lluvias durante los meses de agosto y septiembre (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005). Aquí se encuentran tres tipos de suelos: fluvisoles, sonlonchaks y feozems, de manera que en ciertos sectores es posible practicar la agricultura, ya sea de riego o temporal, pero en las inmediaciones de los esteros y el mar, la salinidad de la tierra no permite otra vegetación que mangle o pastizales (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005).

En lo tocante a la flora, la costa es diversa. El área cercana al río Culiacán es ideal para la agricultura. En los terrenos que no están dedicados a la agronomía se encuentran árboles de pochote (*Ceiba aesculifolia*), palo colorado (*Caesalpinia platyloba*), guásima (*Guazuma ulmifolia*), palo fierro (*Olneya tesota*) y cactáceas como la pitahaya (*Stenocereus* sp.), entre otras especies frutales de temporal (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2005). En la zona de estero hay mangle rojo (*Rizophora mangle*), negro (*Avicennia germinans*) y blanco (*Laguncularia racemosa*), y en las playas se encuentran matorrales y especies arvenses. Todas estas especies seguramente fueron aprovechables en el pasado para fines cotidianos y religiosos.



Mapa 8. Sitios del mudo de la vida costera

4.1 Análisis de los datos arqueológicos

A partir del análisis tanto de los datos arqueológicos, como de su distribución y características ambientales, se pueden establecer dos variantes de los sitios costeros: los asentamientos ribereños o transicionales y los propiamente costeros, siendo estos últimos los más recurrentes. Los primeros se sitúan en el área de influencia del Río Viejo y los segundos en la zona baja del arroyo El Tular, cerca de Altata, Tetúan Nuevo y Tetúan viejo, y en las marismas de la Bahía de Santa María.

El Río Viejo es un afluente del río Culiacán que nace en Otameto y llega hasta la Bahía de Santa María. Hasta ahora, en sus márgenes se han encontrado 13 sitios arqueológicos: Lo de Reyes, Loma del Santo, Canal adyacente a Loma del Santo, Buenos Aires, La Palma, Chamisal, Patagón, La Roma 1, La Roma 2, La Roma 3, Jagüecito 1 y Jagüecito 2. Todos los asentamientos, a excepción de La Palma, consisten en montículos ubicados en suelos fértiles que pudieron provecharse para la agricultura.

se caracteriza por suelos altamente fértiles de origen fluvial, la media consiste en tierra rica en materia orgánica, apta para la agricultura, mientras la zona baja tiene un alto contenido de sales y solo permite el desarrollo de vegetación de pastizal o manglares (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2004: 11-24).

Los sitios arqueológicos se concentran en la zona media y en el desemboque del arroyo El Tular, lo cual brinda indicios sobre la forma en que vivieron sus moradores y los recursos a los que tuvieron acceso, solamente El Faro y Las Marías, salen de la norma, pues ambos se encuentran en el área alta del arroyo, un espacio óptimo para la agricultura, y, valga mencionar, Las Marías es un conchero. De acuerdo con Konieczna y Mayer (1973: 42), Las Marías contó con artefactos para procesar productos agrícolas como metates, manos de metates y morteros.



Figura 39. Zona alta del arroyo El Tular. Foto: CIVA



Figura 40. Sitio El Faro, en la zona alta del Arroyo El Tular. Foto: CIVA

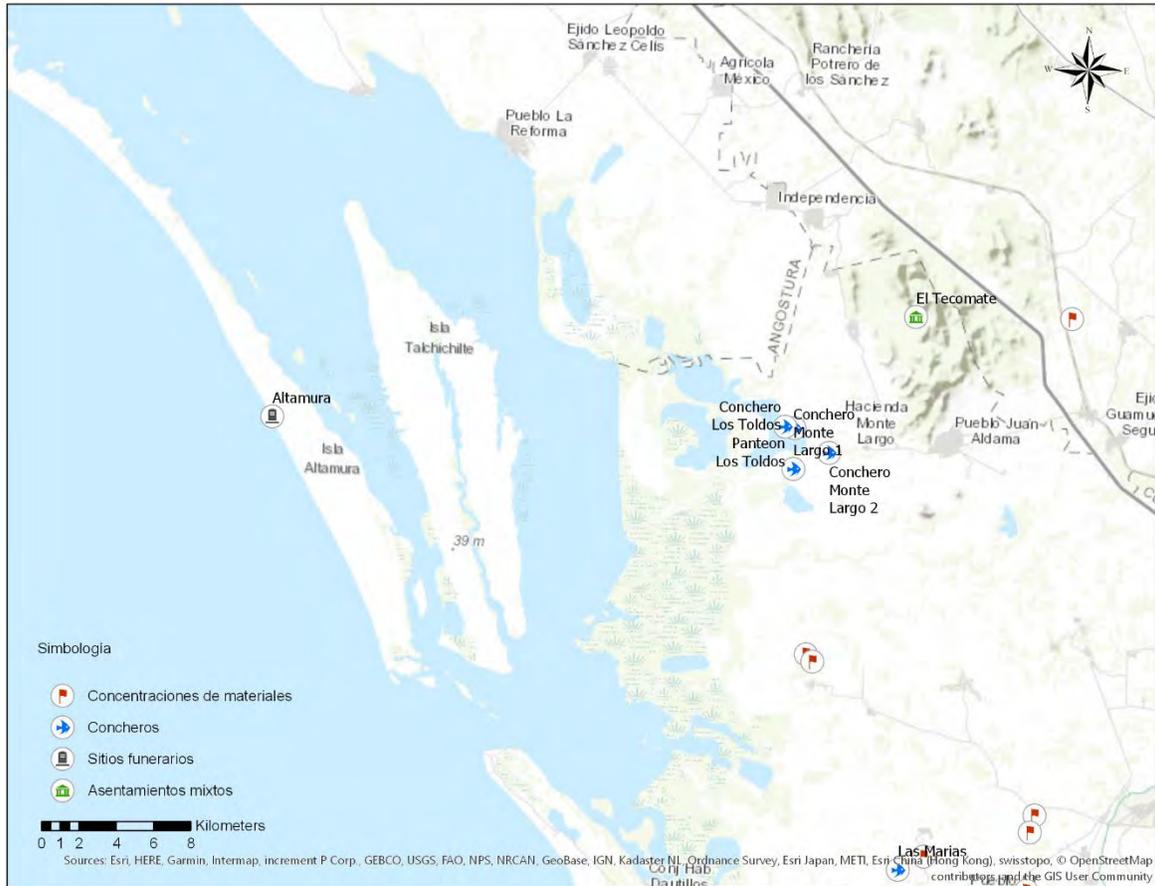


Figura 41. Sitio Las Calaveras, conchero ubicado en la zona baja del arroyo El Tular. Tomado de Konieczna y Mayer (1973)

En términos generales, la evidencia arqueológica señala al área alta del arroyo El Tular y El Esterón como habitada por grupos pescadores-agricultores cuya vida giró en torno al mar, pues los sitios se caracterizan por la acumulación continua de conchas. No obstante, la gente también consumía productos de la tierra adentro y trabajaban la milpa.

Otro punto es la zona de marismas de la Bahía de Altata. Como su nombre lo indica, se trata de un terreno pantanoso, por debajo del nivel del mar, donde hay confluencia de humedales dulces y salados, los primeros hacen su presencia a través de arroyos y los segundos por efecto de la marea. Como consecuencia de la hidrología, el suelo de las marismas es altamente salino, solonchak de textura fina, de forma que no es posible desarrollar la agricultura (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2004: 19, 2005). En este caso, la evidencia arqueológica muestra que los asentamientos eran más densos en esta zona, y, a excepción de La Divisa 1 y La Divisa 2, situados en un área transicional ribereña-costera, los sitios eran campos pesqueros, concheros, que vivían primordialmente del mar, pero también consumían productos agrícolas de tierra adentro.

Al igual que el caso anterior, las marismas de la Bahía de Santa María se caracterizan por un terreno cenagoso donde desemboca el Río Viejo y entra la crecida de la marea. Al momento solo se han registrado siete sitios en el área: concheros con materiales cerámicos monocromos, instrumentos de lítica tallada como raederas, puntas de proyectil y lascas; El Tecomate, que es un sitio mixto, y una concentración de materiales. En los sitios Conchero de Monte Largo 1 y 2, y en Panteón Los Toldos se hallaron lascas de obsidiana y en el Conchero Monte Largo 1 también se localizó cerámica policroma del Complejo Culiacán. De esta manera, aunque los concheros son evidencia de campos pesqueros, es innegable que formaban parte de la dinámica regional de Culiacán. Por último, en relación con la Bahía de Santa María, cabe mencionar al único sitio registrado en la Isla de Altamura, se trata de un conchero ubicado en una duna en el cual se recuperó una urna funeraria. Debido a que se trató de un rescate, no hay más datos sobre el asentamiento (Espinoza, 2016).



Mapa 11. Sitios costeros en el área de la Bahía de Santa María

Por lo que se refiere al estero Pailebote, se localiza al norte de Altata, cerca de Dautillos, consiste en un área pantanosa donde proliferan los suelos salinos y vegetación arvense, pastizales y de mangle. En esta zona Konieczna y Mayer (1973: 43-47) encontraron cuatro sitios: El Laurel, El Roble, Los Tules y Dautillos, son concheros cuya matriz fue elaborada con *Ostrea sp.*, *Anadara grandis*, *Anadara tuberculosa*, *Melongena patula* y *Hexaplex brassica*, todos ellos cuentan con herramientas de lítica tallada como núcleos, lascas y raederas, además de herramientas de molienda como metates, manos de metate y molcajetes, y cerámica “raspada”. En El Laurel y El Roble se encontraron artefactos de obsidiana como lascas, núcleos y navajillas prismáticas, por último, El Roble se localizó cerámica de los complejos Aztatlán y Culiacán.

Finalmente, el área del Estero Viejo, al este del río Culiacán, es la menos estudiada, la única información con la que contamos de Téllez, quien durante los trabajos del PROCEDE, localizó un sitio conchero, pero no hay detalles sobre las características del asentamiento o los materiales asociados.

4.2 *Zoom* al mundo de la vida costero: el caso de los pescadores de Altata, en la actualidad

En diciembre de 2017, como parte de la segunda temporada del Proyecto Arqueológico Culiacán, realizamos visitas a Altata y mantuvimos entrevistas con el capitán del puerto, I.M.N. José Leopoldo López Agraz, habitantes y algunos pescadores oriundos de la bahía. A partir de ellas obtuvimos un panorama sobre la manera en que se vive en el mar. De igual manera, realizamos un recorrido en panga hacia la isla La Palmita para experimentar de primera mano la bahía. Cabe mencionar que, si bien Altata es una comunidad mestiza y forma parte del mundo moderno, la manera en que sus habitantes experimentan el paisaje nos puede dar una idea sobre la forma en que la costa se percibía en el pasado. Para el caso de este estudio, tuve la oportunidad de platicar con gente mayor, quienes me contaron su experiencia practicando la navegación tradicional, sin GPS, y la pesca artesanal, llamada churupea (*sic*, red *suripera*).



Figura 42. La Bahía de Altata en la actualidad. Foto: CIVA



Figura 43. Panorámica de la Isla La Palmita, Altata, Sinaloa. Foto: CIVIA

A partir de la información recopilada, se concluye que el punto central de la vida costera es la pesca, pues ésta ha marcado los ritmos de la vida de los pobladores, aunque en la actualidad el turismo está creando una alternativa al modo de vida tradicional. Mediante la experiencia directa y el conocimiento transmitido de generación en generación, los pescadores han visto a la bahía de Altata y al mar de Cortés como su “territorio” donde las corrientes y rutas de navegación son sus caminos cotidianos, las poblaciones, granjas pesqueras, manglares, islas y puntos fijos en el paisaje son lugares que tienen significado, mientras la observación del horizonte es un elemento crucial para orientarse en altamar y determinar si hay buen o mal tiempo, para embarcarse.

En Altata, generaciones de familias han vivido del mar. Hasta hace algunos años, los hombres se dedicaban casi exclusivamente a la pesca y las mujeres limpiaban los pescados y preparaban los alimentos, mientras los niños iban aprendiendo su rol en la sociedad a través del juego. La vida basada en los productos del mar conllevaba la movilidad constante en el territorio. De acuerdo con

los informantes consultados, según la estación del año y su relación con la captura de especies particulares, hasta al menos hace cuarenta años, familias enteras se mudaban a las islas mar adentro. Una vez en las islas, los roles de género no eran tan marcados como en la Bahía, ahí, tanto hombres como mujeres se dedicaban a la captura de crustáceos y peces, además ambos dedicaban tiempo al cuidado de los niños. Cuando terminaba la temporada de pesca, regresaban a Altata.



Figura 44. Pescadores de Altata en el pasado. Archivo fotográfico del restaurante Bahía.

En el caso de la experiencia y la transmisión del conocimiento, los padres integraban a sus hijos, desde muy pequeños, en la dinámica marina. En primer lugar, les mostraban la manera de comer mariscos, después les enseñaban a limpiarlos y prepararlos, luego a navegar, a pescar y a conocer los ciclos de desarrollo de los crustáceos y la manera de cultivar y cuidar las jabas de ostión

En cuanto a los senderos, los pescadores de Altata comentaron que la navegación tradicional (sin motor) se realizaba a partir de los vientos que vienen del noroeste, pero en caso de marejada, esta ponía la batuta del camino. Por otra parte, durante el día, además del empleo de la brújula, la orientación se obtenía con base

en la posición del sol y en la noche la estrella polar era la guía. En caso de que el destino de la embarcación fuera Altata, si era un día despejado se buscaba al Cerro La Chiva y al Cerro La Campana en el horizonte, y al calcular la proximidad de estos, los navegantes sabían que estaban cerca de casa.

Por lo que se refiere al registro del paso del tiempo, en las embarcaciones solía hacerse a partir de la proyección de la sombra del sol en una botella. Cuando la sombra quedaba a plomo, se sabía que era mediodía. En la noche, se observaba el camino de los astros en el horizonte.



Figura 45. Vista del Cerro la Chiva desde la isla La Palmita, Bahía de Altata, Sinaloa. Foto: CIVA

En la actualidad, la pesca tradicional se realiza con atarraya o churupea y se busca capturar objetivos específicos, ya sean camarones de talla grande o peces de tamaño mediano. En la pesca con atarraya, no es forzoso trasladarse mar adentro, se puede practicar en la playa, en los esteros o las lagunas y desde ahí lanzar la red para pescar con movimientos circulares. En el caso de la churupea, una vez en el mar, el pescador deja que la vela siga la dirección del viento, detiene

la embarcación, toma la punta de la red, la cual tiene forma de semi cono, y arroja la churupea en el sentido contrario al viento, de esta manera, los peces o camarones, siguiendo la corriente del agua quedan atrapados al interior de la red. Después de un tiempo, el pescador iza la red y se hace de su presa.



Figura 46. Pesca artesanal de camarón con churupea. Altata, Sinaloa. Foto: CIVA

La temporada de lluvias, así como el ciclo biológico de los mariscos y peces es fundamental para la vida costera, marca las actividades a realizar a lo largo del año y las tareas del día a día. Particularmente, la temporada de camarón se desarrolla después de las lluvias pues entre los meses de septiembre y diciembre

los camarones alcanzan su máximo crecimiento. En cuanto a los ostiones, ya sean de placer o estero, hay disponibles para su consumo durante todo el año. De igual manera, las almejas pueden pescarse durante todo el año, no así la jaiba, cuyo periodo de veda suele ser de marzo a julio. Finalmente, la captura de peces es también una actividad trascendental, principalmente se pescan lisas, corvinas, robalos, dorado, marlin, pargo, pez vela y pez espada, además de mantarrayas.



Figura 47. Pesca de camarón en Altata. Archivo fotográfico del restaurante Bahía

4.3 Interpretaciones sobre los habitantes de la costa

Como podemos ver a partir de la información recopilada, en la actualidad el medio provee las condiciones para subsistir de manera óptima en Altata. De acuerdo con nuestros informantes, “aquí quien no come es porque es flojo”, pues todo el año hay alimento y lugar donde vivir, además de múltiples actividades por realizar. Ahora bien, si llevamos estas observaciones al pasado, podemos pensar que los antiguos

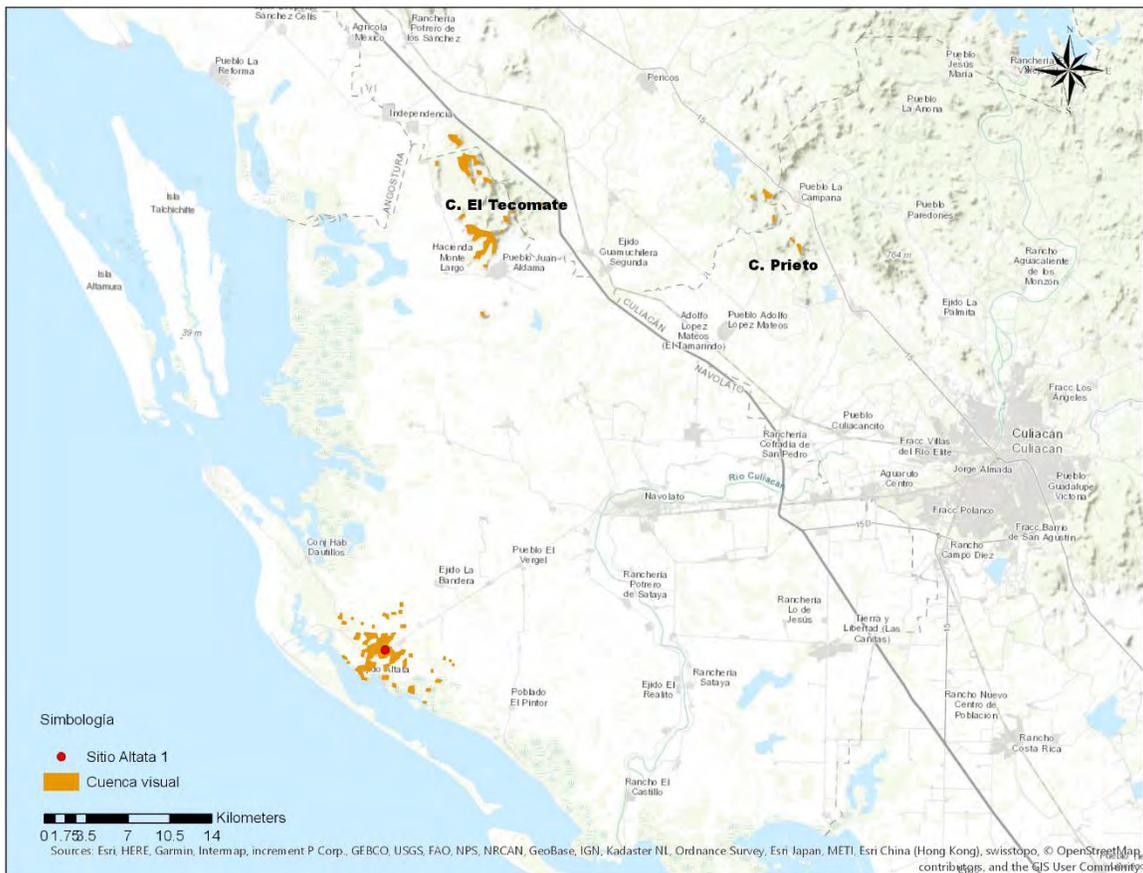
habitantes de la llanura costera eran principalmente pescadores que explotaron la *Anadara grandis*, pero e también camarones, jaibas y peces. Los concheros son justamente la evidencia arqueológica de la importancia de las actividades pesqueras, posiblemente son restos de los “campamentos” en que habitaron, pues, de manera similar al ejemplo de Altata, seguramente la gente tenía una amplia movilidad en su paisaje, ya fuera en la propia costa o tal vez hasta en las islas del mar de Cortés.

Desde mi punto de vista, el acercamiento etnográfico crea la posibilidad de vislumbrar a los grupos prehispánicos de la costa de una manera más compleja, permite acercarnos a una posible concepción y experiencia del paisaje, además de lograr analizar la conformación de los lugares, senderos y horizonte. En el caso del concepto y experiencia del paisaje, me parece que hubo una relación muy particular entre el medio y los seres humanos, y seguramente las estaciones y los ciclos biológicos de los seres marinos marcaron los ritmos de los grupos costeros, en términos tanto de subsistencia como de ritualidad.

En cuanto a los lugares, creo que los concheros, al habitarse se llenaron de significados y se transformaron en lugares de memorias individuales y colectivos, de igual manera que las islas y los manglares, cuya visita constante o habitación pudo generar la creación de lugares en términos cotidianos y simbólicos, como se verá más adelante con los ejemplos históricos y etnográficos.

En referencia a los senderos, seguramente hubo caminos terrestres que conectaron a las poblaciones costeras con los grupos de la llanura aluvial. Esto es evidente en los materiales arqueológicos por la incidencia de metates y manos, además de cerámicas decoradas de los complejos Aztatlán y Culiacán, así como navajillas prismáticas, cobre y la recurrencia de prácticas funerarias, compartida con los pobladores de la tierra adentro. Sin embargo, me parece que los caminos más importantes de esta región fueron las rutas de navegación, dentro y fuera de la bahía, en el mar y en los ríos, pues seguramente se vieron como senderos que se seguían diariamente para la pesca y que conectaban a los lugares.

Creo que la observación del horizonte fue sumamente importante en el caso de los grupos pescadores. Por una parte, es muy probable que la identificación de los astros en el cielo les sirvió para orientarse durante la navegación, tanto nocturna como diurna, y, por otro lado, el conocimiento de puntos específicos en el horizonte como el Cerro La Chiva fueron indicios para reconocer los lugares a donde estaban a punto de llegar. Podemos realizar un acercamiento a esta perspectiva mediante un análisis de visibilidad practicado desde el sitio Altata, pues ahí se aprecian puntos sobresalientes en el paisaje, como El Cerro El Tecomate y el Cerro Prieto, los cuales sobresalen en el horizonte, potenciándolos como posibles marcadores en el pasado.



Mapa 12. Análisis de visibilidad de Altata

En suma, me parece que los datos arqueológicos, así como los etnográficos sugieren que los antiguos habitantes de la costa tenían una relación tan significativa con su entorno que les ayudó a construir su identidad, aunque la cultura material no necesariamente lo demuestre. En la tercera parte de la tesis, retomando datos etnohistóricos, abundaré sobre este planteamiento.

5. Los moradores de la llanura aluvial

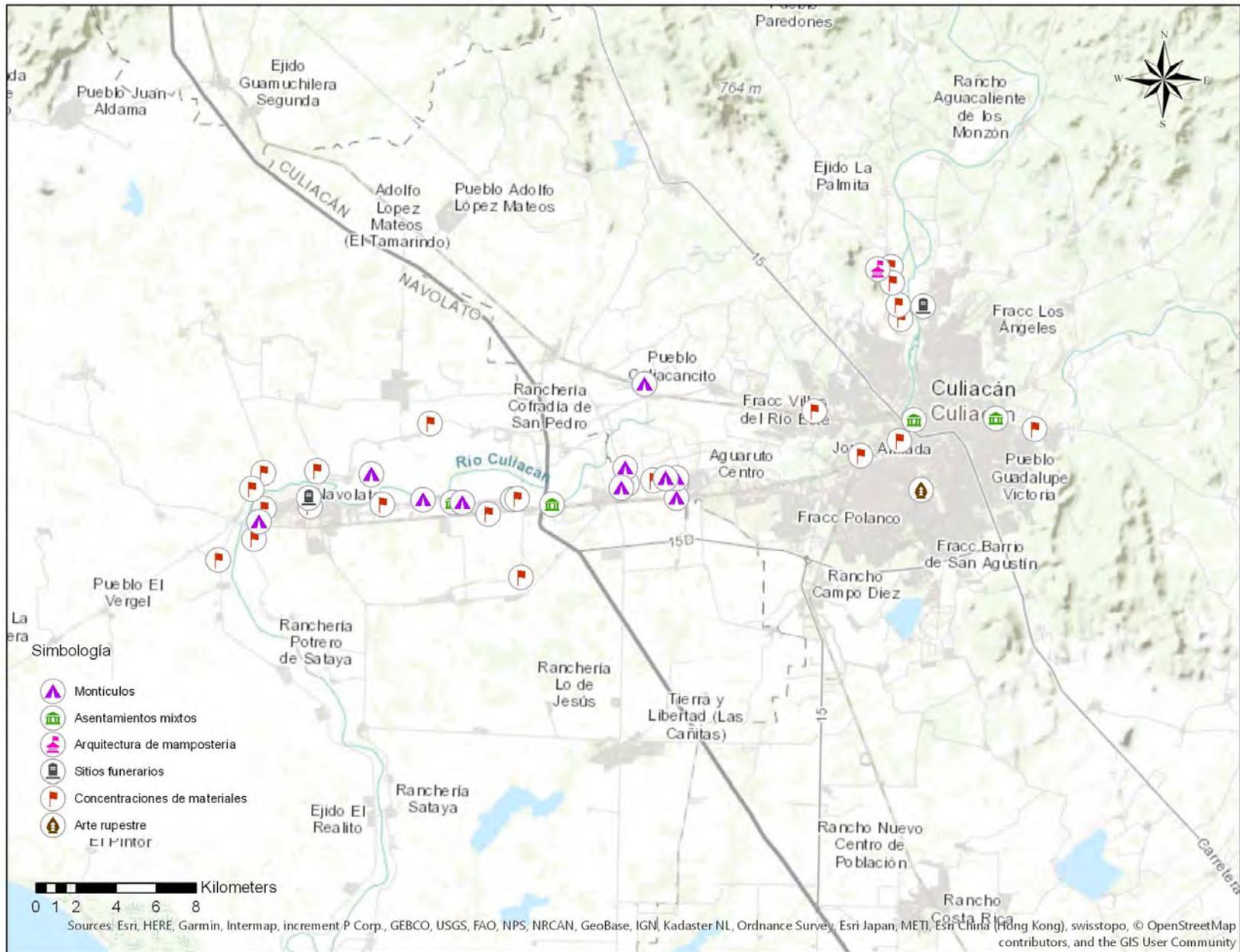
El mundo de la vida de la llanura aluvial se integra por 43 sitios arqueológicos: uno de arte rupestre, 23 concentraciones de materiales, dos sitios funerarios, uno monumental o de mampostería, 10 montículos y 5 mixtos, distribuidos en un área estimada de 1356 km². Este mundo de la vida comienza, aproximadamente, en la zona baja de los ríos Humaya y Tamazula, a la altura de Mojolo y el límite este de la mancha urbana, hasta el cambio del curso del río Culiacán, en Bachimeto. En el aspecto hidrológico, la llanura se caracteriza por la incidencia de los tres ríos: el Humaya, al norte, el Tamazula, al este, y el Culiacán, al oeste, siendo el último el que abarca la mayor parte del territorio, y alberga más vestigios arqueológicos. De acuerdo con las fuentes históricas, en esta región era donde se encontraba la mayor densidad poblacional del valle de Culiacán e incluso el área de mercado (García Icazbalceta, 1866b), como se verá en el tercer apartado de la tesis.

En cuanto a las características ambientales, la llanura aluvial cuenta con un clima muy cálido, con una estación de lluvias durante el verano, entre los meses de julio a octubre. No obstante, al tratarse de una zona receptora a donde llegan las aguas de los ríos Humaya y Tamazula, además de las lluvias de la sierra, en realidad recibe alrededor de 2434 milímetros al año, de tal manera que siempre hay agua en Culiacán (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2008).

Por otro parte, hay dos tipos de suelos: fluvisol éutrico de textura gruesa y vertisol crómico de textura media, este tipo de suelos son altamente fértiles, ideales para producir hortalizas y hasta algodón (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2004: 20, 2005, 2008). Según las fuentes históricas más tempranas, la producción de maíz y algodón en Culiacán era más la vasta del noroccidente, tanto así que después de la conquista, la villa española de San Miguel de Culiacán vivió una larga temporada de la producción indígena, sin realizar nuevas siembras (García Icazbalceta, 1866b)

La vegetación es diversa, entre las especies más importantes se halla el palo fierro, huizache, copal, palo de brasil, pitahaya, arrayán, agave, toloache, tabaco

silvestre y pochote (Vega, 2001). Este tipo de flora seguramente fue indispensable para la subsistencia básica -alimentación vestido, construcción- y para actividades rituales. Por su parte, la variedad de especies terrestres integrada por especies como el venado, conejo, mapache y liebre, aves como la guacamaya, el perico y peces como bagres y tilapias, posiblemente fue aprovechada por los pobladores de Culiacán.



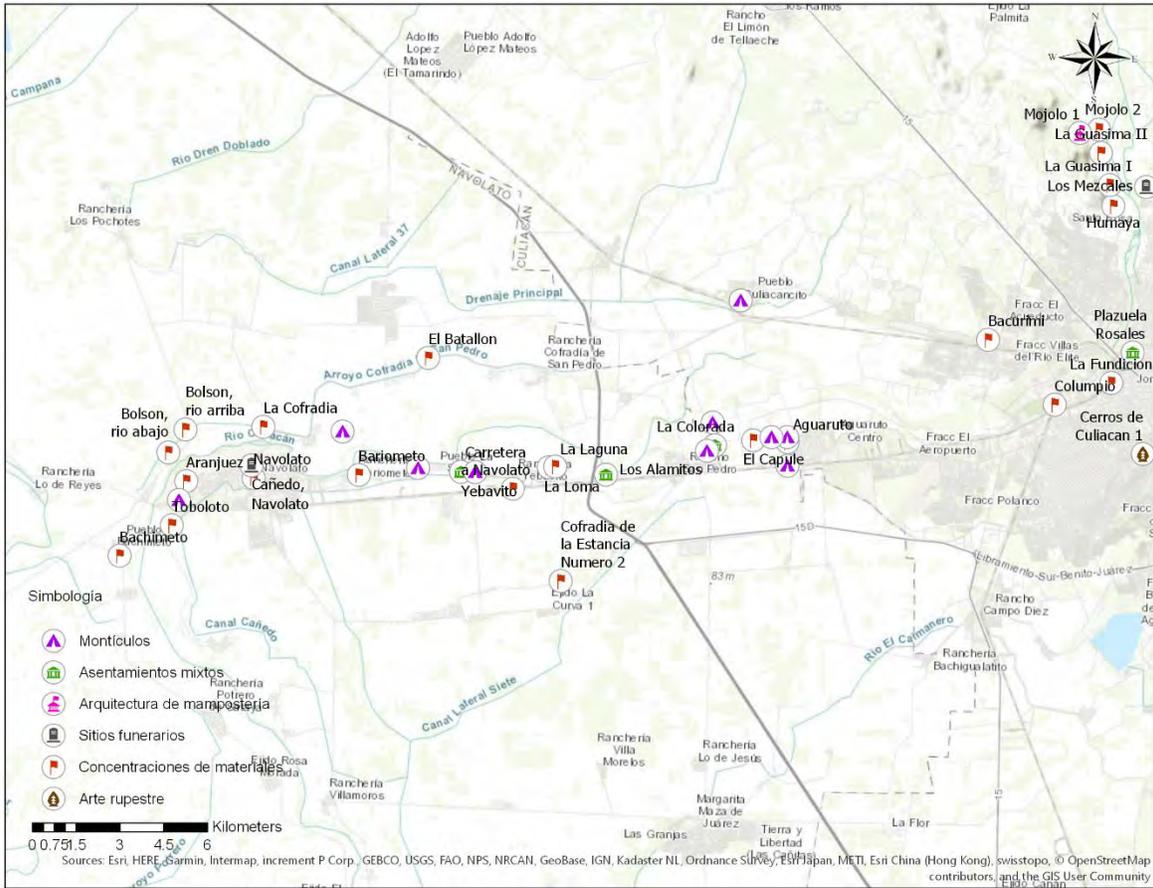
Mapa 13. Sitios del mundo de la vida de la llanura aluvial

5.1 Análisis de los datos arqueológicos

A través del análisis de los datos procedentes de los estudios de Kelly (2008b), Lizárraga (1980), Grave (2016b, 2015), Téllez (1997), Vicente (2004), Cabrero (1987), Carballal *et al.* (1994), Gómez y Vidal (2014a) y Vidal (n.d., 2017), así como de las características ambientales de la llanura aluvial, hay algunas tendencias en cuanto a la distribución de los asentamientos: la mayoría se halla en las márgenes otros en el río Humaya, un par en el Tamazula y solo uno en la confluencia de los tres ríos.

La zona del río Culiacán

Los asentamientos del río Culiacán son los que arrojan más luz sobre la población prehispánica y su relación con el medio, pues, como vimos en el capítulo 1, la mayoría de las excavaciones se han desarrollado aquí. Con base en la información disponible, los sitios de esta subárea se pueden clasificar en: concentraciones de materiales, con arquitectura, petrograbados, funerarios y mixtos. Las concentraciones de materiales son las evidencias más recurrentes, al día de hoy se sabe de 28 sitios con estas características. De acuerdo con Isabel Kelly (2008b: 18), en el año 1935 las evidencias se identificaban en superficie como montículos de hasta un metro de alto, ubicados sobre la plataforma del río. Hoy día, debido al crecimiento urbano, bastantes de los montículos han sido arrasados, no obstante, todavía se encuentran concentraciones de materiales en la mayoría de las comunidades que recorrió la investigadora. Cabe destacar que, de igual manera como lo observó Kelly, la mayoría de los asentamientos se encuentran en la margen sur y solo ocho en la margen norte.



Mapa 14. Sitios de la cuenca del río Culiacán



Figura 48. Estado actual de sitios arqueológicos en la plataforma del río Culiacán. La Cofradía de Navolato, PASGOM. Foto: IARC



Figura 49. Concentración de materiales en el sitio Cofradía de la Estancia Número 2. PASGOM. Foto: CIVA

En cuanto al arte rupestre, Lizárraga (1980: 152-153) describe una zona en la ciudad de Culiacán donde, en la cima de un cerro, apreció un espejo de agua junto con dos espirales y morteros labrados en la roca, y a 70 metros del espejo, halló una cueva en la cual había petrograbados.

Por lo que se refiere a los asentamientos funerarios, a partir de las urnas halladas en Navolato por Durán y Heredia (INAH, 2012), se podría considerar un sitio exclusivo de enterramiento. No obstante, dado lo limitado de la exploración, y la incidencia de evidencias mixtas, la idea no es muy viable. De cualquier manera, por el momento el sitio queda así clasificado al no haber más evidencias arqueológicas.

Finalmente, a partir de las excavaciones de Kelly (2008b) en los sitios Las Lomitas, La Loma, Cerro Izábal, La Colorada y Los Alamitos durante 1935, y de Grave y colaboradores (2016b) en Yebavito en el año 2015, se tiene conocimiento de asentamientos mixtos ubicados en la zona media de la llanura del río Culiacán. En las Lomitas, Kelly (1945: 14-15) excavó cuatro montículos y en ellos encontró concentraciones de materiales arqueológicos, restos de arquitectura de tierra, integrada por un apisonado y huellas que poste, además entierros directos y en urna depositados bajo los pisos. En La Loma, Cerro Izábal, La Colorada y Alamitos, la investigación arrojó concentraciones de materiales y enterramientos primarios y secundarios. Como hemos visto en el capítulo 3, estas excavaciones fueron la base para la tipología cerámica de la región y la primera propuesta cronológica de Culiacán.

En cuanto a la perspectiva del paisaje, durante sus exploraciones, Kelly encontró fragmentos de maíz y calabaza, además de otras semillas que le fue imposible identificar. De acuerdo con el reporte de Erwin entregado a la investigadora (Kelly, 1945: 156), uno de los especímenes de maíz tenía granos pequeños y redondos, mientras otro contaba con una mazorca muy grande. En cuanto a los restos de calabaza, el pedúnculo de un ejemplar estudiado fue similar a la especie *Curcubita moschata*, bastante común en el suroeste de los Estados Unidos (Kelly, 1945: 156).

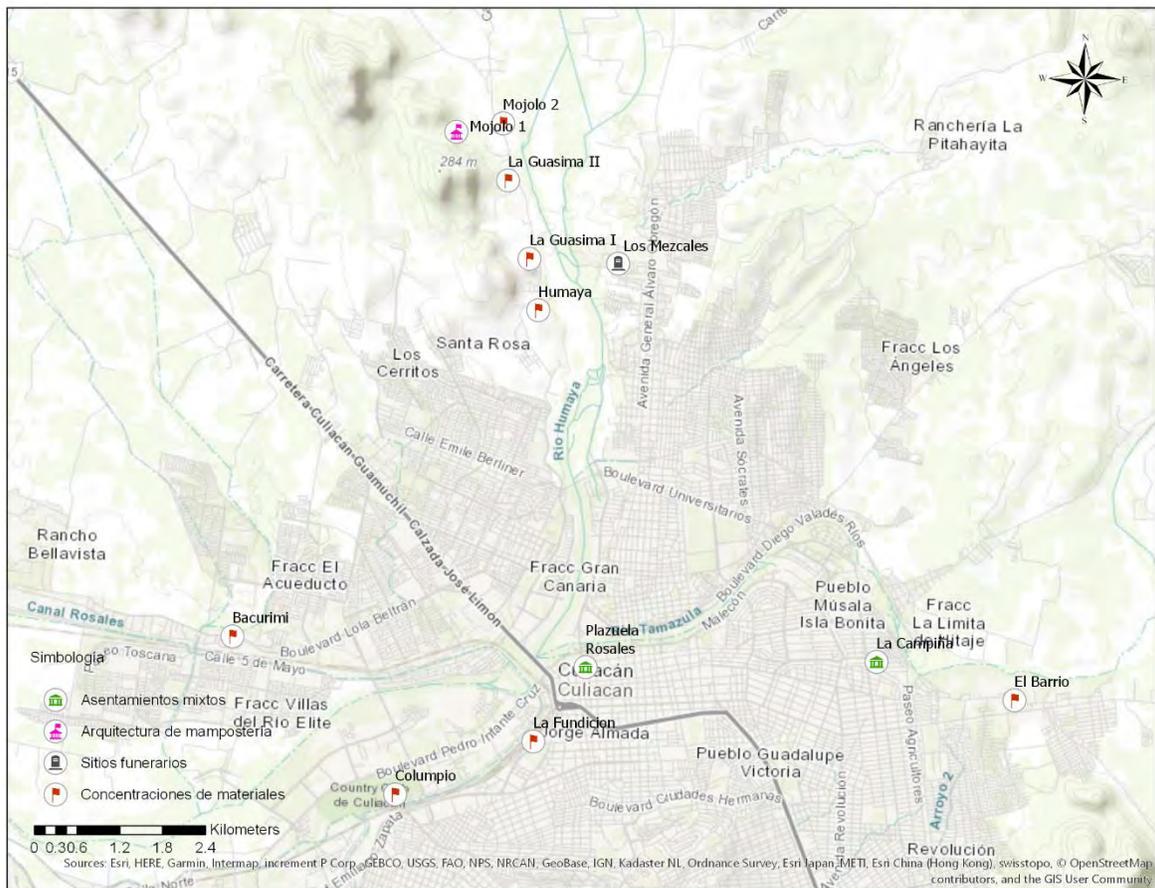
Finalmente, a lo largo de las exploraciones en Yebavito, Grave y sus colaboradores (2016b, 2016a, 2015) hallaron acumulamientos de restos de artefactos, urnas funerarias y bajareque en el asentamiento. Más adelante detallaré los datos sobre la excavación de Yebavito.



Figura 50. Excavaciones en Las Lomitas. En la imagen inferior se aprecian el apisonado y las huellas de poste localizadas por Kelly. Tomado de Kelly (2008: 209)

La zona del río Humaya

En lo que atañe a los sitios ubicados en la zona baja del río Humaya: Los Mezcales, Mojolo 1, Mojolo 2, La Guásima I y la Guásima II, al localizarse cerca de la confluencia de los ríos Tamazula y Culiacán, guardan condiciones ambientales similares a la zona antes descrita, a excepción del acceso al agua. En este caso, los antiguos pobladores del bajo Humaya recibían aproximadamente 1581 milímetros, pues la precipitación regional es de 676 milímetros, pero al tratarse de una zona receptora, se suman los 905 milímetros que llueve en el alto Humaya (Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2008). Tal cantidad de agua, aunada a los suelos fluvisoles, potencia al territorio para el desarrollo óptimo de agricultura en el pasado.



Mapa 15. Sitios ubicados en las cuencas del río Humaya, Tamazula y en la confluencia de los tres ríos

En lo concerniente a la clasificación de sitios, en el bajo Humaya se localizan cuatro con concentraciones de materiales: La Guásima I, La Guásima II, Humaya y

Mojolo 2, todos dispuestos en la margen oeste del río. En la misma margen y a escasos 500 metros se encuentra Mojolo 1, un sitio mixto que podríamos considerar monumental y sobre la margen derecha se halla Los Mezcales, un asentamiento funerario. La información relacionada con los primeros sitios es escasa, proviene de cédulas de registro elaboradas por Bernardo Téllez¹² y de una breve descripción de Isabel Kelly (1945: 178).

Por su parte, los sitios Mojolo 1 y Mojolo 2 bien podrían considerarse un solo asentamiento. El primero se localiza en la ladera este del Cerro el Capule y consiste en una serie de modificaciones realizadas por desgaste a los afloramientos rocosos del cerro. Se caracteriza por la incidencia de oquedades labradas en la piedra, en su parte central cuenta con una especie de mortero circular de 5.15 metros de diámetro que los lugareños llaman “el plato”. Cerca del plato, se aprecian cuatro oquedades labradas en la roca madre del cerro, con diámetro promedio de 1.5 metros, además de dos petrograbados: un círculo concéntrico y un cráneo; también cuenta con una especie de asiento tallado en la roca (Vidal et al., 2017). Como peculiaridad, en el sitio no se halló ningún material arqueológico, pero sí usos modernos del espacio como altares a santos y recuerdos a familiares fallecidos (Vidal et al., n.d.).



Figura 51. El área de Mojolo. Hacia la izquierda está el Cerro El Capule y a la derecha la plataforma del río Humaya donde se encuentra el sitio Mojolo 2. Foto: CIVA

¹² Las cédulas de sitios se pueden consultar en la Subdirección de Registro de Bienes Arqueológicos Muebles del INAH.



Figura 52. El "plato", Mojolo 1. Foto: CIVA

Mojolo 2 se encuentra a 500 metros del sitio anterior, sobre el lecho mayor del río Humaya, consiste en tres concentraciones de materiales entre las cuales se hallaron puntas de flechas, cerámica decorada, lítica pulida y un hacha reutilizada como escultura antropomorfa. A la luz de los datos me parece que Mojolo 2 pudo ser la parte habitacional del asentamiento, mientras Mojolo 1 sería la ritual-monumental. Esta hipótesis tiene su fundamento en que el área monumental tiene un dominio visual de la región hacia el oriente, particularmente hacia el Cerro Orejón, sobre todo en las zonas donde la roca madre tiene modificaciones que parecen haberse empleado como puntos de observación del horizonte, no así Mojolo 2, el cual, desde mi punto de vista, se asentó en tierras aluviales que pudieron usarse para construir casas de material efímero y tener campos de cultivo.



Figura 53. Trabajos de reconocimiento de superficie en Mojolo 2. Al fondo se aprecia el Cerro el Capule, en cuya ladera se encuentra Mojolo 1. Foto: CIVA



Figura 54. Figurilla antropomorfa registrada en Mojolo 2. Foto: CIVA

Los Mezcales, por su parte, se halla bastante destruido en la actualidad debido al trabajo de ladrilleras y a la construcción de casas de interés social. No obstante, se han logrado reconstruir algunos datos sobre el contexto funerario excavado por Gálvez en 1968 a partir de diversas fuentes: la revisión del archivo fotográfico de la investigación, el informe preliminar entregado al Consejo de Arqueología, las notas de campo compiladas por el Centro INAH Sinaloa (n.d.), el análisis de los materiales de la excavación, el registro de 36 piezas arqueológicas resguardadas en el Museo Regional de Sinaloa (Gómez & Vidal, 2015) y el estudio petrográfico de la cerámica (Vidal, n.d.).



Figura 55. Los Mezcales durante los trabajos de excavación de Gálvez. Imagen tomada de Centro INAH Sinaloa (n.d.)



Figura 56. Los Mezcales en la actualidad. Foto: CIVA

En primer lugar, en Los Mezcales hubo dos tipos de enterramientos, alrededor de 35 directos y 35 en urnas, ambos depositados en una profundidad variable entre los 0.25 metros y 1.2 metros (Gálvez, 1968), de manera que se trató de un depósito múltiple donde urnas e inhumaciones directas fueron depositadas una sobre otra, posiblemente de manera continua. Los individuos directos contaron con objetos asociados, principalmente vasijas decoradas, además de conchas y cascabeles de cobre, asimismo, se depositaron junto con restos de aves, peces y astas de venado (Centro INAH Sinaloa, n.d.). Las urnas, por su parte, contenían a uno o más individuos, normalmente el o los cráneos se encontraban en la parte superior sobre una cama de huesos largos, o bien, las epífisis de estos últimos se colocaban al interior del foramen magno. En algunos casos, los restos hallados dentro de las urnas se encontraron pintados de color de rojo y los artefactos vinculados fueron fragmentos de vasijas, además de piezas completas (Centro INAH Sinaloa, n.d.).



Figura 57. Entierro directo en Los Mezcales. Tomado de Centro INAH Sinaloa (n.d.)

Por lo que respecta a las piezas depositadas en el Museo Regional de Sinaloa, 18 proceden del contexto funerario, pero se desconoce su relación espacial. Los 18 objetos restantes se asocian a inhumaciones particulares como el entierro directo de un infante que contó con dos vasijas decoradas, o el de un adulto cuyo ajuar se integró por dos cajetes decorados, cuatro collares de caracoles, tres cuentas de concha y restos óseos de aves y peces (Centro INAH Sinaloa, n.d.).

Finalmente, en cuanto a la petrografía cerámica de Los Mezcales, realicé el análisis de diez tiestos decorados, ocho del Complejo Aztatlán y dos del Complejo Culiacán. De acuerdo con los resultados de la investigación, es altamente probable que esta cerámica fue elaborada con materia prima local, y es posible que las inclusiones observadas no hayan sido añadidas de manera intencional, sino fueran resultado del tratamiento del barro, mediante su trituración, pues en varios casos tanto la matriz arcillosa como los minerales poseen tamaños de partícula similar.

De manera general, la cerámica de Los Mezcales es fina, especialmente la del Complejo Culiacán, cuyo acabado lustroso y sonido metálico puede ser resultado de cocción a altas temperaturas y de un tratamiento especial del barro, pues su matriz arcillosa se nota sumamente trabajada, de manera tal que la porosidad es muy fina, la pasta no cuenta con orientación y el color es rojizo, homogéneo (Vidal, n.d.). Estos datos nos hablan sobre la tecnología empleada en el pasado para la elaboración de vasijas, el alto grado de especialización necesario para fabricar los objetos, pues definitivamente no cualquiera podía hacerlos, además del tiempo empleado, los lugares y la interacción social vinculada a toda la cadena operativa, desde la extracción de la materia prima, hasta la deposición de los objetos en un contexto funerario.

# de lám	Tipo cerámico	Sitio	% materiales no plásticos	Tamaño	Selección de material		Redondeado	Anguloso	Cuarzo	Plagioclasa	Feldespatopotásico	Mica	Anfiboles	Piroxenos	Fragmentos de roca	Vidrio	Óxidos de hierro	Fragmento de suelo	Pápidas
					Buena selección	Mala selección													
1	Negra pesada	Los Mezcales	30	arenas medias a finas y limo		X		X	XXXX	XXX		XX	X		X		X		X
2	Navolato policromo	Los Mezcales	20	arenas medias	X			X	XXXX	XXX	X	XXX			X		XX		
3	Aguaruto policromo	Los Mezcales	30	arenas finas y limos	X			X	XXXX	X		XX	X		X		X	X	
4	Culiacán polic. temprano	Yebavito	30	limos	X			X	XXXX	X	X	XXX	X		X	X	XXX		
5	Culiacán polic. tardío	Los Mezcales	30	limos	X			X	XXXX	X		XXX	X		X		XXX		
6	Botadero inciso	Los Mezcales	30	limos y arenas		X		X	XXXX	XX		X	X?	X?	X	X	XX		
7	Culiacán polic. medio	Yebavito	30	limos y arenas finas		X	X	X	XXXX	XXX		X			X	X	X		
8	Alamitos grabado	Los Mezcales	20	limos y arenas finas	X			X	XXXX	XX		X	X?	X?	X		XXX	X	X
9	Culiacán acanalado	Yebavito	20	limos y arenas finas	X			X	XXXX	X	X	XXX	X?	X?	X		XX		
10	Cerro Izábal	Los Mezcales	30	arenas finas	X			X	XXXX	XX		XXX	X?	X?	X		X		
11	Borde negro y rojo	Los Mezcales	30	arenas		X		X	XXXX	XX		X	X?	X?	X		XXX	X	X
12	Culiacán banda incisa	Los Mezcales	30	limos y arenas		X		X	XXXX	X		XX	X?	X?		X	XX		
13	Aguaruto inciso	Yebavito	30	arenas finas y limos	X			X	XXXX	XX		XX	X		X		XX		
14	Culiacán arena	Yebavito	30	arenas	X			X	XXXX	XX		XX					XX		
15	Borde rojo	Los Mezcales	30	arenas		X		X	XXXX	XXX			X		X		XX		

Tabla 8. Resultados de análisis petrográfico de la cerámica de Culiacán. Base de datos de los materiales no plásticos. Elaboró: CIVA

# de lámina	Tipo cerámico	Sitio	% matriz de arcilla	Porosidad					Poros orientados a lo largo	Orientación pasta		Color de la pasta			Engobe		
				Tamaño			Forma			Orientada	Sin orientación	Homogéneo	Transicional	Diferencial	Evidente	Transicional	No observable
				Medio a grueso	Fino a medio	Heterogéneo	Canales	Vesiculares									
1	Negra pesada	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X							X
2	Navolato policromo	Los Mezcales	80			X	X	X	X	X		X			X		
3	Aguaruto policromo	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X				X	X		
4	Culiacán policrom temprano	Yebavit	70			X	X	X	X	X		X			X		
5	Culiacán polic tardío	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X		X			X		
6	Botadero inciso	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X						X	
7	Culiacán polic medio	Yebavit	70			X	X	X	X	X		X			X		
8	Alamitos grabado	Los Mezcales	80			X	X	X	X	X				X	X		
9	Culiacán acanalado	Yebavit	80			X	X	X	X	X		X				X	
10	Cerro Izábal	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X				X	X		
11	Borde negro y rojo	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X				X	X		
12	Culiacán banda incisa	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X		X			X		
13	Aguaruto inciso	Yebavit	80			X	X	X	X	X		X				X	
14	Culiacán arena	Yebavit	70			X	X	X	X	X		X			X		
15	Borde rojo	Los Mezcales	70			X	X	X	X	X		X			X		

Tabla 9. Resultados de análisis petrográfico de la cerámica de Culiacán. Elementos de la matriz de arcilla. Elaboró: CIVA

La zona del río Tamazula

En lo tocante en las márgenes del río Tamazula, el ambiente es similar a las terrazas de los dos ríos descritos, tanto en el clima como en el tipo de suelos y flora, la diferencia radica en el agua de lluvia, en esta zona se perciben 1526 milímetros anuales, resultado de la suma de los 676 milímetros de precipitación local más los 853 milímetros de agua registrados en Sanalona, en la parte alta del río Tamazula. De esta forma, la zona es bastante fértil y pudo ser aprovechada en el pasado.

Al momento se tiene conocimiento de dos sitios: El Barrio y La Campiña. El primero se registró como un conjunto de concentraciones de materiales (Kelly, 1945: 178), sin embargo, es altamente probable que haya desaparecido, pues el área donde se ubica está totalmente urbanizada. En cuanto a La Campiña, se trata de un asentamiento mixto, con base en las excavaciones de Cabrero (1987) y Talavera (1987), se observaron restos del piso de una casa que fue fracturado para depositar inhumaciones, tanto directas como en urna.

La zona de los tres ríos

Por último, en la confluencia de los tres ríos solamente se ha reportado un sitio, en la actual Plazuela Rosales del centro de la ciudad de Culiacán. De acuerdo con el reporte de Carballal et al. (1994), al igual que en el caso de La Campiña, el asentamiento es mixto pues el hallazgo consistió en arquitectura de tierra asociada a inhumaciones que fueron depositadas bajo el piso.

5.2 *Zoom* al mundo de la vida en la llanura: la experiencia del paisaje en Yebavito

A fin de ejemplificar el mundo de la vida de la llanura aluvial, en este apartado describiré las características del sitio Yebavito, a través de ellas se realizará el análisis del lugar, los senderos y el horizonte.

Yebavito se localiza la margen sur del río Culiacán, sobre la plataforma aluvial que une a las comunidades de Yebavito, La Sinaloa, La Campiña y La Cofradía, en el área conurbada de la ciudad de Culiacán. En un área de 60 hectáreas se aprecian concentraciones de lítica, cerámica, concha y urnas funerarias, prácticamente de manera ininterrumpida. Debido a su extensión y a la alta densidad de materiales arqueológicos, este asentamiento fue explorado desde el principio del siglo XX y hace poco se retomó su investigación. Hacia 1930 Sauer y Brand (1998) interpretaron el área como una de las zonas más pobladas del valle, posteriormente Isabel Kelly (1945: 170) recorrió la región y, al notar series de montículos la dividió en cuatro sitios: Yebavito río arriba, Yebavito río abajo, Sinaloa y La Cofradía de Navolato, en los cuales muestreó fragmentos de artefactos.

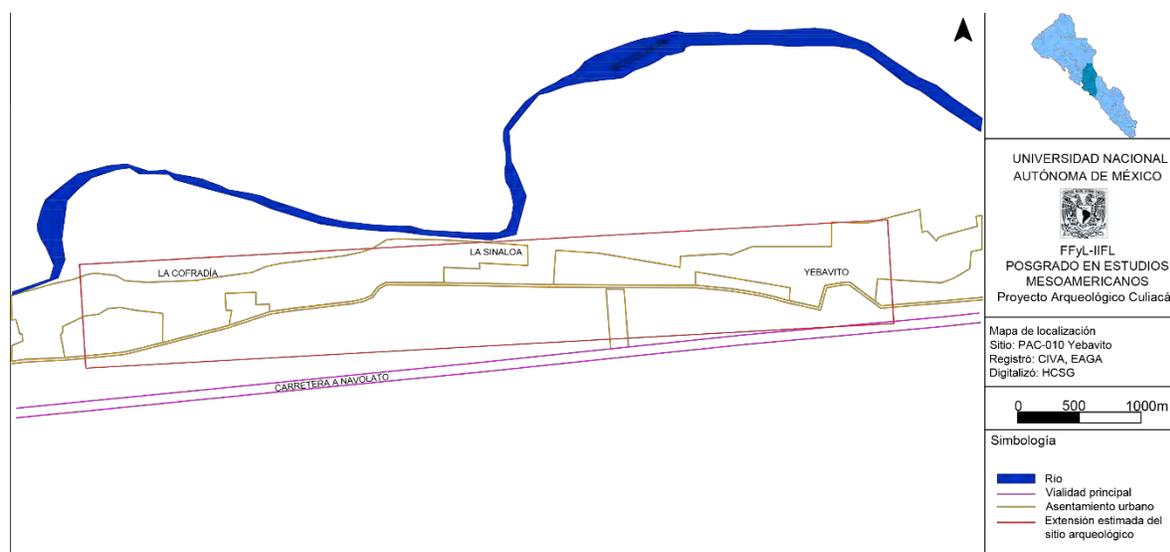


Figura 58. Croquis de ubicación del sitio Yebavito

Las últimas exploraciones en Yebavito se realizaron entre 2014 y 2017, en el marco del Proyecto Arqueológico Gasoducto El Oro-Mazatlán (PASGOM) y el

Proyecto Arqueológico Culiacán (PAC). Durante la primera temporada del PASGOM se delimitó el sitio y, a diferencia de lo descrito por Kelly, no se observaron montículos, en cambio, se apreció la incidencia continua de materiales arqueológicos entre los cuatro pueblos, de manera que no era posible definir donde comenzaba o terminaba un asentamiento, ante tal evidencia, se determinó una extensión de 60 hectáreas para las concentraciones de artefactos (Grave et al., 2015). En la segunda temporada del PASGOM se realizaron excavaciones en el sitio, pues la construcción del gasoducto lo afectaría en su sección meridional.

Finalmente, el acercamiento más reciente de Yebavito, a través del PAC, tuvo el objetivo de identificar la estratigrafía aluvial y observar cambios en el curso del río Culiacán. No obstante, la crecida del agua no permitió realizar observaciones sistemáticas. Aprovechando la visita del sitio se recolectaron algunos materiales y se tuvo la oportunidad de platicar con los pobladores de la región. Mediante estas últimas exploraciones, de los dos proyectos, es que intentaré realizar un acercamiento a la percepción y concepción del paisaje en el pasado.

En el marco del PASGOM se excavaron 11 unidades intensivas: una de ellas en el desplante norte de la terraza aluvial, tres sobre la terraza y al oeste de las casas contemporáneas, dos en la ladera sur, cuatro en el campo de cultivo y la última en el límite sur del sitio, se identificaron dos estratigrafías: una asociada a la parte alta –la plataforma aluvial- y otra vinculada al actual campo de cultivo. La cima de la plataforma aluvial es el área que contó con evidencia arqueológica a mayor profundidad, aunque hasta aproximadamente 1.5 metros el terreno está alterado por la actividad humana reciente (Grave et al., 2016a).

Por el momento se descarta el uso de arquitectura de mampostería en el sitio debido a que no se encontraron restos de colapsos de muros ni algún alineamiento de rocas careadas en las calas implementadas, en cambio, se registró un total de 26.525 kilogramos de fragmentos de tierra quemada con improntas de morillos y huellas de manos y dedos; además de rocas pequeñas con tierra batida que apuntan a una arquitectura de bajareque.



Figura 59. Restos de bajareque recuperado en Yebavito. Foto: PASGOM

Por otra parte, los materiales arqueológicos fueron más densos en el área de cultivo que en la cima de la terraza, pues, de acuerdo con los pobladores de Yebavito, durante la temporada de lluvias todo el predio, a excepción de la plataforma aluvial, se inunda y transporta tanto sedimento como basura (antigua y contemporánea) a las zonas bajas (Grave et al., 2016b). Este dato puede ser indicio de que, al igual que ahora, en la antigüedad la zona habitada era justamente la terraza aluvial y las tierras bajas eran ideales para la agricultura. Incluso podemos pensar que la presencia de agua durante un periodo específico y el intenso calor a lo largo del año hacía poco factible la construcción con materiales no perecederos, debido a que las casas se volvían vulnerables en la estación de lluvias y necesitaban estar frescas en el verano.

A partir del estudio de los restos arqueológicos se observó que el material más abundante es la cerámica. En total se registraron 6893 fragmentos de vasijas, 1297 son decorados y el resto monocromos o utilitarios. Con base en la propuesta tipológica de Kelly (1945), se identificaron dos complejos cerámicos en el material

decorado: el Aztatlán y el Culiacán, del primero se observaron 49 tepalcates y del segundo 907 (Grave et al., 2016b). En cuanto a la cerámica monocroma, se reportaron 3268 tiestos lisos con engobe café, rojo o negro, en varias ocasiones se apreciaron restos de tierra batida, resultado de que la cerámica pudo usarse como parte del material constructivo (Grave et al., 2016b). Resta mencionar que es necesaria una re-evaluación de la cerámica monocroma, debido a que, gracias a un reciente acercamiento a los materiales del norte de Sinaloa y sur de Sonora, se vio la posibilidad de que varios fragmentos pueden pertenecer a las clasificaciones de Huatabampo y la tradición serrana.



Figura 60. Cerámica del complejo Aztatlán registrada en las excavaciones de Yebavito. Fotos: PASGOM



Figura 61. Cerámica del Complejo Culiacán localizada durante las excavaciones de Yebavito. Fotos: PASGOM

Además de las vasijas, se recuperaron artefactos de barro como Pipas punzonadas, pipas de los tres periodos del Complejo Culiacán, un par de Pipas sin clasificar y un disco de barro. También se hallaron objetos líticos tallados y pulidos, los primeros principalmente son desechos de talla y lascas utilizadas de manera expedita, elaborados en obsidiana verde y gris, aunque también hay un par de herramientas nodulares. En el caso de la lítica pulida se trata de manos de metate, de mortero, pulidores de cerámica y percutores. Las materias primas más usadas son riolita y basalto (Grave et al., 2016b).

El uso de pipas nos habla del posible consumo de tabaco cultivado o macuche que crece en la región, mientras los objetos de molienda dan cuenta del procesamiento de alimentos. Por su parte, la incidencia de obsidiana remite a dos posibles escenarios: o bien los antiguos pobladores de Yebavito tenían conocimiento de los yacimientos ubicados en la Sierra Madre Occidental y extraían la materia y elaboraban los objetos, o se relacionaban con gente que les brindaba el material bruto o los objetos terminados. Sin duda el estudio del origen de la obsidiana es necesario para poder aclarar o desechar estas hipótesis De cualquier

manera, la obtención de este recurso da cuenta del conocimiento del paisaje circundante, ya fuera para la extracción de la materia o para desplazarse a otros lugares por ella.



Figura 62. Ejemplos de los fragmentos de pipas de barro encontradas en Yebavito. Fotos: PASGOM



Figura 63. Desechos de talla de obsidiana registrados en Yebavito. Foto: PASGOM

Finalmente, en relación con los materiales orgánicos, se hallaron desechos malacológicos sin trabajar, seguramente producto de la extracción, traslado y consumo de moluscos. Entre los ejemplares identificados se encuentran las

especies *Ostrea corteziensis*, *Anadara grandis*, *Chione californiensis* y *Tivela byronensis*, siendo las dos primeras las más recurrentes, aunque también se reportaron gasterópodos y almejas sin clasificar (Grave et al., 2016b). Como elemento particular, un fragmento de ostión contó con evidencia de exposición al fuego, tal vez producto de la preparación de alimentos. Además, se localizaron escasos restos óseos de origen animal, sin embargo, todavía falta realizar la identificación de las especies.

Por último, a fin de recuperar macro restos botánicos para la identificación de especies vegetales aprovechadas en Yebavito, realicé trabajos de flotación de las muestras colectadas durante las labores de excavación del PASGOM. Después de la examinación de trece muestras procedentes de las unidades 3, 5 y 9, se encontraron pequeños fragmentos de carbón vegetal y micro huesos de fauna, posiblemente de roedores, en todas las muestras. En algunas muestras se hallaron micro lascas de obsidiana y mica, así como epidermis de vegetales. En total se registraron seis semillas, dos se clasificaron como parte del género *Chenopodium* sp., perteneciente a los quelites, una es especie *Trianthema portulacastrum* o verdolaga, y el resto no se identificaron. El primer *Chenopodium* sp. proviene del estrato 5 de la unidad 3, a una profundidad de 1.5 m, en la parte inundable del terreno excavado. Por su parte, la semilla de *Trianthema portulacastrum* procede del estrato 6 de la Unidad 9, ubicada en la zona central de la terraza aluvial a una profundidad de 2m. Finalmente, el segundo *Chenopodium* sp se recuperó en el estrato 2 de la Unidad 5, la cual también se halló en el actual terreno agrícola a 0.6m de profundidad.



Figura 64. Restos de conchas de río. Muestra 170056 del Laboratorio de Paleotnobotánica del IIA. Unidad 3, estrato 4, Yebavito. Foto: CIVA

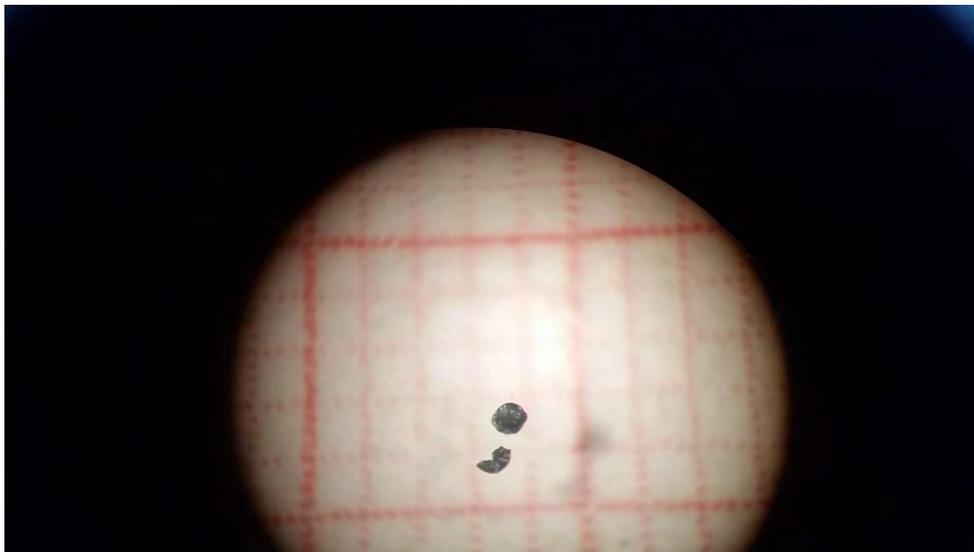


Figura 65. Semilla carbonizada de Chenopodium sp. Muestra 170057 del Laboratorio de Paleotnobotánica del IIA. Unidad 3, estrato 5, Yebavito. Foto: CIVA

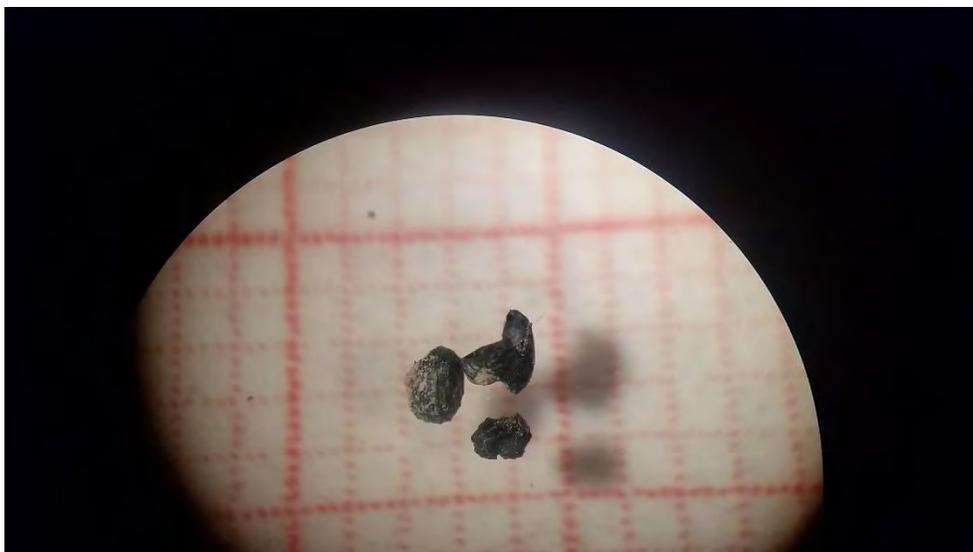


Figura 66. Semilla carbonizada de *Trianthena portulacastrum*. Muestra 170061 del Laboratorio de Paleobotánica del IIA. Unidad 9, estrato 6, Yebavito. Foto: CIVA

5.3 Interpretaciones sobre el mundo de la vida de la llanura aluvial

A partir de los datos procedentes de la excavación de Yebavito, así como los registrados en las márgenes del río Culiacán, se pueden intentar lograr algunas interpretaciones sobre la manera en que los antiguos pobladores de la llanura aluvial experimentaron su paisaje. En primer lugar, si analizamos a Yebavito como un lugar, la evidencia arqueológica apunta a que el sitio era tanto habitacional, como agrícola, además funcionaba como área donde se depositaban a las inhumaciones en urna. La gente vivía sobre la terraza aluvial y ahí construía sus casas de tierra batida, tal vez los árboles aprovechados para ese efecto fueron los del bosque de galera, estos, a manera de morillos, se colocaban de manera vertical y entre ellos se colocaba la tierra batida junto con pastos y tepalcates que, a manera de inclusiones, ayudaban a la cohesión del barro.

En cuanto a la alimentación, hasta ahora tenemos la certidumbre que la gente consumía tanto productos agrícolas como marinos, particularmente maíz, calabaza, quelites y moluscos. Por otro lado, el terreno ubicado al sur de la plataforma aluvial, y que suele inundarse durante la temporada de lluvia, era el campo de cultivo, pues ahí se encontraron semillas de quelite, lo cual justamente es indicio de tierras

alteradas por el ser humano. De igual manera, la incidencia de manos de metate y morteros nos hablan del procesamiento de alimentos. Otros recursos que pudieron aprovecharse fueron los que proveía el río Culiacán, ya fueran peces o los animales de caza que se acercaban a beber de él, como venados, conejos, jabalíes, entre otros. Otra posibilidad podría ser que, en el pasado, al igual que hoy, se pescaran cauques y peces en los terrenos de cultivo inundados por el desbordamiento del río en el periodo de lluvia.

Además de un lugar de habitación, asociado a actividades de subsistencia, Yebavito también pudo asociarse a rituales, de hecho, artefactos como pipas, cerámicas decoradas e inhumaciones secundarias dan cuenta de ello. Acerca de las primeras, podemos interpretar que pudieron usarse durante rituales de iniciación y curación como lo hacen los tepehuanes en la actualidad (Sánchez Olmedo, 1980). En cuanto a las vasijas, de acuerdo con Gómez (2018) la decoración de los vasos con diseños antropomorfos, como el fragmento recuperado en las excavaciones, tiene que ver con la representación iconográfica del sacrificio de seres humanos.

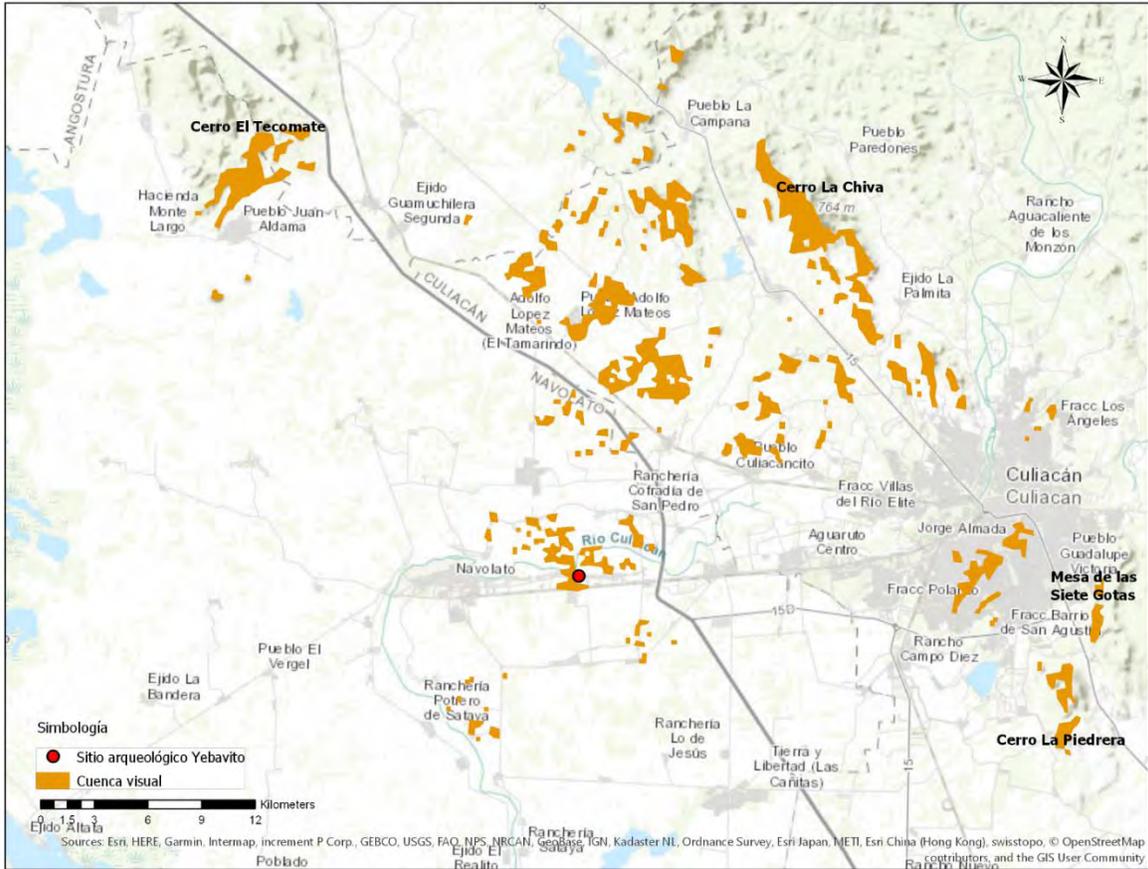
Los enterramientos en urna tienen varias implicaciones significativas, en primera la especialización en el tratamiento mortuario pues el manejo de los restos óseos, el depósito en las urnas y la elaboración de las ollas de barro seguramente no era realizado por cualquier persona y requería un trabajo que involucraba a más de un individuo. En segunda, la selección del espacio dedicado a la colocación de las segundas exequias, que podía ser debajo de las casas o en espacio exclusivo, y, por último, la memoria y significado que se atribuía a los huesos. Hasta ahora, considero que estos enterramientos pudieron funcionar como especie de ofrendas que propiciaban la continuidad del ciclo agrícola y ritual anual (Gómez & Vidal, 2014b).

Por lo que respecta a los senderos, la incidencia de materiales foráneos como las conchas marinas y la obsidiana dan cuenta del conocimiento que se tenía del espacio y el movimiento que pudo desarrollarse en él, por tierra y por agua. De acuerdo con información contemporánea, el río Culiacán es navegable a partir de Yebavito y hasta la costa casi todo el año, menos en la época de sequía. Si llevamos

este elemento al pasado y pensamos en un río más caudaloso, sin presas, es factible la navegación a lo largo del año. En cuanto a los caminos tierra adentro, seguramente estos tenían que ver con las actividades cotidianas como la caza o bien, con reuniones o hasta peregrinaciones religiosas que podían celebrarse con otros grupos en la sierra, si seguimos la propuesta de Vidal y Gómez (2017). Abundaré sobre el punto de los caminos en el siguiente capítulo a partir de información etnohistórica y etnográfica.

Por último, al momento no hay datos arqueológicos concretos que nos hablen sobre la observación y concepción del horizonte en el pasado. No obstante, el análisis de visibilidad del sitio apunta a que son cuatro los puntos más importantes en el horizonte: el Cerro del Tecomate, el Cerro La Chiva, la Mesa de las Siete Gotas y El Cerro La Piedrera, lo cual los potencia como posibles marcadores del paisaje en el pasado. Por otra parte, el ejercicio de un posible calendario de horizonte refuerza a dos de los puntos mencionados: La Piedrera, que se asocia con la salida del sol durante el solsticio de invierno, cuando da inicio la temporada de secas, y la Mesa de las Siete Gotas en los equinoccios, además, presenta al cerro La Guásima como vinculado a la salida del sol en el verano, marcando el comienzo de la temporada de lluvias.

Aunado a estos ejemplos, la agricultura estacional contemporánea puede darnos idea sobre la concepción y percepción del horizonte. En primera tenemos que la observación del sol en el día a día y su relación con el ciclo de lluvias anual pudo ser trascendental para determinar las actividades sociales anuales como el momento especial para sembrar y cosechar, o determinar la temporada en que era propicio cazar venados, conejos, o embarcarse hacia el mar. De igual manera, la observación de la posición del sol y la luna pudo ayudar a los pobladores de la llanura aluvial a establecer el tiempo para realizar sus actividades cotidianas y rituales. En suma, a partir de los datos arqueológicos y ejercicios modernos se puede observar que en el pasado seguramente existió una relación inseparable entre los habitantes de los márgenes del río Culiacán y su medio, que marcó la manera de vivir en esta zona, y formó un mundo de la vida



Mapa 16. Análisis de visibilidad de Yebavito

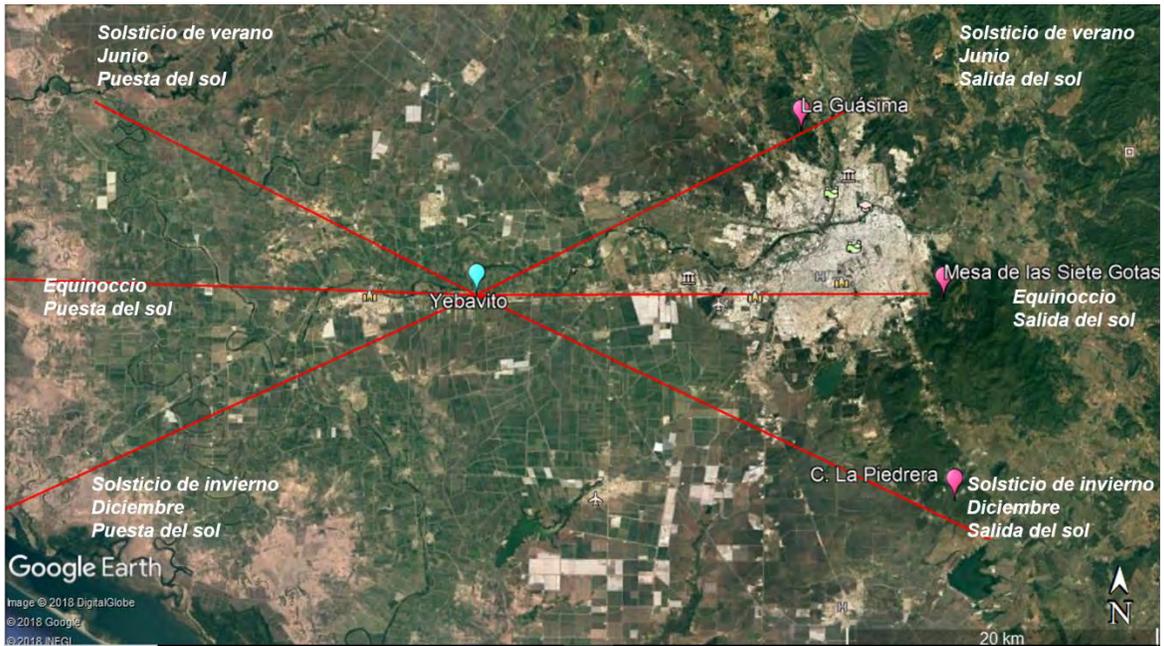


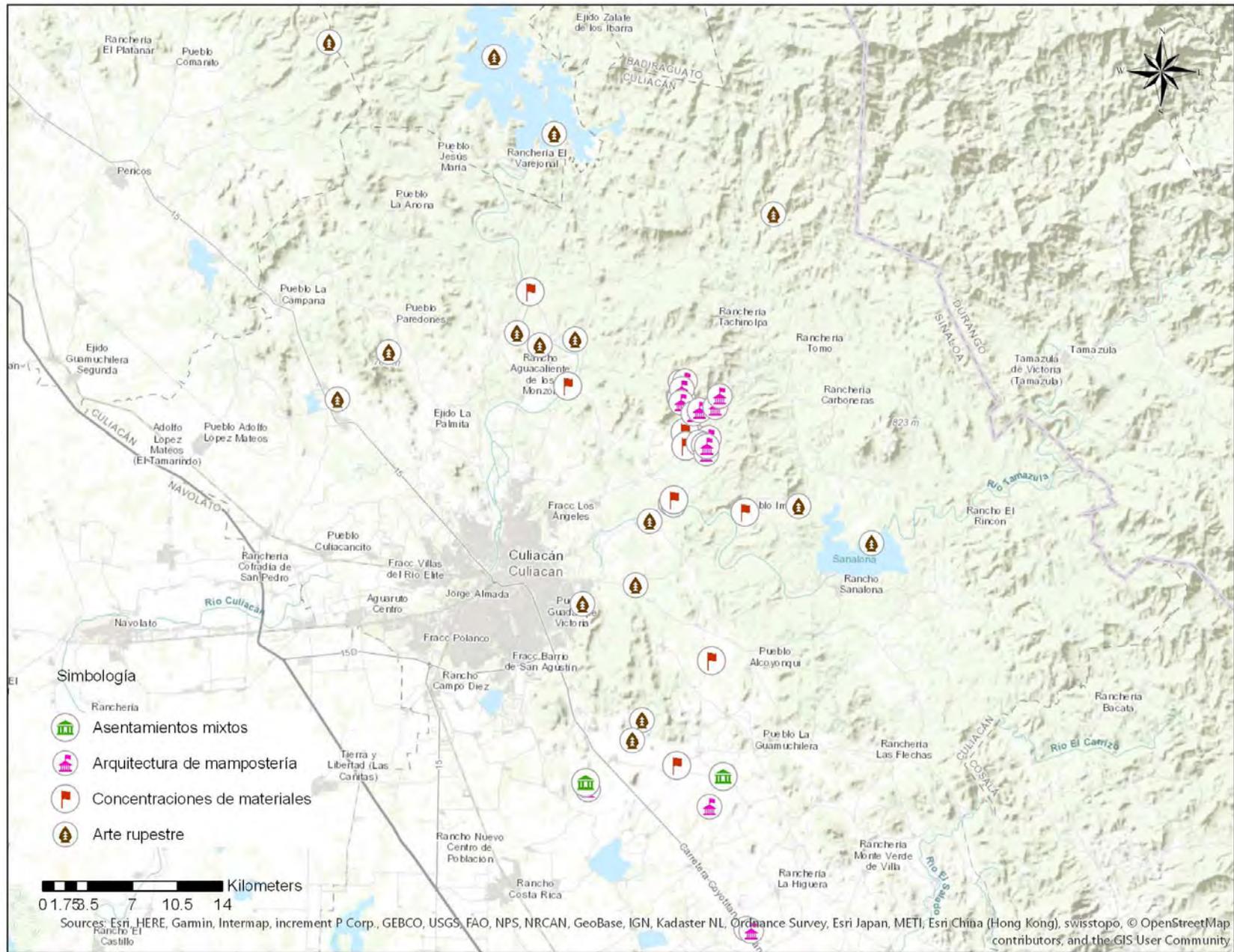
Figura 67. Posible calendario de horizonte del sitio Yebavito.

6. Los habitantes del pie de la Sierra Madre Occidental

La última subárea de análisis se conforma por 50 sitios arqueológicos dispuestos en el pie de la Sierra Madre Occidental, en un área de aproximadamente 1620 km² entre las cuencas de los ríos Humaya y Tamazula, desde su zona más baja, próxima a la ciudad de Culiacán, hasta su embalse en el Varejonal, situado a 32 kilómetros al norte de Culiacán a 140 metros de altura sobre el nivel del mar y en Sanalona, ubicado 24 kilómetros al oeste de la ciudad a 104 metros sobre el nivel del mar. Entre el total de asentamientos se aprecian 21 de arte rupestre, 10 concentraciones de materiales, 17 sitios con arquitectura de mampostería y 2 sitios mixtos.

La subcuenca del río Humaya se caracteriza, en términos ambientales, por recibir poca humedad y tener suelos menos fértiles que en la llanura aluvial. No obstante, cuenta con las condiciones apropiadas para su subsistencia durante la mayor parte del año. Si el ambiente fue similar o incluso más favorable en el pasado, considerando que no existía la Presa López Mateos, la gente pudo desarrollar la agricultura sin problemas, pescar en el río y cazar en zonas con vegetación de galera y matorral espinoso. Los habitantes de la zona alta y la media del río posiblemente se beneficiaron de los bosques de *quercus* y pino-encino, con cacería, recolección, aunada a la agricultura de temporal.

Por su parte, el río Tamazula cuenta con suelos más fértiles que el Humaya y con mayor humedad. Con base en esta información, se puede plantear que en esta zona la gente pudo contar con una vida basada en la agricultura, pesca, recolección y cacería durante todo el año.



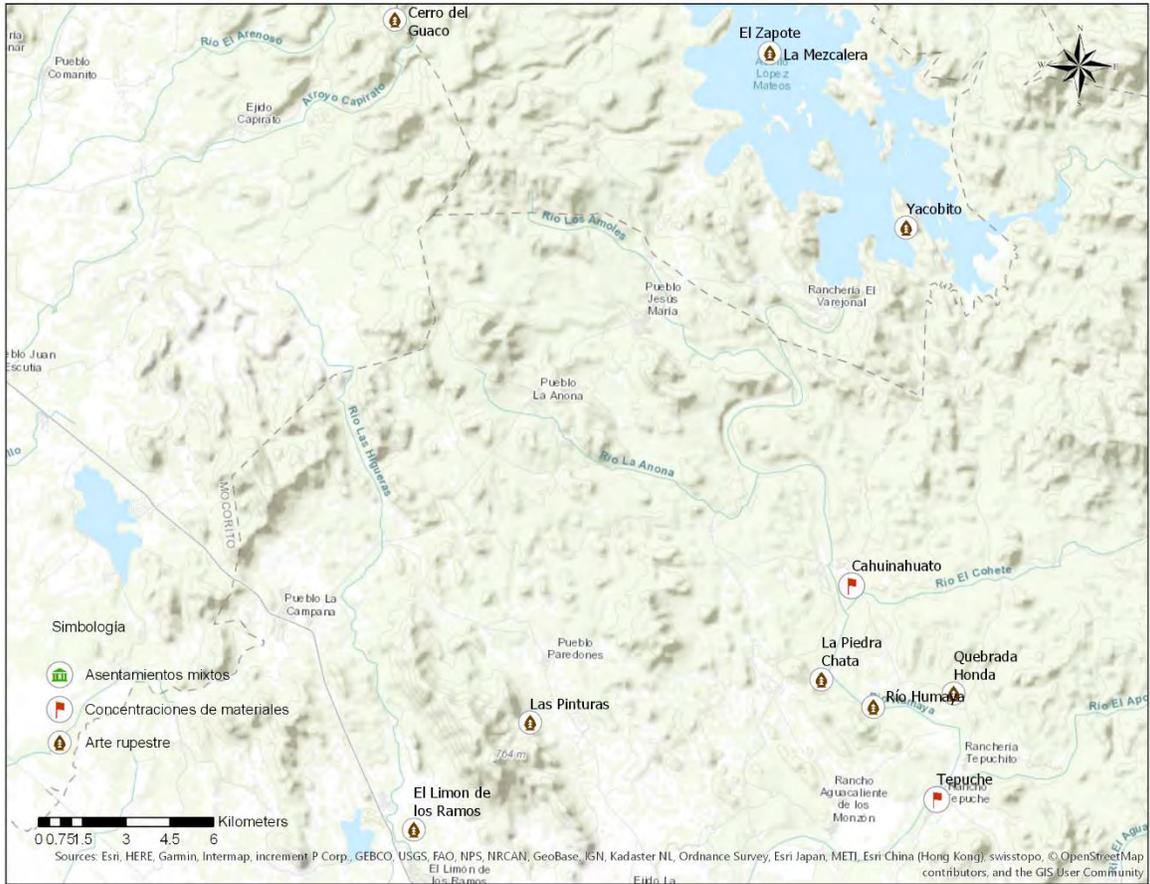
Mapa 17. Sitios del mundo de la vida serrana

6.1 Análisis de los datos arqueológicos

Para términos de la investigación y conjugando el análisis ambiental con el arqueológico, cuyos datos proceden de los estudios de Kelly (1945), Ortiz de Zárate (1976), Lizárraga (1980), Téllez (1997) y Vidal (n.d., 2017), la categoría de pie de sierra se analizar la zona serrana cuatro subáreas: sitios localizados en la zona de influencia del río Humaya, en el río Tamazula, los situados en el valle intermontano entre ambos ríos, y los asentamientos encontrados al sur del río Tamazula.

Cuenca del río Humaya

En el área de influencia del río Humaya hay dos tipos de sitios: petrograbados y concentraciones de materiales. En el alto Humaya se encuentran el Cerro del Guaco, La Mezcalera y Yacobito, todos son sitios de petrograbados, aunque dos están inundados por la presa López Mateos y solamente son visibles durante la estación seca. Sin embargo, habitantes de la comunidad El Varejonal nos mencionaron que en el pasado encontraron tiestos, artefactos tallados y pulidos en su localidad, incluso, una persona nos mostró un hacha recuperada cerca de su terreno. Como elemento particular, la mayoría de las evidencias rupestres presentan diseños en espiral. También en la zona serrana, pero al oeste del río Humaya se localiza el sitio Los Arados, sobre el lecho del arroyo del mismo nombre. Al momento es la manifestación rupestre reportada a mayor altitud en Culiacán.



Mapa 18. Sitios serranos dispuestos en la cuenca del río Humaya



Figura 68. Entorno del alto río Humaya, desde la cortina de la presa López Mateos. Foto: CIVA



Figura 69. Hacha recuperada por los habitantes de El Varejonal, en el alto río Humaya. Foto: CIVA



Figura 70. Petrograbados del Arroyo Los Arados. Foto: CIVA

En el área media se localizan siete sitios, cinco de ellos: Cahuinahuato, La Piedra Chata, Quebrada Honda, Río Humaya y Tepuche, están sobre la plataforma del río o arroyos tributarios, mientras Las Pinturas y El Limón de los Ramos de encuentran, respectivamente, en la cima y la ladera del Cerro la Chiva, un importante marcador del paisaje en el valle de Culiacán. De estos asentamientos, todos son petrograbados, menos Cahuinahuato y Tepuche, ambos consisten en concentraciones de materiales. De acuerdo con la cédula de registro de sitio elaborada por Bernardo Téllez, Cahuinahuato cuenta con acumulaciones de lítica y cerámica, y se encuentra parcialmente destruido por nivelaciones agrícolas. En cuanto a Tepuche, en el área central de la comunidad homónima se observan dos concentraciones de materiales de lítica y cerámica, tal parece que el sitio ha sido devastado por el crecimiento del pueblo (Vidal et al., 2017).



Figura 71. Cauce del río Humaya en Tepuche. Foto: CIVA

La cuenca del río Tamazula

Por lo que se refiere al río Tamazula, tres sitios son concentraciones de materiales, uno posee restos de arquitectura y el resto consisten en petrograbados. Sanalona y El Álamo de Olimpia son los únicos vestigios registrados en el alto Tamazula, el primero actualmente se encuentra bajo las aguas de la Presa Sanalona. De hecho Lizárraga (1980: 143), quien describe los grabados, menciona que en los años ochenta él supo de la existencia de estas manifestaciones por las fotografías que le mostró un profesor, pero tampoco las conoció de primera mano. En cuanto al Álamo de Olimpia, se trata de concentraciones de materiales que localizó Kelly en 1935. Acerca de esta área valga mencionar que, en la actualidad, los pescadores de la presa Sanalona mencionan que durante la temporada de secas, especialmente en el mes de marzo, se observa una pequeña isla en el centro de la presa y en ella se han localizado figurillas de cerámica y urnas funerarias (Vidal et al., 2017).



Mapa 19. Sitios serranos localizados en la cuenca del río Tamazula



Figura 72. Paisaje de la presa Sanalona en el alto río Tamazula. Foto: CIVA

En la parte media del río Tamazula se hallan los sitios, de oeste a este, Imala, Imala sur, La Higuera, Jotagua 1, Jotagua 2 y Las Piedras Pintadas. Imala, y Jotagua son concentraciones de materiales, Imala sur es un asentamiento con estructuras, mientras los demás cuentan con petroglifos. Personalmente visité los pueblos de Imala y Jotagua, en el primer caso, no logré encontrar el sitio Imala sur, descrito por Téllez como cinco estructuras de menos de 2 metros y concentraciones de lítica y cerámica. En cambio, en el límite este de la comunidad registramos un montículo donde se apreciaron restos de cerámica y lítica.



Figura 73. Restos de montículo con concentraciones de materiales en Imala. Foto: CIVA

En cuanto a Jotagua, la intención era re-visitarse los petrograbados y actualizar su registro, no obstante, el nivel del agua del río Tamazula impidió el acceso al área de grabados. Ante este problema implementamos reconocimiento de superficie en el área circundante y encontramos un sitio (Jotagua 2) integrado por

concentraciones de materiales dispuestas en al menos cinco lomas. Aparentemente, Jotagua 2 fue un asentamiento habitacional con campos de cultivo que se extendía en un área de 1 hectárea, pues cuenta con una ubicación ideal para practicar la agricultura y la pesca además de la navegación. Actualmente el sitio se encuentra sumamente alterado porque las lomas que alguna vez albergaron poblaciones prehispánicas, hoy están convertidas en caminos 4x4.



Figura 74. Cauce del río Tamazula en Jotagua. Foto: CIVA

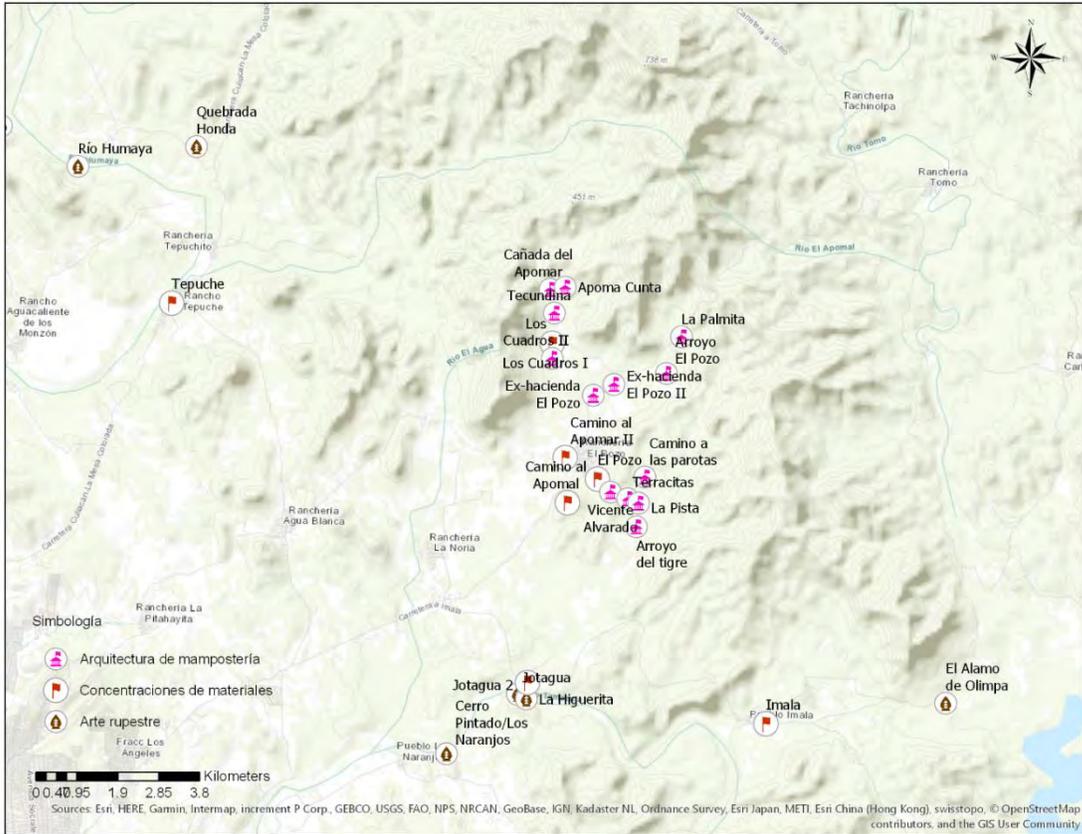


Figura 75. Concentración de materiales en el sitio Jotagua 2. Foto: CIVA

Por último, aún en el área de influencia del río Tamazula, pero hacia el sur de este, se encuentran dos sitios: Arroyito del Aguaje y Quebrada del Amapal, ambos son petrograbados. Según Lizárraga (1980: 151), el primero tiene diseños en espiral y, de acuerdo con Ortiz de Zárate (1976: 40), el segundo posee motivos antropomorfos y de posibles cánidos.

Valle entre los ríos Humaya y Tamazula

De acuerdo con los estudios de Téllez, en el valle intermontano ubicado entre los ríos Humaya y Tamazula hay diecisiete sitios arqueológicos: cuatro son concentraciones de materiales y los demás tienen restos de arquitectura de mampostería. Los últimos suelen consistir en estructuras integradas por alineamientos de menos de 2 metros de altura o afloramientos rocosos acondicionados para funcionar como estructuras. Además de los arranques de los muros, en la mayoría de los casos se apreciaron acumulaciones de materiales lítico y cerámico, sin embargo, no hay croquis o detalle sobre el tipo de artefactos localizados. Durante las dos temporadas del PAC, tuve la oportunidad de visitar la comunidad del Pozo, donde Téllez registró la mayoría de los asentamientos. Después de entrevistarme con varias personas, nadie dio razón sobre este tipo de asentamientos, solamente me mostraron algunos objetos cerámicos que se han hallado en los alrededores, así que por el momento no hay más datos sobre esta zona.



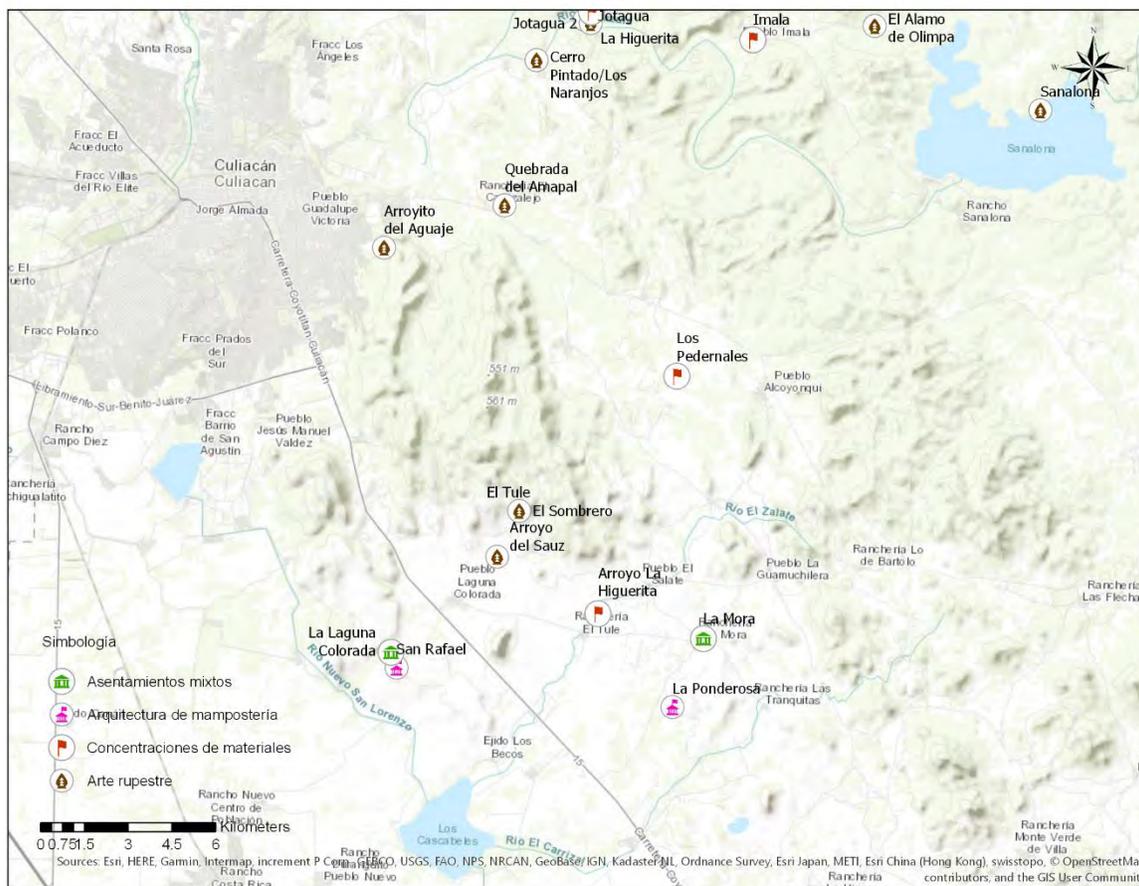
Mapa 20. Sitios registrados en el valle intermontano de los ríos Humaya y Tamazula



Figura 76. Pipas halladas en las inmediaciones de El Pozo. Foto: CIVA

Valle al sur del río Tamazula

Finalmente, en un pequeño valle intermontano, localizado al sur del río Tamazula se tiene el registro de once sitios: dos de ellos, Los Pedernales y Arroyo la Higuera, son concentraciones de materiales, Bebelama, La Ponderosa y San Rafael cuentan con restos de arquitectura de mampostería, El Tule, Pueblo Viejo, El Sombrero y Arroyo del Sauz tienen petrograbados y La Mora y La Laguna Colorada son asentamientos mixtos, el primero cuenta con un área de petrograbados, otra funeraria y una arquitectónica, mientras el segundo es funerario y además tiene rocas labradas. Adelante daré más detalles el sitio La Mora, el cual fue estudiado de primera mano en el marco del Proyecto Arqueológico Culiacán.



6.2 Interpretaciones generales sobre los asentamientos del pie de sierra

Con base en el análisis de los datos registrados al momento en el pie de la Sierra Madre Occidental podemos plantear algunas generalidades sobre los asentamientos, así como interpretaciones preliminares. No obstante, hay que considerar que esta subárea es la que menos se ha estudiado de forma sistemática y hace falta un gran camino para comprender las dinámicas de los asentamientos serranos descritos en esta investigación.

En primer lugar, tenemos que los sitios de esta subárea son diversos: se observa arte rupestre, arquitectura y algunas concentraciones de materiales, cuya ubicación particular tiene mucho que ver con el entorno. Aquí se localiza la mayor cantidad arte rupestre del valle de Culiacán, sobre todo en los lechos de los arroyos y en las zonas medias y altas de los ríos Humaya y Tamazula. A la luz de los datos actuales, es posible que los sitios de petrograbados fueran lugares rituales usados solamente durante ciertas épocas del año pues, en la mayoría de las ocasiones, se encuentran de forma aislada, sin más evidencia arqueológica asociada, o bien, se hallan retirados de las áreas habitaciones.

Por su parte, los sitios con arquitectura, tanto de bajareque como de mampostería, se encuentran principalmente en las zonas bajas de los ríos Humaya y Tamazula, también en el valle ubicado entre ambos ríos y el valle intermontano al sur del río Tamazula. Aparentemente, este tipo de asentamientos fueron de tipo habitacional y agrícola pues se hallan en zonas bastante fértiles y los materiales arqueológicos asociados dan cuenta de usos domésticos y de cacería.

Hay asentamientos mixtos como Jotagua y La Mora cuyos vestigios arquitectónicos se encuentran cercanos a zonas de petrograbados, lo cual, a mi parecer, da cuenta de la vida en una comunidad, señalan espacios particulares donde se llevaban a cabo actividades domésticas y otros donde se efectuaban rituales comunales. El estudio de este tipo de sitios nos puede ayudar a reconocer

el papel de los lugares, senderos y horizontes en el pie de la Sierra Madre Occidental.

Por último, si bien los tipos de sitios son diversos y difieren de los encontrados en las subáreas de la llanura aluvial y la costa, comparten la evidencia material. En otras palabras, aunque el patrón de asentamiento tiene sus propias características en el pie de la Sierra Madre Occidental, presenta los mismos tipos de cerámica decorada, la incidencia de obsidiana y la presencia de conchas de moluscos. A mi parecer, esta evidencia arqueológica nos habla de que en el pasado la gente se entendía, tenía una amplia movilidad y compartía una cosmología similar.

6.3 Zoom al mundo de la vida serrano de La Mora

La Mora se localiza 19 kilómetros al sur del río Culiacán, al centro de un pequeño valle en el pie de la Sierra Madre Occidental. El asentamiento se encuentra a una altitud de 108 msnm, tiene extensión aproximada de 3 hectáreas y subyace al poblado rural del mismo nombre. En relación al entorno inmediato, la vegetación consiste en matorral espinoso, se aprecian agaves, pitahayas (*Stenocereus* sp.), coconostle, palo fierro (*Olneya tesota*) y pochote (*Ceiba aesculifolia*). La fauna consiste en venado (*Odocoileus virginianus* sp), conejo (*Sylvilagus* sp.), liebre (*Lepus alleni*), víbora de cascabel (*Crotalus atrox*), Coyote (*Canis latrans*), armadillo (*Dasypus novemcinctus*), etcétera. El arroyo más cercano, llamado de La Mora, se localiza aproximadamente a 120 metros hacia el sur del sitio arqueológico. A pesar del avance de la modernidad, La Mora se encuentra en buen estado de conservación, ideal para la investigación, y actualmente hemos identificado tres Locus: un área con enterramientos (Locus 1), una zona de petrograbados (Locus 2) y un espacio con arquitectura (Locus 3).

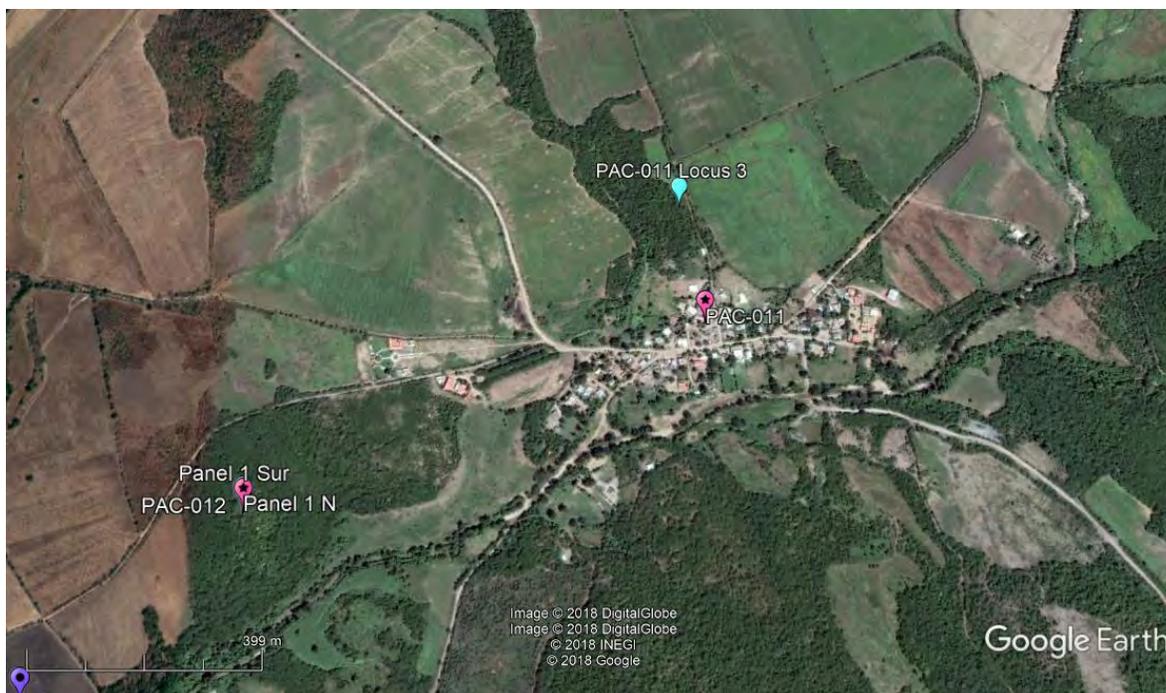


Figura 77. Localización del sitio La Mora.

El Locus 1 se encuentra en el área central del asentamiento moderno, se trata de enterramientos superpuestos, depositados de manera directa sobre el suelo y otros colocados al interior de urnas funerarias. De acuerdo con los informantes y nuestras observaciones, los individuos suelen estar acompañados por vasijas lisas, hachas, pipas, figurillas antropomorfas, sellos de troquel, malacates, núcleos de cuarzo, conchas y lascas de obsidiana. Al día de hoy, múltiples huesos humanos se encuentran expuestos y, de acuerdo con los pobladores, cada temporada de lluvias los restos y las urnas se hacen visibles en gran cantidad junto con sus artefactos asociados (Vidal et al., n.d.).



Figura 78. Comunidad La Mora. Foto: CIVA



Figura 79. Urna funeraria expuesta en superficie, sitio La Mora. Foto: CIVA



Figura 80. Malacates recuperados por los habitantes del sitio La Mora. Foto: CIVA

A fin de confirmar o modificar la hipótesis sobre el uso funerario del espacio, pues tal vez podría tratarse de un montículo funerario, se realizó un estudio geofísico del Locus 1 mediante la técnica geoelectrica para tratar de encontrar restos de arquitectura: muros, rocas alineadas, derrumbes y escombros, apisonados, caminos o cistas mortuorias. Se trazaron tres retículas alrededor de una casa-habitación, en un patio frontal (al sur de la construcción) y un patio trasero (al norte de la construcción). La retícula ubicada al sur contó con un área aproximada de 14 por 25 metros, y la ubicada al norte fue de 9 por 18 metros. El mapa geoelectrico de la distribución espacial de los valores de resistividad a una profundidad entre 0.5 – 1 metro de profundidad se muestra en la siguiente imagen.

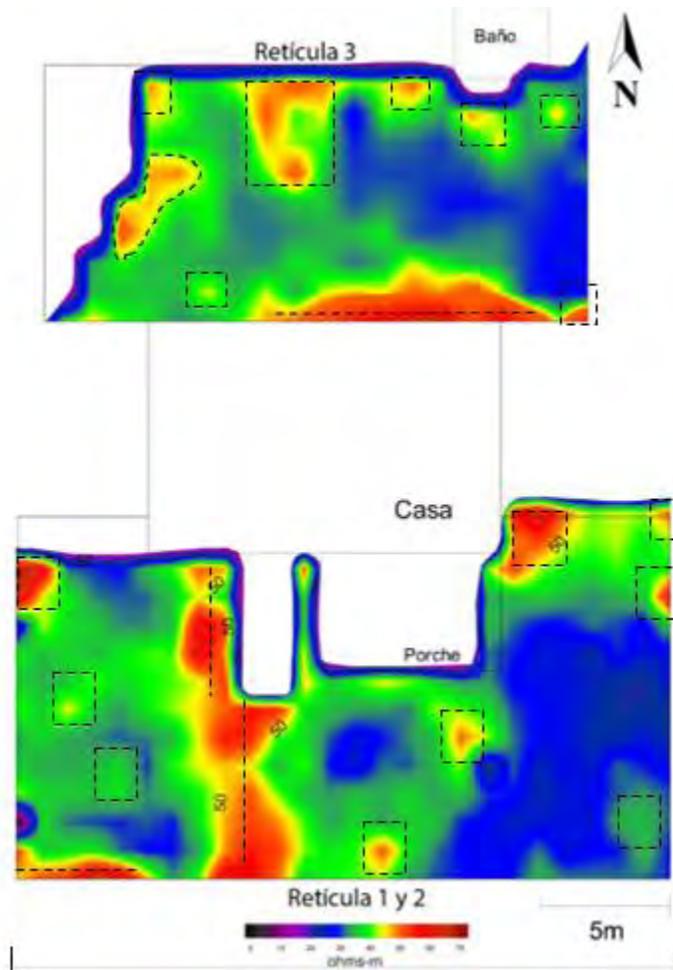


Figura 81. Mapa geoelectrico del Locus 1, sitio La Mora. Elaboró: Jorge Blancas IIA

En el patio sur se registraron anomalías de resistividad contrastante, las de alta resistividad son representadas en color rojo, las de media resistividad en verde y las de baja resistividad en azul, de acuerdo a la tabla de pseudocolor que se muestra en la parte baja del mapa. En la parte oeste se observan alineamientos norte-sur de alta resistividad en color rojo, las cuales pueden corresponder con muros gruesos, amontonamientos de piedras alineadas para limitar un espacio o conjuntos de cistas alineadas a lo largo del patio. Además de estas anomalías lineales, hay otras más pequeñas y, representadas en color verde-amarillo y amarillo-rojo, de media y alta resistividades respectivamente, y distribuidas en distintas zonas del terreno, principalmente en la parte central y al este del terreno. Es probable que estas anomalías correspondan con acumulaciones de cerámica y

restos óseos localizados dentro de una acumulación de tierra que cubre a los entierros y los artefactos (Blancas et al., n.d.).

En suma, a partir del primer acercamiento con prospección geofísica, al momento podemos inferir que este locus es un área funeraria donde probablemente se puedan localizar, restos de muros que pudieron ser habitaciones y/o partes de estructuras funerarias como cistas. No obstante, aún hace falta la implementación de otras técnicas geofísicas para refinar estos resultados, además de excavaciones que serán la fuente de primera mano para corroborar o desechar las hipótesis.

El Locus 2, conocido localmente como Loma del Rey, se halla un kilómetro al suroeste del montículo funerario y consiste en 14 paneles dispuestos sobre una peña de 5m de alto entre los cuales no se hallaron otros vestigios arqueológicos. El panel principal está orientado al poniente, cuenta con un azimut de 270°, y se conforma por, al menos, 12 motivos esquemáticos, entre los cuales se observa, de izquierda a derecha, una posible escalera con 52 escalones y sobre ella un sol, espirales, círculos concéntricos, una especie de lagarto y múltiples figuras antropomorfas. En el extremo derecho se aprecia el perfil labrado del rostro de un ser humano, de hecho, debido a este se le asignó a la loma su peculiar nombre. Alrededor del principal se distribuyen el resto de los paneles, igualmente orientados hacia el poniente. Al este del panel principal se encuentran al menos otros cinco afloramientos con grabados, los diseños suelen ser soles, espirales, y antropomorfos, al sur se aprecian rectángulos rellenos con motivos de “equis” o cruces de San Andrés, conocidos localmente como pitarriyas, pues remiten a las figuras empleadas en este juego, al poniente espirales concéntricas y antropomorfos, además de rectángulos. Finalmente, al norte se observan diseños antropomorfos y otros geométricos.

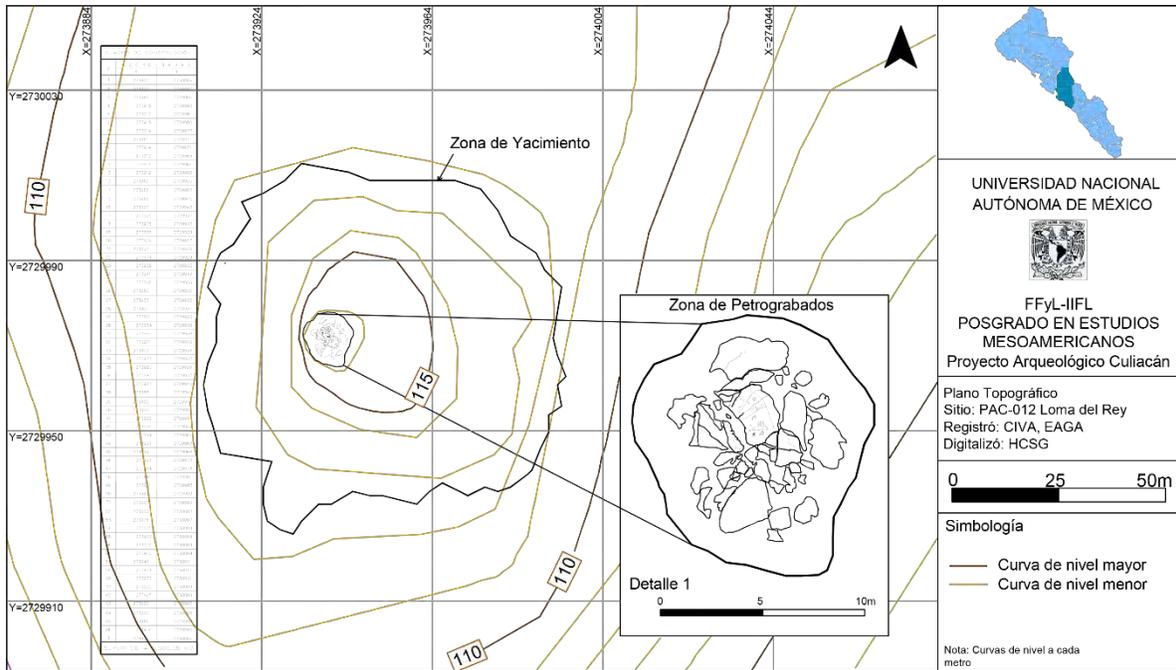


Figura 82. Levantamiento topográfico de la Loma del Rey, Locus 2 del sitio La Mora. Elaboró: HCSG



Figura 83. El Locus 2 o Loma del Rey, acceso al área de grabados. Foto: CIVA



Figura 84. Panel principal. Locus 2, Loma del Rey. Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 85. Registro fotogramétrico del área principal de petrograbados, sitio La Mora. Elaboró: EAGA



Figura 86. Detalle de perfil antropomorfo labrado, panel principal. Locus 2, Loma del Rey. Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 87. Panel 2. Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 88. Panel 3. Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 89. Motivo de cuadrete o pitarrilla. Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 90. Espirales, Loma del Rey, Sitio La Mora: Foto: CIVA



Figura 91. Motivo antropomorfo. Locus 2, La Loma del Rey, Sitio La Mora: Foto: CIVA

Finalmente, el Locus 3 se encuentra al norte de la comunidad rural, consiste en un conjunto arquitectónico integrado por una plataforma rectangular, que corre de norte a sur, sobre la cual desplantan alineamientos de piedras, restos de posibles habitaciones, y tres petrograbados. La plataforma se encuentra adosada a un patio, probablemente hundido, situado al este de la misma. Como materiales asociados solamente se encontró un fragmento de metate. Al parecer esta porción del sitio se encuentra en excelente estado de conservación y es la sección que menos se ha estudiado, en un futuro cercano valdría la pena practicar excavaciones aquí.



Figura 92. Petrograbado en el Locus 3 de La Mora. Foto: CIVA

6.3.1 Primeras interpretaciones sobre el mundo de la vida en La Mora

Desde mi punto de vista, La Mora es un sitio donde, a diferencia de otros, la evidencia arqueológica brinda indicios sobre el aspecto ritual practicado en el pasado, muestra la posibilidad de que en el pasado se atribuía a los seres no-humanos y la importancia que adquirían dentro del mundo de la vida de los pobladores de Culiacán.

Hasta el momento, el trabajo arqueológico en La Mora ha sido un primer esfuerzo por registrar las características formales del sitio y establecer una buena relación con la comunidad. Se han practicado análisis de visibilidad en el horizonte, y también se ha entrevistado a la población sobre los cambios estacionales y su forma de vida. Al momento presento una primera aproximación, con base en el registro arqueológico y una primera interpretación que resulta de la consulta de fuentes históricas y etnográficas.

En tanto lugar, el La Mora destaca por su Locus 1, se trata de un espacio que posiblemente haya sido exclusivo para la inhumación colectiva y recurrente de seres humanos, o bien un área habitacional en cuyos cimientos se depositaron las inhumaciones de los antepasados.

En relación con los petrograbados, aunque por ahora solo nos concentremos en el panel principal, se pueden realizar interpretaciones que tienen que ver con la representación del paisaje ritual, el camino del sol, la presencia de los dioses como oráculos y medios para ayudar al crecimiento de los cultivos. En el primer caso me refiero a la representación de una cara antropomorfa de perfil, dispuesta en la cima de la loma, la que, junto con el resto del panel, simula a un humano colocado boca arriba. Esta posición recuerda a cerros que figuran seres humanos en la actualidad como el Cerro del Muerto, ubicado en el sur de Sinaloa, cerca de Chametla, el cual aparenta a un hombre recostado de manera supina. Cabe destacar que dicha topoforma forma parte de la geografía ritual de los tepehuanes del sur, se asocia con la llegada de las almas al Chamet, el cual es considerado como el mundo de los muertos en el ideario del Gran Nayar (Andrés Oseguera, Pacheco, Saucedo, &

Reyes, 2015; Rangel, 2008), como veremos en el siguiente capítulo. Igualmente, ese promontorio es un referente espacial para los habitantes mestizos de las Marismas Nacionales, quienes atribuyen personalidad humana al monte.

En resumen, mi propuesta alrededor de la representación humana en la Loma del Rey es que probablemente se dotó de agentividad a la cima de la peña mediante su modificación y el labrado de una cabeza humana, donde se manifiesta la extrapolación de “alma” humana a una roca. Posiblemente la loma era un lugar sagrado que no era usado todos los días, sino en momentos específicos, y que formaba parte de un paisaje ritual de esta zona del valle de Culiacán.

Por otro lado, la representación de una escalera y la incidencia de un sol en su cima remite a los *imumui* empleados en el Gran Nayar desde los albores del contacto español. De manera general, los *imumui* son representaciones de pirámides escalonadas que se encuentran en los templos de los dioses, particularmente del dios sol y “[...] simbolizan el ascenso y descenso del sol en el cielo” (Preuss, 1998d: 196), escenifican el día y la noche, y el tránsito solar de oriente a poniente. Como veremos en el siguiente capítulo, una representación gráfica de las escaleras del sol se encuentra en la estampa que acompaña el informe del P. Arias y Saavedra del siglo XVII y es bastante similar al grabado que se encuentra en La Loma del Rey.

Retomando esta información, es factible que la presencia de la escalera y el sol en la Loma del Rey puede ser indicio de la importancia que el tránsito solar representaba para los habitantes de la Mora, tanto para la vida diaria como para la continuidad del orden del cosmos. Por otra parte, puede significar un elemento que nos permite hablar de conceptos ideológicos de larga duración en la región de estudio.

Finalmente, la reiteración de motivos antropomorfos y otros que recuerdan a plantas pueden referirse a la ayuda que los dioses ofrecían para el crecimiento de los cultivos, la salud y la caza, además que actuaban como oráculos. La base para esta hipótesis se encuentra la obra del historiador jesuita Andrés Pérez de Ribas,

en las cartas anuas escritas por otros religiosos de la misma orden y en el trabajo del etnohistoriador Ralph Beals sobre la población cahita de Sinaloa.

En primera instancia, las fuentes mencionan que al momento de la conquista los cahitas todavía elaboraban arte rupestre. Según Beals, se realizaban pinturas en rocas donde los motivos más recurrentes eran representaciones humanas, de milpas, serpientes, aves y otros animales, además de diseños circulares (R. Beals, 1934: 65), estas se empleaban como medios para el cuidado de los cultivos, para dar suerte en la guerra y como elementos que permitían la continuación del ciclo solar. También se representan dioses creadores de los hombres como Viriseba y Vairubi, a ellos se pedía que cuidaran sus campos de cultivo de animales como las serpientes y sapos (Pérez de Ribas, 1992). En otras ocasiones, debajo de una ramada, se pintaba

[...] un río, leones, tigres, serpientes y animales ponzoñosos, y en lugar de las dos figuras de Viriseba y Vairubi, ya las tenía pintadas algo diferentes, una de hombre, otra de mujer, otra de un niño. Preguntándoles que significado aquello, respondieron que la una figura era de Dios, la otra de su madre y la del niño de JesuCristo, su hijo, a quien le pedían les guardasen de aquellos animales fieros y de las inundaciones de los ríos a sus sementeras (Pérez de Ribas, 1992)

Por otro lado, de acuerdo con las memorias de los jesuitas, los dioses eran representaciones humanas hechas de piedra y madera, los cuales se escondían en los bosques para que no fueran destruidos por los religiosos.

Con base en la información expuesta, hasta ahora mi propuesta es que el sitio La Mora pudo ser un lugar sagrado donde coexistían los antepasados, la geografía ritual, dioses y los habitantes de Culiacán. Me parece que en este lugar probablemente se llevaron a cabo rituales, con fundamento en historias míticas, los cuales posiblemente tenían por objetivo beneficiar a la población en términos de fertilidad, buenas cosechas, triunfos en las guerras, salud y colaboraban para mantener el orden cósmico. No obstante, es posible que tanto el montículo funerario como la loma con arte rupestre fueron áreas al que no toda la gente tenía acceso, pues estos espacios delimitados y reducidos eran donde pudieron establecerse

relaciones intersubjetivas profundas con agentes no-humanos, y esta interacción solo era posible para humanos que tenían conocimiento sobre cómo manejar las situaciones mágicas delicadas y para ciertos personajes cuyo poder les permitía o exigía ser parte de los ritos.

En cuanto a los senderos de La Mora, la información procede de la experiencia de los moradores actuales. Debido a sus actividades agrícolas y ganaderas, la gente camina un promedio de 5 kilómetros al día. Los senderos tienen que ver con el traslado hacia la milpa, el seguimiento del ganado o la cacería de animales como el venado, además de la visita a familiares de rancherías. De acuerdo con nuestros informantes, hasta hace unos cuarenta años familias enteras se trasladaban a pie hasta la zona de barrancas de la sierra de Durango para alguna festividad o reunión familiar y pasaban una larga temporada o en algunos casos se quedaban a vivir allá, y lo mismo pasaba cuando la gente de Durango iba al pie de la sierra de Sinaloa. De hecho, aun en la actualidad, mucha gente del rancho La Mora, y también de El Varejonal, en el alto río Humaya, son nacidos en Sinaloa, pero sus padres y abuelos eran oriundos de la alta Sierra Madre Occidental, de zonas como Topia o Tamazula, después de pasar una temporada en tierras sinaloenses se establecieron ahí. Para terminar este punto de la movilidad, cabe destacar que para realizar una mudanza de esta magnitud es necesario tener un conocimiento del paisaje serrano y saberse desplazar en este territorio.

Por último, en lo tocante al horizonte, en La Loma del Rey hay evidencia sobre la observación del tránsito solar en la geografía local. En primera, esto se debe a que el panel principal está orientado al poniente y, además, en su extremo sur la roca se encuentra modificada de tal manera que parece ser “un asiento”, un punto de observación. Desde ahí se observan los cerros de Las Tapias, La Cruz y Las Fechas al oriente, mientras al poniente únicamente se aprecia el Cerro del Elefante.

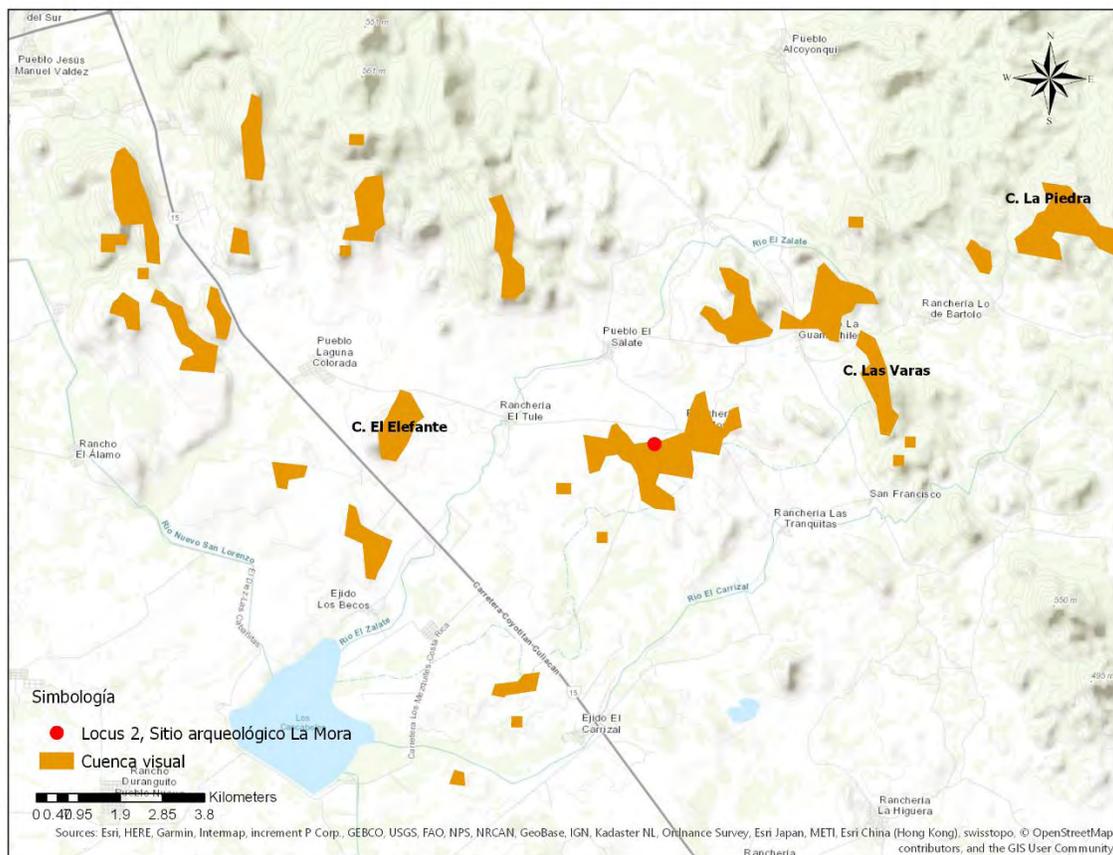


Figura 93. Vista del horizonte oriental, desde La Loma del Rey, Locus 2 del sitio La Mora. Foto: HCSG



Figura 94. Vista del horizonte occidental desde La Loma del Rey, al fondo El Cerro del Elefante. Sitio La Mora. Foto: HCSG

Por otra parte, al realizar el análisis de visibilidad se confirman los puntos trascendentales en el horizonte: el Cerro del Elefante, el Cerro Las Varas y el Cerro La Piedra. Y, a su vez, esto se contrasta con el ejercicio del tránsito solar aparente y de visibilidad mediante el *software Google earth*, tomando como punto de observación al panel principal del Locus Loma del Rey, se obtiene un hipotético calendario de horizonte con puntos geográficos particulares que pudieron ser trascendentales en el paisaje prehispánico, tanto para fines prácticos como la agricultura o como parte de un calendario ritual vinculado a los cambios estacionales.



Mapa 22. Análisis de visibilidad del Locus 2 del sitio La Mora

Como puede apreciarse en la imagen de abajo, el sol sale en la cima sureña del Cerro Las Varas y se pone en la cima del Cerro del Elefante durante los equinoccios. En el solsticio de verano la salida del sol se produce en la base norte

del Cerro las Varas y en la ladera del Cerro la Piedra, mientras la puesta de sol se observa en la cima de un pequeño cerrito cuyo nombre desconozco. La llegada del día más largo del año, asociada tanto a las Varas como al pequeño promontorio pudo asociarse en el pasado con el calor extremo y el próximo arribo de la temporada de lluvias, benéficas para el crecimiento de la milpa.

Durante el equinoccio de otoño, el regreso del sol a la cima de las Varas y al Cerro del Elefante pudo marcar el fin de la temporada de lluvias pues estas se presentan solamente entre julio y septiembre.

Finalmente, en el solsticio de invierno, el día con la noche más larga, el sol sale en la base sureña del Cerro San Juan y se pone hacia la zona de la Bahía de Lucena, sin haber ninguna topografía que se interponga visualmente entre La Loma del Rey (Locus 2), punto de observación del horizonte, y el Mar de Cortés. La llegada del sol a estos puntos en la geografía tal vez estuvo asociada con la estación de secas y el comienzo de un nuevo ciclo agrícola y ritual.

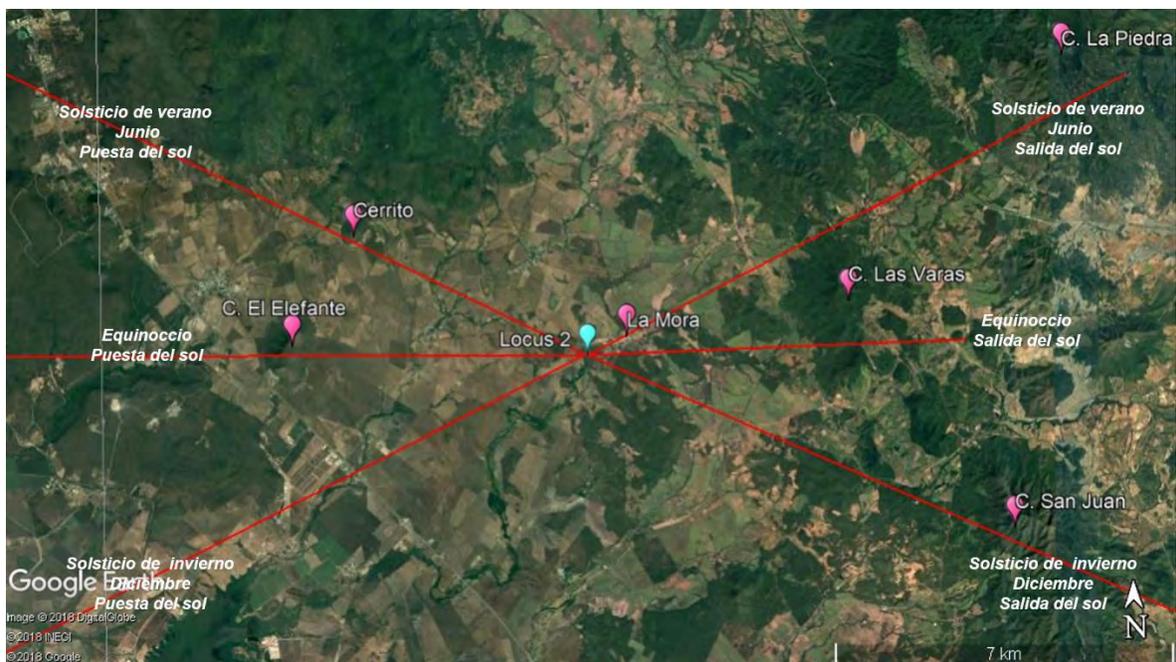


Figura 95. Posible calendario de horizonte del sitio La Mora, Locus 2. Elaboró: CIVA

Ahora bien, de acuerdo con la información de los habitantes de La Mora, en mayo el sol sale por el Cerro de Las Flechas y se pone en El Cerro del Elefante, y durante el solsticio de invierno la salida del sol es por el Cerro de las Tapias. Hoy día, la observación del tránsito solar anual y su relación con estos puntos en el paisaje es un marcador que los agricultores usan para determinar la estación de lluvias y la de sequía. Esta información, aunada a los elementos solares ubicados en el panel principal de los grabados y al ejercicio realizado con el *Google earth*, potencia la importancia de observación del horizonte en el pasado.

Tercera parte. La percepción del paisaje en el Noroccidente México, un proceso de larga duración.

Hacia la década de los cincuenta del siglo pasado, Gordon Willey y Phillip Phillips escribieron la frase memorable “la arqueología es antropología o no es nada” en su libro *Method and Theory in Archaeology* (Willey y Phillips, 1958: 2), obra donde sentaron las bases teóricas y metodológicas de la arqueología histórico cultural americana. Años después, durante el *boom* de la nueva arqueología, Lewis Binford retomó el tema y marcó un hito con sus trabajos *Archaeology as Anthropology* (1962) y *In Pursuit of the Past* (1983), en los cuales propuso una novedosa metodología para el registro de los vestigios y su interpretación. En sus textos se abocó a dos puntos: 1. La arqueología debía ser una disciplina objetiva y por lo tanto tenía que partir de los métodos de las ciencias naturales, incorporar el uso de tecnología de punta y técnicas provenientes de la geología, la estadística, la física, la biología, etcétera, para la obtención de datos más exactos y 2. La analogía etnográfica y etnoarqueología sería el medio que permitiría explicar los contextos arqueológicos sin importar la distancia temporal o espacial, siempre y cuando el estadio evolutivo y el nicho ecológico de las sociedades estudiadas fuese el mismo.

Si bien han pasado los años y múltiples críticas hacia estos planteamientos, sigue vigente la reflexividad en cuanto a la importancia de la etnografía en el campo arqueológico, sobre todo en el continente americano dados los pueblos originarios que habitan en él. En este sentido, si bien las prácticas culturales se han transformado en el devenir de los años, trabajos etnográficos recientes entre los grupos de la sierra del Nayar, por ejemplo, han demostrado una continuidad en ciertos elementos tanto en los mitos como en los ritos registrados al momento del contacto español y los que hoy se desarrollan (Fresán, 2002; Gutiérrez del Ángel, 2002; Guzmán, 2002; Neurath, 2002; Reyes, 2006).

Siguiendo este planteamiento, considero que las fuentes históricas del Noroccidente de México tienen mucho que aportar al estudio del paisaje en el pasado pues en ellas se observan recurrencias que recuerdan al registro arqueológico y que al extrapolarlas ayudan a plantear nuevas hipótesis y a dar sentido a los datos. Así, el objetivo de este apartado es establecer puntos de interconexión y comparaciones entre los datos arqueológicos, históricos y

etnográficos, de manera que se logre una perspectiva diacrónica sobre la concepción y percepción del paisaje. No obstante, no hay que dejar de lado que nuestro punto de interés es el pasado prehispánico de Culiacán. En los siguientes apartados describo de manera general la perspectiva del paisaje entre las sociedades del Noroccidente al momento del contacto español y entre los pueblos indígenas contemporáneos.

7. Los mundos de la vida en el noroeste durante los albores del contacto español

A la llegada de los españoles había un cúmulo de grupos indígenas en la región que nos atañe. En la llanura costera del sur de Sinaloa y norte de Nayarit se asentaban los totorames, en la zona central de Sinaloa se hallaban los tahues y al norte se localizaban múltiples grupos de habla cahíta (R. L. Beals, 1943; Carpenter, 2007; López Castillo, 2010; V. Ortega & Grave, n.d.; C. Sauer, 1998; C. Sauer & Brand, 1998). En la sierra se encontraban los acaxees, xiximes, coras, huaynamotecos y huicholes, y en el pie de sierra y altiplano habitaban los tepehuanes (Güereca, 2018; Magriñá, 2002; Punzo, 2013; C. Sauer, 1998; C. Sauer & Brand, 1998).

No obstante, estas sociedades no formaban unidades homogéneas, no habitaban “sus regiones” de manera estática y en muchas ocasiones su conformación era multiétnica. De igual manera, de acuerdo con los intereses políticos, económicos e históricos, se mantenían relaciones de alianzas o guerras con los vecinos cercanos y distantes, siendo, en muchas ocasiones, la práctica religiosa el punto de encuentro en una zona tan diversa (Güereca, 2018: 318, 503).

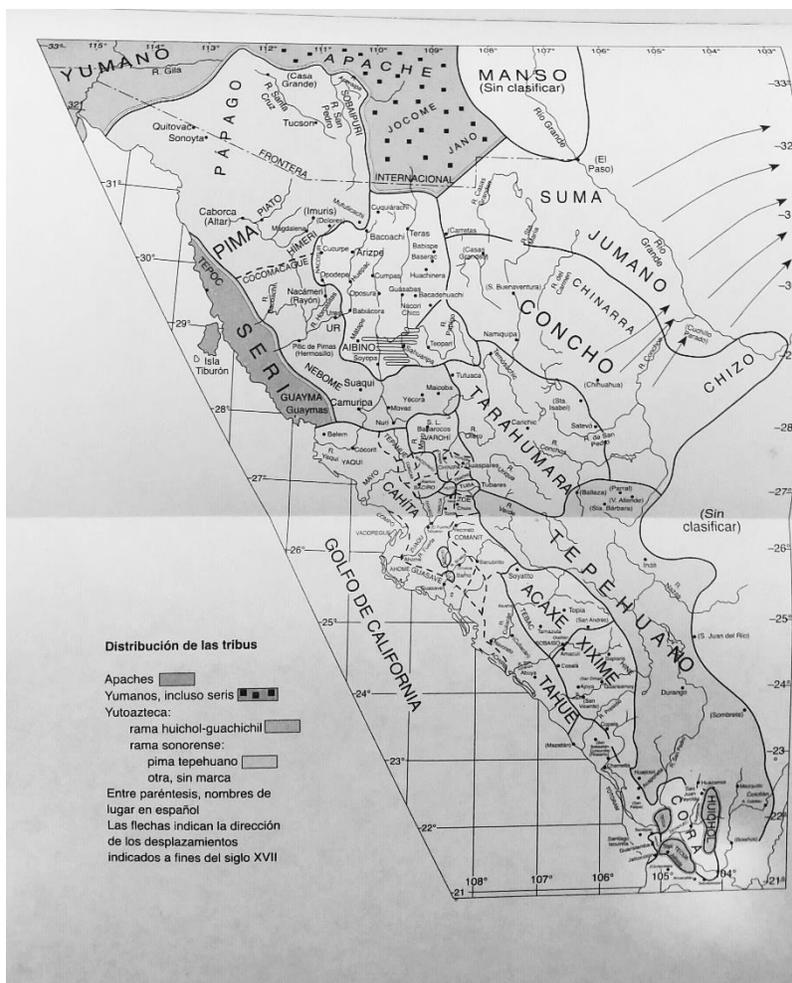


Figura 96. Poblaciones indígenas en el siglo XVI (C. Sauer, 1998: 199).

De manera general, podemos decir que estos grupos tenían una cosmovisión similar, su sistema de creencias estaba basado en un ciclo ritual anual que partía de la interacción con el paisaje mediante la observación del tránsito solar en el horizonte y en ciertos puntos de la Sierra Madre Occidental, el cual regía el periodo agrícola, los tiempos de guerra, los tiempos de paz y los mitotes (Güereca, 2018; Magriñá, 2002; Punzo, 2013; Vidal & Gómez, 2017).

La información que tenemos hoy día sobre el noroccidente se basa en fuentes primarias y secundarias. Las primeras son producto de la llegada de los ejércitos españoles entre los años 1530 y 1532, tal como las relaciones anónimas que versan sobre la conquista y fundación de la Nueva Galicia (García Icazbalceta,

1866b, 1866c, 1866d, 1866a) emprendida por Nuño de Guzmán, así como las relaciones del maestro de campo Gonzalo López (1981) y el intérprete García del Pilar (1866). Posteriormente, los documentos militares tienen que ver con la reconquista de Chametla y el establecimiento de la Nueva Vizcaya entre 1554-1565 a manos de Francisco de Ibarra (Obregón, 1988), además de documentos tardíos, como las “etnografías” serranas realizadas por los frailes Antonio Arias y Saavedra (1990), y Hernando Santarén (González Rodríguez, 1993c, 1993a), quienes habitaron entre grupos indígena al principios del siglo XVIII, pues fue hasta esos años que se logró la “conquista” y reducción de los poblaciones indígenas de la Sierra Madre Occidental (Arias y Saavedra, 1990; Güereca, 2018; Magriñá, 2002). Otra fuente tardía se encuentra en Andrés Pérez de Ribas (1992), jesuita, cuya obra es una historiografía sobre la reducción y conversión religiosa que su orden logró entre los indígenas de la Nueva Vizcaya, particularmente en el norte de Sinaloa, el sur de Sonora, la sierra de Durango y Chihuahua, desde la creación de la Nueva Vizcaya hasta la mitad del siglo XVII.

Por su parte, las fuentes secundarias proceden de religiosos como José de Ortega (1996) y Antonio Tello (1891). El padre Antonio Tello, miembro de la orden franciscana y misionero en la Nueva Galicia, escribió, a partir de documentos, acerca del proceso de conquista desarrollado en el occidente.

Mediante la lectura de estos documentos, además de los múltiples trabajos que historiadores, antropólogos y arqueólogos han desarrollado sobre el análisis de las fuentes (Álvarez Palma et al., 2005; Álvarez, 2009; Calvo, 1990; Carpenter, 1996, 2007; Gámez García, 2007; González Rodríguez, 1993b; Grave, 2012a, 2014; Güereca, 2018; López Castillo, 2010, 2014; Magriñá, 2002; Neurath, 2002; Olmos Aguilera, 2011; V. Ortega & Grave, n.d.; Punzo, 2013; C. Sauer, 1998; C. Sauer & Brand, 1998; Vicente, 2014), es que tenemos idea sobre las poblaciones aborígenes del noroccidente, su concepción y percepción del paisaje. Realizaremos una breve revisión de sus perspectivas, siguiendo un orden de sur a norte.

7.1 Los totorames del sur

Como ya se apuntó, a la llegada de los españoles, los totorame vivían al norte del actual Nayarit y al sur del estado de Sinaloa. Estos grupos, además de agricultores, eran pescadores y salineros. Habitaban en casas de bajareque y hablaban pinome, una variante de cora (Álvarez Palma et al., 2005: 42, 59-69; Grave, 2012a: 159-182, 2014). De acuerdo con el trabajo de Ortega y Grave (n.d.), posiblemente estos grupos se ubicaban en las provincias de Temoaque, Aztatlán, Chiametla, Quezala, Colipa, Xicara, los Frijoles y quizá hasta Piaxtla.

La experiencia del paisaje cenagoso era parte del día a día de los totorame. No obstante, su experiencia no se limitaba a la geografía costera pues mantenían relaciones comerciales con los pueblos serranos e incluso con los del altiplano de Durango y Zacatecas. De esta manera, conocían territorios asociados a otros grupos étnicos con quienes intercambiaban bienes e ideas, establecían relaciones familiares y alianzas políticas, de acuerdo con sus intereses (Güereca, 2018: 262, 503). Algunos de los productos que intercambiaban la gente de la sierra eran caracoles, perlas, conchas, además pescado y camarón seco y salado, y productos agrícolas, a cambio obtenían miel, cera de abeja, cactáceas y frutas que solamente se daban tierra adentro (Álvarez Palma et al., 2005: 66; Magriñá, 2002: 227).

A partir de la experiencia constante de la tierra adentro, mediante los lugares, los senderos y el horizonte, a los totorame les tomaba llegar a la sierra menos de un día natural por lo cual “muchos están con un pie en esta tierra y con otro en la Sierra” (Arias y Saavedra, 1990: 307). De igual manera, el arribo de fenómenos naturales como inundaciones y ciclones propiciaba el acercamiento con la sierra y sus habitantes, tanto así que los pueblos costeros se mudaban hacia zonas altas, alejadas de la ciénaga para ponerse a salvo. Ejemplo de ello es que, al arribo de Nuño de Guzmán a Aztatlán, hubo lluvias torrenciales y la zona ciénagas se inundó (García Icazbalceta, 1866b: 288-289, 1866d: 447, 1866a: 471). Durante la emergencia fallecieron españoles, indígenas foráneos y locales, mientras varios habitantes de la región buscaron tierra, trasladándose hasta treinta leguas tierra adentro (García Icazbalceta, 1866b: 289).

Hasta el momento no es muy clara la organización política que había al interior de los grupos totorame, en cambio el aspecto religioso fue un punto más explorado en las fuentes pues al parecer brindó cohesión a nivel local e interétnico. De acuerdo con el informe de Arias y Saavedra, hacia el siglo XVII los habitantes de la costa compartían con los coras el culto solar realizado en la Mesa del Nayar. Los totorame enviaban las primicias de sus frutos al Rey Nayarit, además de plumas, conchas y algodón. También iban a verlo para pedirle el favor de la lluvia, y participaban de manera activa en los mitotes serranos (Arias y Saavedra, 1990: 305).

Además del Nayarit, otra deidad común con los coras era Nycanori, llamado Yequi por los costeros (Arias y Saavedra, 1990: 306). Yequi era el creador del agua, las aves y los peces, y estaba encargado de desatar los vapores de lluvia. Su “temporada” se asociaba con el aumento del calor y el comienzo de las lluvias pues se vinculaba con el camino del sol hacia el norte, del equinoccio de primavera al solsticio de verano. Yequi tenía por morada “un brazo del mar” ubicado en la costa, al poniente de la Mesa del Nayar (Arias y Saavedra, 1990: 299). Finalmente, al tratarse de un ser asociado con el agua y los productos de esta, los totorame celebraban rituales a Yequi al comienzo de la temporada de lluvias. Le pedían: “Señor hijo de Dios llovedor y criador de las aves y peces, danos camarón” (Arias y Saavedra, 1990: 306) y le hacían ceremonias especiales para propiciar la abundancia de mariscos.

En la costa, la asociación de puntos geográficos con deidades no se limitó al hogar de Yequi. Narama, dios de la sal y el chile, tenía por morada el Cerro Cabeza de Caballo o Ychamet, la casa del mezcal o purgatorio (Arias y Saavedra, 1990: 299), ubicado en la costa. Actualmente, este lugar se asocia puntos particulares en el Rosario, Sinaloa, ya sea el Cerro del Yauco o el propio pueblo de Chametla (Grave, 2012a). Finalmente, las fuentes describen que en cerros localizados en la costa se hallaban efigies que simulaban a los dioses del Nayar, e incluso los propios cerros se atribuían a los dioses serranos (Arias y Saavedra, 1990: 307).

7.2 Los habitantes de la Sierra Madre Occidental

Los habitantes de la Sierra Madre Occidental eran múltiples grupos con diferentes identidades étnicas. De acuerdo con los documentos históricos, en la zona norteña, hacia el este de los cahítas y los tahues, se encontraban tepehuanes, acaxeos y xiximes, y hacia el sur, como vecinos de los totorame se ubicaban los coras, huicholes, huaynamotecas, entre otros. Los acaxeos y xiximes eran habitantes de la zona de barrancas, ubicadas cerca de ríos, arroyos o manantiales, las cuales les servían de cobijo natural y de defensa ante los enemigos. Se dedicaban a la agricultura estacional y a la caza, además eran grandes guerreros y practicaban la antropofagia ritual (González Rodríguez, 1993a, 1993c; Punzo, 2013).

Los tepehuanes ocupaban un amplio espacio, desde la sierra hasta los valles septentrionales, aunque en realidad sus límites orientales son un tanto inciertos y en los documentos no se hace ninguna distinción entre los tepehuanes del norte y del sur (Sánchez Olmedo, 1980: 30; C. Sauer, 1998: 159). Eran agricultores estacionales, cazadores-recolectores e incluso, los que habitaban la zona oriental, salineros (Álvarez, 2006; Sánchez Olmedo, 1980).

Acerca de los huicholes, la información para el momento del contacto no es muy clara. Se les denominaba *xurute*, *uzares*, *usiliques*, *bisoritas* o *vizuritas* y sobre ellos se comenta que también practicaban la agricultura estacional y la antropofagia (Neurath, 2002: 69; C. Sauer, 1998: 108). Por su parte, los huaynamotecos eran un grupo cazador, agrícola y guerrero, su resistencia al embate español fue tal que incluso mataron y se comieron al encomendero en turno (Magriñá, 2002; Neurath, 2002: 70). Los coras eran cazadores, recolectores, agricultores y guerreros y tenían un complejo sistema de creencias (Magriñá, 2002).

El “territorio” que cada uno de estos grupos poseía no tiene parangón con la perspectiva actual del término pues las fronteras físicas fueron “[...] no solo móviles, sino porosas. Se trataba entonces de un paisaje donde circulaban hombres, objetos e ideas (Güereca, 2018: 34) en el sentido que las sociedades “eran culturalmente

híbridas y mestizas” y no tenían una cohesión política ni vivían de manera nucleada (Güereca, 2018: 34,197,205).

La gente se movía a lo largo y ancho de la sierra y también hacia la costa y el altiplano. Un ejemplo de ello se encuentra en el texto de Pérez de Ribas donde describe a las mujeres acaxee, quienes se adornaban con “grandes sartas de caracolillos blancos, estimados entre ellos, y que buscaban, o compraban de otras gentes marítimas” (Pérez de Ribas, 1992: 472). De igual manera Santarén dice que usaban “grandes sartales de caracoles blancos y de cozcates de algunos marinos, y los mismos en las muñecas de los brazos” (González Rodríguez, 1993c: 163). También alude que los acaxees tenían en muy alta estima la sal de mar, de hecho la intercambiaban por tilmas, dándole más valor al producto costero pues la sal era indispensable para sus alimentos “Y así en ningún manjar echan sal sino que muerden un poquito de sal, y con la boca van comiendo los quelites, frijoles y cualabazas (sic), que es su ordinaria comida” (González Rodríguez, 1993c: 162)

Arias y Saavedra describe que en Acaponeta halló gente que bajaba de la sierra hacia la costa “buscando sal, carne y pescado, maíz, frijol, mieles y vinos” (Arias y Saavedra, 1990: 286). Igualmente, la población de la costa se trasladaba hacia la sierra en busca de productos como miel y cera de abeja, pero sobre todo durante el tiempo de festividades o mitotes en la Mesa del Nayar, en los cuales participaban con ofrendas y danzas (Arias y Saavedra, 1990: 305). Finalmente, la población serrana también se movía hacia el altiplano en ciertas épocas del año para realizar intercambios de la sal excedente o los frutos que solo se daban en la sierra (Arias y Saavedra, 1990: 290)

Los documentos muestran que la interacción entre la costa, sierra y el altiplano era tal, que incluso durante la época colonial la iglesia sugirió colocar un presidio sierra adentro para controlar los contactos comerciales de los coras, y así frenar la influencia de este grupo sobre los demás indígenas de la costa y la tierra adentro (Magriñá, 2002: 229). Estas interacciones propiciaron relaciones de parentesco interétnico por el establecimiento de alianzas matrimoniales entre

individuos de diversos orígenes (Magriñá, 2002: 196). Así, vemos que la sierra era un punto de unión y no una frontera geográfica (Vidal, 2011)

No obstante, el trato que había entre estos pobladores era cordial o de guerra y las alianzas podían cambiar según las circunstancias políticas, económicas e históricas (Güereca, 2018: 503). Los coras mantenían guerra continua con los huaynamotecos y los totorame (Güereca, 2018: 212-215; Magriñá, 2002; C. Sauer, 1998) y los acaxees luchaban contra los xiximes (Punzo, 2013). En las batallas se buscaban cautivos que después eran preparados como alimento para consumirse en las festividades, es decir, practicaban canibalismo ritual (Güereca, 2018; Magriñá, 2002; Punzo, 2013).

De acuerdo con Güereca (2018: 286,318), aunque varios grupos de la sierra carecían de Si de cohesión política, el culto solar funcionó como mecanismo aglutinante Este culto estaba basado la observación del tránsito del solar anual través de la Sierra Madre, el cual servía de calendario agrícola y ritual, especialmente en los momentos de solsticios y equinoccios.¹³ En la Mesa del Nayar se ubicaba una cueva donde había cuatro momias o ancestros deificados sentados sobre *icpallis* que actuaban como vínculo con los dioses: Piltzintli o Nayari, Nycanori, Narama y Uxxu. No obstante, sólo el primero de ellos hablaba, el Nayarit o Piltzintli, era una especie de rey oráculo que vaticinaba el porvenir (Arias y Saavedra, 1990: 294).

Los cadáveres eran cambiados cada vez que comenzaban a perder estabilidad, lo que manifiesta que no era importante el individuo muerto en sí, si no lo que los huesos representaban. La gente depositaba las primeras cosechas a los cuatro cadáveres, también se les ofrendaba sal, carne, pescado, flechas y vasijas, además de sangre humana, especialmente de la cabeza de los huaynamotecos, que era colocada en un pocito especial y dedicada al sol (Arias y Saavedra, 1990: 296).

¹³ Es posible que los habitantes del altiplano pensaran de manera parecida, lamentablemente la población tepehuana del valle de Guadiana fue reducida al poco tiempo de llegados los españoles y las fuentes históricas no brindan mucha luz sobre ellos (Punzo, 2010: 137; Reyes, 2004: 39-78)

Cada una de estas deidades estaba asociada geográficamente con los puntos de solsticios y equinoccios observables en la sierra, y, a su vez, era la encargada de una estación del año y proveer productos de subsistencia asociados con cada época. El Piltintzli se ubicaba en el sol zenital, sobre una escalera, al oriente de la Mesa del Nayar, y justamente era la deidad vinculada con el sol. Nycanori era un dios masculino, su lugar se encontraba al poniente, en el mar, y su llegada se vinculaba con el equinoccio de primavera. Al asociarse con el periodo de calor, Nycanori desataba el vapor de agua, era el encargado de enviar rayos y truenos, y de conducir y fomentar las guerras. Asimismo este dios tenía la capacidad de crear aves y peces (Arias y Saavedra, 1990: 299).

Por su parte, Narama era el dios que brindaba la sal, el mezcal y el chile. Su habitación se ubicaba en el Ychamet o Cerro Cabeza de caballo, asociado a actuales puntos del municipio del Rosario, Sinaloa. Narama se hacía presente durante el solsticio de verano y su época de influencia estaba asociada con la temporada de lluvias (Arias y Saavedra, 1990: 299-300).

Finalmente, la diosa Uxuu se hacía presente a partir del solsticio de invierno. Uxxu era la encargada de brindar las semillas y frutos que se produjeron durante el verano, además rociaba la tierra para mantenerla húmeda y poderla trabajar en la siguiente estación. Esta deidad tenía por hogar una peña ubicada dentro del mar de Matanchen (Arias y Saavedra, 1990: 299-300).

Como podrá observarse, el culto a las deidades ubicadas en el paisaje ritual y los ancestros deificados de la cueva de la Mesa del Nayar estaba íntimamente vinculado a las estaciones del año y el ciclo agrícola, por ello se les daba la primicia de todos los frutos. Los cambios y periodos de influencia de cada deidad tenían que ver con el arribo de Piltzintli, el sol, a su marcador geográfico. De esta forma, el sol, como un ser antropomorfizado, llegaba a cada punto equinoccional o solsticial y despertaba al dios correspondiente para que hiciera el cambio estacional y ofreciera sus productos asociados.

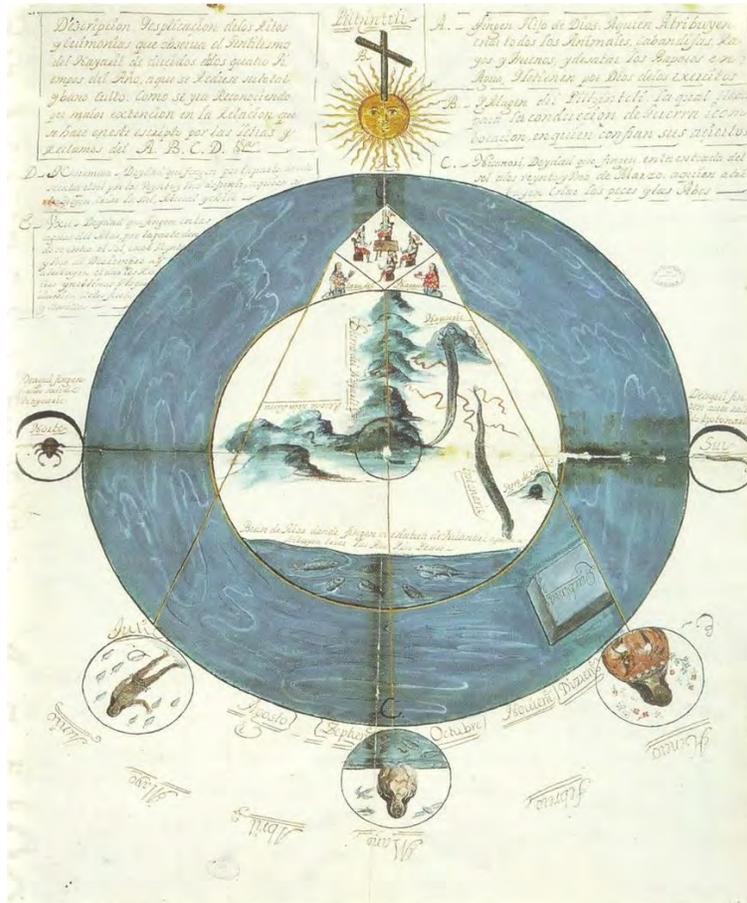


Figura 97. Estampa que acompaña el informe de Arias y Saavedra. Tomado de Magriñá (2013)

Por su parte, los acaxeos tenían diferentes ídolos o *Tesebas* de piedra que emulaban la figura humana, a ellos les pedían el favor de la caza y el maíz, aunque principalmente rendían pleitesía al *Neyúancame* o “el que todo lo hace” (González Rodríguez, 1993c: 159). De acuerdo con Punzo (2013: 285) el culto a los tesebas se daba tanto en el ámbito doméstico como en el público. Por su parte, Santarén menciona que uno de los ídolos de piedra se comunicaba con los indígenas y los aconsejaba cuando era el momento apropiado para ir a la guerra, mientras que otro llamado *Huaino*, hecho de huesos humanos les hablaba a través de un intérprete, vaticinando la fertilidad. A este dios le ofrecían los primeros frutos en un mitote especial (González Rodríguez, 1993a: 192-193).

Al igual que el resto de los grupos serranos, realizaban grandes mitotes donde bailaban con las cabezas de sus enemigos, los *xiximes*, y los comían de

manera ritual (González Rodríguez, 1993a: 192-193). Además que “adoraban ciertos elementos relevantes del paisaje como grandes rocas a las cuales les llevaban ofrendas” (Punzo, 2013: 287) y a animales como el águila, el venado y el conejo. De hecho:

La misión de Topia tomó el nombre de una tradición de los antiguos y viejos, o por mejor decir de una fábula y mentira suya, y es que hubo entre ellos una mujer llama Topia, -que quiere decir xícara de zacate- [...] la cual, por sus pecados se volvió en piedra; la cual piedra se quedó en la misma hechura de una xícara. Y porque en el valle de Topia hay una grande piedra desta, hasta el día de hoy de los indios venerada, poniendo al valle el nombre de la india que es de Topia (González Rodríguez, 1993c: 151).

Entre los acaxeos existía el culto a los muertos, los enterraban en cocederos. Luego del deceso, los cuerpos se acomodaban en posición sedente dentro de un abrigo rocoso “sin echarles tierra encima, y tapaban la boca de la cueva o metíanle debajo de alguna peña y dejánbanle allí un poco de pinole para el camino” (González Rodríguez, 1993c: 172). Por otra parte, conservaban los huesos de los prisioneros de guerra que se habían comido, especialmente los cráneos, los cuales eran guardados dentro de los hogares o bien, expuestos fuera de sus casas, aunque también los colgaban en los árboles y con ellos se pedía por la fertilidad de las tierras.

[...] Cuando quieren sembrar maíz, frijol u otras cosas, cuelgan los huesos, ídolos y calaveras en un árbol de zapote; invocando el favor y auxilio de los huesos, calaveras e ídolos, siembran los primeros granos de maíz y frijol. Y con esto se dan las milpas y sementeras muy prósperas [...] (González Rodríguez, 1993a: 182).

Al igual que los acaxeos, los xiximes apreciaban los huesos humanos como medio para la fertilidad y los comían de manera ritual, en tiempos de Pérez de Ribas (Pérez de Ribas, 1992: 531) se menciona que salían de su territorio a “[...] buscar indios Acaxées, sus vecinos, para cocer ollas de su carne, con que hartarse; y con los huesos y calaveras celebrar sus triunfos y colgarlos a las paredes, y puertas de sus casas, y de los árboles que tenían vecinos de ellas” (Pérez de Ribas, 1993: 531). También:

[...] adoraban ídolos hechos de piedra y de otras cosas, reconocían y confesaban la inmortalidad del alma diciendo que después de muertos se iban a la otra banda del mar del Sur que estaba cerca de su tierra y la ven desde algunos puestos altos donde afirmaban que estaban sus parientes con gran descanso aguardándolos con varias comidas y regalos (Naylor & Polzer, 1986: 243).

Cabe señalar que muchos de los datos etnohistóricos sobre los acaxées y xiximes han sido confirmados mediante investigaciones arqueológicas en la sierra de Durango. En las casas en acantilado de la Cueva del Maguey se han reportado altas concentraciones de huesos humanos en estructuras específicas, las cuales remiten a las prácticas rituales; igualmente, se han observado diversos enterramientos sedentes en estructuras de bajareque o mampostería, aislados de las áreas habitacionales xiximes (Punzo, 1999, 2013).

Punzo argumenta que tanto acaxées y xiximes se regían por el ciclo ritual del maíz, de manera similar a como hoy lo hacen los grupos del Gran Nayar; plantea que la necesidad de tener huesos humanos estaba relacionada con su asociación a la fertilidad y la “semideificación de los antepasados a través de los poderes que estos huesos tenían, tanto de sus enemigos como de los de su grupo que tenían capturados sus enemigos en otros pueblos”(Punzo, 2013: 310), es decir se daba “el renacimiento o la perpetuación del ciclo del maíz a través de la fuerza vital de los huesos” (Punzo, 2013: 327).

7.3 Los tahues de Culiacán

De acuerdo con Ortega y Grave (n.d.: 166-167) a la llegada de las huestes de Nuño de Guzmán, la provincia de Culiacán era un mosaico cultural que se extendía, posiblemente, desde el sur de la actual presa Sanalona hasta El Varejonal, en el norte, y al poniente hasta Bachimeto, donde el curso del río Culiacán cambia su dirección. A lo largo de las márgenes de los tres ríos, sobre todo en el Culiacán, los conquistados encontraron numerosos pueblos asentados en tierras sumamente fértiles (García Icazbalceta, 1866c: 302, 1866a: 476, 1866b: 290).

Los productos del campo, el mar y los ríos eran abundantes: la gente vivía de maíz, frijoles, chile, frutas, pescados como lisas y bagres (García Icazbalceta, 1866a: 481; Pilar, 1866: 259).y también de una conserva de maguey con miel que elaboraban en los montes (García Icazbalceta, 1866b: 294). Además de la agricultura y la pesca, otra actividad importante era la caza, principalmente de conejos, venados y cánidos parecidos a los zorros (García Icazbalceta, 1866a: 481). A partir de la cacería de estos animales, la gente obtenía carne para alimentarse. Finalmente, estos productos eran comerciados en múltiples tianguis donde también se podían encontrar prendas de algodón para vestir.

De acuerdo con las fuentes, el desarrollo de la agricultura en Culiacán era tal que, después de fundada la villa de San Miguel en 1531, la producción de maíz alcanzó para alimentar a indígenas y españoles durante un largo lapso. No obstante, al terminarse el maíz de “venta” y haber escasez, los españoles robaron los productos del campo a los tahues y estos se levantaron en armas, quemaron sus campos y dejaron de sembrar por tres años, lo cual puso en jaque a los europeos, pero no a los locales, pues podían subsistir con otros medios, además de las milpas (García Icazbalceta, 1866b: 294).

Otro punto en cuanto a la subsistencia son las casas-habitación. A diferencia de otras provincias, el patrón de asentamiento de Culiacán era nucleado, los pueblos estaban muy cercanos uno de otro y cada uno tenía alrededor de seiscientas casas. Las casas estaban hechas principalmente con barro: las paredes eran de este material, mientras el techo era más ligero, posiblemente de palma (García Icazbalceta, 1866b: 291). Al frente de cada casa había una ramada grande, donde las mujeres solían tejer la ropa. Finalmente, los terrenos de las casas y sus solares estaban delimitados con empalizadas (García Icazbalceta, 1866a: 481).

En cuanto a la vestimenta, los hombres utilizaban una manta en el pecho y no usaban nada en la parte de abajo. Al ser cazadores, además de agricultores, solían llevar su arco y carcaj, y en muchas ocasiones también cargaban en el hombro una especie de arco con una red donde guardaban sus cosas. Adornaban su cuerpo con tatuajes o escarificaciones (García Icazbalceta, 1866a: 481). Al

parecer de los españoles, las mujeres eran muy hermosas. Se vestían con vestidos o camisas que les cubrían desde los hombros hasta los pies y debajo de ellas llevaban un taparrabo (García Icazbalceta, 1866a: 481). Los principales, tanto hombres como mujeres, se diferenciaban de los demás al usar aretes de metal, pulseras y brazaletes con incrustaciones de turquesa (García Icazbalceta, 1866b: 291, 1866a: 481).

No hay información clara sobre la organización social, pero por analogía con las otras regiones podemos pensar que tenía su base en las alianzas matrimoniales y la familia. Al respecto, en la primera relación anónima se hace mención de uniones heterosexuales, pero también de homosexuales, y al parecer no había problema en ello (García Icazbalceta, 1866b: 291). Otro punto es que cuando la compañía de Guzmán llegó a Colombo, fue recibido por el señor del lugar, quien era hermano del principal del pueblo de Culiacán. Al señor de Colombo lo acompañaba una cuadrilla de mujeres cacicas (García Icazbalceta, 1866a: 477), quienes tal vez, a la usanza de pueblos cercanos, fueron enviadas para establecer parentesco con los españoles. Aquí, cabe destacar que en Culiacán no solo los hombres tenían la capacidad de ostentar el poder, sino también las mujeres. La comitiva indígena llevó regalos a los españoles: mantas de algodón y turquesas, bienes que al parecer eran de mucho prestigio, posiblemente con el fin de “agasajar” a los extranjeros para evitar la guerra.

Por lo que se refiere al aspecto religioso, los comentarios son mínimos, las relaciones solamente dicen que los tahues hablaban con el demonio, adoraban al sol, pero a diferencia de otras regiones, no hacían sacrificios (García Icazbalceta, 1866c: 304).

Ahora bien, en cuanto a los moradores de la costa, las relaciones anónimas (García Icazbalceta, 1866d: 452-453, 1866a: 477) dicen que al seguir el curso del río Culiacán hacia su desemboque, los españoles no encontraron muchos pueblos de importancia, en cambio se toparon con una abundante zona de esteros y mangles que les impidió avanzar en su empresa. Otra dificultad fue que los intérpretes no lograron comprender la lengua de los moradores de esas latitudes,

al parecer algunos de ellos decían que adelante aún había más pueblos y otros los contradecían. De esta manera no se logró conocer, aunque fuera de palabra, la extensión de aquella región, lo que si quedó claro fue que los costeros no formaban parte de la misma tradición etnolingüística que los habitantes de las riberas de los tres ríos (V. Ortega & Grave, n.d.: 178).

Otra perspectiva sobre la costa se basa en la expedición del capitán Samaniego, quien, en el ínterin de la fundación de la villa de Culiacán, fue enviado a explorar la llanura costera. En su travesía descubrió un puerto situado en una bahía que tenía dos entradas al mar y una isla, en el cual había alta densidad de mangle y muchas variedades de peces (García Icazbalceta, 1866d: 459), probablemente se trata de la actual Bahía de Santa María y la isla de Altamura (V. Ortega & Grave, n.d.: 180). Samaniego también observó dos pueblos grandes, densamente poblados y la travesía que sus habitantes realizaban hacia la isla en canoa (García Icazbalceta, 1866d: 456).

7.4 Los cahítas del norte de Sinaloa

El espacio ubicado, principalmente, entre los ríos Mocorito y Yaqui corresponde a lo que en época colonial se denominó la Provincia de Cinaloa. Este territorio, bajo el control de la Nueva Vizcaya, fue explorado en un primer momento por el capitán Samaniego, bajo las órdenes de Nuño de Guzmán, y después conquistado por Francisco de Ibarra. Era una provincia integrada por múltiples naciones indígenas asentadas en las márgenes de los actuales ríos de Mocorito, Sinaloa, El Fuerte, Mayo y Yaqui (López Castillo, 2010: 52), así como en las costas del Mar de Cortés y la sierra de Durango (Pérez de Ribas, 1992: 5). Al igual que las áreas descritas arriba, al momento del contacto la provincia de Cinaloa fue un territorio multiétnico. No obstante, sus habitantes tenían lenguas similares y lograban entenderse, pues sus tradiciones también eran parecidas, sobre todo entre los moradores de los valles aluviales y la costa, es decir, los cahíta (R. L. Beals, 1943: 1).

De acuerdo con Beals (1943: 1), los grupos que conformaban la provincia eran, en el río Sinaloa, de la costa a las estribaciones serranas: los guasave, nío, oguera, cahuameto chicatorato y ocoroni. En el río Fuerte habitaban los ahome, zuaque, tehueco y cinaloa. En la parte baja del río Mayo se encontraban los mayo, y en la alta los conicari, y macoyahui. Finalmente, en la llanura del río Yaqui moraba la tribu homónima. Los cahíta eran agricultores, cazadores y pescadores, aunque preponderaban una actividad sobre otra, según la geografía. Por ejemplo, los guasave y ahome, pobladores de la costa, habitualmente se dedicaban a la pesca y casi todo el año vivían de ello, no obstante, intercambiaban productos con los habitantes de la llanura, como sal y pescado seco, y así obtenían productos agrícolas (Pérez de Ribas, 1992: 3, 7).

La alimentación de las tribus cahíta era provista principalmente por el campo: la gente cosechaba y comía maíz, frijoles y calabazas (R. L. Beals, 1943: 10; García Icazbalceta, 1866c: 300; Pérez de Ribas, 1992: 6), también recolectaba frutas de temporada y plantas “salvajes” como el guamúchil, el mezquite, los nopales, la pitahaya y el agave, además de miel (R. L. Beals, 1943: 10; Pérez de Ribas, 1992: 6). Había un calendario agrícola y ritual que debía seguirse para la buena siembra, crecimiento y cosecha de los cultivos, particularmente astros como la luna y el sol podían influir en el desarrollo de la milpa (R. L. Beals, 1943: 38-40).

La proteína animal se obtenía mediante la caza de conejos, aves, pecarí, venado e iguanas (R. L. Beals, 1943: 13-15; García Icazbalceta, 1866c: 300). Esta actividad aunque era de subsistencia, estaba dotada de ritualidad: se pedía permiso al patrón de los animales para poder cazarlos, los huesos eran quemados y las colas de los venados se colocaban en árboles que funcionaban como altares (R. L. Beals, 1943: 17).

Otra fuente de alimento eran los productos del mar, peces como bagre, mojarras, lisas y robalo formaban parte de la dieta, además de mariscos como camarones y ostiones. La pesca se realizaba en altamar, en los esteros, en bahías y en los ríos; las técnicas empleadas para hacerse de las presas eran el uso de arpones o atarrayas (R. L. Beals, 1943: 18; Pérez de Ribas, 1992: 3). Antes de salir

a pescar, se debía pedir permiso y practicar ritos en honor de la diosa Báwe Hayóra, patrona de los peces (R. L. Beals, 1943: 19). La sal era un producto valioso entre los cahíta. De acuerdo con Pérez de Ribas (1992: 3), se obtenía de dos maneras: la primera era mediante el cuajado de sedimento en terrenos de inundación, y la otra era la extracción de piedras salitrosas que se daban en lo profundo de pozas donde se estancaba el agua de mar.

La bebida predilecta era una mezcla de agua con mezquite y miel (García Icazbalceta, 1866c: 304). Las bebidas alcohólicas eran consumidas con frecuencia y por excelencia eran elaboradas a base de fermentos de pitahaya, agave y mezquite (Pérez de Ribas, 1992: 8).

Otro punto en cuanto a subsistencia es la vivienda. De acuerdo con las primeras observaciones sobre las tradiciones de los habitantes de los ríos Petatlán (actual río Sinaloa), Mayo y Yaqui, las casas en las que vivían estaban construidas de esteras o petates, los techos tenían una mezcla de esteras con barro para hacerlos impermeabilizantes (García Icazbalceta, 1866c: 296; Pérez de Ribas, 1992: 6). Frente a las casas se edificaban ramadas, las cuales servían como portal, lugar de descanso durante la época de calor y almacén de productos agrícolas (Pérez de Ribas, 1992: 6).

Por otro lado, la vestimenta de la gente solía ser de piel de venado, los hombres usaban una manta sobre el pecho que cruzaban en el hombro y se adornaban el cuerpo con tatuajes de tinta negra (García Icazbalceta, 1866c: 296, 304). Las mujeres se vestían con una falda que les llegaban a los tobillos o bien, con un taparrabos de piel y llevaban el torso desnudo. Ellas también usaban tatuajes, pero estos su uso se limitada al labio inferior y a la barbilla (García Icazbalceta, 1866c: 296, 304). Ambos sexos llevaban el pelo largo y muy cuidado, las mujeres lo usaban suelto o en trenzas y los hombres lo recogían, en ocasiones especiales llevaban plumas (Pérez de Ribas, 1992: 12). Los principales se diferenciaban de los demás al portar un pectoral de conchas y perlas, plumas, restos de venados y perros, arco, carcaj con flechas y una porra (García Icazbalceta, 1866c: 301).

En cuanto a la experiencia del entorno, los cahíta tenían conocimiento de los diferentes lugares que estaban habitados entre el Mocerito y el Yaqui, pues practicaban continuamente el intercambio. De igual manera, establecieron relaciones más allá del territorio que fue la provincia de Cinaloa. Ejemplo de ello es que, durante la conquista de los yaqui, los tahues fueron parte de los “indios amigos” que ayudaron a la empresa, junto con los moradores de los ríos Zuaque, Petatlán y Mayo (López Castillo, 2010: 55). Otro caso es de la cacica Luisa, esposa del principal de Ocoroni, oriunda de Culiacán, quien, pese haber sido capturada en cinco ocasiones, tuvo un importante papel en esta comunidad. Luisa era una mujer respetada, “codiciada, temida y obedecida” (Obregón, 1988: 74), conocedora de lenguas locales y foráneas, tanto así que sirvió como intérprete a Francisco de Ibarra durante su expedición hacia Paquimé (Carpenter, 1996: 33).

Como ya hemos visto, el aspecto religioso permeaba la mayoría de las actividades: la agricultura, la caza y la pesca. Todos los animales tenían una deidad que veía por ellos, así mismo los seres marinos y los agentes ambientales tenían personalidad propia (R. L. Beals, 1943: 60). Las fuerzas de la naturaleza o los dioses se hacían presentes en rocas y esculturas de piedra, a las cuales se les llevaban ofrendas (R. L. Beals, 1943: 62). Las actividades rituales se realizaban en ramadas donde participaban los chamanes y la gente común, los primeros dirigían los rezos, canciones o danzas llevando sus instrumentos curativos (Pérez de Ribas, 1992: 18). La cosmología también se hacía presente en la guerra. La mayoría de los cahíta tenían guerras entre sí, sobre todo los yaquis, mayos, tehucos y zuaques en las cuales se hacía gala del uso del arco y la flecha (López Castillo, 2010: 54; Pérez de Ribas, 1992: 10, 237). El objetivo de las batallas era obtener cautivos de guerra realizar canibalismo ceremonial, obtener los huesos de los otros y celebrar mitotes a fin de pedir prosperidades a sus deidades (R. L. Beals, 1943: 42).

En Guasave se encontró un ídolo hecho de piedra junto a una piedra de forma piramidal, con caracteres esculpidos, los indígenas del lugar atribuyeron a estos objetos ser sus dioses a quienes veneraban. A cambio de rendirles culto, las figuras de piedra les hablaban, cuidaban de su salud, les aseguraban buenas cosechas y

triumfos en la guerra (Memorias para la historia de Sinaloa). De manera similar, en Tehueco era común encontrar figuras humanas de piedra, las cuales brindaban ayuda en el juego de pelota, la caza, el amor ilícito y curaban las enfermedades. Ante las esculturas muebles, los devotos realizaban danzas que eran similares a los mitotes, les colocaban pintura, flores y hierbas fragantes, y acudían ataviados con pintura corporal, plumas y caracoles.

7.5 Interpretaciones arqueológicas sobre el paisaje de Culiacán a partir de las fuentes históricas

A partir de la revisión de la concepción y percepción del paisaje que tuvieron los antiguos totorames, tahues, cahítas y habitantes del Gran Nayar, podemos realizar algunas inferencias sobre el pasado prehispánico de Culiacán. En suma, los datos históricos apoyan la propuesta de tres mundos de la vida en el pasado: uno correspondiente a la costa, otro a la llanura aluvial y el último asociado al pie de la Sierra Madre Occidental.

La información sobre las poblaciones costeras nos lleva a pensar en grupos dedicados a la pesca y las salinas, cuyas actividades cotidianas se practicaban tanto en esteros, ríos o el mar. Podemos inferir que, antes de la conquista española, los moradores del litoral de Culiacán habitaban en casas de materiales perecederos ubicadas cerca de los ríos, los mangles y la costa, y su alimento era provisto por el mar, aunque también pudieron consumir productos agrícolas procedentes de la llanura aluvial o la sierra. En cuanto a su cosmología, se podría pensar que dotaban de agentividad al mar, al cual humanizaban y practicaban cultos para solicitar buenas pescas de camarón y pescado. De esta manera, tanto las casas, campamentos pesqueros y puntos geográficos asociados al mar posiblemente fueron lugares llenos de memorias individuales y colectivas que ayudaron a la conformación de identidades.

En cuanto a los senderos, a partir de la descripción de la Segunda Relación Anónima (García Icazbalceta, 1866c), vemos que los grupos costeros se movían en

embarcaciones a través de los ríos y las rutas marítimas. En el caso de Culiacán, me parece que el traslado en los ríos permitía comunicarse con los pobladores de la tierra adentro y el marino ayudaba a bordear la costa, pero también a desplazarse mar adentro. Ahora bien, a diferencia de los lugares y sederos, los datos históricos descritos no proveen de información sobre el papel del horizonte entre los grupos costeros.

Por lo que se refiere a los habitantes de la llanura aluvial los documentos sobre la población tahue nos dicen que los antiguos habitantes de la llanura aluvial eran principalmente agricultores, aunque también se dedicaban a la caza y la pesca. Habitaban en pueblos que tenían un patrón de asentamiento nucleado donde las casas eran de bajareque y la mayoría de ellas contaba con una ramada. En los poblados grandes se realizaban tianguis donde se intercambiaban materias primas, productos del campo y del mar, y de bienes de prestigio. Así, las comunidades del valle de Culiacán eran los lugares, en términos de Augé (1995).

En cuanto a la organización social, los datos históricos nos llevan a pensar que tanto hombres como mujeres podían ser principales, aunque el acceso al poder tenía que ver con el parentesco, resultado de alianzas matrimoniales. Por otra parte, es probable que la llanura aluvial estuvo habitada por diferentes grupos étnicos que, en ciertos momentos se aliaban y en otros se encontraban en guerra.

Otra inferencia a la que podemos llegar es que los senderos eran los ríos o los caminos en la tierra. En el primer caso se tendría que navegar y seguir el curso del agua, mientras los segundos iban tierra adentro y conectaban poblaciones (V. Ortega & Grave, n.d.). En cuanto al horizonte, siguiendo la información de la región cahíta, se puede pensar que la observación de los astros era fundamental para el establecimiento del calendario agrícola y ritual en la zona de los ríos.

Por último, creo que el mundo de vida del pie de sierra pudo ser parecido al de las sociedades del Gran Nayar. Evidencia de ello es que tanto la arqueología como los documentos históricos hablan de un patrón de asentamiento disperso. De igual manera, me parece que el sitio arqueológico La Mora, de manera similar a lo descrito en la Mesa del Nayar, pudo ser un lugar ritual donde se representaron

motivos, dioses y lugares sagrados, y donde se observó el horizonte, particularmente el poniente y el oriente para la creación de un calendario agrícola y ritual asociado con la geografía.

Para final este apartado quisiera apuntar que la evidencia documental apoya la idea de tres mundos de la vida en Culiacán y al mismo tiempo nos muestra la posibilidad de que los moradores de estos mundos se entendieron e interrelacionaron, ya fuera a través de relaciones de comercio, de parentesco, relaciones políticas o religiosas. Posiblemente, como lo propone Güereca (2018: 503), en el pasado las sociedades indígenas fueron mestizas o interétnicas que, de acuerdo a sus intereses establecían alianzas o guerras. En este sentido, la evidencia arqueológica, especialmente la cerámica, la concha y la obsidiana, ubicada tres áreas denota, si no una cohesión a nivel ideológica, al menos que puntos de confluencia en el pensamiento mágico, tal vez asociados al sacrificio humano como lo ha explorado Gómez (2018).

8. La relación ser humano-medio ambiente entre los grupos indígenas contemporáneos

En la actualidad, muchos de los grupos indígenas que describí en el capítulo anterior han desaparecido, particularmente los tahues que habitaban en el valle de Culiacán. De acuerdo con López Castillo (2014), desde el establecimiento de la villa de Culiacán la población indígena comenzó a decrecer, inclusive hacia finales del siglo XVI hay registro de pobreza general en las encomiendas dado el escaso número de indios (López Castillo, 2014: 86). Esta crisis demográfica se acentuó en el siglo XVII, ejemplo de ello es que hacia 1671 se contaban solamente 16 pueblos de indios en la margen sur del río Culiacán, área que se denominó “valle de tahues” (López Castillo, 2014: 116). En contraste con la reducción de la población indígena, durante ese siglo creció la hispana. La tendencia en menguar los espacios indígenas continuó hasta la segunda mitad del XVIII, al acelerarse la ocupación de suelos rurales por parte de la sociedad de origen española (López Castillo, 2014: 90,102,119).



Figura 98. Los asentamientos indígenas en Sinaloa en 1690. En color rojo se destaca el valle de tahues. Tomado y modificado de López Castillo (2014: 117)

No obstante, tanto en la región cahíta como en el Gran Nayar hoy día habitan pueblos donde ha sobrevivido “la tradición o el costumbre”, el cual presenta rasgos de larga duración que pueden dar indicios sobre las cosmologías pasadas pese a las transformaciones que han sucedido a lo largo del tiempo (Camacho Ibarra, 2017: 45; Moctezuma et al., 2016: 239; Neurath, 2008). En la primera viven los yaquis y mayos, en los ríos homónimos, y en la segunda moran los coras, huicholes, tepehuanes y mexicaneros. A diferencia del punto de vista de la arqueología procesual (Binford, 2004), creo que ninguno de estos grupos son fósiles del pasado, sociedades atrapadas en el tiempo, alejadas de las dinámicas globales (Güereca, 2018: 89). Antes bien, considero se trata de grupos que han sabido apropiarse nuevos elementos y conservar otros, se han adaptado a la realidad social contemporánea y actualmente están insertos en el mundo global desde su propia trinchera.

De cualquier manera, aquí el punto que me interesa resaltar son las cosmologías de estos grupos, pues, además de localizarse próximos a nuestra área de investigación arqueológica, estas tienen mucho que ver con la relación que los seres humanos mantienen con su ambiente, tanto en el día a día como en fechas especiales, las cuales coadyuvan al establecimiento o reafirmación de identidades a nivel personal y de etnia. Recientemente, a partir de trabajos etnográficos sobre rituales y mitos se ha hecho un análisis sobre las ontologías regionales que, a ojos de los investigadores, oscilan entre el animismo y el analogismo (Moctezuma Zamarrón, López Aceves, & Merino, 2015; Neurath, 2015). En las siguientes páginas describiré, de manera breve, la manera en que estas sociedades conciben y experimentan su paisaje, haciendo énfasis en los lugares, senderos y horizontes.

8.1 El caso de los pueblos cahitas

Para los yaquis y los mayos todo lo existente, ya sea material e inmaterial, procede del *Juyya Ania* o el mundo del monte. El *Juyya Ania* es la naturaleza, el orbe mismo, el lugar que provee todo lo necesario para subsistir y donde las personas iniciadas

acuden para pedir dones y afianzar sus habilidades (López Aceves et al., 2015: 41; Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 79-81,84; Sánchez Pichardo, 2011: 59,160). Asimismo, es el sitio donde moran seres míticos asociados al origen del mundo como: el sapo y la tortuga, la liebre, la culebra, las aves, el venado, el coyote y la lagartija y el alacrán. Dichos animales son antepasados venerados que se negaron a aceptar el catolicismo y se refugiaron en el monte, pero al mismo tiempo son portadores de la normatividad de la tradición, cuyo seguimiento diferencia a los yaquis y mayos de los mestizos, y los hace ser personas (López Aceves et al., 2015: 40; Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 78). De esta manera una característica del pensamiento cahíta que permea su percepción y concepción del paisaje es que los seres humanos y no humanos comparten una interioridad similar, ambos “tienen alma” y agencia, pero su *fisicalidad* es diferente. Esta presencia de alma en lo no humano se relaciona con el linaje, pues se cree que los animales míticos son los antepasados sagrados (Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 81).

Particularmente, para los yaquis el paisaje, denominado *Toosa* o nido está integrado por la sierra (*kawi*), el mar y el río (*bawe*), el monte (*juyya*), las tierras de cultivo (*wasan*) y los pueblos (*pweplum*), y cuenta con límites asociados a una geografía ritual: al norte y sur por cerros, al oriente por la sierra y al poniente por el Mar de Cortés, todo él está embebido del *Juyya Ania* (Lerma, 2014: 63, 119).

El *Juyya Ania* se manifiesta en lugares físicos como las cuevas, el monte, el río, las ramadas, los cuatro rumbos del universo, la sierra y el mar (Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 78; Sánchez Pichardo, 2011: 160). Particularmente, sitios como los agujeros, abrigos rocosos y árboles frondosos son puntos donde los iniciados pueden entrar para otra dimensión espacio-temporal y establecer vínculos con los antepasados u otras entidades, a fin de obtener beneficios (Lerma, 2014: 95-97; Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 83-85).

En el caso del mar, el mundo del agua o la mar vieja, de acuerdo con los yaquis es un lugar sagrado personificado por la reina del mar, una anciana o la virgen del Carmen, quien reclama las almas de las personas que hicieron pactos con ella (Lerma, 2014: 115; Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 90). Al igual que en

el monte, en el mar también moran los ancestros que no quisieron bautizarse y las almas de los que murieron sin rituales funerarios. (Lerma, 2014: 115). La mar, como consecuencia de poseer alma, tiene personalidad. Se caracteriza por ser agresiva y molestarse por la presencia de visitantes irrespetuosos, así como de mujeres menstruantes. Los pueblos pesqueros visitan la mar y la celebran el 14 de julio, hacia la segunda mitad del siglo XX como parte del festejo se hacían recorridos en panga, en su honor, llevando la imagen de la virgen a cuestras (Lerma, 2014: 116). Por su parte, los mayos llaman al océano *Aguca'ánia* o lugar del agua, es también parte del *Juyya Ania* y se asocia con el punto de origen del ser y la fertilidad, de donde proviene el ser humano (Gutiérrez del Ángel, 2006: 199)

Ahora bien, las ramadas son materializaciones del *Juyya Ania* en los pueblos (Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 84). Se trata de construcciones hechas con troncos de mezquite y ramas verdes de álamo que sirven como conexión entre el mundo natural y los habitantes mayos y yaquis (Medina, 2008: 322; Sánchez Pichardo, 2011: 59).

En el caso de los mayos existen tres tipos de ramadas: las de casa, las festivas de cerro y los ramadones mayores. Las primeras se ubican, a veces de manera adosada, en las casas de las familias que participan en las fiestas y cuyos miembros ocupan cargos importantes. Las de cerro se localizan en elevaciones y son hechas para fines comunitarios. Por último, los ramadores mayores se encuentran en los centros ceremoniales tradicionales (Medina, 2008: 329-333). De acuerdo con Medina (2008: 324), las ramadas son, además de la representación del *Juyya Ania*, marcadores del desplazamiento solar durante el día y el año, pues la arquitectura se basa en el rumbo del oriente y en las paradas solsticiales y equinocciales del sol durante su tránsito anual.

Al interior de las ramadas se llevan a cabo rituales donde se ejecuta música y danzas del venado y pascolas, cuyo objetivo es llevar los seres del monte a la vida material de los cahítas. Los danzantes, al portar máscaras de animales, tenábaris y flores y desarrollar sus coreografías dejan su humanidad y se transforman en seres míticos. Y es que la música y danzas versan sobre los animales moradores del

Juyya Ania, quienes fueron los primeros pobladores del mundo, en los cuales los humanos que llevan la tradición están destinados a convertirse (Moctezuma Zamarrón et al., 2015: 87; Sánchez Pichardo, 2011).

Por último, entre los mayos las danzas de venado y pascola se desarrollan a lo largo del año. No obstante, se realizan de manera diferente dependiendo la estación del año. Durante la época de secas, especialmente entre el inicio de la cuaresma y el miércoles de tinieblas, el ritual se realiza en el día, lo cual es una excepción a la regla. El resto del año, particularmente en la temporada de lluvias, los rituales vinculados con fiestas patronales y la virgen, se ejecutan en la noche y culminan en la mañana. Según Sánchez Pichardo (2011: 169), las danzas implican una inversión del cosmos pues la actividad del día se pasa a la noche, y al mismo tiempo aluden a transición cósmica, indicando el recorrido nocturno del sol.

8.2 La perspectiva de los grupos del Gran Nayar

En el caso del Gran Nayar, la definición de paisaje es similar entre los grupos serranos que lo habitan. El mundo consiste en un espacio habitado que se extiende hacia los cuatro rumbos cardinales y un punto central que comunica al zenit y el nadir, formando así una geografía ritual.

Para los huicholes, el mundo tiene forma de rombo y los vértices de esta figura geométrica se materializan en lugares que corresponden con “las líneas trazadas por el sol en sus aparentes desplazamientos diarios entre el Oriente y Poniente y su visible movimiento anual en dirección Norte-Sur” (Neurath et al., 2003: 46). Al oeste de la sierra se encuentra *Haramatsie*, en San Blas Nayarit, al norte se encuentra *Hauxamanaka* o el Cerro Gordo en la sierra de Durango. Al este se localiza *Wirikuta* y el Cerro del Amanecer en el desierto de Real Catorce, San Luis Potosí, y al sur se ubica *Xapawiyemeta*, en la isla del Alacrán, en el Lago de Chapala, Jalisco; finalmente el centro del territorio huichol, en la sierra, es el punto que permite el descenso al inframundo y/o el ascenso al cielo. Cada uno de los lugares descritos tiene una referencia en el mito de la creación del mundo huichol.

En este mito se cuenta sobre una inundación primigenia donde *Watakame*, un huichol, y su perrita se pusieron a salvo al resguardarse al interior de un tronco seco. Durante la inundación, la embarcación de *Watakame* hace un recorrido por la geografía sagrada en sentido levógiro o antihorario, comenzando por el poniente hasta llegar al centro, en la sierra

Los coras conciben el mundo como una jícara rodeada de agua que cuenta con seis rumbos: oriente, poniente, norte, sur, cénit y nadir. En el oriente-arriba está Real de catorce, lugar de donde proceden las lluvias y la fertilidad, el semen que fertiliza la tierra. En el poniente-abajo está San Blas y el mar, ahí llegan las lluvias después de haber recorrido el mundo. La Laguna de Santa Teresa es el norte, donde se hallan restos del diluvio primigenio. “El sur es La Laguna (cercana a Tepic y actualmente seca)” y el centro es el cerro *Tuáaca-mu’u-ta*, “dedicado al dios del sol y a su culto” (Guzmán, 2002: 85). *Tayá’u* es el sol y a él le corresponde el cénit, su poder se incrementa o decrece dependiendo de la época. En la mitología cora se describe que, al principio de los tiempos, la diosa *Ta-náàna* cruzó dos flechas e hizo un tejido en rombo pasando sus cabellos a manera de trama y urdimbre y tejió “un ojo de dios”, después lo colocó sobre el suelo y dispuso que todos los antepasados danzaran sobre él, en sentido inverso a las manecillas del reloj, así el mundo se extendió (Guzmán, 2002: 90; Preuss, 1998c: 257-258).

Por lo que respecta a los tepehuanes, Reyes (2006: 72) describe la concepción del mundo de manera equiparable a la jícara cora, especialmente en el patio de mitote donde esta se representa. De acuerdo con el investigador, durante el mitote tepehuan se hace énfasis en la geografía ritual de eje oriente poniente, aunque tampoco se deja de lado la norte-sur.

En este punto cabe hacer una aclaración. Los mitotes del Gran Nayar son ceremonias desarrolladas con el fin de mantener el ciclo agrícola y ritual anual. Los mitotes pueden ser comunales o parentales, se realizan en honor a santos católicos o durante momentos asociados con las fases de crecimiento del maíz. Por ejemplo, en Santa Teresa del Nayar, comunidad cora, se efectúan tres mitotes agrícolas: el de la chicharra, el de los elotes o el maíz tierno y del esquite o maíz seco (Castillo,

2014: 29). Durante los mitotes cambia la percepción del tiempo, los participantes y asistentes vuelven al mundo primigenio donde el cosmos fue conformado. Los diferentes actores representan la batalla astral entre el sol y las estrellas, lo seco y lo húmedo simbolizado a través de las fuerzas diurnas y nocturnas, el estío y las lluvias. En estos rituales se realizan una serie de danzas donde las estrellas matan al sol, pero este renace triunfal. El mitote se realiza con el fin de “asegurar el triunfo del sol y de las estrellas sobre la serpiente de la aurora, así la noche solo durará como debe durar, y la serpiente de la aurora no causará un nuevo diluvio” (Preuss, 1998b: 109, 1998a: 152). Finalmente, la victoria del sol se relaciona con la continuidad de la siembra y la cosecha de los productos agrícolas que permiten la subsistencia (Preuss, 1998a: 152).

Ahora bien, los mitotes se desarrollan en una arquitectura particular, en el caso de los huicholes se trata del *tukipa* o centro ceremonial. De acuerdo con Gutiérrez del Ángel (2006: 183-185) la arquitectura del centro ceremonial no es arbitraria pues tiene una disposición particular, una función cosmogónica, está relacionada con la organización ritual y con la organización política. El *tukipa* se integra por tres elementos básicos: un patio, un *tuki* y un *xiriki*. El patio es de forma circular y es el espacio abierto donde se ejecutan las danzas, representa el desierto de *Wirikuta*, lugar a donde los huicholes peregrinan.

El *tuki* es una estructura circular ubicada al occidente del patio, la peculiaridad de esta construcción es que se encuentra un escalón por debajo del nivel de la tierra. Esta construcción está asociada con el océano, el inframundo, el poniente, la fertilidad (Gutiérrez del Ángel, 2006: 186-187). Por último, el *xiriki* es un edificio de planta rectangular ubicado al oriente del patio, edificado en la cima de tres escalones dispuestos sobre el patio. Esta estructura tiene que ver con el sol, la creación y el Cerro del Amanecer en *Wirikuta*, lugar del origen solar (Gutiérrez del Ángel, 2006: 187). De esta manera, los centros ceremoniales son representaciones de la geografía ritual donde se enfatiza la oposición complementaria del oriente/arriba-*Wirikuta* y el poniente/abajo-costa del Pacífico.

Además de la arquitectura, las referencias a la geografía ritual, particularmente al rumbo del oriente, se hacen presentes en el Gran Nayar con réplicas a nivel local. Los tepehuanes de Santa María de Ocotán consideran al cerro del Alacrán, al oriente de la comunidad, como uno de los principales lugares de culto –es el cerro principal-, tanto así que en su cumbre se localizan dos capillas y en ciertos momentos del ciclo ritual anual se realizan peregrinaciones a la cumbre, al manantial o al lugar de la nieve (Reyes, 2006: 43). Por su parte, en las comunidades huicholas se hallan réplicas naturales del Cerro del Amanecer. De acuerdo con Neurath (2003: 59), normalmente el cerro situado al oriente se convierte en el más importante, aunque se conserva la advocación local, y en sus cuestas también hay cinco escalones, a manera de la escalera de padre sol.

En la actualidad, la idea de la escalera al cielo se encuentra en diferentes objetos y lugares de los grupos serranos. Por un lado, Jaúregui y Magriñá (2007) reportan la presencia de escaleras de arena entre los coras de San Juan Corapán las cuales guardan esta connotación solar. Por otro lado, cerros sagrados como el Cerro del Amanecer, situado en Real de Catorce, San Luis Potosí o el Cerro del Alacrán, en la sierra de Durango, son considerados como escaleras del padre sol para los huicholes y los tepehuanes del sur (Neurath, 2002; Reyes, 2006). Finalmente, otra de las representaciones del oriente se dan en ofrendas *imumui*, que son pequeñas pirámides escalonadas cuyo fin es ayudar a que el sol suba al cielo (Neurath et al., 2003: 60).

Finalmente, otra manifestación de la geografía sagrada así como del seguimiento de senderos se encuentra en el mito del camino de los muertos tepehuán. Entre los tepehuanes del sur, se cree que al morir una persona y tras ser sepultada, su *kakoi*¹⁴ emprende el camino hacia el poniente, al Chamet, lugar

¹⁴ Los tepehuanes consideran que los humanos están compuestos por el *ii'mda* y el *kakoi*; el primero se trata del principio vital o la fuerza de la vida que está presente en todos los seres, humanos o no. Cuando acontece la muerte biológica no se habla más del *ii'mda*. Algunas personas afirman que esta entidad regresa al cielo con Dios. En cambio, lo que permanece es el *kakoi* a lo que en español se refieren como el “penado” que inicia su camino a Chamet [...] Después de las ceremonias mortuorias y transcurrido el tiempo en que el *kakoi* purga su condena en un camino lleno de vicisitudes, al chamán le salva de la oscuridad y la devuelve al cielo como *ii'mda*, de donde podrá retornar posteriormente en otro cuerpo (Andrés Oseguera et al., 2015: 108-126).

considerado como la última morada de los muertos, asociada al cerro del Yauco y Chametla, en el Rosario, Sinaloa (Andrés Oseguera et al., 2015: 108-126; Rangel, 2008: 42,52; Reyes, 2013: 255). A lo largo de la geografía ritual del camino los muertos, el alma hace paradas en varias estaciones que tienen como finalidad prepararlo a través de castigos o gratificaciones, de acuerdo con su vida terrenal, para llegar a su destino final.

8.3 Interpretaciones arqueológicas con base en la analogía etnográfica

A partir de los datos etnográficos expuestos podemos realizar algunas analogías con el registro arqueológico descrito en el capítulo 3 y marcar continuidades con las tradiciones enunciadas en la primera parte de este capítulo. No obstante, primero es necesario ofrecer una pequeña recapitulación. Como hemos visto, una constante entre los grupos indígenas de la región cahíta y el Gran Nayar es atribuir agencia a seres no humanos, ya sea animales, lugares, rocas, plantas, pues estos personales tuvieron un papel importante en la creación del mundo y aún tienen influencia durante momentos liminales como las festividades y las peticiones de dones como la música y la danza.

Otro punto en común es el establecimiento de un paisaje ritual cuyos límites o vértices tienen que ver con relatos y seres míticos. Este paisaje ritual está asociado con los cuatro puntos cardinales y con el tránsito solar anual. Igualmente, la arquitectura ritual como los ramadones y los patios de mitote suelen ser representaciones de esta geografía donde se experimenta la llegada de seres sobrenaturales a través de la música y la danza.

Ahora bien, si llevamos estos planteamientos básicos al pasado de Culiacán tenemos lo siguiente. En primera, es posible que la relación ser humano-medio ambiente fuera una relación indisoluble donde las sociedades atribuyeran agencia a su geografía inmediata y mediata, pero también a seres no humanos que interactuaban con ellos. No obstante, la importancia o selección de ciertos lugares

sobre otros, tal vez tenía que ver con la influencia que tenían en sus vidas. De esta manera en el mundo de la vida de la costa, es posible que se atribuyera agencia al mar, de manera parecida a como los hacen los yaquis y que en ciertos momentos de realizaran festividades en su honor.

En cuanto a los habitantes de la llanura aluvial, hemos visto que la evidencia arqueológica apunta a una arquitectura efímera y los datos históricos apoyan esta propuesta al hablar sobre casas de bajareque y ramadas. Pues bien, me parece que, en caso de existir estas ramadas, su uso pudo ser tanto para resguardarse del sol como para elaborar ropa, además de almacén de productos del campo, pero también como un lugar para las prácticas religiosas a nivel doméstico, si atendemos al uso de las ramadas domésticas que practican los mayos. Así, es posible que este tipo de arquitectura efímera pudo tener que ver con una manifestación doméstica del ritual, sin dejar de lado la posibilidad de que también existieran ramadones ceremoniales.

En cuanto a los moradores del pie de sierra los sitios de arte rupestre asociados a los ríos, así como el asentamiento complejo de La Mora abren la posibilidad de que fueran puntos importantes en la geografía sagrada. También pudo tratarse de puertas a otras dimensiones temporales-espaciales que permitían la comunicación con los antepasados y la solicitud de beneficios personales o comunitarios. Por último, la continuidad en la representación de las escaleras del sol y la presencia de estas en los petrograbados de La Loma del Rey, en La Mora, así como la importancia de la observación del horizonte en el mismo sitio abre la posibilidad de un culto solar y su uso para un calendario agrícola, de cacería y ritual, actividades que fueron fundamentales en el pasado.

Finalmente, en cuanto a los senderos, los ejemplos etnográficos nos hablan de amplia movilidad, pues realizan peregrinaciones a lo largo de la geografía ritual como el camino a Wirikuta, o también estas peregrinaciones se representan durante los mitotes y las actividades realizadas en la arquitectura ceremonial. Pero el caminar los senderos no se limita a la vida, también los muertos siguen caminos hacia su destino final. Así, podríamos pensar que en pasado las sociedades

estuvieron interconectadas no solo mediante caminos que unían lugares, sino también a través de senderos que tenían que ver sus actividades de subsistencia como la agricultura, la cacería y la pesca, que probablemente también estaban embebidos de ritualidad. Por último, otros caminos que pudieron desarrollarse posiblemente estuvieron relacionados con sus lugares sagrados en el paisaje y los rituales que realizaban a nivel comunal, pero también doméstico.

Arqueología del paisaje de Culiacán. Recapitulación y consideraciones finales

El objetivo de este trabajo es conocer cómo fue la relación entre los seres humanos y el medio del área de los tres ríos, en el pasado prehispánico. En otras palabras, la concepción y percepción del paisaje en Culiacán antes de la llegada de los españoles. Para ello se retomó la perspectiva relacional y fenomenológica del paisaje y con esta base teórica-metodológica realicé el análisis de los datos arqueológicos producidos al momento en el valle de Culiacán, sobre todo, retomando los trabajos de Isabel Kelly (1945), Bárbara Konieczna (1973), el Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro Mazatlán (Grave et al., 2016a, 2016b, 2015) y el Proyecto Arqueológico Culiacán (Vidal et al., n.d., 2017).

A través del análisis de las características ambientales y los datos arqueológicos es que, de manera general, identifiqué tres mundos de la vida, en el pasado: uno asociado a la costa, otro vinculado a la llanura aluvial y el último relacionado con el pie de la Sierra Madre Occidental. Cada uno de ellos presenta sus propias características e incluso se divide en subáreas. El mundo de la costa se caracteriza por asentamientos de concheros situados en la zona de humedales y esteros cercanos a la bahía de Altata y Santa María. No obstante, cuenta con un área transicional situada en el Río Viejo donde los sitios tienen características tanto de la costa como de la llanura aluvial. Aquí el patrón de asentamiento es poco disperso y, al parecer, sus habitantes vivían fundamentalmente del mar, aunque también consumían productos agrícolas de regiones vecinas. Asimismo, tenían las mismas prácticas funerarias que en la zona central del valle y la sierra, y obtenían bienes escasos como la obsidiana y el cobre.

El mundo de la llanura se distingue por sitios mixtos integrados por concentraciones de materiales e inhumaciones en urnas funerarias, son vestigios de pueblos dispuestos en un patrón de asentamiento nucleado sobre la plataforma aluvial. En algunos casos, como en Mojolo, se observan restos de áreas ceremoniales cerca de las zonas habitacionales. A partir del análisis de las características de los suelos, el acceso al agua, los componentes minerales de la

cerámica y los macro-restos vegetales de este tipo de sitios, me parece que las comunidades que se asentaban aquí eran fundamentalmente agricultoras a gran escala. Sin embargo, evidencias como las conchas marinas, obsidiana el cobre y la cerámica decorada señalan que se relacionaban con áreas vecinas.

Finalmente, la zona del pie de la Sierra Madre Occidental se puede dividir en cuatro áreas: la cuenca del río Humaya, la del río Tamazula, el valle inter montano ubicado entre los dos ríos y el valle al sur del río Tamazula. En esta zona se encuentran sitios con petrograbados y arquitectura de mampostería, además de concentraciones de materiales. La mayoría de los asentamientos se ubican en la llanura de los ríos, cerca de su área de influencia o los arroyos. Con base en el análisis ambiental y de datos arqueológicos parece que los moradores serranos pudieron desarrollar la agricultura de temporal, pero también vivían de la caza, la pesca y la recolección

Ahora bien, a partir de la comparación con los documentos históricos y las fuentes etnográficas de las regiones aledañas, creo que podemos pensar a los habitantes de los tres ríos como moradores de un paisaje vivo, que funcionó como un *meshwork* pues, a manera de entramado, fue un elemento que cohesionó los diferentes aspectos de la vida de quienes habitaron la región: la alimentación, la arquitectura, la agricultura, la cacería, la pesca, las guerras, las alianzas matrimoniales, la organización política, las actividades rituales.

La perspectiva de un paisaje vivo, con una geografía ritual particular, como se observó en los grupos indígenas a la llegada de los españoles, y en los actuales cahítas y moradores del Gran Nayar, permite pensar en la experiencia del paisaje pretérito en términos de animismo, de manera similar a la descrita por Bird-David (1999), donde la conformación y experimentación de lugares, senderos y horizontes posiblemente dio la pauta para conformar identidades individuales y colectivas, de acuerdo con la ubicación en el paisaje de los tres ríos. Así, la identidad costera tendría que ver con la vida en el mar y culto al océano, la de los valles con la navegación en los ríos, pero principalmente en el ciclo agrícola, el temporal de lluvias y el culto a los antepasados. Finalmente, la perspectiva serrana se vincularía

con la observación del tránsito solar asociada a las montañas y barrancas, así como posiblemente un culto guerrero y agrícola, si nos atenemos a la comparación con los acaxeos y xiximes.

A través de estas líneas he tratado de conjuntar y sistematizar las escasas investigaciones y múltiples rescates desarrollados en el área de los tres ríos a lo largo del tiempo. La conjunción de los datos arqueológicos, históricos y etnográficos nos han mostrado posibilidades sobre la manera que este paisaje se experimentó en el pasado. Como resultado, hemos visto que seguramente este no era un espacio muerto, sino que estaba vivo y abarcaba prácticamente todos los ámbitos de la vida de la gente. Esta perspectiva nos ha ayudado a mostrar que, contrario al planteamiento histórico cultural, las sociedades no eran estáticas, sus “fronteras” oscilaban y las comunidades eran mestizas. De igual manera, el estudio enfocado en el paisaje dio la oportunidad de vislumbrar tres posibles mundos de la vida e identidades *grosso modo*. No obstante, hay que considerar que, seguramente, tanto los mundos como la identidad eran cambiantes y se transformaron a lo largo del tiempo, de acuerdo con los reajustes sociales que acontecieron en el devenir de la historia.

Este trabajo representa un primer esfuerzo por reflexionar sobre cómo fue la vida de la gente que habitó esta región en el pasado y su relación su medio ambiente que, al día de hoy, sin contar el calor extremo, es favorable para vivir. Al mismo tiempo, al investigar el paisaje desde un aspecto tanto sincrónico como diacrónico, he tratado de humanizar los vestigios arqueológicos de Culiacán, más allá de establecer tipologías y secuencias, a partir de la convivencia y los datos que me proporcionaron los actuales habitantes de la costa, la llanura y la sierra.

Finalmente, al ser un trabajo inicial considero que falta un arduo camino para lograr tener un panorama regional sobre Culiacán en la época prehispánica, Desde mi punto de vista es necesario, en primer lugar, el desarrollo de excavaciones

extensivas y controladas que nos permitan reconocer una secuencia estratigráfica de manera certera. En segundo lugar, es necesario realizar dataciones absolutas para posicionar los vestigios en el tiempo y, en tercero, un análisis sistemático del arte rupestre, a fin de caracterizar las regiones y tratar de acceder a la cosmología que reinaba en el pasado. Si en un futuro cercano nos enfocamos en al menos estas tres tareas, creo que por fin podríamos tener una pequeña parte del rompecabezas de los tres ríos.

Bibliografía

- Alberti, B., & Marshall, Y. (2009). Animating archaeology: Local theories and conceptually open-ended methodologies. *Cambridge Archaeological Journal*, 19(3), 344–356. <https://doi.org/10.1017/S0959774309000535>
- Alberti, B. y, & Bray, T. L. (2009). Introduction. *Cambridge Archaeological Journal*, 19(3), 337–343. <https://doi.org/10.1017/S0959774309000523>
- Álvarez Palma, A. M., Carballal, M., Gámez, L., Grave, L. A., Manzanilla, R., Moguel, M. A., ... Yoma, M. R. (2005). *Historia General de Sinaloa, Época Prehispánica*. (C. Gaxiola, José; Zazueta, Ed.). El Colegio de Sinaloa.
- Álvarez Palma, A. M., & Villalpando, E. (1979). *Informe de reconocimiento de superficie del norte de Sinaloa y sur de Sonora, octubre-noviembre 1978*. México.
- Álvarez, S. (2006). De “zacatecos” y “tepehuanes”: dos dilatadas parcialidades de los chichimecas norteños. In C. Cramaussel & S. Ortelli (Eds.), *La Sierra Tepehuana. Asentamientos y movimientos de población* (pp. 97–128). México: El Colegio de Michoacán, UJED.
- Álvarez, S. (2009). *El indio y la sociedad colonial norteña siglos XVI-XVII*. Durango: Instituto de Investigaciones Históricas/UJED, El Colegio de Michoacán A.C.
- Arias y Saavedra, A. (1990). Información rendida en el siglo XVII por el P. Antonio Arias y Saavedra acerca del estado de la Sierra de Nayarit y sobre culto idólatrico, gobierno y costumbres primitivas de los coras. In T. Calvo (Ed.), *Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII. Colección de documentos para la historia de Nayarit I* (pp. 284–309). México: UdG, CEMCA.
- Augé, M. (1995). *Los "no lugares": espacios del anonimato: una antropología de la modernidad*. Barcelona: Gedisa. <https://doi.org/8474324599>
- Augé, M. y, & Colleyn, J. P. (2014). *Qué es la antropología*. Buenos Aires: Editorial Paidós. Retrieved from <https://books.google.com/books?id=50xCMTlgJ-0C&pgis=1>
- Barrett, J. C. (2009). A phenomenology of landscape: A crisis in British landscape archaeology? *Journal of Social Archaeology*, 9(3), 275–294. <https://doi.org/10.1177/1469605309338422>
- Beals, R. (1934). *The Aboriginal Culture of the Cahita Indians, Berkeley and Los Angeles*. University of California Press.
- Beals, R. L. (1943). *The Aboriginal Culture of the Cahita Indians*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Binford, L. R. (2004). *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica.

- Bird-David, N. (1999). "Animism" Revisited: Personhood, Environment, and Relational Epistemology. *Current Anthropology*, 40(S1), S67–S91. [https://doi.org/0011-3204/99/40supp-0002\\$3.00](https://doi.org/0011-3204/99/40supp-0002$3.00)
- Blancas, J., Barba, L., Vidal, C., Grave, L. A., & Quintero, J. (n.d.). *Informe de prospección geofísica en La Mora, Culiacán, Sinaloa*. Ciudad de México.
- Bojórquez, V. (2009). *El complejo ritual Aztatlán del occidente. Interacción e innovación durante el posclásico temprano*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Bonilla, M. (1942). *De Aztatlán a México. Peregrinación de los nahoas*. Mazatlán: Imprenta de Jorge B. León.
- Bosch-Gimpera, P. (1976). Presentación. In G. Ortiz de Zárate (Ed.), *Petroglifos de Sinaloa* (pp. 9–11). México: Fomento Cultural Banamex, A.C.
- Branniff, Beatriz; Montané, Julio César; Álvarez, Ana María; Villalpando, E. (1978). *Cédula del sitio SIN:F:11:2 El Palmar*.
- Branniff, B., Montané, J. C., Álvarez, A. M., & Villalpando, E. (1978a). *Cédula del sitio SIN:F:11:1 Navito*.
- Branniff, B., Montané, J. C., Álvarez, A. M., & Villalpando, E. (1978b). *Cédula del sitio SIN:F:11:3 Las Mercedes*.
- Branniff, B., Montané, J. C., Álvarez, A. M., & Villalpando, E. (1978c). *Cédula del sitio SIN:F:11:4 La Amapa*.
- Brown, L. A. y, & Emery, K. F. (2008). Negotiations with the animate forest: Hunting shrines in the guatemalan highlands. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 15(4), 300–337. <https://doi.org/10.1007/s10816-008-9055-7>
- Brück, J. (2005). Experiencing the past? The development of a phenomenological archaeology in British prehistory. *Archaeological Dialogues*, 12(1), 45–72. <https://doi.org/10.1017/S1380203805001583>
- Buelna, E. (1887). *Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa*. México: Imp. del Sagrado Corazón de Jesús.
- Cabrero, M. T. (1987). *Informe del rescate arqueológico realizado en el Plantel Educativo COBAES 25, La Campiña, Culiacán, Sinaloa*.
- Calvo, T. (1990). *Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII. Colección de documentos para la historia de Nayarit I*. México: UdG.
- Camacho Ibarra, F. (2017). *El sol y la serpiente: el pajko y el complejo ritual comunal de los mayos de Sonora*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Carballal, M., Moguel, M. A., & Padilla, J. (1994). *Informe del rescate Puente Teófilo Noris, Plazuela Rosales, Desarrollo urbano Tres Ríos, Culiacán, Sinaloa*.

- Carpenter, J. P. (1996). *El Ombligo en la Labor: Differentiation, Interaction and Integration in Prehispanica Sinaloa, Mexico*. The University of Arizona.
- Carpenter, J. P. (2007). *Etnohistoria de la tierra caliente. Los grupos indígenas de Sinaloa al momento del contacto español*. Culiacán: COBAES DIFOCUR.
- Carpenter, J. P. (2008). El conjunto mortuario de El Ombligo: su análisis e interpretación. In G. Ekholm (Ed.), *Excavaciones en Guasave, Sinaloa* (pp. 149–181). México: ed. Siglo XXI.
- Castillo, F. (2014). *Nahué'ra'a. El concepto de cuerpo entre los coras de Santa Teresa del Nayar*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Centro INAH Sinaloa. (n.d.). *Semblanza de los trabajos arqueológicos de Héctor Gálvez en Sinaloa*. Culiacán.
- Córdova, G. (2015). The River Suchil Valley Project, Zacatecas and Durango 10 Years of its Inception. In *80 reunión anual de la Sociedad Americana de Arqueología*. San Francisco, California.
- Coupaye, L. (2013). *Growing Artefacts, Displaying Relationships. Yams, Art and Technology amongst the Nyamikum Abelam of Papua New Guinea*. New York: Berghahn Books.
- Criado Boado, F. (1988). Arqueología del paisaje y espacio megalítico en Galicia. *Separata de Arqueología Espacial*, 12, 59–117.
- Criado Boado, F. (1991). Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana*, 24, 5–30.
- Criado Boado, F. (1999). *Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje* (Primera Ed). Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidade de Santiago de Compostela.
- Descola, P. (2012a). Del totemismo como ontología. In *Más allá de naturaleza y cultura* (pp. 221–259). Buenos Aires: Amorrortu.
- Descola, P. (2012b). El animismo restaurado. In *Más allá de naturaleza y cultura* (pp. 199–219). Buenos Aires: Amorrortu.
- Descola, P. (2012c). Las certezas del naturalismo. In *Más allá de naturaleza y cultura* (pp. 260–300). Buenos Aires: Amorrortu.
- Descola, P. (2012d). Los vértigos de la analogía. In *Más allá de naturaleza y cultura* (pp. 301–343). Buenos Aires: Amorrortu.
- Descola, P. (2012e). *Más allá de naturaleza y cultura. Cultura y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Diguet, L. (1992). Chimalhuacan y sus poblaciones antes de la conquista española. Contribución a la etnografía precolombina de México. In J. Jaúregui, Jesús; Meyer (Ed.), *Por tierras occidentales, entre sierras y*

- barrancas* (pp. 65–107). CEMCA INI.
- Edmonds, M. (1999). *Ancestral Geographies of the Neolithic: Landscape, monuments and memory*. *American Journal of Archaeology* (Vol. 105). London and New York: Routledge. <https://doi.org/10.2307/507417>
- Ekholm, G. F. (2008). *Excavaciones en Guasave, Sinaloa*. México: Siglo XXI editores.
- Espinoza, S. (2016). Completamente saqueadas urnas de Altamura. Retrieved from <http://www.lineadirectaportal.com/movil/publicacion.php?id=287598&origen=t&seccionID=2&galeria=0&back=index.php>
- Fleming, A. (2006). Post-processual landscape archaeology: A critique. *Cambridge Archaeological Journal*, 16(3), 267–280. <https://doi.org/10.1017/S0959774306000163>
- Fresán, M. (2002). *Nierika. Una ventana al mundo de los antepasados*. México: CONACULTA- FONCA, 2002.
- Gálvez, H. (1968). *Informe preliminar de los trabajos realizados en el área arqueológica de Culiacán, Sinaloa, sitio ejido Los Mezcales*.
- Gámez García, E. (2007). *Historia antigua de Sinaloa, del Mocorito al Zuaque*. Culiacán: El Colegio de Sinaloa.
- García Icazbalceta, J. (Ed.). (1866a). Cuarta relacion anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia. In *Colección de documentos para la historia de México. Tomo II* (pp. 460–483). México: Antigua Librería, Portal de Agustinos N. 3. Retrieved from http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012401_C/1080012402_T2/1080012402_T2.html
- García Icazbalceta, J. (Ed.). (1866b). Primera relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia. In *Colección de documentos para la historia de México. Tomo II* (pp. 288–295). México: Antigua Librería, Portal de Agustinos N. 3. Retrieved from http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012401_C/1080012402_T2/1080012402_T2.html
- García Icazbalceta, J. (Ed.). (1866c). Segunda relación anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia. In *Colección de documentos para la historia de México. Tomo II* (pp. 296–306). México: Antigua Librería, Portal de Agustinos N. 3. Retrieved from http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012401_C/1080012402_T2/1080012402_T2.html
- García Icazbalceta, J. (Ed.). (1866d). Tercera relacion anónima de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia. In *Colección de documentos para la historia de México. Tomo II* (pp. 439–460). México: Antigua Librería, Portal

de Agustinos N. 3. Retrieved from
http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012401_C/1080012402_T2/1080012402_T2.html

- Gogichaishvili, A., Morales, J. J., Grave, L. A., & Vidal, C. (2015). *Resultados de datación por arqueomagnetismo de muestras del estado de Sinaloa*. Mazatlán.
- Gómez, E. (2013). *La iconografía cerámica chalchihuiteña: Análisis iconográfico de las imágenes centrales en espiral*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Gómez, E. (2018). *En busca del sentido: La arqueosemiótica en la discusión del problema Aztatlán. Análisis semiótico de vasos trípodes policromos de Sinaloa y Durango*. ENAH.
- Gómez, E., & Vidal, C. (2014a). *Cédula de registro del sitio La Laguna Colorada*.
- Gómez, E., & Vidal, C. (2014b). *De los huesos al maíz. El ciclo de la muerte y la regeneración a través de las urnas funerarias*. Querétaro.
- Gómez, E., & Vidal, C. (2015). *Informe técnico. Análisis de materiales del sitio Los Mezcales, Culiacán, Sinaloa*.
- González Hernández, G., & Beramendi, L. (2018). *Reporte de dataciones de radiocarbón del estado de Sinaloa, México*. Ciudad de México.
- González Rodríguez, L. (1993a). Destrucción de idolatrías entre los acaxées de Durango. In *El noroeste novohispano en la época colonial* (pp. 175–194). México: UNAM, Porrúa.
- González Rodríguez, L. (1993b). *El noroeste novohispano en la época colonial*. México: UNAM, Porrúa.
- González Rodríguez, L. (1993c). La etnografía acaxée de Hernando Santarén. In *El noroeste novohispano en la época colonial* (pp. 135–173). México: UNAM, Porrúa.
- Grave, L. A. (2005). *Informe de los trabajos de campo (reconocimiento de superficie y excavación) del Proyecto Arqueológico de Salvamento Libramiento Mazatlán*. Mazatlán.
- Grave, L. A. (2012a). "... Y hay tantas ciénagas que no se podía andar". *El sur de Sinaloa y el norte de Nayarit, una región a lo largo del tiempo*. México: INAH.
- Grave, L. A. (2012b). *Informe final del rescate arqueológico UPSIN (Universidad Politécnica de Sinaloa)*. Mazatlán.
- Grave, L. A. (2014). La pesca y las salinas en las marismas del sur de Sinaloa. Arqueología y etnohistoria. In G. López Castillo, L. A. Grave Tirado, & V. J. Santos Ramírez (Eds.), *De Las Labradas a Mazatlán. Historia y Arqueología* (pp. 217–237). Culiacán: Centro INAH Sinaloa, H. Ayuntamiento de Mazatlán.

- Grave, L. A., Gómez, E., López, Ó., Ortega, V., & Vidal, C. (2015). *Informe primera etapa (reconocimiento de superficie), Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto-El Oro-Mazatlán.*
- Grave, L. A., Gómez, E., Vidal, C., López, Ó., Peña, Ó., & Ramírez, M. (2016a). *Informe de la segunda etapa (reconocimiento de variantes y excavación) Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro-Mazatlán, Tomo I. Reconocimiento de superficie y excavación.*
- Grave, L. A., Gómez, E., Vidal, C., López, Ó., Peña, Ó., & Ramírez, M. (2016b). *Informe de la segunda etapa (reconocimiento de variantes y excavación) Proyecto Arqueológico de Salvamento Gasoducto El Oro-Mazatlán, Tomo II. Análisis de materiales.*
- Grave, L. A., & Nava, A. (2010). *Informe final. Primera temporada de campo del Proyecto Arqueológico Río Baluarte.* Mazatlán.
- Grave Tirado, L. A. (2016). El Calón, un espacio sagrado en las marismas del sur de Sinaloa. *Estudios Mesoamericanos*, 1(8), 19–39.
- Guber, R. (2012). La entrevista etnográfica, o el arte de la “no directividad.” In *La etnografía: Método, campo y reflexividad* (pp. 69–91). Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Güereca, R. (2018). *Caciques, “lengüas” y soldados fronterizos: actores indígenas en la conquista del Nayar (1721-1722).* Tesis Doctoral en Estudios Mesoamericanos, FFyL IIFL, UNAM.
- Gutiérrez del Ángel, A. (2002). *La peregrinación a Wirikuta.* México: CONACULTA INAH UdG.
- Gutiérrez del Ángel, A. (2006). El fondo del universo, sus orillas: tukipa huichol, kiva hopi, ramadón mayo. In C. Bonfiglioli, A. Gutiérrez del Ángel, M.-A. Hers, & D. Levin (Eds.), *Las vías del noroeste III: genealogías, transversalidades y convergencias* (pp. 181–206). México: IIA UNAM.
- Guzmán, A. (2002). *Mitote y universo cora.* México: INAH UdG.
- Hodder, I. (2012). *Entangled: An Archaeology of the Relationships between Humans and Things* (First edit). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Hulse, F. S. (2008). Apéndice III. Material esquelético. In I. T. Kelly (Ed.), *Excavaciones en Culiacán, Sinaloa* (pp. 192–203). Siglo XXI editores.
- INAH. (2012). Cultura aztatlán habitó en Navolato, revela hallazgo. Retrieved from <http://inah.gob.mx/es/boletines/1549-cultura-aztatlan-habito-en-navolato-revela-hallazgo>
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays in livelihood, dwelling, and skill.* Routledge. <https://doi.org/10.1207/S15327884MCA0902>
- Ingold, T. (2007). *Lines: A brief history.* Oxon: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315625324>

- Ingold, T. (2011). *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Oxon: Routledge. <https://doi.org/10.1080/00141844.2012.678271>
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística. (n.d.). Flora y fauna. Retrieved September 22, 2016, from http://www.cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/sin/territorio/recursos_naturales.aspx?tema=me&e=25
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística. (2004). *Guía para la Interpretación Cartográfica Edafológica*. Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística. (2005). Cuaderno Estadístico Municipal de Navolato, Sinaloa. Retrieved from <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/biblioteca/ficha.aspx?upc=702825936945>
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística. (2008). Cuaderno Estadístico Municipal de Culiacán, Sinaloa. Retrieved from <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/sistemas/cem08/estatal/sin/m006/default.htm>
- IUSS Grupo de Trabajo WRB. (2007). *Base Referencial Mundial del Recurso Suelo, Primera actualización*. Roma: Informes sobre Recursos Mundiales de Suelos No. 103.
- Iwaniszewski, S. (2011). El paisaje como relación. In S. Iwaniszewski, Stanislaw; Vigliani (Ed.), *Identidad, paisaje y patrimonio* (pp. 23–37). INAH, ENAH, DEH.
- Jaúregui, J., & Magriñá, L. (2007). La escalera del Padre Sol en la Judea de los coras. *Arqueología Mexicana*, 85, 69–74.
- Johnson, M. (2000). La nueva arqueología. In *Teoría arqueológica. Una introducción* (pp. 29–54). Barcelona: Ariel.
- Johnson, M. (2012). Phenomenological Approaches in Landscape Archaeology. *Annual Review of Anthropology*, 41(1), 269–284. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092611-145840>
- Kelley, J. C., & Abbott Kelley, E. (1971). *An Introduction to the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, México. Part I: The Decorated Wares*. Carbondale: Southern Illinois University.
- Kelley, J. C., & Winters, H. D. (1960). A Revision of the Archaeological Sequence in Sinaloa, Mexico. *American Antiquity*, 25(4), 547–561.
- Kelly, I. T. (1945). *Excavations at Culiacán, Sinaloa*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Kelly, I. T. (2008a). *Excavaciones en Chametla, Sinaloa*. México: Siglo XXI editores.
- Kelly, I. T. (2008b). *Excavaciones en Culiacán, Sinaloa*. México: Siglo XXI editores.

- Knapp, A. Bernand y Ashmore, W. (1999). Archaeological landscapes: Constructed, conceptualized, ideational. In W. Knapp, A. Bernand y Ashmore (Ed.), *Archaeologies of landscape: Contemporary perspectives* (pp. 1–30). Malden: Blackwell.
- Konieczna, B., & Mayer, P. M. (1973). *Informe sobre el estado de los materiales recogidos en Altata, Sinaloa*. México.
- Latour, B. (2007). Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica. *Noûs*. [https://doi.org/10.1016/0956-5221\(96\)88504-6](https://doi.org/10.1016/0956-5221(96)88504-6)
- Lerma, E. (2014). *El nido heredado. Estudio etnográfico sobre cosmovisión. Espacio y ciclo ritual de la tribu yaqui*. México: Insituto Politécnico Nacional.
- Lizárraga Arámburu, P. (1980). *Nombres y piedras de Cinaloa. Tomo II. Petroglifos hechos a escala. Ítem pinturas en cuevas que están por los montes*. Gobierno del Estado de Sinaloa, Secretaría del Desarrollo Económico.
- López Aceves, H., Moctezuma Zamarrón, J. L., Merino, E., Morales, M. V., Fernández Ramos, M. G., & Rodríguez González, R. (2015). Introducción. In C. Good & M. Alonso (Eds.), *Creando mundos, entrelazando realidades: cosmovisiones y mitologías en el México indígena. Volumen II* (pp. 39–42). México: INAH.
- López Castillo, G. (2010). *El poblamiento en tierra de indios cahitas. Transformaciones de la territorialidad en el contexto de las misiones jesuitas 1591-1790*. México: Siglo XXI editores, El Colegio de Sinaloa.
- López Castillo, G. (2014). *Composición de tierras y tendencias de poblamiento hispano en la franja costera: Culiacán y Chiametla, siglos XVII y XVIII*. Culiacán: Centro INAh Sinaloa, H. Ayuntamiento de Culiacán.
- López, G. (1981). Relación del descubrimiento y conquista que se hizo por el gobernador Nuño de Guzmán y su ejército en las provincias de la Nueva Galicia, escrita por Gonzalo López y autorizada por Alonso de Mata escribano de S. M. Año MDXXX. In C. Marquez, A. Nakayama, R. Beltrán, F. B. Hajar, & L. A. Tostado (Eds.), *Crónicas de Culiacán 1* (pp. 13–64). Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, Instituto de Investigaciones de Ciencias y Humanidades.
- Magriñá, L. (2002). *Los coras entre 1531 y 1722*. México: INAH.
- Magriñá, L. (2013). Las coras y la Piedra Blanca de San Blas, Nayarit (siglos XVI-XXI). *Arqueología Mexicana*, 21(121), 30–37.
- Martínez Mora, E. (2007). *La Organización sociopolítica regional en la época prehispánica en el valle del río Súchil, Zacatecas*. Escuela Nacional de Antropología e Historia,.
- Medina, P. (2008). “Estar en el lomo de la tierra”. Configuración del espacio social yoreme a través de sus enramadas. Sinaloa, México. In C. Bonfiglioli, A. Gutiérrez del Ángel, M.-A. Hers, & M. E. Olavarría (Eds.), *Las vías del*

noroeste II: propuesta para una perspectiva sistémica e interdisciplinaria (pp. 319–346). México: IIA UNAM.

- Moctezuma, J. L., López Aceves, H., Merino, E., Pintado, A. P., Morales, M. V., Fernández Ramos, M. G., & Harris, C. J. (2016). Ritualidad en los valles y la sierra del noroeste de México: la semana santa entre yaquis, mayos, tarahumaras y guarijós. In A. Oseguera & A. Reyes (Eds.), *Develando la tradición. Procesos rituales en las comunidades indígenas de México. Tomo IV* (pp. 233–335). México: INAH.
- Moctezuma Zamarrón, J. L., López Aceves, H., & Merino, E. (2015). Huya ania: la matriz del mundo. In C. Good & M. Alonso (Eds.), *Creando mundos, entrelazando realidades: cosmovisiones y mitologías en el México indígena. Volumen II* (pp. 73–96). México: INAH.
- Naylor, T., & Polzer, C. (1986). *The Presidio and Militia on the Northern Frontier of New Spain: A Documentary History*. Tucson: University of Arizona.
- Neurath, J. (2002). *Las fiestas de la Casa Grande. Procesos rituales, cosmovisión y estructura social de una comunidad huichola. Etnografía de los pueblos indígenas de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad de Guadalajara.
- Neurath, J. (2008). Momias, piedras, chamanes y ancestros. Un estudio etnohistórico sobre la muerte en el Gran Nayar. In L. Báez Cubero & C. Rodríguez Lazcano (Eds.), *Vivir para morir en Mesoamérica* (pp. 23–56). México: INAH-Consejo Veracruzano de Arte Popular.
- Neurath, J. (2015). Shifting Ontologies in Huichol Ritual and Art. *Anthropology and Humanism*, 40(1), 58–71. <https://doi.org/10.1111/anhu.12068>
- Neurath, J., Alcocer, P., Coyle, P., Gutiérrez, A., Jaúregui, J., & Medina, H. (2003). Los que caminan en el amanecer. Territorialidad, peregrinaciones y santuarios en el Gran Nayar. In *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México Volumen III* (pp. 39–123). México: INAH.
- Obregón, B. (1988). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España escrita por el Conquistador en el año 1584*. México: Editorial Porrúa.
- Olmos Aguilera, M. (2011). *El chivo encantado. Estética del arte indígena en el Noroeste de México*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Ortega, J. de. (1996). *Apostólicos afares de la Compañía de Jesús en su provincia de México*. (F. J. Fluvía, Ed.). México: CEMCA.
- Ortega, S. (2010). *Historia breve de Sinaloa*. (F. de C. Económica, Ed.). México.
- Ortega, V., & Grave, L. A. (n.d.). “*Estaba hasta la mar poblado.*”
- Ortiz de Zárate, G. (1976). *Petroglifos de Sinaloa*. México: Fomento Cultural

Banamex, A.C.

- Oseguera, A., Pacheco, R., Saucedo, E., & Reyes, A. (2015). De la ambivalencia al tabú. Las transformaciones del concepto de persona en el noroeste de México. In *Cosmovisiones y Mitologías Indígenas II* (pp. 97–174). México: INAH.
- Pálsson, G. (1999). Comments on "Animism Revisited: Personhood, Environment, and Relational Epistemology." *Current Anthropology*, 40(S1), S83–S84.
- Pérez de Ribas, A. (1992). *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. México: Siglo XXI editores, DIFOCUR-Sinaloa.
- Pilar, G. del. (1866). Relación de la entrada de Nuño de Guzmán, que dió García del Pilar, su intérprete. In J. García Icazbalceta (Ed.), *Colección de documentos para la historia de México. Tomo II* (pp. 248–261). México: Antigua Librería, Portal de Agustinos N. 3. Retrieved from http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012401_C/1080012402_T2/1080012402_T2.html
- Preuss, K. T. (1998a). Dos cantos del mitote de la chicharra. In J. Jáuregui & J. Neurath (Eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss* (pp. 139–152). México: Instituto Nacional Indigenista, CEMCA.
- Preuss, K. T. (1998b). Observaciones sobre la religión de los coras. In J. Jáuregui & J. Neurath (Eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss* (pp. 105–118). México: Instituto Nacional Indigenista, CEMCA.
- Preuss, K. T. (1998c). Resultados etnográficos de un viaje a la sierra Madre Occidental. In J. Jáuregui & J. Neurath (Eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss* (pp. 235–260). México: Instituto Nacional Indigenista, CEMCA.
- Preuss, K. T. (1998d). Viajes a través del territorio de los huicholes en la sierra Madre Occidental. In J. Neurath & J. Jáuregui (Eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss* (pp. 171–199). México: Instituto Nacional Indigenista, CEMCA.
- Punzo, J. L. (1999). *Arqueología de la Mesa de Tlahuitoles. Apuntes para la historia xixime*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Punzo, J. L. (2010). *Los habitantes del valle de Guadiana 1563-1630. Apropiación agrícola y ganadera*. Durango: Instituto de Investigaciones Históricas, UJED.
- Punzo, J. L. (2013). *Los moradores de las casas en acantilado de Durango. Rememorando el mundo de la vida de los grupos serranos en el siglo XVII*.

Escuela Nacional de Antropología e Historia.

- Punzo, J. L. (2016). Revisando la cronología en la frontera norte de mesoamérica, estado de durango, México. *Arqueología Iberoamericana*, 29, 38–43.
Retrieved from <http://www.laiesken.net/arqueologia/pdf/2016/AI2906.pdf>
- Rangel, E. (2008). El Mito Del Camino De Los Muertos En La Cosmovisión Tepehuana. *Transición*, 36, 38–63.
- Rendón, D. (1995). *Culiacán en el umbral de una nueva imagen*. Culiacán: H. Ayuntamiento de Culiacán, Coordinación General de Turismo del estado de Sinaloa, ITESM.
- Reyes, A. (2004). *Pimas, pápagos y tepehuanes. Relaciones lengua-cultura entre los pueblos tepimanos del Noroeste de México y el Suroeste de los Estados Unidos*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Reyes, A. (2006). *Los que están benditos. El mitote comunal de los tepehuanes de Santa María de Ocotán*. México: INAH-UJED.
- Reyes, A. (2013). Soñar para curar. Las imágenes oníricas en el chamanismo tepehuán. In M. A. Bartolomé & A. M. Barabas (Eds.), *Los sueños y los días. Chamanismo y nahualismo en el México actual. I. Pueblos del Noroeste* (pp. 245–266). México: INAH.
- Rival, L. M. (1999). Comments on “ Animism ” Revisited: Personhood, Environment, and Relational Epistemology. *Current Anthropology*, 40(S1), S84–S85.
- Sánchez Olmedo, J. G. (1980). *Etnografía de la Sierra Madre Occidental. Tepehuanes y Mexicaneros*. México: INAH.
- Sánchez Pichardo, P. C. (2011). *La inversión del cosmos: danzas, rituales y mitos en la región yoreme*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C.
- Sanders, William T.; Parsons, Jeffrey R. y Santley, R. S. (1979). *The Basin of Mexico: ecological processes in the evolution of a civilization*. New York: Academic Press.
- Santos Ramírez, Víctor Joel; Núñez, Eduardo; Orduña, F. (2013). *Excavaciones en Mocorito, Sinaloa. Las urnas funerarias de La Estancia, Rosa Morada*. México: ed. La Flor del Océano, Centro INAH Sinaloa.
- Santos Ramírez, Víctor Joel; Orduña, Fernando; Núñez, E. (2006). *Informe del Rescate Arqueológico realizado en La Estancia, Sinaloa*. Culiacán.
- Santos Ramírez, V. J. (2008). Introducción. Las exploraciones de Isabel Kelly en el valle de Culiacán, Sinaloa. In I. T. Kelly (Ed.), *Excavaciones en Culiacán, Sinaloa* (pp. IX–XXXI). Siglo XXI editores.
- Santos Ramírez, V. J., & Orduña Gómez, F. (2015). Temporada III: Excavaciones en La Flor del Océano (II). In V. J. Santos Ramírez & J. G. de la Torre Vázquez (Eds.), *Las Labradas. Cinco años del proyecto arqueológico* (pp.

- 119–198). Culiacán: Centro INAH Sinaloa.
- Sauer, C. (1998). La distribución de las tribus y las lenguas aborígenes del noroeste de México. In *Aztlán* (pp. 95–199). México: Siglo XXI editores.
- Sauer, C., & Brand, D. (1998). Aztlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico. In C. O. Sauer (Ed.), *Aztlán*. México: Siglo XXI editores.
- Servicio Geológico Mexicano. (1999). Carta geológico-minera Chacala G13-C54.
- Servicio Geológico Mexicano. (2006). Carta geológico-minera Presa Sanalona G13-C53.
- Servicio Geológico Mexicano. (2008a). Carta geológico-minera Badiraguato G13-C32.
- Servicio Geológico Mexicano. (2008b). Carta geológico-minera Quebrada de Copalquín G13-C33.
- Servicio Geológico Mexicano. (2013a). Carta geológico-minera Culiacán G13-C52.
- Servicio Geológico Mexicano. (2013b). Carta geológico-minera Presa Adolfo López Mateos G13-C42.
- Shanks, M. (2007). Symmetrical archaeology. *World Archaeology*, 39(4), 589–596. <https://doi.org/10.1080/00438240701679676>
- Šprajc, I. (2017). Astronomy, Architecture, and Landscape in Prehispanic Mesoamerica. *Journal of Archaeological Research*, 1–55. <https://doi.org/10.1007/s10814-017-9109-z>
- Talavera, A., Flores Solís, J., Román, J. A., & Cruz, E. V. (1987). *Informe arqueológico y resultados antropofísicos del Proyecto de Salvamento Arqueológico COBAES No. 25, Culiacán, Sinaloa*.
- Téllez, B. (1997). Relación interinstitucional del PROCEDE: caso Sinaloa. In N. E. Martínez, R. A.; López, J. M.; Rodríguez (Ed.), *Memorias del Encuentro Nacional INAH PROCEDE* (pp. 1–8). Coordinación Nacional de Arqueología, DRPMZA, Centro INAH Hidalgo, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- Tello, A. (1891). *Libro segundo de la Crónica miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*. Guadalajara: Imp. de “La República Literaria” de C. L. de Guevaray Cía. Retrieved from <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080028752/1080028752.html>
- Tello, F. A. (1891). En que se trata del origen que tuvieron y de donde vinieron los indios que poblaron las tierras de Nueva España. In *Libro segundo de la Crónica Miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Nueva Galicia y descubrimiento del Nuevo México* (pp. 13–23). Guadalajara: Imprenta de “La

República Literaria”, de Ciro I. de Guevara.

- Tena, R. (Ed.). (2011). Histoire du Mechiqúe. In *Mitos e historias de los antiguos nahuas* (pp. 123–166). Dirección General del Publicaciones del CONACULTA.
- Thomas, J. (2010). Archaeology, Landscape, and Dwelling. In J. David, Bruno y Thomas (Ed.), *Handbook of Landscape Archaeology* (pp. 300–306). London and New York: Routledge.
- Thomas, J. (2012). Archaeologies of Place and Landscape. In I. Hodder (Ed.), *Archaeological Theory Today* (Second, pp. 167–187). Malden: Polity Press.
- Tilley, C. (1994). *A phenomenology of landscape: places, paths and monuments*. Oxford: Berg.
- Tilley, C. (1996). The powers of rocks: Topography and monument construction on bodmin moor. *World Archaeology*, 28(2), 161–176.
<https://doi.org/10.1080/00438243.1996.9980338>
- Tilley, C. (2004). *The Materiality of Stone. Explorations in landscape phenomenology*.
- Toro, A. (1925). Una nueva zona arqueologica en sinaloa. *Anales Del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Tomo III*(Cuarta época), 57–58. Retrieved from
<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/6762/7605>
- Vega, R. (2001). *Flora del municipio de Culiacán, Sinaloa (México): un estudio preliminar para detectar futuras áreas de protección*. Facultad de Ciencias, UNAM.
- Vicente, J. C. (2004). *Informe del rescate arqueológico realizado en el sitio La Colorada, municipios de Culiacán y Navolato, Sinaloa*.
- Vicente, J. C. (2005). *Informe del rescate arqueológico en El Palmar. Sindicatura El Dorado, Culiacán, Sinaloa*.
- Vicente, J. C. (2014). *La ocupación prehispánica y protohistórica en la provincia de Sinaloa: del siglo VI al XVIII*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Vidal, C. (n.d.). *Análisis petrográfico de la cerámica de Culiacán*.
- Vidal, C. (2011). *El intercambio en el noroccidente prehispánico: La relación entre la Rama Guadiana de la tradición arqueológica Chalchihuites y la tradición Aztatlán, entre el 600-1300d.C*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Vidal, C. (2016). *Planteamiento de proyecto y propuesta de la temporada 2016-2017 del Proyecto Arqueológico Culiacán*. Ciudad de México.
- Vidal, C., & Gómez, E. (2014). *Cédula de registro del sitio El Tecomate*.
- Vidal, C., & Gómez, E. (2017). Siguiendo el camino del sol. Pensamientos cosmogónicos compartidos entre la costa sinaloense y el valle de Guadiana.

- Arqueología*, 54, 28–42.
- Vidal, C., Gómez, E., & Díaz, Ó. (2017). *Informe técnico de la temporada 2016-2017 del Proyecto Arqueológico Culiacán*.
- Vidal, C., Gómez, E., Sánchez, H., Grave, A., Blancas, J., Grave, G., & Quintero, J. (n.d.). *Informe técnico de la temporada 2017-2018 del Proyecto Arqueológico Culiacán*.
- Vidal, C., González, G., Beramendi, L., & Grave, L. A. (2018). *Hay que darle tiempo al tiempo: balance y perspectiva de la secuencia cronológica de Sinaloa*. Ciudad de México.
- Vigliani, S. (2011). Paisaje como seguridad ontológica. In S. Iwaniszewski, Stanislaw; Vigliani (Ed.), *Identidad, paisaje y patrimonio* (pp. 39–56). INAH, ENAH, DEH.
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural* (Primera ed). Madrid: Kats Editores.
- Watts, C. (2013a). *Relational archaeologies: humans, animals, things*. Oxon: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203553138>
- Watts, C. (2013b). Relational archaeologies: roots and routes. In C. Watts (Ed.), *Relational Archaeologies: humans, animals, things* (pp. 1–20). Oxon: Routledge.
- Witmore, C. (2007). Symmetrical archaeology: Excerpts of a manifesto. *World Archaeology*, 39(4), 546–562. <https://doi.org/10.1080/00438240701679411>
- Zedeño, M. N. (2009). Animating by association: Index objects and relational taxonomies. *Cambridge Archaeological Journal*, 19(3), 407–417. <https://doi.org/10.1017/S0959774309000596>
- Zedeño, M. N. (2014). Methodological and analytical challenges in relational archaeologies: A view from the hunting ground. In *Relational Archaeologies: Humans, Animals, Things* (pp. 117–134). <https://doi.org/10.4324/9780203553138>

Anexo 1. Tablas de elementos registrados en sitios arqueológicos del valle de Culiacán

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Elementos registrados							Referencias	
			Entierros	Arte rupestre	Conchero	Concentraciones de materiales	Montículos	Arq. Perecedera	Arq. mampostería		Horno
1	PAC-001	Los Mezcales	X								Gálvez 1968, Téllez, 1998a; Vidal & Gómez, 2015; Vidal et al. 2017
2	PAC-002	Tepuche				X					Téllez 1998b, Vidal et al. 2017
3	PAC-003	Quebrada Honda		X							Ortiz de Zárate, 1976; Lizárraga, 1980; Vidal et al. 2017
4	PAC-004	Los Arados		X							Vidal et al. 2017
5	PAC-005	Mojolo 1							X		Vidal et al. 2017, n.d.
6	PAC-006	Mojolo 2				X					Vidal et al. 2017, n.d.
7	PAC-007	Imala				X					Kelly, 1942; Téllez 1997a; Vidal et al n.d.
8	PAC-008	Jotagua 2				X					Vidal et al. 2017
9	PAC-009	Cerro Pintado/Los Naranjos		X							Ortiz de Zárate, 1976; Téllez 1996a
10	PAC-010	Yebavito	X				X	X			Kelly, 1942; Téllez, 1998c; Grave et al. 2015, 2016; Vidal et al. 2017
11	PAC-011	La Mora	X	X		X			X		Lizárraga, 1980; Téllez, 1996b; Vidal et al. 2017, n.d.
12	PAC-012	El Faro				X					Vidal et al. n.d.
13	PAC-013	Lo de Reyes				X					Vidal et al. n.d.
14	PAC-014	Bachimeto				X	X				Kelly 1942; Vidal et al n.d.
15	PAC-015	Toboloto				X					Kelly 1942; Vidal et al n.d.
16	1	La Fundición				X					Kelly, 1942
17	2	Columpio				X					Kelly, 1942
18	I	Las Lomitas					X				Kelly, 1942
19	II	La Mezcalera					X				Kelly, 1942
20	III	La Loma					X				Kelly, 1942
21	IV	Cerro Izábal					X				Kelly, 1942
22	3	El Capule				X					Kelly, 1942
23	VI	La Colorada	X			X					Kelly, 1942; Vicente, 2004
24	VII	Los Alamitos	X				X				Kelly, 1942
25	6	Sinaloa					X				Kelly 1942; Braniff, 1978; Grave et al 2015
26	7	La Cofradía de Navolato					X				Kelly, 1942
27	8	Bariometo				X					Kelly, 1942
28	9	Navolato				X					Kelly, 1942
29	10	Aranjuez				X					Kelly, 1942
30	11	La Quinta					X				Kelly, 1942
31	13	Isieta				X					Kelly, 1942
32	14	Bacurimí				X					Kelly, 1942
33	15	El Cedrito					X				Kelly, 1942
34	16	Lomas de Río Viejo					X				Kelly, 1942
35	17	La Cofradía				X					Kelly, 1942
36	18	Bolsón, río arriba				X					Kelly, 1942
37	19	Bolsón, río abajo				X					Kelly, 1942
38	21	Loma del Santo					X				Kelly, 1942
39	22	Canal adyacente a Loma del Santo				X					Kelly, 1942

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Elementos registrados							Referencias	
			Entierros	Arte rupestre	Conchero	Concentraciones de materiales	Montículos	Arq. Perecedera	Arq. mampostería		Horno
40	23	La Divisa, sitio 1						X			Kelly, 1942
41	24	La Divisa, sitio 2						X			Kelly, 1942
42	25	Buenos Aires						X			Kelly, 1942
43	26	La Palma				X					Kelly, 1942
44	27	Chamisal						X			Kelly, 1942
45	28	Patagón						X			Kelly, 1942
46	29	La Roma, sitio 1						X			Kelly, 1942
47	30	La Roma, sitio 2						X			Kelly, 1942
48	31	La Roma, sitio 3						X			Kelly, 1942
49	32	Jagüecito, sitio 1				X					Kelly, 1942
50	33	Jagüecito, sitio 2				X					Kelly, 1942
51	34	Playita de Guasimillas, sitio 1			X						Kelly, 1942
52	35	Playita de Guasimillas, sitio 2			X						Kelly, 1942
53	36	Playita de Guasimillas, sitio 3			X						Kelly, 1942
54	37	Rancho Viejo de Los Pochotes						X			Kelly, 1942
55	38	Pueblo Viejo			X						Kelly, 1942
56	39	Rincón Rico, sitio 1						X			Kelly, 1942
57	40	Rincón Rico, sitio 2				X					Kelly, 1942
58	41	La Carbonera, sitio 1			X					X	Kelly, 1942
59	42	La Carbonera, sitio 2				X					Kelly, 1942
60	43	Las Calaveras (sección noreste)	X		X						Kelly, 1942
61	44	Las Calaveras (sección sureste)	X		X						Kelly, 1942
62	45	Rincón de la Nanchi	X		X						Kelly, 1942
63	46	El sordo				X					Kelly, 1942
64	47	Llacuato, sitio 1			X						Kelly, 1942
65	48	Llacuato, sitio 2			X						Kelly, 1942
66	49	Llacuato, sitio 3			X					X	Kelly, 1942
67	50	Altata, sitio 1				X					Kelly, 1942
68	51	Altata, sitio 2			X						Kelly, 1942
69	52	Altata, sitio 3			X						Kelly, 1942
70	54	El Álamo de Olimpa				X					Kelly, 1942
71	55	El Barrio				X					Kelly, 1942
72	56	Humaya				X					Kelly, 1942
73	1	Guasimitas			X						Konieczna & Mayer 1973
74	2	Sanalá			X						Konieczna & Mayer 1973
75	3	Nueva Rosita			X					X	Konieczna & Mayer 1973
76	4	Las Marías			X						Konieczna & Mayer 1973
77	5	El Laurel			X						Konieczna & Mayer 1973
78	6	El Roble			X						Konieczna & Mayer 1973

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Elementos registrados								Referencias
			Entierros	Arte rupestre	Conchero	Concentraciones de materiales	Montículos	Arq. Perecedera	Arq. mampostería	Horno	
79	7	Los Tules			X					X	Konieczna & Mayer 1973
80	8	Los Dautillos			X						Konieczna & Mayer 1973
81	9	El Potrero			X						Konieczna & Mayer 1973
82	10	El Salitre			X					X	Konieczna & Mayer 1973
83	11	El Campillo			X					X	Konieczna & Mayer 1973
84	12	El Camino			X					X	Konieczna & Mayer 1973
85	13	El Tetuan viejo			X					X	Konieczna & Mayer 1973
86	14	El Mezquite			X						Konieczna & Mayer 1973
87	15	El Hacha			X					X	Konieczna & Mayer 1973
88	16	El Estero			X						Konieczna & Mayer 1973
89	17	La Carbonera			X					X	Konieczna & Mayer 1973
90	18	Campo Californiano			X						Konieczna & Mayer 1973
91	19	La Nanchita			X					X	Konieczna & Mayer 1973
92	20	Las Calaveras			X					X	Konieczna & Mayer 1973
93	21	La Carbonera Hidalgo			X						Konieczna & Mayer 1973
94	1	Cerro del Guaco		X							Lizárraga 1980
95	2	Las Pinturas		X							Lizárraga 1980
96	3	La Piedra Chata		X							Lizárraga 1980
97	4	Río Humaya		X							Lizárraga 1980
98	6	El Zapote		X							Lizárraga 1980
99	7	Yacobito		X							Lizárraga 1980
100	8	Sanalona		X							Lizárraga 1980
101	11	Arroyito del Aguaje		X							Lizárraga 1980
102	12	Cerros de Culiacán 1		X							Lizárraga 1980
103	13	El Tule		X							Lizárraga 1980
104	15	Pueblo Viejo		X							Lizárraga 1980
105	1	La Mezcalera		X							Ortiz de Zárate 1976
106	2	El Limón de los Ramos		X							Ortiz de Zárate 1976
107	4	Jotagua		X							Ortiz de Zárate 1976
108	5	Quebrada del Amapal		X							Ortiz de Zárate 1976
109	7	El Sombrero		X							Ortiz de Zárate 1976
110	8	Arroyo del Sauz		X							Ortiz de Zárate 1976
111	GOM-021	El Batallón				X					Grave et al. 2015
112	GOM-023	Cofradía de la Estancia Número 2				X					Grave et al. 2015
113	GOM-029	Aguaruto				X					Grave et al. 2015
114	GOM-098	Conchero Monte Largo 1			X						Grave et al. 2016
115	GOM-099	Conchero Monte Largo 2			X						Grave et al. 2016
116	GOM-100	Jaquëy El Tecomate				X					Grave et al. 2016

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Elementos registrados								Referencias
			Entierros	Arte rupestre	Conchero	Concentraciones de materiales	Montículos	Arq. Perecedera	Arq. mampostería	Horno	
117	GOM-101	El Tecomate	X	X		X			X		Grave et al. 2016
118	GOM-102	Conchero Los Toldos				X					Grave et al. 2016
119	GOM-103	Panteón Los Toldos			X						Grave et al. 2016
120	GOM-104	La Loma				X					Grave et al. 2016
121	GOM-105	La Laguna				X					Grave et al. 2016
122	G13C52-25-002	Carretera a Navolato				X					Téllez 1998d
123	G13C52-25-005	La Guásima I				X					Téllez 1998e
124	G13C52-25-006	La Guásima II				X					Téllez 1998f
125	G13C52-25-007	San Pedro					X	X			Téllez 1998g
126	G13C53-25-001	El Pozo				X					Téllez 1996c
127	G13C53-25-002	Cañada del Apomar							X		Téllez 1996d
128	G13C53-25-003	Apoma Cunta							X		Téllez 1996e
129	G13C53-25-004	Tecundina							X		Téllez 1996f
130	G13C53-25-005	Los Cuadros I				X					Téllez 1996g
131	G13C53-25-005-PP	La Higuera		X							Téllez 1996h
132	G13C53-25-006	Los Cuadros II							X		Téllez 1996i
133	G13C53-25-007	Camino al Apomar II				X					Téllez 1996j
134	G13C42-25-001	Cahuinahuato				X					Téllez 1998h
135	G13C53-25-008	Camino al Apomar				X					Téllez 1996k
136	G13C53-25-009	Camino a las parotas							X		Téllez 1996l
137	G13C53-25-010	Vicente Alvarado							X		Téllez 1996m
138	G13C53-25-011	Terracitas							X		Téllez 1996n
139	G13C53-25-012	Arroyo del tigre							X		Téllez 1996o
140	G13C53-25-013	La Pista							X		Téllez 1996p

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Elementos registrados							Referencias	
			Entierros	Arte rupestre	Conchero	Concentraciones de materiales	Montículos	Arq. Perecedera	Arq. mampostería		Horno
141	G13C53-25-014	Ex-hacienda El Pozo							X		Téllez 1996q
142	G13C53-25-015	Ex-hacienda El Pozo II							X		Téllez 1996r
143	G13C53-25-016	Los Pedernales				X					Téllez 1996s
144	G13C53-25-017	Arroyo El Pozo							X		Téllez 1996t
145	G13C53-25-018	La Palmita							X		Téllez 1996u
146	G13C53-25-019	Arroyo La Higuera				X					Téllez 1996v
147	G13C53-25-022	Imala sur							X		Téllez 1995
148	G13C62-25-001	Cinco y medio			X						Téllez 1997b
149	G13C63-025-001	San Rafael							X		Téllez 1996w
150	G13C63-025-003	Bebelama							X		Téllez 1997c
151	G13C63-025-004	La Ponderosa							X		Téllez 1997d
152		La Campiña	X						X		Cabrero & Limón 1987; Talavera 1987
153		Plazuela Rosales	X						X		Moguel et al. 1993
154		La Laguna Colorada	X	X		X					Gómez & Vidal, 2014
155		Altamura	X								Espinoza, 2016
156		Cañedo, Navolato	X								INAH, 2012

Anexo 2. Tablas de materiales registrados en los sitios del valle de Culiacán

Cerámica

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Complejo Aztatlán	Complejo Culiacán				Decorada no id.	Cerámica monocroma	Cerámica raspada
				Temprano	Medio	Tardío	Indeterminado			
1	PAC-001	Los Mezcales	X	X	X	X	X	X	X	
2	PAC-002	Tepuche			X			X	X	
6	PAC-006	Mojolo 2	X	X	X	X	X	X	X	
7	PAC-007	Imala						X	X	
8	PAC-008	Jotagua 2			X	X			X	
10	PAC-010	Yebavito	X	X	X	X	X	X	X	
11	PAC-011	La Mora			X			X	X	
12	PAC-012	El Faro	X					X	X	
13	PAC-013	Lo de Reyes	X					X	X	
14	PAC-014	Bachimeto		X	X	X			X	
15	PAC-015	Toboloto	X	X	X	X			X	
16	1	La Fundición	X	X	X	X	X		X	
17	2	Columpio		X	X	X	X		X	
18	I	Las Lomitas	X	X	X	X	X		X	
19	II	La Mezcalera					X		X	
20	III	La Loma	X	X	X	X	X		X	
21	IV	Cerro Izábal	X	X	X	X	X		X	
22	3	El Capule	X	X	X	X	X		X	
23	VI	La Colorada		X	X	X	X		X	
24	VII	Los Alamitos	X	X	X	X	X		X	
25	6	Sinaloa	X	X	X	X	X		X	
26	7	La Cofradía de Navolato	X	X	X	X	X		X	
27	8	Bariometo	X	X	X	X	X		X	
28	9	Navolato			X				X	
29	10	Aranjuez		X	X	X	X		X	
30	11	La Quinta	X	X	X	X	X		X	
31	13	Isleta					X		X	
32	14	Bacurimí		X	X	X	X		X	
33	15	El Cedrito	X	X	X	X	X		X	
34	16	Lomas de Río Viejo	X	X	X	X	X		X	
35	17	La Cofradía		X	X	X	X		X	
36	18	Bolsón, río arriba	X	X	X	X	X		X	
37	19	Bolsón, río abajo		X	X	X	X		X	
38	21	Loma del Santo	X	X	X	X	X		X	
39	22	Canal adyacente a Loma del Santo							X	
40	23	La Divisa, sitio 1	X	X	X	X	X		X	
41	24	La Divisa, sitio 2	X	X	X	X	X		X	
42	25	Buenos Aires	X	X	X	X	X		X	
45	28	Patagón			X	X			X	
46	29	La Roma, sitio 1			X	X	X		X	
47	30	La Roma, sitio 2				X	X		X	
48	31	La Roma, sitio 3			X	X	X		X	
		Nombre		Complejo Culiacán						

Núm de sitio	Clave de proyecto		Complejo Aztatlán	Temprano	Medio	Tardío	Indeterminado	Decorada no id.	Cerámica monocroma	Cerámica raspada
49	32	Jagüecito, sitio 1		X		X			X	
50	33	Jagüecito, sitio 2					X		X	
51	34	Playita de Guasimillas, sitio 1							X	
52	35	Playita de Guasimillas, sitio 2				X			X	
53	36	Playita de Guasimillas, sitio 3	X	X	X		X		X	
54	37	Rancho Viejo de Los Pochotes			X	X	X		X	
55	38	Pueblo Viejo	X	X	X	X	X		X	
56	39	Rincón Rico, sitio 1			X	X	X		X	
57	40	Rincón Rico, sitio 2		X	X		X			
58	41	La Carbonera, sitio 1	X				X		X	
59	42	La Carbonera, sitio 2			X	X	X		X	
60	43	Las Calaveras (sección noreste)	X				X		X	
61	44	Las Calaveras (sección sureste)			X	X	X		X	
62	45	Rincón de la Nanchi	X				X		X	
63	46	El sordo	X		X		X		X	
64	47	Llacuato, sitio 1			X	X			X	
65	48	Llacuato, sitio 2			X	X			X	
66	49	Llacuato, sitio 3			X		X		X	
67	50	Altata, sitio 1	X	X	X	X	X		X	
68	51	Altata, sitio 2							X	
69	52	Altata, sitio 3	X						X	
71	55	El Barrio		X	X		X		X	
72	56	Humaya							X	
73	1	Guasimitas							X	X
74	2	Sanalá							X	X
75	3	Nueva Rosita	X						X	X
76	4	Las Marías								
77	5	El Laurel							X	
78	6	El Roble			X	X	X		X	
79	7	Los Tules							X	
80	8	Los Dautillos	X					X	X	
81	9	El Potrero						X	X	X
82	10	El Salitre							X	
83	11	El Campillo					X		X	X
84	12	El Camino	X						X	
85	13	El Tetuan viejo							X	X
86	14	El Mezquite						X	X	
87	15	El Hacha						X	X	X
88	16	El Estero							X	
89	17	La Carbonera						X	X	X
90	18	Campo Californiano							X	X

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Complejo Aztatlán	Complejo Culiacán				Decorada no id.	Cerámica monocroma	Cerámica raspada
				Temprano	Medio	Tardío	Indeterminado			
91	19	La Nanchita	X				X	X		
92	20	Las Calaveras	X				X	X		
93	21	La Carbonera Hidalgo					X	X	X	
111	GOM-021	El Batallón	X					X		
112	GOM-023	Cofradía de la Estancia Número 2						X		
113	GOM-029	Aguaruto	X	X	X			X		
114	GOM-098	Conchero Monte Largo 1					X	X	X	
116	GOM-100	Jagüey El Tecomate						X		
117	GOM-101	El Tecomate						X		
120	GOM-104	La Loma		X	X		X			
121	GOM-105	La Laguna		X	X	X	X			
148	G13C62-25-001	Cinco y medio						X		
152		La Campiña	X					X		
153		Plazuela Rosales	X							
154		La Laguna Colorada	X							
156		Cañedo, Navolato	X							

Lítica tallada

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Navajillas prismáticas	Lascas de obsidiana	Núcleos de obsidiana	Puntas de obsidiana	Raspadores y raederas	Lascas	Puntas	Núcleo	Buril	Núcleo de cuarzo
1	PAC-001	Los Mezcales					X					
6	PAC-006	Mojolo 2					X	X	X	X		
8	PAC-008	Jotagua 2					X	X	X		X	
10	PAC-010	Yebavito		X				X				
11	PAC-011	La Mora					X	X				X
12	PAC-012	El Faro						X				
13	PAC-013	Lo de Reyes						X				
14	PAC-014	Bachimeto						X				
15	PAC-015	Toboloto						X				
18	I	Las Lomitas							X			
22	3	El Capule		X								
23	VI	La Colorada						X				
51	34	Playita de Guasimillas, sitio 1		X								
52	35	Playita de Guasimillas, sitio 2		X								
53	36	Playita de Guasimillas, sitio 3		X								
55	38	Pueblo Viejo		X								
58	41	La Carbonera, sitio 1		X								
61	44	Las Calaveras (sección sureste)		X								
68	51	Altata, sitio 2		X								
73	1	Guasimitas		X				X		X		
74	2	Sanalá				X	X	X		X		
75	3	Nueva Rosita	X	X						X		
77	5	El Laurel		X	X			X		X		
78	6	El Roble	X	X				X		X		
79	7	Los Tules					X	X		X		
80	8	Los Dautillos						X		X		
81	9	El Potrero						X				
82	10	El Salitre						X		X		
83	11	El Campillo						X		X		
84	12	El Camino						X		X		
85	13	El Tetuan viejo						X		X		
86	14	El Mezquite								X		
87	15	El Hacha					X			X		
89	17	La Carbonera		X		X	X	X		X		
90	18	Campo Californiano		X			X	X		X		
91	19	La Nanchita	X	X			X	X		X		
92	20	Las Calaveras						X		X		

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Navajillas prismáticas	Lascas de obsidiana	Núcleos de obsidiana	Puntas de obsidiana	Raspadores y raederas	Lascas	Puntas	Núcleo	Buril	Núcleo de cuarzo
93	21	La Carbonera Hidalgo						X		X		
114	GOM-098	Conchero Monte Largo 1		X			X	X				
115	GOM-099	Conchero Monte Largo 2		X			X	X	X			
116	GOM-100	Jagüey El Tecomate		X								
117	GOM-101	El Tecomate		X				X				
118	GOM-102	Conchero Los Toldos					X	X				
119	GOM-103	Panteón Los Toldos		X			X	X				
152		La Campiña	X					X				
154		La Laguna Colorada						X				

Lítica pulida

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Pendiente de turquesa	Material pulido	Pendiente	Metate	Mano	Mortero	Hacha	Machacador	Pulidor de cerámica	Esfera	Peso de red	Escultura	Cinzel
1	PAC-001	Los Mezcales					X				X				
2	PAC-002	Tepuche				X					X				
6	PAC-006	Mojolo 2				X					X	X	X	X	
10	PAC-010	Yebavito													
11	PAC-011	La Mora				X	X		X		X	X			
12	PAC-012	El Faro					X								
14	PAC-014	Bachimeto				X									
15	PAC-015	Toboloto				X									
16	1	La Fundición		X											
17	2	Columpio		X											
33	15	El Cedrito		X											
38	21	Loma del Santo		X											
41	24	La Divisa, sitio 2		X											
51	34	Playita de Guasimillas, sitio 1	X	X											
52	35	Playita de Guasimillas, sitio 2		X											
53	36	Playita de Guasimillas, sitio 3		X											
55	38	Pueblo Viejo		X											
58	41	La Carbonera, sitio 1		X											
61	44	Las Calaveras (sección sureste)		X											
70	54	El Álamo de Olimpa		X											
71	55	El Barrio		X											
73	1	Guasimitas				X									
74	2	Sanalá				X									
75	3	Nueva Rosita				X	X								
76	4	Las Marías				X	X		X						X
77	5	El Laurel				X									
78	6	El Roble					X								
79	7	Los Tules				X	X								
80	8	Los Dautillos				X									
82	10	El Salitre				X	X								
83	11	El Campillo				X	X								
85	13	El Tetuan viejo				X	X								
86	14	El Mezquite				X									
87	15	El Hacha							X						
88	16	El Estero				X									
89	17	La Carbonera				X	X								
90	18	Campo Californiano				X									
91	19	La Nanchita				X	X								
92	20	Las Calaveras					X								
111	GOM-021	El Batallón				X	X		X						
118	GOM-102	Conchero Los Toldos					X			X					
152		La Campiña		X	X										

Concha

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Concha trabajada		Concha sin trabajar												
			No clasif	Brazaletes	Caracol	Anadara sp	Tyvela	Almeja	Ostrea sp	Conus sp	Noetia reversa	Melongena patula	Turritella	Hexaplex brassica	Aequipecten sp	Tagelus sp	Protothaca sp
2	PAC-002	Tepuche				X											
6	PAC-006	Mojolo 2				X											
8	PAC-008	Jotagua 2				X											
10	PAC-010	Yebavito				X	X	X									
14	PAC-014	Bachimeto				X											
15	PAC-015	Toboloto				X											
22	3	El Capule	X	X													
23	VI	La Colorada		X		X											
55	38	Pueblo Viejo	X														
61	44	Las Calaveras (sección sureste)	X	X													
73	1	Guasimitas				X			X								
74	2	Sanalá				X			X	X	X	X					
75	3	Nueva Rosita				X					X		X				
77	5	El Laurel				X						X		X			
78	6	El Roble							X					X			
79	7	Los Tules							X								
80	8	Los Dautillos				X			X			X		X			
82	10	El Salitre				X						X					
83	11	El Campillo				X			X		X	X					
84	12	El Camino				X						X	X		X		
85	13	El Tetuan viejo				X											
86	14	El Mezquite				X											
87	15	El Hacha				X			X			X					
88	16	El Estero				X			X								
89	17	La Carbonera				X						X					
90	18	Campo Californiano				X											
91	19	La Nanchita				X			X								
92	20	Las Calaveras				X			X				X	X	X	X	X
93	21	La Carbonera Hidalgo				X							X	X	X	X	X
111	GOM-021	El Batallón			X	X			X								
114	GOM-098	Conchero Monte Largo 1				X											
115	GOM-099	Conchero Monte Largo 2				X											
116	GOM-100	Jaquëy El Tecomate							X								
117	GOM-101	El Tecomate				X											
118	GOM-102	Conchero Los Toldos				X											
148	G13C62-25-001	Cinco y medio				X											

Cobre

Núm de sitio	Clave de proyecto	Nombre	Cascabeles	Alambre enrollado	Cobre trabajado	Botón	Cuentas	Aros
1	PAC-001	Los Mezcales	X		X			
18	I	Las Lomitas	X	X			X	X
21	IV	Cerro Izábal						X
55		Pueblo Viejo		X				
60		Las Calaveras (sección noreste)				X		
152		La Campiña	X					